

VIAJES PLANETARIOS EN EL SIGLO XXII

SEGUNDA ETAPA

DEL OCEANO A VENUS

por EL CORONEL IGNOTUS

BIBLIOTECA
NOVELESCO-CIENTIFICA

LIBRERIA Y EDITORIAL
RIVADENEYRA

max
ramos.



BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

DEL OCÉANO A VENUS



Es propiedad. Prohibida la repro-
ducción, incluso la "cinematográ-
fica", sin permiso del autor. ✱

Viajes planetarios en el siglo XXII

NOVELA DE AVENTURAS

POR

EL CORONEL IGNOTUS

JOSÉ DE ELOLA

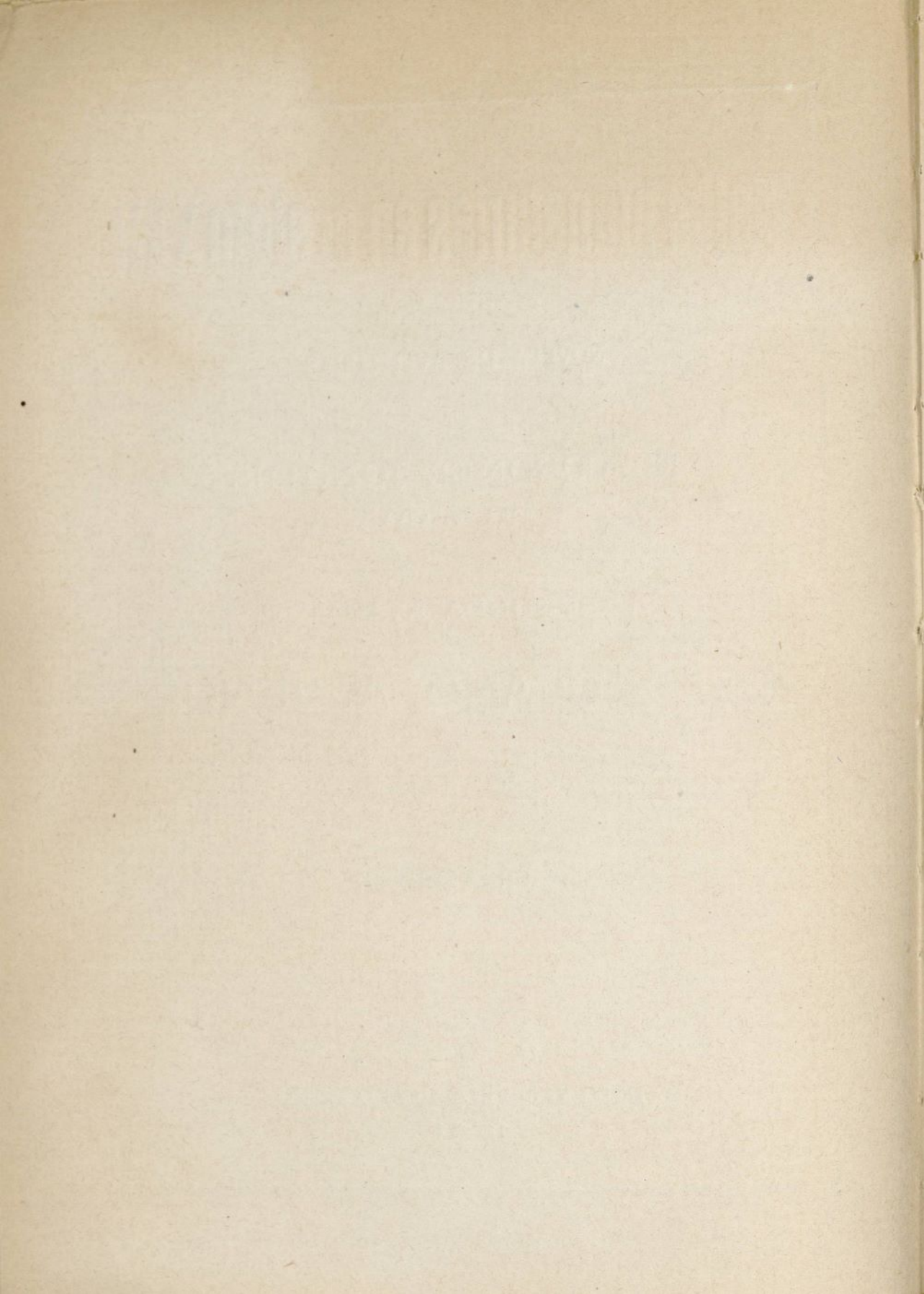
SEGUNDA ETAPA

DEL OCÉANO A VENUS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID, LIBRERÍA RIVADENEYRA

1921



INDICE

	Págs.		Págs.
I.—«Plus ultra».....	7	XV.—Los prisioneros.....	68
II.—El odioso Felipe II y la odiosa María Pepa.....	11	XVI.—Los caminos de Venus.....	72
III.—¿Accidente?... ¿Crimen?... ..	15	XVII.—Las pesquisas de Alvaro y las melancolías de la Capitana.....	75
IV.—Un consejo sensacional.....	19	XVIII.—Las desventuradas narices del doctor Chu-Fo... ..	78
V.—De cómo Sara oye «con sus propios ojos» cuanto habla María Pepa.....	23	XIX.—La artillería y el equipaje de Arístides Leblonde.....	83
VI.—María Pepa se juega el todo por el todo.....	29	XX.—Un nuevo y fiambre personaje.....	87
VII.—Encuentra Sara un plan para nueva batalla.....	34	XXI.—Las borrascas del éter sideral.	92
VIII.—Leblonde ventea una pista..	38	XXII.—Brevísimo, pero sensacional capítulo.....	95
IX.—¡Arriba!.....	42	XXIII.—El correo interplanetario....	99
X.—El segundo accidente.....	46	XXIV.—Alegrías y dolores combaten a la pobre María Pepa....	102
XI.—A la Tierra, a la Tierra, mas no a tierra.....	49	XXV.—De Venus a Mercurio y vuelta a Venus.....	106
XII.—Celos.. y celos.....	54	XXVI.—Venus, traidora... ..	110
XIII.—Océánicos deportes.....	59		
XIV.—El Sol se descompone y a la postre se para.....	64		

BIBLIOTECA NOVELESCO-CIENTÍFICA

por «EL CORONEL IGNOTUS»

Pesetas.

DE LOS ANDES AL CIELO.—Primera etapa de «Viajes Planetarios en el siglo XXII», segunda edición..	4
DEL OCEANO A VENUS.—Segunda etapa de la misma obra, segunda ídem.....	4
EL MUNDO VENUSIANO.—Tercera y última etapa de la misma obra, segunda ídem....	4
LA DESTERRADA DE LA TIERRA.—Primera parte.—EL MUNDO-LUZ.....	4

EN PRENSA:

EL MUNDO-SOMBRA.—Segunda parte de la anterior.
EL AMOR EN EL SIGLO CEN.

EN PREPARACIÓN:

LA MAYOR CONQUISTA

OTRAS OBRAS DE JOSÉ DE ELOLA

EUGENIA.—Novela.....	3
LA PRIMA JUANA.—Novela, dos tomos.....	3
BOSQUEJOS.—Cuentos.....	3
CORAZONES BRAVÍOS.—Cuentos.....	1
CUENTOS ESTRAFALARIOS DE AYER Y MAÑANA.—(Agotada).	
REMEDIO CONTRA CEGUERA.—Comedia en dos actos (agotada).	
LA NIETECILLA.—Idem en íd., íd.	
IN ARTÍCULO MORTIS.—Idem en un acto, íd.	
PRECOCIDAD.—Idem en íd., íd.	
MACBETH.—Versión de la tragedia de este nombre, de William Shakespeare.....	2
OBRAS DRAMÁTICAS.— <i>El salvaje, Luz de belleza</i>	2
EL FIN DE LA GUERRA.—Con el seudónimo IGNOTUS.....	3,50

EL CREDO Y LA RAZÓN.—Segunda edición.....	3
LA VERDAD DE LA GUERRA.—Versión del inglés (agotada).	
LAS CAUSAS DEL DESASTRE.—Con seudónimo IGNOTUS (agotada.)	
LA CAMPAÑA DEL ROSELLÓN.—(Agotada.)	
EL PLEITO DEL REGIONALISMO.—Con seudónimo <i>Don Nuño</i> (agotada).	
LA ENFERMEDAD DE LA PESETA.....	2
LO QUE PUEDE ESPAÑA.....	1

PLANIMETRÍA DE PRECISIÓN.—Premiada por la Escuela de Minas, cuatro volúmenes..	50
LEVANTAMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS TOPOGRÁFICOS.—De texto en varias Escuelas de Ingenieros, tres volúmenes.....	30
AGENDA DEL TOPÓGRAFO.	7
ESPAÑA EN MARRUECOS.—Mapa de la zona de influencia española.....	3

"PLUS ULTRA"

La fausta nueva de que ni el Autoplane-toide ni su Capitana habían perecido en la caída, que por cierta se dió, sobre las rocas de Bass, no se supo en el mundo hasta pasados cuatro días de la divulgación de la falsa noticia de ella, nacida de torpeza de un navegante inculto, incapaz de apreciar que el orbimotor estaba, cuando él dejó de verlo, setenta u ochenta millas más alejado de su goleta que dichos islo-tes. Este error en la comparación de las distancias le hizo tomar por caída lo que no era sino ocaso: *el ocaso del novimundo*, para los tripulantes de aquel mal barqui-chuelo combatido por el temporal.

Véase ahora cómo en la Tierra se enteraron de que no había perecido el avies-telar.

Es sabido que los astrónomos duermen de día y velan de noche, a no ser cuando miran al Sol. No es, pues, extraño que en la del 15 al 16 de septiembre del año 2186 estuvieran despiertos los del Obser-vatorio de Batavia. Y tanto menos, quan-to que en este templo de la ciencia se es-trenaban en tal fecha un telescopio foto-gráfico, con un magnífico espejo de 1,80 metros de diámetro, y un perfeccionadí-simo espectroscopio, expresamente destinado al estudio de las nebulosas: aparatos que, por primera vez, iban a ser asestados aque-lla noche a la soberbia nebulosa de la constelación Orión (1).

(1) La nebulosa de Orión llena en los cielos un espacio millones de veces mayor que el ocupado por nuestro Sol con el séquito de todos sus planetas —8.960 millones de kilómetros es el diámetro me-dio de la órbita de Neptuno.

La teoría del nacimiento de soles y mundos por la rotación y condensación de la masa gaseosa de nebulosas madres, fué iniciada por Ferguson, La-place y Hershell en el siglo XVIII, y modificada su-cesivamente en sus detalles por varios astrónomos, pero mantenida en lo esencial, recorrió etapas su-cesivas. Sir Norman Lockyer atribuye el origen de

La perspectiva era por demás tentadora para que nadie, en el observatorio javanés, pensara en turnos de servicio; pues hasta el último aprendicillo astrónomo quería te-ner su parte en las observaciones, tal vez descubrimientos, de la citada noche; y cada uno acotaba su pedazo de nebulosa para curiosearlo personalmente con los nuevos aparatos.

Desojábanse todos, y ni una mosca se oía en el observatorio, cuando de pronto, bien avanzada la noche, y en el momento en que uno de los observadores daba des-canso a su vista fatigada, separándola del ocular del anteojo para fijarla en lo obscu-ro del cielo, se oyó un grito de asombro.

—¿Qué es eso?—dijo—. Señores, seño-res; señor director, un astro, un astro nue-

tales nebulosas al choque de incontables enjambres de meteóricos bólicos, en cuyas colisiones se en-gendra calor que los volatiliza, dando origen a la materia gaseosa incandescente de la nebulosa, que ha de formar, al condensarse, soles, y que enfría-da después, en el transcurso de millones de siglos, crea mundos y sistemas planetarios.

Los trabajos de Keeler dieron después lugar a la moderna *teoría planetesimal*, de Chamberlín y Moul-ton, según la cual los choques, o la exagerada cer-canía de astros, cuyas órbitas se cruzan y penetran, les arrebatan trozos, que lanzados al espacio se deshacen en polvo de materia volatilizada, al calor de percusión o frotamiento: de donde nacen las nebulosas espirales. Y se presiente ya que, así como en la vida orgánica se arruina la materia inerte para dar nacimiento a cuerpos vivos, que al morir dejan, en sus materiales restos, elemen-tos de nuevas vidas que surgirán después, también acaso la materia cósmica del polvo sideral es por las nebulosas condensada en astros, y éstos, al pa-recer, engendran otras nebulosas, de las cuales sal-drán en millones de siglos nuevas generaciones de soles y de mundos.

Tres principales estados-tipos de evolución se advierten en las nebulosas: el de la de Orión, el de la de Andrómeda y el de la Gran Espiral, cre-ciendo en ellas el grado de condensación por el orden en que se han mencionado.

El número de las nebulosas hasta hoy descu-bierto viene a ser de un millón.

vo, extraordinario, colosal, monstruoso, inconcebible. Allí, allí, hacia el Sureste y cercano al horizonte.

Volvieron todos los ojos hacia la parte señalada, y entonces, no una, sino doce fueron las exclamaciones de asombro; pues doce eran los astrónomos.

Aquello parecía una estrella grandísima, o más bien una luna pequeña que, con velocidad jamás vista en un astro, subía del horizonte hacia el cenit creciendo al mismo tiempo con rapidez aterradora.

—¡Una estrella que se nos cae encima!...

—¿Será un satélite que la Tierra le haya robado a Marte?

—Esa idea es absurda.

—No: es un enorme bóido, un ignoto asteroide descarriado, que al chocar con nosotros se llevará un pedazo del mundo por delante.

—O si cae en nuestros mares, lo enriquecerá con un nuevo continente.

—Ni estrella, ni satélite, ni bóido—dijo un astrónomo español que estaba en el Observatorio de Batavia desempeñando una comisión de su gobierno—. Eso no puede ser sino el orbimotor de mi paisana.

—¡Pero si se despedazó en los arrecifes del Pacífico!...

—Ya está visto que no. Porque, ¿qué puede ser ese astro que tan de prisa corre sino un autoastro?... Y como no tenemos noticia de otro autoastro que el Autoplanetoide...

—Tiene razón Carballo—dijo el Director—. Y como la nebulosa no se nos ha de ir de la constelación de Orión, donde luego, o mañana, la encontraremos siempre que queramos, mientras que, al paso que trae el orbimotor, se nos escapa, si nos descuidamos, antes de que queramos recordar, a él hay que atender ahora. ¡Ea!, sin perder tiempo, seis a observarlo y seis a calcular.

¡Qué emoción la de aquellos beneméritos sabios!

A observar, a observar. A medir con anteojos, cronómetros y círculos graduados, declinación y ascensión recta del avimundo, que son como las longitudes y latitudes de los astros en el Universo. Y mientras unos hacían esto, medían otros el tamaño (o diámetro aparente, dicho en términos técnicos) con que veían al Autoplanetoide.

A observar, a observar para deducir de todo, ello la dirección en que se hallaba el mundo de María Pepa, y su distancia al Observatorio, que habían de dar su posición exacta en los inmensos cielos.

Diez minutos después se repitieron las mismas operaciones, obteniendo nueva po-

sición; a los veinte, a los treinta, tercera y cuarta serie de observaciones, en todo iguales a las precedentes, proporcionaron nuevos datos correlativos a los instantes en que fueron realizadas.

Y una vez conocidas aquellas cuatro posiciones, a calcular los rumbos que había seguido el Autoplanetoide al trasladarse de unas a otras, a evaluar las distancias que las separaban; y, como consecuencia, a deducir la dirección y la velocidad del vuelo: cálculos complicados para el vulgar mortal, que son un juego para los astrónomos.

El resultado enloqueció de entusiasmo a observadores y calculistas, pues la distancia entre la primera y la segunda posición del orbimotor era 333 kilómetros con 333 metros: la misma exactamente que separaba la segunda de la tercera, idéntica a su vez a la existente entre la tercera y la cuarta: lo cual probaba que la Capitana había recuperado el dominio sobre el Autoplanetoide, pues, recto como un dardo, volaba éste con velocidad *perfectamente uniforme* de 5.000 kilómetros por hora: una insignificancia para lo que volaría luego, pero bastante respetable al compararla con las usuales en el mundo.

Y no era lo veloz de la marcha lo que más entusiasmaba a los astrónomos, sino que las cuatro posiciones observadas en aquella media hora estaban en línea recta: *exactamente en línea recta* (1).

No había que perder tiempo en dar al mundo la sensacional noticia, y de ello se encargó el telégrafo en los siguientes términos:

"OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE BATAVIA

"16 septiembre de 2186, a las tres horas, cincuenta minutos, trece segundos de la madrugada. Observaciones comprobadas de este Observatorio permiten afirmar que el Autoplanetoide A1, que se creía perdido en los arrecifes de coral del Océano Pacífico, se halla a la vista de Batavia, habiendo recuperado su autonomía y el dominio de su marcha. Cuidadosamente determinadas cuatro posiciones de él, con exactos intervalos de diez minutos, resulta que, con velocidad *uniforme* de 1.338,88 metros por segundo, y derrota inflexiblemente recta, vuela directo a Zaragoza, adonde llegará, de no acortar la marcha, dentro

(1) En línea recta no, sino siguiendo un arco de círculo máximo. Pero muy máximo, pues no era del tamaño correspondiente a un meridiano por ser externo a la Tierra, sino mayor aún.

de una hora, cuarenta y siete minutos y treinta y seis segundos. La altura a que sobre el nivel del mar estaba al realizar la primera observación era de 89 kilómetros; su diámetro aparente (1), de 24'-13": es decir, poco menor que tres cuartos de luna. La rapidez de la marcha, con la cual podría el motoplaneta dar la vuelta al mundo en ocho horas, se apreciaba perfectamente a simple vista.—El Director, *Franz Van-Kop*".

El mundo iba a conmoverse, y Zaragoza a deshacerse de alegría. Comprendiendo el digno Director cuyo nombre acaba de darse que en redactar, comprobar y transmitir el preinserto telegrama, con la escrupulosidad exigida por sus interesantes datos numéricos, se tardaría no escaso número de minutos, y apreciando la urgencia de no perder ni uno en avisar a Zaragoza que la Capitana volaba a despedirse de sus baturricos con tal velocidad que allí la llevaría en poco más de siete cuartos de hora, tiempo angustioso para preparar ningún recibimiento, dejó al Secretario del Observatorio que redactara el telegrama y corrió al aparato de telefonía sin hilos.

—Zaragoza, Zaragoza... Urgentísimo... Universidad. Decano Ciencias... ¡Ah!... ¿Es usted, Requena?... Sí. Gracias... Dispense, ahora no hay tiempo de eso. Avise a todo Zaragoza que el Autoplanetoide acaba de pasar por Java; que, recompuesto por su Capitana, corre con rumbo hacia ahí...

Sí, hombre, sí. Le digo que no es broma; ahí mismo, a Zaragoza, donde estará... No recuerdo la hora exacta, pero entre diez y veinticinco y once menos veintitantos...

No, señor, no: de esta misma noche... No tienen ustedes ni dos horas... En telegrama oficial doy detalles de observación, pero he querido adelantar a ustedes...

¡Ah! ¿Que la Bureba es doctora en Ciencias por esa Facultad?... Pues doble enhorabuena por tal discípula... Adiós... No hay de qué... Ya me hago cargo de que no puede usted perder ni un minuto.

Diez después, todos los teléfonos, todos los parlófonos, todos los fonógrafos de Zaragoza funcionaban repitiendo la noticia. En los teatros, que aquella noche abrían sus puertas después del luto oficial por María Pepa, suspendían los actores la representación para informar al público del sensacional aviso. Eléctricamente de los periódicos, anunciadoras electroimpresoras de las mesas de los cafés, que ante la vista del con-

sumidor escribían los anuncios que se querían hacerle leer; telones de cinematógrafos, etc., etc., divulgaban por doquier la faustísima nueva. Los clamófonos municipales de la Seo, el Arrabal, Zaporta, Torrero y la Aljafería gritaban con estentóreas voces: "¡Regocijaos, zaragozanos: María Pepa vive, su mundo vuela!... Zaragoza, a la calle, a recibir cual se merece a nuestra gloriosa paisana, que con su novimundo, y antes de remontar el vuelo al Cosmos, llegará a despedirse de vosotros, de diez y cuarto a diez y media. No tenéis sino poco más de una hora para preparar el recibimiento. No será buen aragonés quien esta noche no salude a nuestra sabia y heroica paisana."

Pasados dos minutos volvía a resonar igual pregón; y dos después; y así siguieron los clamófonos, durante media hora, atronando Zaragoza con la noticia y la invitación: sin variar la tocata, mientras no hubo nuevos avisos que transmitir a la excitada multitud.

A las nueve y media salían a las afueras incontables muchedumbres en apiladas movedizas masas, como ríos que la avenida hinchaba, y cuyas aguas, no cabiendo en los cauces de calles ni de plazas, subieran y subieran, desbordadas, a derramarse sobre tejados, azoteas, torres y campanarios.

A las nueve y cuarenta los clamófonos vocearon: "Suez avisa tener a la vista el avimundo ¡Viva la Bureba!"

Al poco rato anunciaban: "Telefonía de Palermo: "Según observaciones comunicadas por el Observatorio del Etna, el Autoplanetoide ha comenzado a frenar, acortando la marcha desde su conjunción con "Sirio. Ahora pasa rozando con los cuernos "de Aries, por lo cual llegará a Zaragoza "algo después de la hora que comunicó Batavia."

Siguió a esto la noticia, dada por Palma de Mallorca, de que el motoplaneta, marchando cada vez más despacio, ya no avanzaba sino con velocidad algo menor que la de una bala de fusil.

Cada uno de estos avisos provocaba tonante vocerío en aquella enloquecida multitud: Vivas y vítores, científicos conscientes entusiasmos, populares instintivos delirios, patrióticos fervores, pintorescos requiebros a la hermosa paisana, comentarios, discusiones.

—¿Bajará?

—¿No bajará?

—¿La veremos?

(1) Anchura en términos vulgares.

—Ya llega...

—No, todavía no.

—Que aquella es otra estrella, pero no el novimundo...

—Que al principio tenemos que verlo más bajo, por allá, hacia el Huerva.

"En este instante pasa sobre Vinaroz. Lo veremos en seguida, en seguida"—chillaron los clamóforos, que ya siguieron, sin interrupción, repitiendo lo mismo, con inútil esfuerzo, porque en el aire resonaba una voz más potente que ahogaba sus pregones: la voz de un pueblo entero que gritaba por ochocientas mil gargantas, con el aliento de ochocientos mil pulmones, repitiendo en un solo clamor: "Por allí, por allí llega."

Encima de un nubarrón oscuro agarrado al lejano horizonte, asomó a poco el orbimotor, semejante a una estrella hermosísima, única, la mayor y más bella de todas, con el tamaño de una nuez, pero que rápidamente fué creciendo, según corría aquél, del orto al meridiano.

—¡El novimundo, el novimundo! ¡María Pepa! ¡María Pepa! Gritos de alegría, exclamaciones de asombro y después estupor y silencio.

Ochocientas mil miradas contemplaban cómo, avanzando, o subiendo más bien a lo alto de los cielos, crecía incesantemente el orbimotor hasta parecer resplandeciente naranja de brillantísima plata. De pronto el silencio fué rasgado por una voz que entonaba la siguiente copla con música de la más clásica de las jotas:

"De Zaragoza a los cielos
se mos ha escapao una estrella.
Míala allí, no tiene pierde,
que no brilla otra como ella."

Era un pobre guitarrista callejero y ciego, único allí que no veía la estrella, al cual hicieron coro inmediatamente baturras y baturros de toda clase y condición: altos y bajos, obreros y señores, mozas del pueblo y encopetadas damas, repitiendo la copla.

Muy alta estaba María Pepa; pero tanto gritaban, que acaso se enterara del piropro con que la festejaban sus paisanos.

En aquel momento el Autoplanetoide, que, ya muy despacio, avanzaba entre las estrellas de la constelación Hércules, siguió unos segundos hasta detenerse precisamente a plomo sobre la basilica de la Virgen del Pilar. Y allí permaneció inmóvil un minuto, dos...

Quien primero advirtió en dónde había parado el novimundo fué una moza de To-

rrero, que hizo pública su observación diciendo:

—Míala allí quieta. Es ca venio a ver a la Pilarica.

Las Palabras de aquella muchacha fueron chispa inicial de la hoguera que encendió el entusiasmo de uno de los pueblos más virilmente entusiastas del mundo.

—¡Viva María Pepa!...

—¡Viva la estrella aragonesa!...

—¡Viva la Virgen del Pilar!

—¡Viva la Pilarica!...

—¡Viva..., viva!...

"La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa..."

Cinco minutos después todavía seguía inmóvil el orbimotor sobre el célebre pilar, cuando de improviso lo vió la multitud apagarse, quedando aterrizada con la idea de que había muerto el noviplaneta. Por dicha duró poco el terror, pues instantáneamente lució de nuevo esplendoroso; pero para volver a apagarse y volver a brillar. Y así diez, veinte, cien veces...

—¿Qué será eso, *maño*?

—¡Otra! Si parecen guiños...

—Pa mí es que se despide. Como no puede decirnos adiós con la mano ni con el moquero porque no la veríamos...

La gente estaba despistada sin saber a qué atribuir aquel que apago, que enciendo, que obscuro ahora, que luego iluminado. Era altamente impresionante para los astrónomos, por absolutamente nuevo, el fenómeno insólito de un astro que a voluntad luce y se apaga. Ventajas de ser autoastro, porque aquello no lo podía hacer ninguna estrella, ni la Luna, ni siquiera el Sol con ser quien es: aquello no podía hacerlo mundo ni sol alguno, en todo el Universo, sino aquel mundisol de María Pepa.

Pero para alarde—y por tal lo tomaban los sabios—, ya bastaba, y como despedida—según lo interpretaba el vulgo—se iba haciendo pesada. Porque el ahora brillo, ahora me apago no llevaba trazas de acabar. ¿Qué sería aquello?

Gracias a hallarse entre la gente un telegrafista listo pudo averiguarse. Acostumbrado aquel muchacho, por razón de su práctica, al *tíc* y al *taac* de los chasquidos de la palanquilla de su aparato al recibir despachos, le pareció advertir que los destellos, rapidísimos unos, no tan veloces otros, por el Autoplanetoide despedidos, al encenderse y apagarse alternativamente,

pasaban por sus ojos con la velocidad, unos, con que su oído solía percibir la del chasquido del *tic* del receptor telegráfico, cuando en la cinta marca un punto, mientras que los más largos de aquellos resplandores parecían durar el mismo tiempo que el *taac* correspondiente a la impresión en dicha cinta de una raya.

—¡Está telegrafando!—gritó. Sacó cartera y lápiz; y dando una y otro a un compañero que tenía al lado, le dijo: "Anota tú, mientras recibo yo". Y comenzó a dictar:

—Punto, punto; raya; pausa. Raya, punto, pausa. Tres rayas, punto, etc.

Era verdad. La Capitana estaba telegrafando.

Por desgracia, el telegrama estaba incompleto, faltando en él la explicación de dónde había estado y qué había hecho en los días que perdida la creyeron; pues María Pepa supuso que entre tantos sabios como la contemplaban, no uno, sino muchos caerían desde luego en la cuenta de que su tejemaneje de sombra y luz era sencillamente telegrafía óptica, semejante a la del vulgarísimo heliógrafo cuando desde la estación transmisora lanza a la receptora reflejos breves y largos de la luz solar para formar con ellos las letras del alfabeto telegráfico Morse. Y en tal lógico supuesto, y después de unos cuantos puntos y rayas destinados a llamar la atención, envió su despacho sin cuidarse de repetirlo, una vez terminado, por no pensar habérselas con sabios torpes. De aquí que el oficioso telegrafista no pudiera recoger sino el final del *fotograma*: en todo igual, salvo las proporciones del foco luminoso, a los transmitidos siglos an-

tes por las linternas de los aparatos Mangin, bien conocidas en todos los ejércitos.

He aquí su contexto:

"...argas ecuatoriales, análogas a las que en vuestro mundo pudierais colocar entre los trópicos de Cáncer y Capricornio. Esa ha sido la causa del accidente cuya compostura nos ha detenido allí estos días. Dentro de unos instantes partimos para Venus, primera etapa de nuestro viaje. El pasaje, la tripulación y su Capitana saludan a la Tierra por conducto de Zaragoza. María Pepa envía muchos abrazos a sus paisanas y paisanos.—La Comandante en Jefe, *María Pepa Bureba*.—Postdata: Se suplica encarguen al mayordomo de mi casa del Coso que día y noche, hasta mi regreso, mantenga encendido un cirio ante mi Pilarica."

Por un momento, relativamente largo, permaneció apagado e invisible el Autoplanetoide, para los zaragozanos, que en el lugar donde aquél ocupaba vieron a modo de una nubecilla iluminada levemente con resplandor comparable al de una nebulosa, o a uno de los trozos más marcados de la Vía Láctea. Eran los efluvios engendrados por las tremendas descargas de la parte inferior del avimundo, que la Capitana forzaba, llevando al máximo la excitación de las cápsulas para elevarse: con objeto de salir de los últimos confines de la atmósfera terrestre, más allá de los cuales estaba aquel "PLUS ULTRA" donde entraría en cuanto consiguiera substraer su motoastro a la atracción de la gravedad, cada vez más pequeña.

II

EL ODIOSO FELIPE II Y LA ODIOSA MARIA PEPA

Para saber qué había ocurrido en el Autoplanetoide, y por dónde había andado desde su partida de Paramillo hasta que los zaragozanos lo vieron tomar el camino de Venus, no hay sino un medio: subir a él; meterse dentro.

Vamos a ello.

La Tierra quedaba allá abajo, imprecisa y confusa, para quienes, remontándose en el orbimotor, la contemplaban tenuamente alumbrada por los argentinos rayos de la

Luna de aquel 10 de septiembre en que ascendió a los aires, y en ellos quedó preso, el orbimotor.

A los primeros momentos de emoción intensísima y silencio temeroso del pasaje, sobrecogido por la majestuosa lentitud del arranque inicial, sucedió explosión de entusiasmo, provocada por el rápido crecer de la velocidad ascensional, y delatada por vertiginoso hundimiento en tenebrosa lejanía de los pocos y más salientes puntos

de referencia que la débil luz de la Luna permitía ver en el mundo que se abandonaba.

Para que a dicha luz pudieran los viajeros contemplar la Tierra, no se había encendido el alumbrado público de la ciudad movimundiana, brillando únicamente en el interior del Autoplanetoide las escasas lámparas que en el puente, dentro de las cabinas y en la central eléctrica de excitación de cargas propulsoras, eran indispensables para la maniobra, emitiendo destellos que, perdidos en la inmensa oscuridad de los setenta y dos millones de metros cúbicos del motoestelar, sólo habrían servido para hacer ver la obscuridad de la descomunal esfera, a no hallarse alumbrada interiormente por la plateada luz lunar. Penetraba ésta libremente a través de las cristalinas paredes, dando a los edificios, columnas, escalas, ascensores, máquinas, telescopios y anteojos, aspecto fantásticamente melancólico, bien avenido con el estado de ánimo de quienes al separarse de la Madre Tierra pensaban que ya no eran habitantes de ella, sino de un insignificante y frágil micromundo cuya vida no duraría acaso sino lo que tardara en encontrar un asteroide en su carrera: menos aún, un bólido, a cuyo choque no tuviera tiempo o le faltara velocidad para substraerse. Porque ni mundos planetarios, ni grandes asteroides, eran temibles para el autosidéreo, que, viéndolos de lejos, podría maniobrar rehuendo colisiones; mientras que los pequeños bólidos, apenas vistos hasta tenerlos casi al lado, eran terribles bajos y peligrosísimos escollos de la navegación etérea: bajos y escollos donde no encallaría el motoplaneta, sino contra los cuales se haría añicos, o por los que sería perforado de tropezar con ellos. Lo uno significaba para sus habitantes morir por aplastamiento; lo otro, perecer por asfixia.

¡Y en el océano inmenso del insondable Cosmos vuelan constantemente con velocidad aterradora millones y millones de esos errantes escollos!

Cuando ya no se veían desde el novimundo sino alguno que otro de los faros más potentes de la chilena costa del Pacífico, y las neblinas luminosas que sobre Mendoza, Santiago y Valparaíso hacía flotar el alumbrado público de dichas ciudades, se ocultó la Luna detrás de un denso nubarrón. Una noche, negra sobre todo comercio, envolvió al planetoide; las tinieblas de ella, entretejidas con opacidades del medroso silencio reinante a cien kilómetros de altura, se infiltraron en el novimundo, y ojos y oídos de sus habitantes naufraga-

ron en callada negrura: más muda y negra de cuanto humanos ojos y oídos pudieran presentir: tan pavorosa y honda, que los valientes corazones de los audaces, más todavía, temerarios exploradores, sintiéronse sobrecogidos de instintivo terror.

De él los sacó la iluminación roja y amarilla de la bandera española, encendida con luces de litio y sodio para saludar a América, que una vez extinguidas fueron reemplazadas por la iluminación normal de la central eléctrica, que, aun dejando en sombras la mayor parte del orbimotor, alumbraba intensamente la recién nacida ciudad de Noviópolis y las dependencias fabriles alojadas en ella.

Adecuada ocasión sería esta, de no haber cosa más urgente a que atender, para describir el interior del novimundo; pero además de estimar preferible mostrárselo al lector a plena luz del día, bien alumbrado por los rayos solares, es más interesante, de momento, decir cuál fué la causa de que, suspendido en la atmósfera, privado de gobierno, y convertido en boya aérea zarandeada por los vientos, permaneciera durante cinco días el motoestelar.

Un día entero pasado en pie, las encontradas emociones hondísimas de las despedidas de los seres queridos, el interés por llegar a los planetas, el de la ascensión y el alejamiento de la Tierra, eran motivos más que suficientes a justificar la tensión nerviosa de los viajeros, tras de la cual sobrevino relajamiento que los dejó quebrantados, rendidos física y moralmente. De otra parte, como la Luna seguía oculta, y era grandísima la lejanía del suelo; como nada se divisaba en aquellas tinieblas, ni en la contemplación de la invisible Tierra hallaban los expedicionarios estímulo ni interés capaces de sobreponerse a su cansancio, inútil fué que algunos intentaran comentar la partida y trabar conversaciones; porque sus sentimientos, demasiado intensos y por demás insólitos para expresados con palabras, rehusaban mostrarse a los demás. Y aun cuando cada uno se esforzaba en parecer más fuerte y más tranquilo de lo que en realidad estaba, todos apetecían substraerse a miradas extrañas para disimular lo que creían debilidad de espíritu: así que en breve, uno ahora, otro después, fueron todos desfilando a sus alojamientos, alegando necesidad, no fingida por cierto, de descansar: con tanto más motivo cuanto que al día siguiente habrían de madrugar para ver la Tierra iluminada con la luz del alba.

A las once, únicamente quedaban levantados María Pepa, sus sabios y Valdivia,

en lo alto del puente, y allá abajo, en la plaza, un hombre de aventajada talla que recostado en una columna del Casino Internacional no apartaba los ojos de la gentil figura de María Pepa, esbeltamente erguida sobre el puente de mando.

—¡Qué orgullosa estará!—pensaba—. Y con motivo, pues ella es la inventora de esta maravillosa creación, y ella la ha construido libre de las cadenas de la gravedad terrestre que acaba de romper, y ella rige y gobierna este autoplaneta, y ella lo llevará de mundo en mundo: hazaña de la ciencia y del valor humanos que, a no verla, reputaríase imposible.

¡Qué lástima que tan inteligente criatura sea falsa y cruel, que en su cuerpo hermosísimo se albergue un monstruo de maldad e hipocresía! ¡Qué le habíamos hecho Sara y yo para que ni el recuerdo de que en Maipo la salvé la detuviera al preparar contra nosotros el atentado de Challao?...

¿Qué le había hecho Sara?... Nada...

Sí: Sara era la encargada de aplicar el invento de Haig; y tal aspiración a cooperar, aun cuando en parte mínima, al triunfo de esta empresa, parecía, sin duda, delito imperdonable al orgullo satánico de quien no se resigna a que ni en lo grande ni en lo pequeño triunfe nadie sino ella. Es el mismo frío orgullo de aquel Felipe II, sojuzgador artero de mi patria, para quien era un crimen que pueblos u hombres levantaran en su presencia la cabeza. Es el orgullo español que a la par que amo en América y en Argel, quiso ser déspota en Flandes, Alemania, Italia y Portugal. Es el espíritu del aborrecido tirano reencarnado en el cuerpo de una bellísima mujer, de aspecto franco, de ojos leales y dulcísima sonrisa, que hacen más tremendo el contraste. La misma fría voluntad de aquel desnaturalizado padre...

Como se ve, había estudiado Alvaro la Historia en los textos escritos en naciones que no omitieron medio ni repararon en calumnia para arruinar a España, y denigrarla luego, o en los libros de algunos miopes historiadores españoles, que no buscaron para sus historias sino esas mismas adulteradas fuentes de información: adulteradas por sus enemigos.

—¿Quién que en Maipo la viera, conmovida y sonriente, darme gracias por la vida que me debe podría creer en tal falsía ni en semejante pago? Me ofreció amistad y agradecimiento con acariciadora voz, vibrante de emoción; con temblor de su mano en la mía, que hizo temblar también mi propio corazón con latidos, que, aun por

mí reprimidos, eran robados a mi Sara, a la compañera de mi vida, a la que desde niña lo llena por completo. Con efusiva y cordial frase se me brindaron agradecimiento y amistad, que en la mirada luminosa brillaban con resplandores de lealtad, con luz dulcificada por la nube de lágrimas que sin llegar a caer empañaban aquellos incomparables ojos.

¡Miseria vanidad, míseros celos científicos, tal vez femenina envidia en quien, por su belleza y por su ciencia, no debiera tener celos ni envidia de mujer alguna, bastaron para trocar en odio el agradecimiento y la amistad!

Mentira eran la amistad y el reconocimiento; mentira, la emoción; mentira, el vibrar de la voz y el temblar la mano, y mentidas también, miradas, lealtad y lágrimas. Todo, todo mentido en ella, todo falso menos su inteligencia y su belleza soberanas.

La odiaba, sí, la odiaba. Tenía derecho a odiarla por su infame conducta con él y con la inocente Sara. La odiaba y *debía odiarla* con tanto más motivo cuanto que, por su culpa, ya tenía él un rincón en su pecho cerrado a las miradas de su esposa, y oculto en él el recuerdo de algo, que aun reprimido antes de llegar a deseo, le dolía como culpa: imprecisa, involuntaria, pero culpa al cabo contra su amante Sara. Y todo por aquella mujer dominante y soberbia que desde la cumbre de su propia grandeza despreciaba la pequeñez de cuantos en su viaje la acompañaban, como meros comparsas, destinados, según frase de Sara, a realzar su triunfo, sin que los nombres más ilustres del mundo científico, ni las glorias más legítimas de la ciencia humana alcanzaran sino el triste papel de humildes satélites de la orgullosa Capitana.

En esta depresiva condición estaban ellos, Sara y Alvaro, que a disponer de pocos meses más de estudio seguramente habrían triunfado como triunfaba la española, resolviendo el problema de la navegación etérea; pues a despecho de la reserva y de las precauciones adoptadas para guardar el secreto del orbimotor, y a fuerza de estudio y deducción, había sabido descubrir su Sara, si no todo, lo más interesante del invento: cosa que, según ella, casi era tanto como realizarlo.

Por eso centelleaba el odio en las miradas de Alvaro a María Pepa, o más bien, en la mirada: una sola, pero larga, larguísima; pues los ojos del portugués, sumido en la sombra de la columnata del Casino, no se

apartaron ni un instante, durante más de una hora, de la airosa silueta alumbrada por los focos del puente. Pero en aquella mirada inacabable había tanta admiración, cuando menos, como aborrecimiento; porque era su enemiga, sí; pero enemiga que, por él contemplada en aquellos momentos en que regía la marcha de su novimundo, llevándolo a los cielos, en lucha contra leyes y fuerzas hasta entonces creídas invencibles de la Naturaleza, le abrumaba con dominadora majestad soberana, a la cual se rendía el portugués.

En pos de la instintiva admiración del pensamiento de aquel hombre, surgió en su corazón irreflexiva, mas potente protesta, calificando de irracional y monstruoso imposible que maldad y falsía pudieran albergarse en la sublimidad de tal grandeza. Pero el juicio y los hechos acusaban a María Pepa con pruebas como la de Challao, ante las cuales enmudecía el corazón de Alvaro, reconociendo que de absurdos monstruosos están llenos el mundo y la humanidad.

Tres o cuatro veces intentó Fairelo arrancarse a su contemplación y a sus meditaciones para irse al pabellón de la calle A, número 15, donde Sara continuaba indisputada, y otras tantas volvió a una y otras, hasta que, rayana ya la media noche, aprovechó para alejarse un momento en que la Capitana entró precipitadamente en la cabina comandante, desapareciendo de su vista.

Fuése de prisa, muy de prisa, casi como escapado. Llevando a intento baja la cabeza para no volver a mirar hacia allá arriba, y repitiendo con insistencia que quería grabar tales palabras en su mente:

—Es mala, mala; falsa, ingrata, hipócrita y soberbia; un verdadero monstruo de fealdad moral...

¿Y qué me importa a mí? ¿Por qué me preocupa sea buena o mala, agradecida o ingrata?... Sí, eso es: por el contraste de su inteligencia y de su forma externa con sus lacras morales; por lo extraño y absurdo del fenómeno biológico que esa mujer encierra. Sí, lo extraño, lo inusitado, lo absurdo, atraen lógicamente la atención de quien lo encuentra en su camino: los fenómenos anómalos despiertan siempre la curiosidad.

¿Quedó Alvaro completamente satisfecho con esta explicación de sus cavilaciones?... No es posible saberlo, cuando ni él mismo lo sabía, siendo las únicas consecuencias positivas de su soliloquio formación de propósito de procurar ver cuanto menos pudie-

ra a aquella odiosa criatura, cuya presencia se le hacía intolerable; y resolución de no mirarla cuando se la encontrara.

Por dicha, habitualmente andarían, ella muy atareada con múltiples obligaciones; él ocupado en sus estudios y experiencias, y, por tanto, fácil y naturalmente lograríase ventajoso alejamiento que atenuara los inconvenientes de tener por compañera de viaje a persona tan antipática y aborrecible. En un trasatlántico, estrecho, raquítico, con los obligados paseos y tertulias en la inevitable toldilla, con las comidas en común realizadas, habrían sido frecuentes los encuentros e insoportable tal compañía; pero en el transtéreo, que tenía cabida superior a la de trescientos trasatlánticos, fácil sería eludir encuentros desagradables.

Al volver Alvaro la esquina de la calle radial que de la plaza conducía al bulevar A, donde se hallaban los hotelitos de las comisiones internacionales, y el suyo entre ellos, sintió de pronto que el piso de la calle huía bajo sus pies, experimentando sensación en todo igual a la percibida en un ascensor cuando éste inicia la bajada.

—¿Qué es esto?... ¿Descendemos?... ¿Caemos?...

Sí... ¡Ah!... Ahora cesa la bajada...

Ahora volvemos a subir... Sin duda han querido probar en qué medida, a la altura en que estamos, ha disminuído la atracción de la Tierra sobre el novimundo. Y, sin embargo, no pueden ignorar que tal disminución ha de ser imperceptible todavía.

Fundábanse estos lógicos razonamientos en que, de haberse hallado el Autoplanetoida a distancia de la Tierra a la cual fuera ya inapreciable la atracción de ésta, ni la subida ni la bajada habrían sido sentidas por Fairelo, pues no teniendo ya su cuerpo, supuesto en tales condiciones, peso terrestre (que se recordará no es sino resultado de la atracción de la Tierra), y no siendo atraído sino por el novimundo hacia su centro de gravedad, cualquier movimiento de dicho novimundo en los espacios habría de pasar tan inadvertido a los novimundianos como ignorados resultan para los habitantes de la Tierra los de ésta en los espacios. Es más, sí... Pero no ahondemos más, porque, a dejarnos ir por tal camino, va a complicarse esto demasiado.

Quede ello aquí y Alvaro en su casa, donde Sara lo aguardaba presa del ataque de bilis que la saltó al ver triunfar a María Pepa, y vámonos al puente, en donde ocurren interesantes novedades.

III

¿ACCIDENTE?... ¿CRIMEN?...

Apoyada en la barandilla del puente, conversaba María Pepa con sus tres abuelos y con Aristides, cuando de improviso se acordó de la visita que tenía prometida a los bonaerenses para despedirse, desde las nubes, de ellos al emprender el viaje planetario. A tal recuerdo obedeció su entrada en la cabina comandante, con objeto de consultar el aparato que muy en breve se describirá. Examinado éste, comunicó por teléfono a Valdivia, que se hallaba de cuarto en la cabina de derrota, la siguiente orden:

"Excitación lentamente progresiva de las cargas 0, y de las 1, 2 y 3 australes de los meridianos VII, VIII y IX. Retírese a la par paulatinamente, excitación carga polo sur y de las del paralelo 9 austral, inmediatas a ésta" (1).

Si no se ha olvidado lo dicho en la primera parte, al dar noticia de la memoria y teorías mecánicas de María Pepa, se recordará que, empleando una sola carga, imprimía ésta al orbimotor dirección de marcha en el sentido de la antípoda; y quien se fije en esto verá patente la utilidad del sencillo método de clasificación de cargas adoptado por la Capitana, base a su vez de sencillez de mando; pues observando a través

de las transparentes paredes del novimundo (o en el mapa celeste) el astro al cual quisiera dirigirse la marcha, y mirando qué carga era la situada en la dirección de él, no había sino ordenar la excitación de la opuesta para que el motoestelar fuera impulsado en el rumbo elegido.

Esto en el caso más sencillo de impelerlo, con una sola carga, a partir del estado de quietud, puramente hipotético, pues cuando, en el caso real de hallarse en marcha, con dirección y velocidad previamente adquiridas, se deseara variar de rumbo, o cuando se empleara no una, sino varias cargas, los problemas a resolver eran más complejos; y aquí de la pericia de la Capitana y de sus oficiales de derrota en la aplicación de cálculos y gráficos de composición de fuerzas y velocidades, empleando procedimientos que a los técnicos se les alcanzan fácilmente, y que a quien no lo sea le preocuparán muy poco.

Por tener que marchar lateralmente en la dirección del meridiano XVIII, en la cual quedaba Buenos Aires, ordenó María Pepa poner en actividad las cargas del VIII, directamente opuestas a aquél, las cuales empujaban el motoplaneta hacia la capital pla-

(1) Para que el lector se dé cuenta de la maniobra ordenada, conviéndole saber que se llamaban meridianos a las veinte filas de cargas equidistantemente espaciadas entre polo y polo, en cada una de las filas de ellas que dividían en otros veinte segmentos iguales la superficie esférica del Auto-planetolde. Así, suponiendo trazados en dicha superficie un ecuador y diez y ocho paralelos equidistantes, análogos a los imaginarios que en la Tierra se han ideado y se usan para contar las latitudes, resultaba que en el ecuador y en cada paralelo quedaban veinte cargas regularmente repartidas y numeradas, llamándose cargas cero a las veinte del ecuador, y cargas 1, 2, 3, ..., 9, respectivamente, a las veinte de cada uno de los paralelos primero, segundo..., noveno, a partir de dicho ecuador, agregando a estos números los apelativos austral o boreal, según se tratara de paralelos correspondientes al hemisferio donde se hallaban el lastre de talluro y la gran poterna principal de salida—al cual se había convenido en llamar austral—o pertenecientes al opuesto, donde se alzaba el puente de maniobra y la poternilla opuesta a aquella, considerado como boreal. La ciudad tenía su piso en el plano del ecuador. Las filas meridianas, cada una de 18 cargas (sin contar las polares), se designaban por números romanos, I, II, III, IV..., IX, X..., XIX, XX.

Así las cargas del ecuador se llamaban 0-I, 0-II,

0-III... 0-XIX y 0-XX, según el meridiano a que correspondían: las de los paralelos uno, dos, tres, nueve 1-I, 1-II... 1-XIX; 1-XX; 2-I, 2-II, 2-III... 2-XX..., 5-1, 5-II... 5-XX y 9-I, 9-II... 9-XX, respectivamente, con la designación de boreal o austral según el hemisferio donde se hallaran: indicando el número arábigo correspondiente a cada carga el grado de alejamiento de ella del ecuador, y el romano, el meridiano a que pertenecía. Consecuencia de este sencillo método era que automáticamente se sabía cuál era la carga directamente opuesta a otra cualquiera, o dicho en otros términos, la antípoda de ella. Así, en las ecuatoriales quedaba la 0-I enfrente de la 0-XI, la 0-II frente a la 0-XII, la 0-VII y la 0-IX fronteras a las 0-XVII y 0-XIX, es decir, que dada una, no había sino aumentar o disminuir diez unidades al número romano de ella para saber cuál era la opuesta.

Análogamente, para saber cuál era la antípoda de otra cualquiera no ecuatorial bastaba tomar la designada por igual número arábigo indicador del paralelo, aumentar o disminuir en diez el romano correspondiente al meridiano, y cambiar la denominación austral por la boreal o viceversa; así, la carga opuesta a la 7-VI boreal era la 7-XVI austral; la antípoda de la 3-XVIII austral, era la 3-VIII boreal.

teña; por haber de vencer la resistencia del aire empleó cuatro cargas de dicho meridiano, y otras tantas de los dos inmediatos, en vez de una sola, que en el vacío, donde no hay resistencias, habría bastado. Por tener que luchar contra la gravedad no utilizó sino cargas australes situadas en el hemisferio más cercano a la Tierra; y su propósito de mostrarse sobre Buenos Aires, al amanecer de aquella noche, tan sólo a 25 kilómetros de altura, obligábala a descender paulatinamente, en la travesía, 75 de los 100 a que entonces estaba remontada, para lograr lo cual ordenó retirar la excitación de veintidós cargas inferiores, las más activas en la lucha contra la gravedad de las 121 hasta entonces opuestas a tal fuerza para elevar contra ella el novimundo.

Las diversas intensidades de excitación, según necesidades de la maniobra, se designaban en las órdenes de mando con las voces *inicial, leve, normal, fuerte, forzada y máxima*, correspondientes a impulsos capaces de imprimir en cada instante al autoestelar, en el vacío, aceleraciones de marcha de veinte, cien metros, uno, dos, cuatro y cinco kilómetros al segundo; con lo cual en pocos alcanzábanse velocidades que, teniendo en cuenta la acumulación de aceleraciones, resultaban muy superiores a las de los más rápidos planetas. En el aire, y luchando con la gravedad, eran muchísimo más reducidas, y variables con la altura y con el estado de la atmósfera. Pero no ha de olvidarse que las navegaciones atmosféricas serían lo excepcional para el motomundo, constituyendo breves etapas de sus travesías, semejantes a las de entrada y salida en puerto de los trasatlánticos, donde para él estaban los mayores peligros; mas con la diferencia de que ni María Pepa podía pedir práctico, ni habrían de dárselo aun cuando lo pidiera, para las maniobras en las atmósferas planetarias, en las cuales tenía que contrastar el reflujo poderoso de las atracciones de las gravedades propias de cada mundo visitado.

Inmediatamente que fué comunicada a Valdivia la orden anterior, comenzaron, la Capitana y sus acompañantes, a observar atentamente una esfera de 80 centímetros de diámetro, reproducción en miniatura del exterior del Autoplanetoide, sobre la superficie de la cual estaban encastradas, y numeradas del mismo modo que las cargas propulsoras de aquél, 382 cristalinas esferillas, de dos centímetros de diámetro, y llenas de vapor o más bien emanaciones de

amalgama de mercurio y estaño (1) extremadamente enrarecidas. Estas esferillas se hallaban en comunicación radioeléctrica con los tubos excitadores de las cápsulas de cinetorio de aquellas cargas propulsoras, realizándose la comunicación de modo tal que mientras una carga no sufría excitación, ni comenzaban, por tanto, sus disparos, incolora permanecía la correspondiente esferita del aparato a que nos referimos; pero en cuanto aquélla era excitada, iluminábase el interior de ésta con las vistosas luces de los tubos de Geisler; y al aumentar la excitación, tomaba los colores y estratificaciones luminosas de los rayos catódicos de las ampollas de Crookes (2); llegando, con el máximo de la vibración excitadora, a emitir rayos análogos a los X, que hacían fosforecer unas pantallitas de sulfuro de cinc inmediatas a cada esferilla.

Por último, en cuanto se iniciaban los disparos de las cápsulas de cinetorio, las esferillas se encendían y extinguían alternativamente con velocidades medidas por cinefotómetros de selenio (3). Estas velo-

(1) La adición de estaño al mercurio da a éste propiedades análogas, aunque menos intensas, a las del radio. (Experiencia de Le Bon.)

(2) Autor de los tubos de su nombre, en los que enrareciendo el aire mucho más que en las antiguas y conocidísimas ampollas luminosas de Geisler, cuya única utilidad era producir vistosos efectos, se observaron luminiscencias de un carácter nuevo, que condujeron a la producción de rayos catódicos, de electrones, anódicos de iones positivos, y al descubrimiento de los rayos Roentgen o X.

(3) El selenio, cuerpo simple, descubierto en 1817 por el eminente químico sueco Berzelius, es un metal cuya propiedad más curiosa, que comenzó a explotarse a finales del siglo XIX y principios del XX, es la inconstancia de su conductibilidad eléctrica, según esté el selenio más o menos alumbrado o a oscuras.

De ello resulta que cortando el flexible de una instalación de luz eléctrica—o de fuerza, o electrolítica—y empalmado los dos cabos de aquél a los extremos de pedazo de selenio lucen mucho las lámparas cuando el sol, por ejemplo, ilumina directamente el trozo—o cápsula—del extraño metal; menos si éste recibe luz difusa o artificial, y nada si se lo mantiene en la obscuridad.

¿Es decir, que la instalación luce cuando, por haber luz, no es necesaria, y se apaga en la obscuridad, que es cuando hace más falta?... ¡Pues vaya una utilidad la del selenio!

Y, sin embargo, como los señores electricistas son un poco brujos, han sabido arreglárselas de modo que en lugar de transmitirse directamente al alumbrado las veledades eléctricas del selenio, sea la corriente auxiliar de una pila o un acumulador la que las experimente. Así, cuando el selenio iluminado la permite circular levanta esta corriente secundaria un interruptor o llave de la instalación de alumbrado, cortando la corriente de éste, es decir, apagando las lámparas; y cuando el selenio obscuro interrumpe la corriente secundaria, la llave de dichas lámparas que ya no es retenida por ella,

cidades de oscilación luminica de las bolitas de cristal, lentas o rápidas en correspondencia con la intensidad y frecuencia de las descargas, median, pues, los diversos grados de actividad de las cápsulas propulsoras, y, en consecuencia, las velocidades impresas al Autoplanetoide.

Como, de otra parte, la dirección y sentido de la marcha estaban determinados en el universo por la situación de las cargas excitadas, el ingenioso aparatito daba cuantos datos era preciso conocer para el mando y gobierno del noviplaneta, respondiendo perfectamente al expresivo nombre de *Espejo de maniobra* que le había puesto la Capitana.

La idea madre de él era de María Pepa; pero planos, cálculos y vencimiento de las dificultades de ejecución habían sido obra del concienzudo Hauptt.

El novimundo llevaba seis espejos de maniobra: cuatro instalados, respectivamente,

establece la corriente principal y se encienden las bombillas. Con lo cual, el resultado, inverso del que primero se ha explicado, es que cuando el selenio recibe luz no luce el alumbrado, que se enciende en cuanto aquél se queda a oscuras.

A fines del siglo xx apenas había una ciudad en los países civilizados cuyo ayuntamiento no hubiera suprimido los faroleros del alumbrado público, en cuyos circuitos estaban instaladas cápsulas de selenio, que mientras duraba el día mantenían cerradas las llaves de los focos eléctricos, y al anochechar las abrían haciendo lucir éstos, cerrándolas de nuevo, para apagarlos, a los albores del amanecer. Y sin cobrar jornales, entre el sol y el selenio, hacían todo el servicio de los faroleros.

Mucho antes de esta mejora municipal, allá por el año 1910, ya se empleaba también el mismo metal en las boyas luminosas situadas lejos de los puertos, para encenderlas de noche y apagarlas de día; y se ensayaba igual procedimiento para abrir y cerrar las ventanas de las casas a la mañana y a la tarde; y se aplicaba en los ferrocarriles para evitar accidentes nocturnos, avisando a los maquinistas de cercanos riesgos; y se iniciaban otra porción de aplicaciones curiosas, útiles y cómodas.

El único defecto del selenio en los primeros tiempos de sus aplicaciones fotoeléctricas era ser demasiado calmoso y exigir tiempo relativamente largo para pasar del estado de actividad al de inercia eléctrica. Pero en el año 2186 había sido completamente corregido tal defecto; y los cinefotómetros del esférico espejo de maniobras funcionaban de modo que el selenio establecía y cortaba instantáneamente las corrientes eléctricas en las cuales estaban intercalados, produciendo mayor o menor número de chispas por segundo, y siendo este número el que medía el grado de excitación de las cargas.

Fotografiadas estas chispas en una película arrollada a un cilindro velozmente giratorio dentro de una máquina fotográfica, toda chispa marcaba una manchita en la película, quedando un espacio negro entre cada dos manchas contiguas. Y como la película, movida por un aparato cronométrico, corría con velocidad conocida, la distancia en ella existente entre las manchas daba la frecuencia por segundo de la excitación.

en la cabina Capitana, en la del oficial de derrota, en el despacho que en la Comandancia General tenía María Pepa y en la misma alcoba donde ésta dormía. Los dos restantes quedaban de reserva en almacenes, para echar mano de ellos en caso de avería de los instalados.

Por último, en cuanto se iniciaba la excitación de una carga anteriormente inerte, saltaba entre las dos brillantes bolas polares de un detonador Hertz (1) un chisporroteo característico y ruidoso, cesando sus crepitaciones a los veinte segundos. A la inversa, si era interrumpida la excitación de cualquier carga en actividad, la cesación de ésta se delataba por el chasquido estridente que un resorte metálico producía al desprenderse de imprevisto de un imán cuya atracción lo mantenía encorvado.

El objeto de este mecanismo era avisar a María Pepa, aun estando dormida, de cualquier variación de fuerza o rumbo, ocasionada por inadvertencia del oficial de cuarto, o por accidente.

A poco de transmitida a Valdivia la orden anteriormente transcrita, la Capitana y sus acompañantes oyeron el chisporroteo, y vieron encenderse las esferillas de las cápsulas que habían de entrar en actividad para que el novimundo comenzara a moverse lateralmente, en la atmósfera, en dirección a Buenos Aires. Al mismo tiempo se apagaban las pantallas fosforescentes de las cargas inferiores cuya excitación se había mandado retirar paulatinamente; y a medida que la iluminación de las esferillas tropicales (llámaselas así para abreviar palabras) se hacía cada vez más intensa, palidecían las australes hasta apagarse. Llegado tal instante crepitaron los chasquidos de extinción; y a quienes en el puente admiraban el espejo de maniobra les pareció que aquél se hundía bajo sus pies, experimentando la misma sensación de caída que en el propio momento alarmaba a Fairelo.

—¿Qué es esto?—gritó la Capitana—. No debíamos caer verticalmente, sino descender con insensible lentitud en la inclinada dirección de la marcha... Y, sin embargo, caemos.

El instantáneamente, con la presencia de ánimo de quien en trances graves sólo se preocupa con lo más apremiante, dejando para luego averiguar las causas de lo que

(1) Aparato productor de chispas engendradoras de las etéreas vibraciones conocidas con el nombre de *ondas hertzianas*, cuyo descubrimiento por el eminente electricista alemán fué inicial paso para el descubrimiento de la telegrafía y la telefonía sin hilos.

admite espera; con la tranquilidad del que conoce bien lo que entre manos trae, cogió el teléfono, y con serena y reposada voz mandó:

—Valdivia, reponga, sin pérdida de tiempo, la excitación recién suprimida en las cápsulas sur y en las veinte australes número 9. Ya he visto lo que quería ver—. Temiendo que no todos tuvieran nervios tan fuertes cual los suyos, no consideraba oportuno María Pepa enterar a Valdivia de la anormalidad por ella observada, mientras no fueran conocidas sus causas y remedios, si posible fuera, los efectos de ellas—. Y mantenga las excitaciones ecuatoriales que acabo de ordenar.

Cumplida la orden ascendió de nuevo el orbimotor; y en cuanto la Capitana estuvo segura de haber cesado el peligro de caída, se acercó a la parte del esférico espejo de maniobra donde brillaban doce ampollitas en su región central y dijo a sus acompañantes:

—Vamos a ver qué pasa aquí; pues aquí debe estar la explicación de lo ocurrido.

—Ya está visto, Pepeta: estas cargas no funcionan; nos falta su fuerza lateral, que en parte se opondría a la caída; y en cuanto disminuiste las australes que nos empujan hacia arriba, comensamos a caer.

—Es verdad; eso es—dijo Fognino.

Aunque María Pepa y Haupt habían ya visto lo mismo que Ripoll y Fognino, nada decían, pues más que con las deficiencias de funcionamiento estaban preocupados con el por qué de ellas. El entrecejo de la Capitana comenzaba a fruncirse.

Aristides, que no entendía jota de aquellas cosas, dijo:

—¿Será que, por algún defecto de aislamiento de los conductores, no llegue la corriente a las cargas?

—No, no es eso; la corriente llega, y los excitadores funcionan, puesto que están ensendidas las esferitas; pero las cargas no se excitan, ni disparan.

—¿Y en qué conoce usted todo eso?

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿No está usted viendo claro que las australes, las de abajo, se ensienden y se apagan, rápida e insesantemente, a cada disparo, mientras estas otras lusen sin interrupción?

—Sí, es verdad; pero...

—Pues en eso lo conosco. La cosa es bien sencilla.

—Bien. ¿Y eso es grave?

María Pepa, cuyo ceño se ensombrecía más y más, contestó entonces:

—Que por un accidente imprevisto no funcionara una carga no sería extraordina-

rio, aun cuando siempre raro, pues todas fueron probadas cuidadosamente antes de montarlas en el Autoplanetoide...

—De eso respondo.

—Una por una, y prolijamente—dijeron, a la par, Haupt y Fognino, que eran quienes habían realizado tales pruebas.

—Pero lo inconcebible—continuó María Pepa—es que de doce cápsulas inmediatas, y situadas en la misma región, no funcione ninguna. No es que sea grave, ni deba alarmarle, amigo Leblonde...

—No, no, yo no me alarmo; cuando entré aquí vine resuelto a todo... Además, tengo en usted plena confianza.

—No es que sea grave, digo, mas sí desagradable; y, sobre todo, inconcebiblemente extraño.

—Lo más preciso ahora es probar inmediatamente todas las cápsulas todavía no usadas—insinuó Haupt, leyendo claro en el pensamiento de María Pepa.

Y ésta, ya con la mano en la bocina telefónica, repuso:

—Esa es la orden que ya iba a dar... "Valdivia: excitación de todas las cargas del ecuador y de los paralelos 1, 2 y 3 inmediatos a él por encima y por debajo. Fíjese en que, siendo los impulsos de esas 140 cargas concurrentes hacia el interior del Autoplanetoide, éste soportará la fuerza de todas las descargas; y que, por tanto, no debe usted pasar, no obstante la solidez de nuestro mundo, de la excitación inicial, ni en ésta del primer grado."

A los pocos segundos toda la zona central de la esfera de maniobra apareció rodeada por siete cinturones de luces, cada uno compuesto por la luminosa irradiación de los rayos Geisler de sus veinte esferillas, siendo esto prueba de que la corriente eléctrica llegaba a todos los excitadores y de que éstos funcionaban. Aun cuando no lo hubiera revelado el aparato consultado, habría dicho el tenue pero visible resplandor verdoso, que quien mirara a las transparentes paredes del Autoplanetoide podía ver, envolviéndolo.

Todos aguardaban ansiosos el momento en que las esferitas cesaran de brillar con luz constante para cambiarla en intermitente centelleo, que debía revelar el momento en que la excitación eléctrica se transmitiera a las cápsulas y que se disparaban éstas. Pero pasaban los segundos, largos, larguísimos: diez, once... veinte... medio minuto que pareció media hora, y nada: los siete cinturones lucían serenos, sin el más leve parpadeo en ninguna de sus ciento cuarenta luces.

—Es inútil aguardar más—dijo sombría

y hosca María Pepa—. Interrumpa la excitación recién ordenada, manteniendo la austro—ordenó por teléfono; y volviéndose hacia sus amigos, prosiguió:—Ya está ahora claro que esto no es un accidente, sino un crimen que malograría nuestro viaje en sus comienzos, si quien lo ha preparado no tuviera que habérselas con María Pepa Bureba.

—¿Pero quién, quién?

—Eso es lo que hay que averiguar sin perder momento.

—Se averiguará, o poco he de poder, pero más adelante; pues lo apremiante ahora es acudir sin perder tiempo a remediar el daño.

—¿Pero tiene usted medios de reparar tan grave accidente?

—Sí, amigo Aristides. Lo tengo: gracias, en no pequeña parte, al previsor afecto de ustedes cuatro que me aconsejaron aumentar las reservas de los repuestos de propulsión.

—¡Ah! Sí. Cuando nos llegaron esos simpáticos compañeros de viaje con que nos ha obsequiado la ciencia yanqui. Apostaría a que algo tienen ellos que ver.

—Tiene razón Leblonde—dijo Fognino.

—Veo muy difícil que ellos hayan tenido posibilidad de estropear ciento cuarenta cápsulas, no estando en Paramillo cuando se fabricaron, ni al montarlas...

Además, es imposible... Sería infame y absurdo que el mismo que me salvó la vida... No, no...

Pero ya he dicho que de eso trataremos cuando no haya cosa más importante a qué atender. Vamos, vamos abajo; es preciso celebrar consejo en sitio donde estemos seguros de que nadie ha de oírnos. Vengan a mi despacho de la Comandancia. Venga también, Leblonde, pues, aun no entendiendo

de ciencia, nos ha probado usted que entiendo de otras cosas, y para usted no tenemos secretos.

¡Ah!, abuelito, y tú, Fognino, id lo primero a buscar las notas de las cápsulas de repuesto, que cargadas y listas para inmediato uso tengamos en almacén, así como de las descargadas y de las existencias de cinetorio. Mientras tanto, papá Ripoll, vas a hacer unas cuantas observaciones sobre Mendoza, Valparaíso y los faros del Pacífico, para saber exactamente dónde estamos; pues si sopla viento es probable que con él hayamos derivado, y necesito conocer nuestra exacta situación.

Cada uno se fué a cumplir su cometido, acompañando Aristides a Ripoll en el suyo, pues al francés se le iban desarrollando aficiones astronómicas, y porque hacían los dos muy buenas migas, por aquello de que, según frase del sabio barcelonés, de provenzal a catalán apenas si va nada.

En cuanto a María Pepa, antes de bajar a la Comandancia entró en la cabina de derrota, para dar a Valdivia las buenas noches *antes de acostarse*, encargándole que al llegar la hora del relevo diera orden al piloto entrante de mantener en igual grado la excitación de las mismas cargas, sin variación ninguna, hasta que ella subiera de mañana.

—A sus órdenes, mi Capitana. Y mil enhorabuenas por el hermoso triunfo de hoy.

—Muchas gracias, Valdivia. En ese triunfo tienen no pequeña parte, y en mi agradecimiento otra muy grande, cuantos me han ayudado ustedes a alcanzarlo.

—Mil gracias.

—Buenas noches.

IV

UN CONSEJO SENSACIONAL

Un cuarto de hora después los tres sabios y el provenzal llegaban al despacho donde, hojeando planos y cálculos, los aguardaba María Pepa.

Además de los datos por ella pedidos, había empeñado Fognino en que Hauptf llevara los partes de trabajo del taller de carga y prueba de cápsulas, y la relación del personal obrero que las había montado; pues consultando dichas notas podía saberse, cápsula por cápsula, quiénes habían sido los

operarios por cuyas manos habían pasado, y quiénes los montadores que las instalaron en la superficie del orbimotor.

Obedecía el empeño de Fognino a la idea de que habiendo embarcado en el moteotelar tres de los doce obreros del taller de manipulaciones radioactivas y montaje de cápsulas, tal vez estuviera entre ellos alguno de los que en el novimundo colocaron las cargas averiadas o defectuosamente instaladas, y en tal caso por él podrían obtener-

se indicios utilísimos sobre el primero y más interesante de los problemas que urgía resolver: el porqué las radiaciones de los excitadores no producían descargas en las cápsulas.

Este fué el primer punto puesto a discusión en el Consejo.

En avería fortuita no pensó nadie desde el momento en que no se trataba de una ni de pocas, sino de grandísimo número de cargas. Además, patente estaba que la inutilización de éstas había sido realizada con arreglo a plan sistemático e inteligente, más todavía, metódicamente científico, para idear el cual no bastaban la habilidad ni los conocimientos de un simple obrero, aun suponiéndole aventajadísimo. No: para planear aquella inutilización, que perseguía resultados por su autor bien previstos, hacía falta más: era precisa ciencia, y hasta *conocimiento de cómo y porqué se movía el Autoplanetoide*, cosa que al no haber sido revelada a nadie, exigía en quien la hubiera deducido de lo poco visto desde fuera amplias y hondas competencias en Física, Mecánica y Radiactividad; hábitos de estudio y de cálculos en tales disciplinas, e inteligencia no común. En suma, que aquello era forzosamente obra de un sabio.

Porque el autor de la hazaña sabía bien lo que había hecho al preparar una avería que, no pudiendo ser advertida antes de zarpar de Paramillo, donde fácilmente habría sido reparada, privara al Autoplanetoide, después de remontado, de posibilidad de tomar rumbos en direcciones laterales, a no ser combinando gran número de cargas muy alejadas del ecuador, con pérdidas de fuerza, y consumos de cinetorio muchísimo mayores de los requeridos en normales circunstancias, y haciendo soportar al novimundo encontradas presiones excesivas que fatigarían su armazón, con riesgo de quebrantaría al cabo en peligrosos términos (1).

El resultado, en suma, de la inactividad de las cargas substraídas o inutilizadas era que el orbimotor podía subir y bajar, pero no moverse a los lados, ni dirigirse a parte alguna, ni resistir el viento; y en tal situación (bien prevista por el hábil autor del

atentado), la alternativa en que verosíblemente se propuso poner a la Capitana era clara y lógica: o descender en seguida a la Tierra, o mantenerse en la atmósfera durante la reparación de una avería que por quien ignorara—y lo ignoraba todo el mundo menos María Pepa y sus abuelos—el sigiloso embarque de grandes reservas de cinetorio, debía reputarse irreparable.

Lo primero era fracasar ruidosamente, pues unos darían crédito a la realidad de lo ocurrido y otros atribuirían el descenso a deficiencias en la construcción o en el gobierno del Autoplanetoide, con desprestigio inevitable de su inventora y piloto, y tal vez resistencia del pasaje a volver a embarcarse después de descender, o a mantenerse en la atmósfera durante la reparación. Además este último partido parecía punto menos que inadmisibles, por obligar a prolongar días y días la lucha contra la gravedad; con derroche tremendo de cinetorio, que acaso no bastaran a afrontar las reservas, y con probable riesgo de que el fin de la aventura fuera una horrible caída del novimundo que contra el suelo del mundo viejo lo estrellara.

Efectivamente, cuatro o seis horas de ascensión, a velocidades comprendidas entre diez y veinte kilómetros por segundo, le habrían bastado a María Pepa para llegar a punto donde pudiera el novimundo despreciar la gravedad. Más aún: en esas pocas horas las fuerzas en el ascenso consumidas irían siendo, por momentos, menores, pues conforme ganara el Autoplanetoide altura menos pesaría, menos tiraría de él la Tierra; y, a la inversa, con mayor energía sería, de segundo en segundo, atraído, en dirección opuesta a la gravedad terrestre, por las acciones gravitatorias del Sol y de la Luna, hacia uno de los cuales, o hacia ambos, se iría acercando en la subida: hallando en tales atracciones fuerzas que se sumaran a la propia del orbimotor para contrarrestar la gravedad terrestre.

Pero en lugar de escasas horas de fácil lucha con sucesivos decrecientes pesos del noviplaneta, había éste, ahora, de perder días y días suspendido a pequeña altura de pocos centenares de kilómetros, sosteniendo, a fuerza de potentísimas descargas de cinetorio, no los veinte millones de toneladas de su peso en la superficie de la Tierra, pero sí los diez y seis millones de ellas que pesaría al llegar entre trescientos y cuatrocientos kilómetros de elevación; y aun así reducido, no era tal peso para despreciado. En cuanto a remontarse para ganar altura donde, con la disminución de la pesantez,

(1) Tales presiones serían las procedentes de las fuerzas concurrentes no dirigidas en el rumbo definitivo.

Cierto que esto mismo ocurriría en el actual momento, en que para sobrepujar la acción de la gravedad se empleaban, no una, sino muchas cargas; pero esto, admisible, por inevitable, y de un modo rápidamente transitorio, al entrar y salir en los mundos, no podía constituir régimen normal de manobra en los espacios siderales para toda la duración del viaje.

fuera menor el esfuerzo del sostenimiento, parecía temerario; pues, si al cabo no podían repararse los desperfectos, era prudente reservar provisiones de cinetorio capaces de atenuar la fuerza de la final caída, para que no degenerara de descenso en catástrofe: tanto más temible cuanto más exagerada e inconsideradamente se aumentara la altura desde la cual pudiera realizarse.

Todo esto se discutió en primer término en el Consejo, llegando los sabios al acuerdo de que aun siendo el gasto de cinetorio mucho mayor a escasa altura, no convenía, sin embargo, pasar de la actual para llegar a la de 300 kilómetros, y pronunciáronse decididamente por el *statu quo*: no bajar más, pero subir tampoco: emprender la reparación, si era posible, manteniéndose a la altura en que estaban.

María Pepa, que en cuanto se dió cuenta le la avería reconoció que a no haber aumentado secretamente por consejo de ellos la reserva de cápsulas, la única salida del conflicto habría sido inmediato descenso, callaba y oía atentamente a uno y a otro, tomaba notas, y nerviosa golpeaba el suelo con el pie cada vez que la hablaban de bajada o caída.

Convinieron los tres sabios en que si, gracias a aquellas reservas supletorias, no llegaba la situación a desesperada, era indudablemente difícilísimo e inseguro el reemplazo por nuevas cargas de las 140 inútiles, dado que más no hubiera; que era la empresa larga y sumamente peligrosa; pues si con las facilidades de que en Paramillo, y con el Autoplanetoide fijo, se disponía para el trabajo, y con una docena de hábiles operarios, se había tardado cinco días en montar 382 cápsulas, ¿qué no tardarían en montar las 140 los tres únicos obreros que de aquellos doce habían embarcado, habiendo de trabajar colgados de una esfera oscilante en los aires a 100 kilómetros de altura?... Por corto, y suponiendo voluntad en los tres de arrostrar los arriesgados imprevistos azares de tan extraordinaria faena, que no era poco suponer, de diez a doce días.

—Imposible—exclamó la Capitana al oír a Hauptf formular tal conclusión—. De la nota de existencias que me habéis traído resulta que el enorme gasto de cinetorio en ese plazo nos dejaría a merced de cualquier leve accidente, e imposibilitados desde luego para ir y volver al más cercano planeta.

—Además—observó Fognino—hay un punto interesante del que aun no hemos hablado.

—¿Cuál?

—El de si los obreros que tenemos a bordo son utilizables.

—Desde luego—contestó Hauptf—, son los más hábiles de los talleres de carga y montaje.

—Eso ya lo sé: así se hacen pagar el viaje; pero no hablo de su competencia ni de su destreza.

—Pues entonces, ¿de qué?

—Muy sencillo: es probable, casi seguro, que la substracción o inutilización de las cargas no habrá podido hacerse sino en connivencia con uno o varios de los obreros que las montaron; y si entre ellos estaba alguno de esos tres, de que ahora disponemos, sería imprudente emplearlos en la reparación.

—Claro.

—Naturalmente.

—Pues en tal caso tendríamos menos operarios aprovechables y aumentaría el tiempo preciso para la compostura.

—Verdad, verdad.

—Tiene razón Fognino.

—¡Sapristi, está claro!; en tal caso no se podría contar con esos hombres.

María Pepa oía, reflexionaba y seguía silenciosa.

—Por eso he traído los partes de trabajo. Tú, Hauptf, mira en seguida quiénes montaron esas cargas tórridas que resultan heladas. No sé por qué sospecho que ahí ha de andar la mano de Dick el mudo.

—No lo creo. Debes recordar que, siendo las cápsulas australes las más delicadas, a causa de las forzadas cargas de que hubo que proveerlas, como destinadas a trabajar contra las gravedades de todos los planetas, en el montaje de ellas hemos empleado siempre a Dick, con preferencia a los demás obreros por ser el más inteligente de los nuestros. Y como las cápsulas estropeadas no son esas, sino las ecuatoriales...

—Sí, muy inteligente. Ya lo he advertido. Acaso demasiado. Tanto, que quién sabe si el operario no es disfraz en que se esconde un ingeniero.

—¿Fundas en algo esa sospecha?—preguntó vivamente la Capitana.

—En antipatía, en él afeja—contestó Hauptf—, ni justificada ni suficiente para acusar a nuestro más útil auxiliar. Estoy casi seguro de que no ha tocado ninguna de las cargas averiadas.

—Estás equivocado, Hauptf; ni acuso ni me dejo llevar de irreflexivas prevenciones. Pero acabamos de reconocer que para armarnos esta jugarreta no basta la inteligencia, aun suponiéndola grande, de un mero

obrero; y como entre los que han colocado las cápsulas tenemos uno *excepcionalmente hábil, extraordinariamente competente*, acaso demasiado para su educación y clase, veo y señalo la coincidencia: nada más. Si estás efectivamente seguro de que Dick no ha tocado las cargas estropeadas, retiro mis desconfianzas; pero, en caso contrario, vale la pena de ponerlo en claro.

—Tengo certeza de que normalmente estuvo dedicado Dick a las cargas australes; mas por si acaso trabajó por excepción algún día en otra zona, sin que yo lo recuerde, voy a mirar los partes... Nada: ni un día, ni una hora. No ha tocado esas cápsulas.

—Pues no he dicho nada... Y eso que todavía no, mientras no veamos si no intervino antes del montaje en la confección de esas cargas.

—A eso puedo responder categóricamente, y tú también, Fognino; pues sabes que, por las mismas causas antes expuestas, no se cargaron en el taller de Dick sino las cápsulas que habían de cebarse con carga reforzada.

—Es verdad, es verdad. Tiene razón Hauptt. No hablemos más de esto.

—Bien—dijo María Pepa—. Pero ¿y los otros dos obreros que tenemos a bordo?... Haz el favor de consultar los partes, abuelito.

—Leonardo: ... día tres, cuatro...; paralelos seis y siete... Nada, tampoco está. Matías... ¡Ah! Paralelos 2 y 3.

—Ese, ese—dijo Ripoll—. Nos hemos fastidiado: ya no podemos disponer más que de dos operarios.

—No, papá Ripoll: no lo preguntaba por eso; pues, culpable o inocente, no podemos pasarnos sin sus servicios en la presente urgencia.

—¿Cómo? ¿Se atreverá usted a emplear en tan delicada empresa a un hombre en quien no tenga confianza; que ya una vez...?

—Sí, amigo Leblonde, porque si fué realmente culpable, esa vez trabajaba para obligarme a volver a la Tierra contra mi voluntad, sin correr él peligro; probablemente sobornado con dinero que ya tiene en el bolsillo y no ha de perder por ayudarme hoy; mientras que ahora trabajará persuadido de que no vuelve vivo al mundo sino cuando yo quiera, y con plena certeza de que si pretende engañarme él será el primer castigado, porque forzosamente habrá de estrellarse conmigo.

—¡Ah!

—Y no creo sea para él suficiente consuelo pensar que de igual modo volveríamos todos. No, no es eso lo que me preocupa: ami-

go o enemigo, nadie aquí tiene libertad para faltar a su deber ni desobedecerme, y todos me obedecerán; pero, inocente o culpable, ese Matías ha montado algunas de las cápsulas averiadas, las ha manejado y es posible que interrogándole demos con indicios de la causa de la avería; quién sabe si con medio más rápido, o menos peligroso, de remediaria que el de cambiar las 140 cargas.

Y tocando un timbre agregó:

—Es preciso llamarlo sin perder momento. Soledad—dijo al acudir a su llamada la doncella, elegantísima con su uniforme de Teniente de la Escolta—, ve tú misma al alojamiento de los operarios, haz que despierten a Matías, y tráelo acá inmediatamente. Pero con suavidad; sin hacer ruido ni emplear la fuerza sino en último extremo.

Un cuarto de hora después comparecía el obrero ante el Consejo.

El interrogatorio no merece transcripción detallada, pues de él no se sacó fruto de provecho. En cuanto a la impresión que en todos produjo el obrero fué la de ser un buen hombre; mas no bastando esta apariencia a dar certeza de que no hubiera sido, por alguien, sobornado, se resolvió vigilarlo en adelante. De lo que no quedaba duda era de que ni sus conocimientos ni sus capacidades sobrepujaban las corrientes en un buen mecánico; y que de tener parte en la fechoría, sería como instrumento, pero no en modo alguno como inventor de ella.

—Y en esa duda, ¿te atreverás a valerte de él?—preguntó Fognino.

—Lo mismo que de sus compañeros; no voy a prescindir de uno cuando tres no me bastan.

—Pues, Pepeta, si tú misma dices que todos no te bastan, me parece perdido gastar tiempo en calentarnos la cabeza.

—No me bastan, no me bastan...—replicó impaciente María Pepa—. Por ahora no me bastan, pero...

—¿Por ahora?... Pues como no haga un milagro la Madona, cuantas más horas pasen y más fuerza gastemos menos te bastarán.

—Mira, hija mía, yo creo que lo más cuerdo es tomar las resoluciones antes que el tiempo las imponga, y para mí no hay otra que volver a Paramillo.

—¿Volver a Paramillo?—saltó María Pepa cual si sintiera la picadura de una víbora.

—Únicamente allí tenemos los recursos necesarios para componer el Autoplanetoide—insistió el sesudo alemán.

—¿Volver a Paramillo?... ¿Antes de haber pisado otros planetas?... Puede que sí, pero para eso tendrán primero que sublevarse el

pasaje y la guarnición, atarme después, y... Y no les va a ser fácil.

—Pero ¿no has dicho que no puedes?

—No puedo hoy, pero podré mañana; es imposible que no pueda.

—Pero hija mía...

—*Mon amie*.

—¿Sabes siquiera cómo vas a...?

—Sé que quiero; que quien sabe querer debe poder. Sé que mi orbimotor no ha nacido para globo cautivo; que ni es un misero aeroplano ni ha levantado el vuelo para volver a la Tierra después de un paseillo por los aires, sino para subir por cima de la atmósfera. Sé que habiendo salido de los Andes para los planetas, a ellos llegará como Dios no se opongá... Y lo que nos ocurre no es obra de Dios, sino de miserables criaturas.

—Pero...

—Atiende.

—Pierden el tiempo, amigo Leblonde; ni usted ni ellos la conocen todavía. Ha dicho que va a los planetas, y va. Esté usted seguro. ¿No sabe usted que es de Saragosa?

—¡Pero supongo que tendrás un plan!—dijo Hauptt—, porque si no, ese tesón no sería energía, sino...

—¿Obstinación, verdad?

—Tú lo has dicho.

—Pues bien; puedes estar tranquilo. Creo entrever un plan con el cual pienso solventarlo todo en tres o cuatro días.

—¿Cuál?

—¿De qué modo?

—No he dicho que lo tenga, sino que creo tenerlo; pero necesito madurarlo rumiando unas cuantas ideas que me trotan en la cabeza; me es preciso reflexionar hondamente, meditar ese plan y, de ser viable, ultimar sus detalles. He de pensar qué le diré al pasaje cuando a la luz del Sol vea al Autoplanetoide convertido en una pobre boyá. Y como para todo esto no me sobra

un minuto de las cuatro horas que hasta el amanecer me quedan, se ha acabado el consejo; y mañana a las seis volved aquí los cuatro.

Y dando un beso a cada abuelo y un apretón de manos a Leblonde, puso a todos, con mucha suavidad, pero con gran firmeza, a la puerta del despacho.

—*¡Parbleu!*—salía diciendo Aristides—. *Cette fille est le plus brave homme que j'ai connu.*

En cuanto María Pepa se quedó sola, examinó el espejo de maniobra instalado en el despacho; y una vez cerciorada de no ocurrir en ella variación ninguna, se sentó a la mesa, y, cogiendo las notas de almacenes, comenzó a trabajar.

A las cinco y media de la madrugada, terminada su faena, llamó a Soledad—que dormía profundamente en una butaca de la inmediata habitación, y aun diré que roncaba si los lectores le guardan el secreto—encargándole que enviara con urgencia a buscar a Santiago el maquinista y a Pedro el fogonero, con quienes quería hablar al salir del baño, donde iba a meterse; que igualmente avisara a Valdivia y a todos los pilotos, menos al de cuarto, convocándolos para las seis en la Comandancia.

Mientras sus órdenes eran ejecutadas, tomó un baño progresivamente fresco, con cuya acción tonificante quedó tan descansada, ágil y ecuaníme cual si en su cama y durmiendo tranquila hubiera pasado aquella larga noche de preocupaciones, inquietudes e intensísimo trabajo, en el que habían colaborado la ciencia de la sabia, el valor de la capitana y la política prudencia de la gobernante. Y a despecho de fatigas, insomnio y cavilaciones, estaba tan guapa como siempre: no, más guapa que nunca, según aseguraron cuantos tuvieron la fortuna de admirarla en aquel memorable día que comenzaba a alborear.

V

DE CÓMO SARA OYE "CON SUS PROPIOS OJOS" CUANTO HABLA MARIA PEPA

Aun prescindiendo de las dificultades técnicas del problema planteado por la inutilización de las cargas, complicábanse en el conflicto que la Capitana debía resolver con otras de diverso orden, y de posible surgimiento en una ciudad, como Noviópolis, for-

mada de allegadizas gentes de todas razas y nacionalidades, juntas no más desde la vispera, sin lazos de fraternidad, ni amor, todavía no nacido, a aquella nueva patria, cuya no más desde pocas horas antes.

¿Qué actitud tomarían tripulantes, obra-

ros, guarnición, y hasta las mismas arísticas representaciones de la ciencia terrestre, al enterarse de que en el crítico momento de emprender un viaje peligroso cual ninguno sobrevenía un accidente grave?

Los terrores que el pasaje había sentido al cerrar la tenebrosa noche, los despertados en los más pusilánimes con el alejamiento de la Tierra, solamente encubiertos por la confianza de que el Autoplanetoide obedecía perfectamente a la voluntad de su Capitana, ¿no estallarían peligrosamente al enterarse del contratiempo?... ¿Y sería el prestigio de María Pepa suficiente a afrontar, a la vez que el problema técnico, las consecuencias de un posible pánico cuando el pasaje se enterara de una avería llegada antes de haber tenido ella tiempo de demostrar su pericia en unos cuantos días de navegación tranquila?

Todas estas preguntas se había hecho nuestra heroína tan pronto tuvo planeado el modo de componer el daño hecho en las cargas; y como las respuestas que a ellas daba la lógica no eran, por cierto, tranquilizadoras, preocupóse en buscar, para cada uno de los presuntos riesgos, remedio, paliativo o prevención. Si al cabo de aquellas cuatro horas de intenso discurrir tenía, cual pensaba, solución para todo, no las había perdido; y no era leve la labor hecha en ellas.

Todavía andaba dando vueltas en su magín a los detalles de sus planes, cuando entró Soledad, avisándola que afuera aguardaban ya Santiago y Pedro.

—¿Se ha enterado alguien de su venida?

—No, señora. Han entrado por la puerta trasera; y los pocos pasajeros que por las calles andan ya no los han visto; pues, ansiosos de contemplar la Tierra, están todos en el balcón del *bulevar* exterior, aguardando a que el Sol recién salido disipe la neblina que la oculta.

—Bien. Cuando se vayan, que procuren hacerlo sin ser tampoco vistos. Ahora llévalos a tus habitaciones, y aguardadme allá. Voy en seguida.

Salió la Jefe de la Escolta. En poco más de dos minutos acabó su tocado la Capitana; pasó al despacho, tomó de una panoplia un diminuto pero terrible revólver químico, se lo echó en el bolsillo de su calzón holgado, y por un pasillo comunicante con el cuarto de su doncella—pues el ingreso de Soledad en la carrera militar no fué óbice para que conservara el íntimo cargo que junto a María Pepa desempeñaba—se dirigió a la habitación donde sus tres fieles servidores la aguardaban, y les habló en los siguientes términos:

—Contestadme clara y brevemente, pues tengo mucha prisa. No os pregunto por vuestro valor y lealtad, ya los conozco; pero tú, Santiago, ¿tienes absoluta confianza en todos los soldados, oficiales y clases de tu compañía?

—Creo conocerlos bien a todos..., es decir, a casi todos.

—No me gusta ese casi; pues tal vez pronto sea preciso ponerlos a prueba, y no quiero someter a ella a los vacilantes en bríos o adhesión.

—Los cincuenta son gente escogida, y todos españoles o hispanoamericanos; pero entre muchos siempre tiene que haber algunos más flojos que otros... Unos seis a siete...

—Aparta los doce más dudosos, y ponéndolos a las órdenes del alférez o sargento más torpe y de menor confianza, empléalos hasta nueva orden en el cuartel, ponderándoles reservadamente la prueba de confianza que con ello les das, por ser quienes, entre todos, te la inspiran mayor para guardar el almacén de municiones.

—¡Los más flojos guardar las municiones!

—Sí; no te asustes, y oye: esas municiones no serán las que ahora tienes; porque éstas se las vas a enviar a Soledad en cuanto llegues al cuartel, haciendo que las traigan Pedro y los tres soldados más fieles. Debes tener seis cajones, y como se ha advertido que los cartuchos están estropeados...

—No, señora; respondo de que están en buen estado; ayer mismo...

—No sabes lo que dices. Están en buen estado para ti y la gente de confianza, pero no para los dudosos.

—Soledad cambiará esos cajones por otros seis, con los que volverá Pedro al cuartel; y en cuanto los recibas, repartes a tu compañía las municiones del que vaya marcado con el número uno. Pero, fíjate bien: distribuirás las dos primeras tongadas de cartuchos a la gente sospechosa encargada de custodiar el cuartel y los cinco restantes cajones de municiones. El resto de las del primer cajón, es decir, la tercera y siguientes capas de cartuchos, se las darás a los soldados de confianza.

Mientras Pedro va al cuartel y de allá vuelve con los cajones, tú, Soledad, con dos muchachas seguras y poco charlatanas, sacarás del almacén de la Comandancia seis cajas de cartuchos vacíos, que recargarás con todo esmero.

—Sí, entendido—contestó la sevillana—. Con agua los cinco cajones y las dos primeras capas del cajón número uno, y con clo-

romorriaguina las de debajo, que han de entregarse a los más leales.

—¡Ah!—dijo Santiago.

—¡Oh!—exclamó Pedro, poniendo gran admiración, uno y otro, en el ¡ah! y en el ¡oh!, y contemplando, ambos embobados, al ama y a la criada.

—Veo que sigues comprendiéndome antes de que hable—dijo sonriente María Pepa.

—Ya entiendo, ya entiendo, señorita—dijo Santiago.

—No muy de prisa—le contestó burlona Soledad.

María Pepa, sin poder contener la risa, agregó:

—La única consigna de esa tropa escogidamente mala es defender el cuartel y las municiones inofensivas, que no harán daño a nadie, con las inútiles de sus fusiles. Los treinta y ocho hombres restantes, provistos de armas eficaces, los dividirás del siguiente modo: cuatro, a las órdenes de Pedro—éste era sargento—, custodiarán la entrada del almacén de cinetorio y taller de recarga de cápsulas. Tú, Pedro, cuando llegues allá, dejarás a la puerta la fuerza, entrando tú para ponerte a las órdenes del señor Fognino. Una vez dentro, no perderás de vista a los tres obreros que allí trabajan; al primer movimiento sospechoso de ellos contra el señor Fognino, llamarás a tu tropa; y si ni aun de esto te dieran tiempo, dispararás al aire esta pistola. No te asustes, porque caeréis dormidos cuantos estéis en la habitación; pero como produce, al disparar, un violento silbido que se oírán en todo el Auto-planetoide, en seguida acudiremos en auxilio vuestro para sacaros al aire libre. Pero no se te ocurra dispararla sino en caso de que tú y el señor Fognino os veáis perdidos. Como él tendrá demasiado que hacer para ocuparse de su seguridad personal, tú me respondes de que nada malo ha de ocurrirle.

—Descuide la señorita.

—En ti confío. Tú, Santiago, enviarás ocho hombres a la central eléctrica para que allá se pongan a la disposición del ingeniero jefe de ella y no permitan acercarse al edificio a quien no sea operario de la central. Otros seis constituirán una guardia de prevención en el cuartelillo de los obreros, sin consentirles juntas, discursos ni sofismas. Como no tienen armas y no pasan de veinte, seis soldados armados sobran para meterlos en cintura si es preciso. Pero elige para mandarlos quien, siendo listo y enérgico, no sea violento, pues no quiero apelar a la fuerza sino en caso absolutamente inevitable. El resto de la compañía, a tus inmediatas órdenes, la alojarás aquí, en los

bajos de la Comandancia, como reserva para acudir donde sea necesario y disponga el señor Ripoll, a quien te presentarás. ¿Quedas bien enterado?

—Sí, mi Capitana.

—Ten en cuenta que como la faena y las precauciones durarán varios días, debes organizar un turno de servicio y dos de descanso, para que la tropa esté siempre fresca y disponible. Además, por si fuera preciso exigirle gran derroche de energías, irás con este vale a pedir al señor Chu-Fo unas cajas de comprimidos de cafeína y fósforo que, de postre, y después de la cápsula de la comida de mediodía, darás a tus hombres; con lo cual valdrá por dos cada uno. ¿Listos, verdad?

—Sí, señora.

—Pues a la faena. A las nueve ha de estar ejecutado cuanto he dicho.

—Estará.

Salieron Santiago y Pedro, y, volviéndose a Soledad, dijo María Pepa:

—Tu novio es un buen chico y todo un hombre.

—Mi novio, mi novio...

—¿Cómo? ¡Otra vez torcidos!... Eso es el cuento de nunca acabar... Pero no hay tiempo ahora para ocuparse de eso... Oye, ¿tienes absoluta confianza en todas las chicas de la escolta?

—Como en mí misma. Yo he sabido escoger mejor que ese inocente de Santiago.

—¿Otra pulla? Mal andáis por lo visto... Pero ¿en todas?

—En todas. Mis veinte muchachas no tienen para un bocado con sus cincuenta hombres.

—Bueno, no hagáis la prueba por ahora—dijo María Pepa soltando la carcajada—. Pero si a tal punto confías en ellas, podrás responderme también de que nadie, fuera de los pilotos, de mis abuelos y el Sr. Leblonde pisará el puente ni los ascensores que a él conducen, ni entrará en la Comandancia sin expresa autorización mía.

—Claro que respondo.

—Bien; pues entonces... Pero ya deben estar ahí Valdivia y sus oficiales... Hazles entrar en el despacho, y diles que allá voy. ¡Ah! Me olvidaba. Como en el piso bajo va a alojarse una sección de Santiago, con la que tus muchachas no tendrán para medio bocado, bueno será que no se acuerden de que esos chicos están ahí ni les dé idea de hacer boca con ellos mientras encuentran cosa de más jugo. No les tolerarás, por tanto, la menor comunicación, cercana ni lejana. No quiero que la gente se distraiga de su deber en los presentes momentos.

—No comunicarán. Puede usted estar tranquila.

—Ahora despacha, lo primero, la carga de cartuchos para cuando llegue Pedro. En seguida monta centinelas en el puente, la subida a él y la Comandancia; y cuando eso esté hecho preséntate al señor Haupt, que estará en mi despacho, y a quien en cualquier urgencia de momento pedirás instrucciones, obediéndole como a mí misma.

—Pero ¿y usted?

—Yo tengo que hacer en otra parte.

—¿En otra parte?

—Sí; dentro de un rato tendré que salir de la Comandancia.

—¡Ah!... ¿Va usted a los talleres?

—Sí... Justo, a los talleres. Anda, anda; dí que pasen los pilotos... Creo que oigo la voz de mi almogávar y la de Haupt. Que entren con los otros.

Efectivamente, en aquel momento llegaban al antedespacho los abuelos de María Pepa y el amigo Aristides.

—Pasen, pasen ustedes todos—dijo ella saliendo a su encuentro—. Siéntense, amigos míos—. Y en un aparte preguntó a Valdivia:—¿Quién queda de cuarto?

—Ramírez, el segundo oficial.

—¿De toda confianza?

—Absoluta.

—Bien; mas de todos modos, mientras yo hable, no pierda usted de vista el espejo de maniobras.

Todos se sentaron, quedando reunidos Valdivia y sus cuatro subordinados, a quienes se dirigieron la mirada y el ademán de la Capitana al comenzar a hablar.

—Convoco a ustedes para informarlos de un asunto grave que estos otros señores ya conocen. Todos ustedes son hombres de firme corazón, bien demostrado al ponerse a mis órdenes en el presente viaje. A esa firmeza de ánimo, a la prueba de confianza que me han dado al embarcarse, y a la leal discreción de ustedes, me dirijo para decirles lo que tendré cuidado de ocultar al pasaje. Estamos en peligro.

Para tomar el pulso, con la mirada que en sus rostros clavó, al temple de aquellos hombres que eran sus inmediatos auxiliares, hizo a intento María Pepa una pausa después de dispararles a boca de jarro el escopetazo de la noticia; y cuando vió que, pasada la primera inevitable contracción producida en sus semblantes por la sorpresa de ella, permanecían impasibles, prosiguió:

—Del peligro, que no he de recatar a hombres avezados a desafiarlo, tengo certeza de salir bien con la ayuda de ustedes. Más cuando leo en sus rostros, al informarlos

de él, que son capaces de afrontarlo con ánimo sereno y de vencerlo con libertad de espíritu. Creo que no me equivoco al contar con ustedes para todo...

—Para todo, para todo—respondieron resueltamente los interrogados.

—Pues bien, señores, tenemos una avería perfectamente remediable, ocasionada, no sé aún por quién, con criminal propósito—continuó María Pepa, que seguidamente enteró a su oficialidad, aunque disimulando un poco la importancia del percance, de cuanto el lector sabe. Y terminó su breve narración con las siguientes palabras:

—Si después de conocer la situación tienen ustedes la plena confianza que yo tengo en mi pericia para el gobierno del aparato que he creado; si me obedecen sin el menor recelo en el éxito final de mis disposiciones; si me secundan ciegamente, con entusiasmo y fe, respondo de todo; mas les advierto que exigiendo el remedio del daño que nos han causado, no horas, sino cuatro o cinco días, no han de sentir ustedes durante ellos dudas ni temores; pues la vacilación de uno puede significar muerte de cuantos a mí y a ustedes, que me ayudan, han confiado sus vidas.

Varias veces, durante esta parrafada, vibrante, con valiente confianza, estuvo a punto de manifestarse en calurosas protestas la que inspiraba a la oficialidad su Capitana y otras tantas la contuvo María Pepa, imponiendo silencio con majestuoso y sereno ademán autoritario de brazo y mano, hasta que al cabo estalló el entusiasmo en repetidos vivas a "nuestra Capitana" y en efusivas ofertas de absoluta obediencia y ciega lealtad: sin distinguos ni plazos. Todo ello con voces que acalló la aclamada indicando a sus subordinados que, agradeciendo entrañablemente su adhesión y levantado espíritu, les suplicaba no los manifestaran tan ruidosamente; pues el percance debía mantenerse secreto al pasaje, mientras llegaba oportuna sazón de informarlo de él, en la parte que la prudencia permitiera revelar sin riesgo de terrores, que actualmente podrían ser de incalculables consecuencias. Y advirtiéndoles, por último, que no bastaba fueran valientes y serenos, si, a la par, no eran discretos y reservados; pues por algo se dice vulgarmente que las paredes oyen.

Después de esto les reiteró las gracias, despidiéndolos con efusivos apretones de manos, y encargándoles subieran a la cabina de cuarto, adonde en breve iría Valdivia a comunicarles instrucciones sobre el modo

de montar el servicio en las anormales circunstancias del momento.

En cuanto se quedó sola con Leblonde, Valdivia y sus abuelos, les explicó el plan que había formado durante aquella madrugada, aquí omitido porque en breve lo veremos puesto en acción, y porque ahora nos urge trasladarnos al alojamiento del matrimonio Sam-Fairelo, en donde ocurren cosas interesantísimas.

Al rayar el día levantóse Alvaro de la cama, e invitó a Sara a acompañarle al balconcillo que circundaba la ciudad para ver la salida del Sol y contemplar la Tierra desde aquellas alturas, contestándole ella que por durarle todavía la indisposición de la víspera no la apetecía levantarse tan temprano.

Galantemente, quiso él prescindir del interesante espectáculo, quedándose junto a ella, que rechazó la oferta con insistencia, donde Alvaro no vio sino deseo de no privarle de placer tan atractivo como nuevo; pues no tenía motivo para sospechar tuviera Sara positivo empeño de quedarse sola, como lo consiguió, convenciendo a su marido de que para dormir otra hora o dos, que era lo que más deseaba, no le era necesaria compañía.

Salíó al fin Alvaro, y tan pronto la yanki estuvo bien segura de que no volvería, saltó descalza de la cama, corrió a un espejo, rematado en la parte inferior por ancha cornisa de madera tallada, e, introduciendo en un hueco de ésta una llavecilla, hizo girar la moldura alrededor de bisagras ocultas en la talla, dejando al descubierto un cajón, en el muro vaciado, de medio metro de largo por veinte centímetros de alto y cuarenta de profundidad.

Dentro de él estaba un extraño y singular aparato receptor de telefonía, cuyo electroimán, en vez de atraer y repeler la placa vibrante del auditivo del teléfono ordinario, que con sus sacudidas reproduce la voz que actúa sobre la placa transmisora de la bocina donde se habla, hacía variar la intensidad de la corriente que un acumulador lanzaba por un alambre comprendido entre los polos de otro electroimán. Las variaciones que así sufría la corriente dependían en cuantía y duración de las inflexiones de la voz o del ruido que en la estación de origen determinaba la vibración telefónica llegada al receptor.

Pero esta corriente, variable por tal causa, alimentaba una pequeña bombilla eléc-

trica, del tipo en el siglo XX conocida con el nombre de Válvula Fleming (1), con lo que las inflexiones de la voz, trocadas en ondulaciones eléctricas a lo largo del alambre conductor, convertíanse a la postre en oscilaciones rápidas, y más o menos amplias, más o menos ricas en diversificadas tonalidades, de los colores elementales existentes en la luz compuesta de la lámpara. Mediante tales cambios de intensidad y color, hablaba la luz: en silencio, claro es, mas no en secreto, pues en la superficie de una película, sensible a todos los colores y autofijativa, situada frente a la bombilla quedaba registrado fotográficamente aquel lenguaje luminoso con variados signos, diversamente coloreados, que en la película trazaban una multicolor escritura, tan incomprensible para quienes antes de 2186 lean esta obra como para el autor de ella, pero que de corrido interpretarán en los tiempos del viaje planetario todas las personas verdaderamente cultas, por hallarse incluida su enseñanza en los programas de universidades y escuelas superiores, con los nombres, indistintamente aplicados, de *fotoaquifonia* y *lumi-solfeo* (2).

Tenía, pues, Sara, en el aparato montado detrás de la moldura del espejo un registro fotoautofónico de cuanto se hablaba en... Ya lo sabremos luego.

Al abrir la sabia yanki el secreto cajoncillo estaba apagada la luz. Cortó aquélla el trozo de película impresionado, sacándolo del cilindro; empalmó a éste el extremo de la parte no escrita, para dejar el aparato en disposición de registrar nuevos mensajes; y con el rollito impreso se volvió a la cama, monologando interiormente que por ser su Alvaro un ridículo Quixote (así lo pronunciaba), con cuya ayuda no podía contar en

(1) Faltan al autor datos positivos para asegurar que, efectivamente, fuera una bombilla Fleming, o válvula de vacío, y no un odión (*audion*) De Forest, primo hermano de ella, entre los cuales se produjeron en el siglo xx graves desavenencias de familia, que los llevaron a dirimirlos en los Tribunales.

(2) El invento era una combinación feliz de la telefonía vulgar con la fotografía policroma; pues la película del aparato de Sara no era sino un perfeccionamiento de los papeles para fotografías en colores de los hermanos Lumière, del llamado "Uto", del doctor Smith, y de los métodos de Ives, Sheperd, Lucius y Bruning. Con la ventaja de que, sin necesidad de baños ni fijativos, quedaban reproducidos los objetos con sus propias coloraciones.

Después de fotografiadas en las películas del aparato de mistress Sara las palabras que el lejano transmisor telefónico enviaba, arrollábanse aquéllas en un cilindro contenido en la misma cámara oscura donde la oscilante luz de la lámpara Fleming las había impresionado.

lo más importante de sus planes, tenía ella que andar con aquellos tapujos. Achaques de haberse casado con el portugués: muy guapo, muy inteligente, ducho en ciencias e inventos, pero lego en empeños de astucia y disimulo, inútil para cuanto no fueran las que llamaba él nobles empresas, y a quien no había manera de hacer colaborar en ciertas tramas sino ocultándole su verdadero fin y más importantes medios: engañándolo cual lo había engañado en el asunto de Challao, o, mejor dicho, como engañado lo llevaba desde que era chicuelo. Gracias que en la ocasión presente tenía ella quien hiciera todas aquellas cosas, que, a conocerlas, habría Alvaro calificado campanadamente de indignas felonías. ¡Pobrecillo!... Si no fuera tan guapo, ya haría tiempo que le habría dado laico sucesor.

Otra vez en el lecho, comenzó Sara la lectura de la película, exclamando a poco de empezarla:

—¡Ah! Ya se han enterado de lo de las cargas—y continuó devorando, con creciente afán, la reproducción, que eso era lo escrito en el rollito, de cuanto María Pepa y sus amigos habían hablado en el consejo celebrado la noche anterior en la Comandancia.

Reñobló el interés de la lectora, tomando visos de inquietud, al enterarse de las sospechas que Dick inspiraba a Fognino; tranquilizóse al verlas desvanecidas, casi en absoluto, por las hábiles precauciones con que ella había sabido disimular sus proezas de Paramillo; y al llegar al final del fonolumiograma, donde las últimas palabras registradas eran las de la orden dada por María Pepa a Soledad, para que avisara a Santiago, Pedro y los pilotos, pensó:

—¿Conque no quieres entregarte todavía?... ¿No te resignas a bajar?... Pues bajarás, quieras o no. Tu orbimotor no es ya sino misera boya que no puedes regir; tú y él estáis en mis manos. ¡La Capitana!... ¡Ja, ja, ja!... Pronto verás quién es aquí la verdadera Capitana... Pero a estas horas debe estar ya toda esa gente en el despacho. Sí; son las seis y diez.

Saltó de la cama, sin llamar a su doncella Kitty, pues tenía buenas razones para no querer testigos de vista; se hizo un sumarisimo tocado, y volvió a levantar la moldura, viendo, al hacerlo, oscilar la lucecilla, y oyendo crujir los engranajes del aparato de relojería. Y como al modo que los telegrafistas prácticos del siglo XX recibían al oído, sin preocuparse de mirar la cinta impresa, tenía Sara hábito de leer los mensajes en la lámpara del fonofotógrafo (antes que en la

película se imprimieran), por sus propios ojos, oyó en la bombilla los vivas a la Capitana que en aquel instante lanzaban sus entusiasmados oficiales en la sala de consejos de la Comandancia.

Y tal fué la impresión de realidad que aquellos para ella desagradables vitores la produjeron, que, dando una patada en el suelo, exclamó: "¡Estúpidos!"

Pero en seguida, ansiosa de saber lo que allá arriba decían, clavó la mirada en la inquieta lucecilla, no perdiendo ni una sola palabra del plan de reparación de las averías, que a sus abuelos y a Valdivia explicaba María Pepa en aquel instante; bien ajena de cuán verdad era su frase de un rato antes, al decir a los pilotos que *las redes oyen*.

¡Y tanto!: al mismo tiempo que a sus más íntimos auxiliares y consejeros descubría la Capitana a su enemiga el plan que ya una vez llamamos al lector, y llamamos de nuevo; pues de contarle ahora, quedaría privado del interés que en él pusieron las peripecias y dificultades de su ejecución narradas en venideros capítulos.

Pero ¿cómo había conseguido Sara establecer aquel ingenioso sistema de fotonía telegráfica entre su alcoba y el despacho de María Pepa? ¿Cómo, si nos consta que antes de la partida no había ella entrado en sus habitaciones, sino en compañía de Alvaro, y vigilada por Soledad y Santiago, la tarde de la presentación a la Capitana de los nombramientos que a su marido y a ella los acreditaban como representantes científicos internacionales en el viaje?

Porque ni ella fué quien personalmente estableció aquella comunicación, ni tuvo que aguardar le fuera franqueado acceso al novimundo para montarla, pues al entrar por la primera vez en su pabellón de la avenida A, ya estaba terminado desde muchos días antes el artilugio de los conductores eléctricos para el objeto necesario: gracias a los buenos oficios del electricista intermedio entre ella y Dick, que nos es conocido desde la primera parte de esta historia, quien, además de los postales servicios que en aquélla le vimos desempeñar, prestó a Sara el de meter en un cable maestro de la distribución eléctrica interior del planetoid, veintiséis en lugar de veinticuatro alambres aislados, introduciendo muy disimuladamente los extremos de los aumentados clandestinamente en el pabellón y escondiendo las opuestas puntas de ellos en molduras del techo del despacho de María Pepa, para enfilárlas luego disimuladamente en la garganta de una cariátide de la ornamenta-

ción y conectarlas al cabo a la membrana vibrante de un transmisor telefónico oculto tras los dientes de la monstruosa boca del endriago escultórico. Además de esto, metió en otro cable catorce en vez de doce flexibles, estableciendo comunicación del mismo pabellón que habría de ocupar la ingeniosa yanqui con el taller destinado en el orbimotor a manipulaciones cinetóricas, en donde prestaría Dick sus servicios.

Con estas y otras cuantas habilidades eléctricas, que por sencillas no merecen detallarse, lo arregló todo el avisado montador de modo que al llegar Sara a su alojamiento, allí se encontró a punto la corriente necesaria para la valvulilla Fleming del lumifonógrafo, derivada, sin dejar huella de su paso, del contador del pabellón, ni exigir más trabajo que empalmar en los aparatos que ella traía en su equipaje los sueltos cabos de los flexibles, que aguardándola estaban.

Y conste que esta defraudación de flúido no la hacía Sara porque la preocuparan las facturas de la Central Novipolitana, que gratis suministraba a sus clientes luz, calor y fuerza, sino para evitarse enterar a otros de cosas que sólo a ella interesaban.

El mismo obrero se encargó de llevar un ebanista que en el pabellón de Norteamérica preparó y disimuló debajo del espejo el escondrijo de la alcoba de Sara.

Ya está, pues, explicado el cómo pudo establecerse la subrepticia comunicación telefónica o, mejor dicho, semicomunicación, pues María Pepa hablaba y no oía nunca y Sara oía y callaba.

No era esto la realización exacta del primitivo proyecto de la sapientísima Comandante de Ingenieros Aéreos, que perseguía el mismo resultado con procedimiento mucho más elegantemente científico, echando mano de la inalámbrica telefonía aérea; pero la imposibilidad de hallar en Mendoza, con la premura necesaria, transmisores silenciosos tan pequeños como los requería la aplicación secreta a que estaban destinados, la hizo recurrir a la antigualla del teléfono con alambres conductores. Mas la contrariedad que la produjo esto fué pasajera, pues quedaba alcanzado el primordial objeto de espiar a la Capitana; y porque cosas de más monta, y emociones más hondas habían de distraerla o, mejor dicho, preocuparla pronto en la terrible lucha que iba a entablar: lucha en que María Pepa llevaría la desventaja de ignorar quién era, dónde estaba y qué tramaba su enemiga, bien informada, en cambio, de cuanto pensara y decidiera la brava aragonesa, en el instante mismo de discutir planes o de comunicar órdenes, por estar en constante comunicación con el despacho de ella.

VI

MARIA PEPA SE JUEGA EL TODO POR EL TODO

Quienes, desde las cumbres que dominan el valle y el astillero de Paramillo, habían podido asestar sus gemelos al Autoplanetoide, antes de levantar éste su vuelo, observaron, entre otras de sus particularidades, que en el punto más alto, o polo norte según convencional designación de María Pepa, sobresalía de la convexa superficie externa del orbimotor una segunda esfera diminuta, minúscula. Su apariencia era la de una brillante cuentecilla de vidrio, allá en lo alto incrustada, y constituyendo para la mayoría de los mirones remate ornamental, de donde irradiaban las veinte escalas circulares que, siguiendo otros tantos meridianos, descendían al polo sur del artefacto inventado y construido por la Capitana; pero Sara, que, con el anteojo establecido en su casa de Aldea Vacas se había pasado

muchas horas mirando y remirando aquel remate, tenía otra opinión, pensando de él que era algo más que un inútil adorno.

Muchos secretos había ella sorprendido en sus campañas de espionaje, directo o indirecto; no eran pocos los que, sobre la base por aquellos traidores medios adquirida, habían esclarecido su talento y su ciencia; pero sabía perfectamente que aun no era dueña de todos los relativos a trazado y detalles del motoestelar, presintiendo que entre los ignorados no debía ser de los menos interesantes el de aquella bolita refulgente, que sobre el novimundo no parecía mayor que parece un guisante en lo alto de grandísima sandía: presentimiento que subió a convicción al observar que a pocos metros por encima de la cuenta de vidrio avanzaba el pescante de una cabría, de don-

de, aunque ella no lo viera a tal distancia, colegía colgaría un cable o un alambre, conjuntamente destinado con la cabria a sacar de su álveo, y levantar, cuando preciso fuera, la misteriosa esferilla.

Aquello parecía un obturador automático, un tapón: ¡el tapón del novimundo!

Pero, ¿para qué había menester tapón el micromundo aquel? ¿Ni qué ventaja, ni qué finalidad pudiera perseguirse destapándolo?...

Decíase Sara en sus cavilaciones que la Capitana sabía de sobra que la vida de los tripulantes del motoestelar dependía de que jamás se destapara, para evitar que a los espacios siderales, donde no hay aire, se escapara su atmósfera interior: era evidente que destapamiento del novimundo y muerte por asfixia de los novimundianos serían catástrofes casi simultáneas; y, sin embargo, y a despecho del juicio, que fallaba que nadie abre boca ni pone tapón a recipiente que nunca piensa destapar, porfiaba su intuitiva perspicacia: "Es un tapón. Estoy segura de ello."

Y acertaba la perspicaz aviadora, pues tapón era aquello que parecía bolita, siendo bolaza, de cuatro metros de diámetro, e importantísimo aparato por María Pepa ideado en previsión de eventual, aunque improbable, necesidad de efectuar reparaciones o reconocimientos en el exterior del aviplaneta, cuando bogara en el vacío, o tan elevado en las atmósferas planetarias que respiración y vida humanas se hicieran imposibles fuera de él.

Estando circundado el orbimotor, entre sus polos sur y norte, por veinte férreas escalas, pensará quien de ligero juzgue que para componer cualquier avería en viaje bastaría salir por la poterna sur o por la poternilla norte, y trepar luego, o descender, por dichas escalas hasta llegar frente a las cargas necesitadas de reparaciones. Pero esto, hacedero cuando, en medio de un aire respirable, y con suficiente presión atmosférica, colocaron los operarios las cápsulas propulsoras alrededor del orbimotor, varado en su grada de Paramillo, era imposible de realizar en él después de remontarse a gran altura.

Opondríanse a ello, no sólo la carencia de aire, sino el frío exterior y la falta de presión atmosférica necesaria a la vida; pues la temperatura externa al novimundo sería en el vacío la del cero absoluto, es decir, 273 grados bajo el cero del termómetro centígrado, y entre 100 y 200 kilómetros de altura una no muy distante de ella.

En cuanto a la presión, decrecería hasta

el extremo de provocar en el insensato que arrostrara dicho decrecimiento hemorragias, no sólo por boca, nariz y oídos, sino por todos los poros de su piel; hemorragias con las cuales comparadas son insignificantes las que célebres aeronautas padecieron en memorables ascensiones aerostáticas con sólo remontarse unos cuantos kilómetros; hemorragias que con toda la sangre se llevarían la vida de quien a ellas se expusiera, y cuya causa, bien notoria, sería falta, sobre la piel, de presión atmosférica exterior contrarrestante de las interiores desarrolladas por la sangre en venas, vísceras y epidermis.

La carencia de aire externo podía obviarse empleando en los reconocimientos o reparaciones extranovimundianas las escafandras, con depósitos de él, usadas por los buzos; mas contra el frío inconcebible, contra la falta de presión, no bastaban ni escafandras, ni aun trajes por el estilo, de los inventados por María Pepa para desafiar las emanaciones del volcán o las radiaciones del cinetorio; pues la presión interna del aire en ellos contenido, los haría estallar por falta de suficiente solidez en ellos. En cuanto al frío, congelaría a quienes los visitieran para pasearse sobre la cáscara del novimundo.

Por saber todo esto, había ideado la Capitana aquella bola cristalina de lo alto del aviplaneta. Pues aunque las precauciones adoptadas en la fabricación y montaje de las cápsulas alejaban toda verosimilitud de que durante el viaje pudieran estropearse, no quiso, sin embargo, pecar de imprevisor, prescindiendo de arbitrar medios de reparar accidentes.

Dos esféricas paredes de vidrio entre sí concéntricas, y de treinta centímetros de espesor, quedaban separadas por un vano de veinticinco, relleno de colodión, constituyendo un poderoso aislante o verdadero escudo, casi impermeable al horrible frío externo, combatido además, dentro de la esfera, por la incandescencia, a voluntad regulada por el tripulante, de un enrejado metálico. Recibía éste la energía eléctrica que lo calentaba de repetidas y frecuentes descargas de ondas etéreas engendradas en la central eléctrica del Autoplanetoide y transmitidas sin alambre como la ondulación de igual naturaleza es impulsada en la telegrafía, sin conductores, de Marconi.

El aire, viciado por la respiración del ocupante, restaurábase con tomas automáticas y palatinas de un depósito de oxígeno, a través de una válvula. El ácido carbónico exhalado por aquél se precipitaba sobre una

provisión de cal, que, convenientemente dotada de extraordinaria avidez por dicho delectéreo gas, se apoderaba de él formando carbonato de cal.

La presión del aire en el interior de la esfera era la normal de una atmósfera, o sea 760 milímetros del barómetro mercurial. Así, el obrero que en el aparato se encerraba, podía reírse en su escondrijo del vacío y del frío.

Una barra metálica muy robusta atravesaba la esfera por su centro y servía de eje a dos ruedas que a sus extremos rodaban, presa cada una entre un par de carriles, que desde lejos vistos parecían las barandillas altas de las escalas exteriores del Autoplanetoide.

Cuando surgía necesidad de componer una carga, no había sino elevar, con la grúa, la esfera, sacando ésta del agujero donde normalmente descansaba en el orbimotor; maniobrar eléctricamente la grúa para que engranara las ruedas de la bola entre los carriles bajo los cuales estuviera la cápsula averiada, y largar cable de alambre que permitiera a este original vagón esférico bajar rodando por la doble vía férrea, hasta la cápsula frente a la que era detenido parando el torno que largaba el cable, del cual pendían la esfera y el obrero.

Todas estas maniobras de grúa y torno se efectuaban por el vulgar procedimiento—vulgar en 2186—de transmisión aérea de fuerzas motrices, que no era, en suma, aunque industrialmente perfeccionado, sino el aplicado siglos antes por Tesla, Torrès Quevedo, Branly, para el gobierno e impulsión a distancia de una canoa, un torpedo, una vagoneta, etc.

El tamaño de la esfera y el camino por ella recorrido, entre cada dos cargas contiguas—matemáticamente igual para cada par de ellas—, habíalos calculado María Pepa de modo que al enfrentar la esfera toda carga, el zócalo cilíndrico donde ésta se montaba enchufábase dentro de un gollete, tubo o cuello, corto y ancho, que salía de aquélla (1).

Y ahora llegamos a lo más interesante para la comprensión del segundo accidente, que, mientras María Pepa atendía al pri-

mero, sobrevino de improviso, privándola de sus más importantes medios de acción.

Cuando la esfera destinada a las reparaciones descansaba en su alvéolo, ahuecado en el polo norte, hacíalo enhebrando su cuello en un tubo vertical horadado en el fondo de aquel alvéolo. Este tubo desembocaba inferiormente en el techo de una reducida habitación que María Pepa llamaba *cámara de vacío*, excavada en el espesor del corcho-vidrio de la pared externa del novimundo. Por último, en el piso de esta cámara se abría, como boca de alcantarilla, la superior de la poternilla norte de comunicación con el interior del Autoplanetoide: establecida o interrumpida por apertura o cierre de dos fortísimas puertas análogas a las ya descritas de la poterna sur.

Por la poternilla, la cámara y el gollete de la esfera, entraba en ésta, con las debidas precauciones para evitar pérdidas del aire de la atmósfera interior del novimundo, quien en dicha esfera hubiera de recorrer la superficie del autosidéreo.

Nadie sino la Capitana y sus pegadizos abuelos sabían cuál era el objeto de aquella esfera; por eso, con propósito de informar detalladamente a Valdivia de la maniobra necesaria para arrancarla de su alvéolo, y retornarla a él, terminada una exploración, habíale hecho María Pepa quedarse cuando salieron los demás pilotos del despacho de la Comandancia; pues Valdivia iba a ser la persona encargada de ejecutar aquella no difícil, mas sí comprometida maniobra en el primero y ya inmediato reconocimiento; maniobra que, interesantísima siempre, lo sería entonces doblemente, porque el obrero que iba a meterse en la rodante bola, no era un vulgar operario, sino la misma María Pepa, que en el importante reconocimiento de las averías no quería fiarse de mercenarias referencias, ni exponer a los riesgos de la empresa a sus ancianos abuelos.

No les dijo a ellos lo del riesgo cuando a porfía insistió cada uno en meterse en la bola, sino que hizo hincapié en razones diferentes. Con Fognino, en la necesidad de que personalmente dirigiera en el taller de cinetorio los ensayos de las cápsulas que habían de sustituir a las estropeadas, y vi-

(1) Dicho gollete, interiormente tapizado de gruesa goma elástica, se inflaba por presión de aire, inyectado en su interior por el obrero que en la esfera viajaba, quedando así fortísimamente adherido al cilindro del zócalo de las cargas y permitiendo que, sin perder su aire respirable, abriera el operario una compuerta del interior del gollete, a través de la cual podía manejar las ade-

cuadas herramientas que para la reparación hubiera menester.

Lista ya ésta, cerraba la compuerta, retiraba la presión de la zona contra el zócalo de la carga, y daba aviso telefónico para que, cobrando cable, fuera izada la bola, rodando cuesta arriba entre carriles, hasta volver de nuevo a descansar en el rebajo circular de lo alto del orbimotor.

gilara estrechamente a los operarios, puesto que recelaban hubiera entre ellos un traidor. Para tal cometido científico-policiaco nadie tan indicado como el astuto italiano. A Hauptf le dijo que era irremplazable para ocupar los puestos que, por unas horas, iban Valdivia y ella a dejar vacantes en el gobierno y pilotaje del orbimotor; y a papá Ripoll le comunicó el reciente nombramiento con que le había agraciado de General en Jefe de los Ejércitos Novipolitanos; pues, previendo posibles disturbios populares cuando se divulgara la noticia de las averías, precisaba poner al frente de las tropas hombre del temple del catalán, que fuera garantía de que ningún amotinado, dado el supuesto de que motín se alzara, lograría entrar en la Comandancia, ni en los talleres, ni en la central eléctrica.

—Pues sigue tú gobernando el motopláneta—contestó Hauptf.

—Pues manda tú las tropas y déjame reconocer las cargas—gruñó Ripoll.

—Usted es aquí la Capitana del orbimotor—agregó taimadamente Leblonde—, y, por tanto, la última que debe abandonarlo.

—Es que no lo abandono por estar encima en vez de estarme dentro. Es que por Capitana debo dar ejemplo, realizando esta empresa, que ahora probablemente asustaría a los obreros que habrán de reparar el accidente, y a que se prestarán sin miedo cuando sana y salva me vean volver de ella. Es que soy yo quien debe levantar el espíritu de mis subordinados, ganar su confianza con mi comportamiento. Es que quien sobre sí tiene el mando y sus responsabilidades necesita ser obedecido y no puede perder, en estas discusiones, tiempo que ha menester para mejor empleo; pues palabras baldías y minutos perdidos son ahora cinetorio y fuerza malgastados.

Nadie replicó ya, resignándose todos con los papeles que se les señalaban, dándoles claras instrucciones para su desempeño.

Salió Fognino para el taller de cinetorfo; fué Ripoll a conferenciar con sus tenientes Soledad y Santiago; subió Hauptf al puente a vigilar a los pilotos y el espejo de maniobra; y cuando ya los tres habían salido, saltó Leblonde, disimulando su emoción con bromas:

—Pues quien no sirve para cosa de mayor provecho, reclama un rinconcillo en el fondo de esa redoma condenada en la que va usted a embotellarse... Siendo yo ahora el único perro disponible de aquellos cuatro que a todas horas solían seguir a usted, ése es mi puesto y nadie puede disputármelo.

Llenáronse de agua los ojos a la brava

aragonesa, que, tendiendo la mano a Aristides, contestó conmovida:

—Gracias, gracias, amigo mío. Pero no puede ser: la provisión de oxígeno de la esfera no da abasto sino para una persona. Además, que no es usted tan inútil como cree; pues paseándose allá afuera en el balconcillo, bromeando en el Casino Internacional, bullendo y metiéndose en todas partes, alegre, distraído y charlatán, usted, de quien nadie desconfía, va a prestarme el gran servicio de abrir, de par en par, ojos y oídos, en acecho de un rostro, una palabra, seña o gesto sospechoso, que puedan ser indicio utilizable para ponernos en la pista del traidor que está jugando con las vidas de doscientas criaturas, y que pronto veremos si sabe y puede ganar la mía en la partida que vamos a empeñar.

—Es verdad—exclamó aterrado Valdivia.

—Sí, sí—agregó Aristides—. Si ese traidor conoce el funcionamiento de la esfera de reparaciones...

—Si lo conoce, amigo mío, es lo probable que sea ésta la última vez que nos veamos.

—No vaya usted—dijo Leblonde.

—No se exponga a ese riesgo—dijo Valdivia.

Miró a ambos fijamente María Pepa con gran serenidad, diciéndoles:

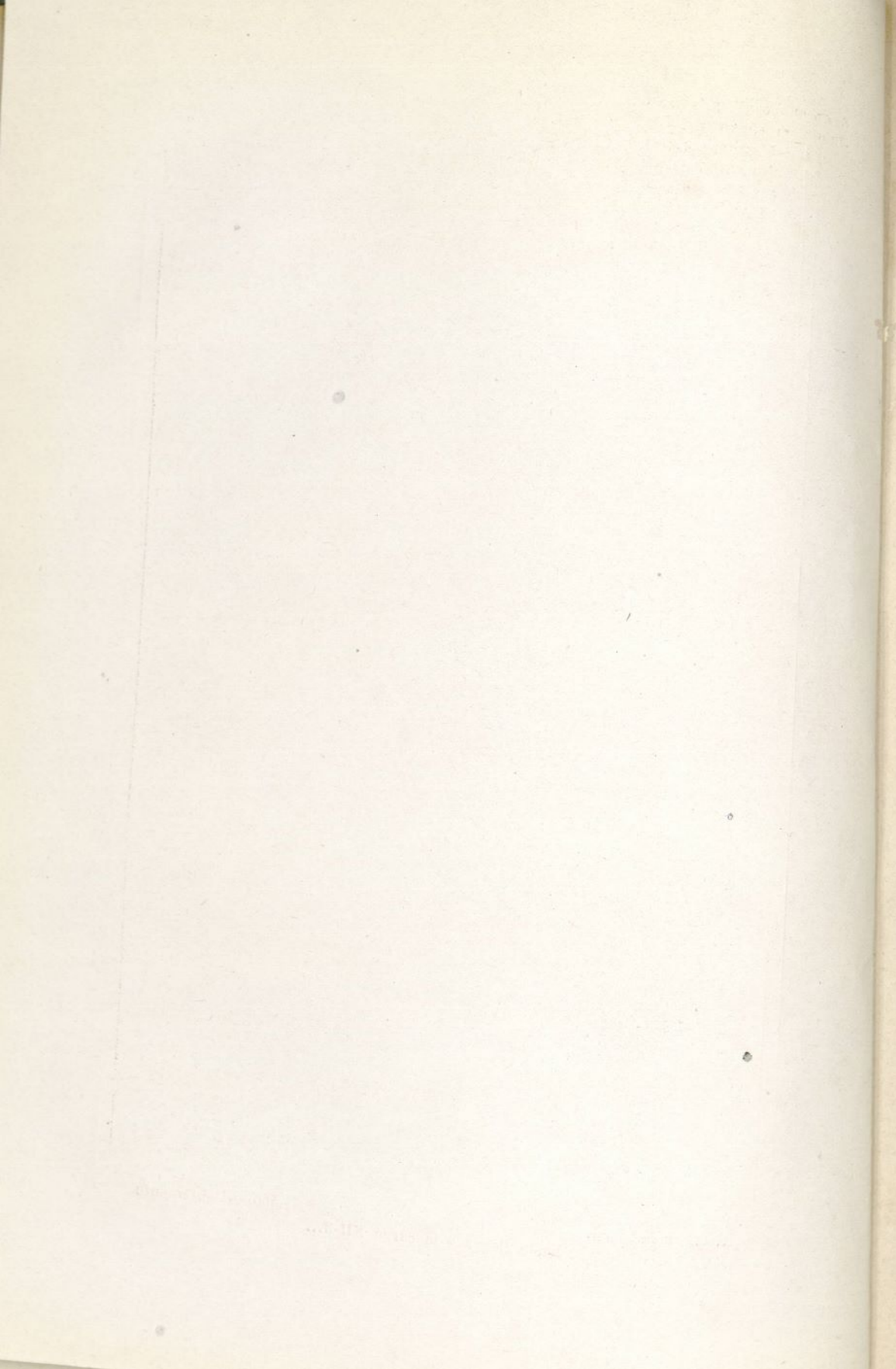
—Por ser débiles viejos, nada de esto he dicho a esos pobres ancianos, que me miran como a hija; pero ustedes, por jóvenes, deben ser fuertes y valientes, y discurrir con frialdad, pensando que si ese enemigo puede cebarse en mí, con ello quedará salvo el pasaje, y libre ya de riesgos el orbimotor, que mis abuelos sabrán conducir otra vez a la Tierra y repararlo en ella para que vuelva a remontarse y vuele a los planetas.

—¿A los planetas?... ¡Sin usted!...

—Bueno, sin mí; pero *por mí* impulsado. Si ese enemigo conoce el secreto de las reparaciones, éstas son imposibles; si lo ignora, yo respondo de ser quien lleve a ustedes a otros mundos. A eso se reduce el dilema; y como yo no sirvo para vivir con dudas, por eso tomo el único camino de aclararlas. La Capitana es un gran cebo para que su enemigo haga contra ella cuanto sepa y pueda: lo que haga o lo que no haga me dará la medida del poder que aquí tiene. Y ése es el solo medio de saberlo sin comprometer las vidas del pasaje y la existencia de este Autoplanetoide que es mi obra... Valdivia, si en esa expedición que a emprender voy me ocurre un accidente, entregará usted a mis abuelos este papel que contiene mi última orden y mi última voluntad: mandato de bajar a Tierra, reparar



... en su novísimo vagón esférico de vidrio, descendía rodando lentamente
hasta llegar a la carga XII-3...



las cargas y volar nuevamente a los planetas. Ya ven ustedes que, viva o muerta, el avimundo y yo vamos al cielo: juntos, o cada uno por un lado, pero al cielo los dos con la ayuda de Dios. ¡Ea, esta es la hora de la fortaleza de los hombres! No se hable ya más de esto. Usted, Leblonde, a ver y oír por todas partes. Usted, Valdivia, escuche.

Cuando la bola de reparaciones descansa, como ahora, en la concavidad vaciada en lo alto del orbimotor, no está sujeta a éste solamente por su peso, sino por la atracción que potentísimos electroimanes incrustados en dicha cavidad ejercen sobre unas bandas de hierro dulce remachadas a la parte inferior de la bola.

La cámara situada bajo ésta, en la que desemboca el túnel vertical donde enchufa el gollete de la esfera, se halla normalmente desprovista de aire, y, por tanto, en dichas condiciones basta el peso de la esfera a mantenerla sobre el orbimotor. Pero como para pasar del interior de éste a la esfera y volver de ella a aquél es necesario abrir la poternilla que en la cámara acaba, si esto se hiciera sin tomar precauciones, la violenta presión súbitamente ejercida sobre la parte de abajo de la bola por nuestra atmósfera interior, a la cual no se opone otra igual fuera, lanzaría aquélla a los espacios, a pesar de cables e imanes. De aquí necesidad de no abrir la poterna sino después de inyectar previamente aire en la cámara, con una bomba neumática.

—Pero entonces el aire así inyectado expulsará también la bola.

—No, amigo Aristides, pues tal presión no crece brusca y violentamente en un instante desde cero a una atmósfera, cual crecería con la apertura prematura de la poterna, sino que entrando el aire poco a poco en la cámara, su gradual crecimiento permite que la atracción de los imanes retenga la esfera en su alojamiento.

Una vez llena de aire la cámara, abriremos la poternilla, entraré yo en aquélla y pasaré por el gollete al interior de la esfera exploradora. Cuando el amigo Valdivia vea que ya me encuentro bien instalada en ella, cerrará la poterna, dará a la bomba movimiento inverso, para extraer el aire de la cámara; y cuando el manómetro indique estar conseguido esto, detendrá la dinamo excitadora de los electroimanes, que ya desimanados, permitirán a la grúa elevar la bola, haciéndola girar hasta encarrilar sus ruedas en los rieles del meridiano XII, cuyas cargas me propongo reconocer para enterarme de la causa de la avería.

Arriba, sobre el cuadrante de maniobra, le explicaré prácticamente el modo de hacer todas esas operaciones, moviendo las manivelas de escaso número de conmutadores, y la manera de irme bajando de carga en carga, según las indicaciones telefónicas que enviaré a usted desde la esfera, y la de izarme cuando, del mismo modo, dé tal orden.

Las maniobras de los electroimanes y la bomba, son sencillísimas y se hacen a distancia con un transmisor de telegrafía sin hilos que emite ondas de distintas frecuencias, con las cuales están sintonizados —lo cual quiere decir afinados, amigo Leblonde—los receptores que abren o cierran las corrientes motoras de aquellas máquinas, y que son insensibles—hablo de los receptores—a la multitud de ondas de diferentes y variadas frecuencias que la central eléctrica lanza para poner en movimiento los ascensores, grandes anteojos, caloríferos, aparatos de telegrafía y tanta máquina como funciona en nuestro mundo.

Para no fiar cosa tan importante a la memoria—agregó María Pepa dirigiéndose a Valdivia—, anote en un papel.

—Y yo también anoto—dijo Leblonde—por sí a él se le perdiera el apunte.

Pero ninguno de los tres oyeron otra voz, femenina, por cierto, que cogiendo precipitadamente lápiz y papel, decía en un pabellón de la Avenida A:

—Pues yo no he de ser menos.

Y aun cuando María Pepa no vió escribir sino a dos personas, tres anotaron según dictaba ella:

—“Frecuencia en la transmisión para inyectar aire en la cámara de vacío, 1.500.000 vibraciones de onda por segundo; para extraerlo de ella, 2.300.000; para poner en actividad los electroimanes, 1.000.000; para desimanarlos, 700.000.”

—Y ahora, vamos allá arriba, amigo Valdivia; y usted, señor Jefe de Policía, a su oficio en la calle. Vea, vea por esta ventana cuánta gente está ya asomada al balcónillo, requiriendo anteojos para observar la Tierra, en cuanto el sol acabe de disipar las nubes que abajo tenemos. Vamos, Valdivia, vamos, que pronto van a dar las siete.

No, Leblonde, no: nada de despedidas. Hasta la vuelta... Sí, hombre, hasta la vuelta, que en este trance no ha de abandonarme la patrona de mi tierra.

Al decir esto sacóse María Pepa del seno una medalla de la Virgen del Pilar que cuando niña le colgó su madre al cuello, y la besó, saliéndose de prisa, seguida del piloto, al pasillo por donde se llegaba al as-

censor de la poternilla norte: mientras Aristides, cabizbajo, cejijunto y pensativo, bajaba la escalera de la Comandancia, salía a la plaza y se encaminaba al balconcillo del *Bulevar de Ronda*, donde acudían ya todos los novopolitanos a quienes sus deberes no retenían en otra parte.

—Que charle y que brome; que observe y aceche...—iba pensando el simpático francés—. Bueno estoy yo para todo eso, cuan-

do no pienso sino en el peligro que va a correr esa muchacha... Y he de disimular, no hay más remedio; porque sabiendo aquí todos que yo soy de los íntimos de la Capitana, mi preocupación alarmaría a la gente. Y es preciso espiar por todas partes, y a todo el mundo; pues nada es ahora tan indispensable como descubrir a ese maldito y desconocido enemigo y averiguar de qué medios se vale.

VII

ENCUENTRA SARA UN PLAN PARA NUEVA BATALLA

Mientras en el despacho de la Comandancia explicaba María Pepa a sus amigos y auxiliares cuanto se ha dicho en el último capítulo, Sara, en su alojamiento, no apartaba la vista del fotofonógrafo, ni perdía palabra de las que centelleaban en la lucecita. Aparte lo narrado, oyó a la Capitana que tan pronto conociera las causas del desarreglo de las cargas, organizaría los trabajos de reparación en seis turnos de cuatro horas en las veinticuatro del día, en los cuales los tres obreros disponibles efectuarían la sustitución de las cápsulas inútiles por otras recién probadas por Fognino en el laboratorio, ocupando aquéllos sucesiva y alternativamente la esfera de reparaciones, en cuanto ella la dejara libre, al regresar del reconocimiento.

Por ignorar mistress Sam Bull el sigiloso embarque de las supletorias reservas de cinetorio, no había alcanzado pleno éxito su bien urdida trama, que a no ser por tal causa, habría obligado a la Capitana a volver fracasada a la Tierra. Mas todavía no había ganado ésta la batalla, pues el conocimiento de sus planes y proyectos para reponer las cargas substraídas, leídos por Sara, palabra por palabra y frase a frase, en los parpadeos y cambiantes colores de la lucecilla Fleming, eran, en manos de tal mujer, armas sobradas para proseguir la lucha. Y aun se lisonjeaba con la idea de que el descubrimiento del secreto de aquella bola, que bien decía ella ser tapón, y, sobre todo, las notas al oído tomadas, debían hacerla dueña absoluta de los acontecimientos; pues conociendo la frecuencia de las diversas transmisiones radioeléctricas empleadas en el manejo de la esfera de reparaciones, malo sería no pudiera ella poner mano en tal

maniobra desde su mismo dormitorio, para modificarla a su placer sin que nadie pudiera prevenirlo.

Eran estas frecuencias de transmisión intermedias entre las que en el siglo xx producían los aparatos Feddersen, muy empleados en las estaciones de potencia media de telegrafía sin conductores, y las engendradas en los excitadores Hertz de uso corriente en el mismo siglo en los gabinetes de experimentación eléctrica. En el xxii se aplicaban tales clases de ondas a transmisiones a distancias cortas de unos cuantos centenares de metros. Estas eran las mayores que en el novimundo podían encontrarse, y de tipos adecuados para producir dichas clases de ondas los aparatos que ya se dijo anteriormente trajo consigo Sara de Norteamérica para establecer la clandestina comunicación fotofonográfica con la Comandancia, y que no pudo utilizar su cómplice el electricista, por la necesidad de acudir para montarla secretamente al ridículo y vetusto sistema del teléfono con conductores de alambre.

Allí, en un armario, tenía ella aquellos excitadores que corrió a buscar en cuanto la bombilla fonográfica lució con luz tranquila, indicando que María Pepa, Leblonde y Valdivia habían salido de la Comandancia.

Tres eran los aparatos que a su disposición tenía, y sucesivamente examinó, dando un grito de júbilo cuando en la base del tercero vió grabada la siguiente inscripción: "600.000 a 1.200.000": dato de fábrica indicador de la capacidad del aparatito para engendrar ondulaciones etero-eléctricas, cuyas vibraciones por segundo podrían variar, a voluntad del operador, entre aquellos números, al ver los cuales pensó inmediata-

mente la ingeniosa yanqui que, empleando como antena los alambres del toldo de su azotea, aislados previamente con empalmes de cordones de seda a sus extremos, podría lanzar por ellos al espacio ondas sintonizadas con el receptor de la dinamo que excitaba o interrumpía la imanación y desimanación de los electros de la esfera de reparaciones.

—Bien hace esa mujer—se decía satisfecha—en sospechar que tengo ya su vida entre mis manos; porque en cuanto ella esté en la esfera, y antes de que Valdivia tenga tiempo de extraer el aire de la cámara, puedo, desmanando los imanes, lanzarla a ella y su bola a las alturas, de donde bajarían a aplastarse en la Tierra. Para ello amablemente me prestaría el piloto la fuerza de la presión del aire que estará ahora inyectando en la cámara.

No basta, no, señora Capitana, inventar aparatos ingeniosos y secretas transmisiones a quien no sabe defender sus secretos.

¡Matarla!... ¡Qué inocente!... ¿Que yo misma convierta en heroína a la sabia?... No, no morirá en el reconocimiento, porque ambiciono algo que ha de dolerle más. Estas meridionales no saben nada de odios; sólo comprenden el bestial aborrecimiento ciego que rugiendo mata, no el verdadero y más terrible odio frío, tranquilo, refinado, que medita y razona.

¿Matarla?... ¡Ca!... Dejarla prisionera en su bola, sin posibilidad de volver al planetaide; colgarla ahí fuera como testigo vivo de su propia impotencia; obligar, mientras tanto, a esos vejetes a que para salvarla y evitar una general catástrofe, vuelvan el motoestelar a la Tierra, adonde llegará con la ilustre inventora ridículamente recluida en su jaula: totalmente fracasada por no saber regir su orbimotor, por no saber ni aun gobernar la ratonera en que ahora va a meterse, por no poder ni ascender, ni bajar, ni salir... ¡Bonito desenlace del sueño de remontarse a las estrellas!

Y si este divertido proyecto no pudiera realizarse, aun quedan medios—se decía la avispada Comandante yanqui—de frustrar sus planes; pero para aplicarlos necesito otro oscilador que me dé las frecuencias, que éstos no proporcionan, utilizadas en el manejo de la bomba: un excitador de uno a dos millones de ondas por segundo.

¿Habrá alguno en el gabinete eléctrico destinado a experiencias de estudio de los comisionados científicos? ¿Podría yo substraerlo por media hora?... ¡Qué tontería!... Yo misma acabo de oírle que ha tomado la precaución de que ninguno de los trans-

misores montados en el orbimotor pueda producir tales ondas.

Pero donde de fijo habrá uno, a lo menos, de repuesto, es en el almacén de material eléctrico. ¿Cómo hacerme con él? ¡Dick, Dick!... Eso es... A estas horas no habrá salido todavía de su casa, porque la entrada en el taller no es hasta las ocho.

Al pensar esto volvió Sara a acercarse al cajoncillo de debajo del espejo, y oprimiendo un pulsador eléctrico, aguardó no más de medio minuto, hasta ver encenderse en lo hondo del cajón secreto una pequeñísima espiral metálica: mudo aviso de que, enterado Dick de la señal, esperaba sus órdenes.

Tomó la bocina del teléfono de comunicación con el falso mulato, y dijo:

—Necesito imprescindiblemente un carrete excitador marcado entre uno y dos millones... Los hay seguramente en almacén... Arréglese como pueda, porque lo necesito urgentemente... No, hombre, no: son muy pequeños, y pueden esconderse en la flambra del *lunch* de las once, que lleva usted al taller... ¿Qué?... Se puede lo que se quiere... ¡Cómo!... ¿Qué dice usted?...

Al recibir respuesta a esta pregunta, dió una patada en el suelo, pues decía Dick que quien no prestara servicio en el almacén o en la central eléctrica no podría entrar en uno ni en otra, porque cinco minutos antes acababan de montar guardias a las puertas de dichos edificios para impedir la entrada a quien no llevara pase de la Capitana o del señor Ripoll.

Cogióle aquello de sorpresa a Sara, pues como su fotofonógrafo no oía lo que se hablaba en el cuarto de Soledad, donde María Pepa dictó sus disposiciones militares, ni idea tenía de ellas; pero, una vez repuesta de la contrariedad del primer momento, ordenó a Dick que nada hiciera, por ser lo más interesante no despertar sospechas. Y terminó su conferencia telefónica encargándole que a la salida del taller no dejara de informarla de cuanto en él se hiciera durante el día, sin cuidarse de si ella contestaba a su llamada; pues pondría en lugar del auditivo una película fotofonográfica donde impresa quedara la comunicación de él.

La noticia de las prevenciones militares de la Capitana la preocupó un rato, y hasta le sugirió la idea de posibilidad de combatir a María Pepa con algaradas y sublevaciones del pasaje, caso de no bastarle científicos recursos; pero en seguida volvió a la dominante urgencia del momento: la de proporcionarse transmisor capaz de poner en movimiento, cuando a ella le pluguiere, la lejana bomba neumática que inyectaba o

extraía el aire bajo la esfera de reparaciones. Y después de dejar caer la moldura del espejo, y de echar la llave al escondrijo, descorrió el pestillo de la puerta de entrada y se sentó a reflexionar, mascullando entre dientes terminachos de tecnología eléctrica.

De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—Sí, tal vez sea posible que al cabo de unas cuantas probaturas con mis aparatos consiga producir la clase de ondas que necesito, pero para todos estos tanteos, que no serán breves, necesito estar sola en casa (1).

A tener la sultura de Alvaro en esta clase de problemas radiotelegráficos, o a tener aquí, cuando menos, la agenda con las fórmulas que perdí en la borrachera de la noche que llegué a Paramillo... ¿Cómo me arreglaría yo para que Alvaro me sacara del atolladero sin enterarse de lo que me propongo?

En aquel preciso instante entraba él en la alcoba a informarse de cómo seguía Sara de su indisposición; y al verla en pie y oír de sus labios que, si no bien, sentíase notablemente mejorada, ponderó el soberbio espectáculo que en cuanto transcurrieran pocos minutos podría gozarse desde el balconcillo; pues las nubes, sobre las cuales se mecía el autoestelar, iban deshaciéndose más y más de prisa a los rayos del Sol, y muy en breve permitirían contemplar la Tierra desde aquellos doscientos kilómetros de altura y disfrutar de un panorama que abarcaría más de siete millones de kilómetros cuadrados de superficie terrestre: es decir, extensión casi igual a $4/5$ de la de Europa entera, superior a diez Penínsulas Ibéricas, dos y media Argentinas o nueve Chiles.

Aun cuando, a no estar Sara sugestionada por sus tramas y planes, habríale interesado vivamente la inusitada grandeza de aquel jamás visto espectáculo, apetece más en la ocasión presente quedarse otra vez sola para enfrascarse en la divertidísima tarea de dejar colgada en el palito de su jaula a María Pepa, que, de no estar metida ya en

la bola, habría de hallarse a punto de meterse en ella.

Pero como la ejecución de la original e ingeniosa travesura no podía realizarse sin previo y no breve ensayo de las proyectadas manipulaciones eléctricas con sus excitadores, imposible de hacer con la premura exigida por un inmediato colgamiento—urgencia que podía despertar las sospechas de Alvaro—hubo de desistir por el momento de aquella seductora jugarreta. A reserva de convertirla en realidad después de haber ya preparado sus bártulos radiotelegráficos si le ocurría a la Capitana realizar nueva expedición por el estilo.

Teniendo, de otra parte, curiosidad grandísima de ver si andaba ya por fuera de su mundo, que no podía satisfacer en casa, aparentó gran interés por aquella perspectiva de la Tierra, no ya a vista de pájaro, sino a vista de bóldo; y con su marido se salió a la calle, encaminándose ambos a los balconcillos circulares.

Eran éstos dos: uno pequeño, y giratorio cuando se deseaba, para los sabios de las comisiones internacionales, donde éstos encontraban abundante surtido de variados instrumentos científicos, y hasta una docena de anteojos de grandísimo aumento, montados a lo largo de la barandilla y a disposición de todo sabio o sabia que deseara emplearlos. Otro mucho mayor, sin posibilidad de movimiento circular, estaba destinado a la plebe, y provisto tan sólo de unos cuantos anteojos de pacotilla, que, a lo más, aumentaban en cincuenta veces el tamaño de los objetos con ellos mirados.

Tanto el primero, adonde fué el matrimonio Sam-Fairelo, como el segundo, estaban de bote en bote, dando ya el público en ellos congregado, sobre todo el del grande, muy visibles señales de impaciencia; pues las nubes, que allá en lo hondo se peleaban con el Sol, parecían burlarse de éste y de la gente que a sus pies las miraba.

Tan pronto se aclaraban, dando esperanza de disiparse en breve, como se condensaban espesando el velo por ellas interpuesto entre la Tierra y el orbimotor. El Sol, bastante alto, pues ya habían dado las ocho en los relojes ajustados a la hora de Mendoza, logró por un momento abrir hacia Occidente un jirón en los nubosos cirros, que aprovechó un sabio geógrafo para asesatar a él su anteojo, diciendo al poco rato: "El volcán de Osorno y la Isla Chiloe." Pero apenas abierto, se cerró el boquete. Poco después, prodújose nuevo desgarrón, pasajero también, en aquel manto de vapores de agua, que empujado, con ellos, por el

(1) Pensaba entonces Sara que tomando una derivación de la corriente del alumbrado y lanzándola a los alambres delgado o grueso de uno de los carretes de los dos transmisores que no la servían, podría rebajar o aumentar el voltaje e intensidad de dicha corriente; alimentando con ella el otro transmisor, obtener diferente frecuencia en las ondas emitidas por éste; y si a mayor abundamiento modificara la misma corriente con una o varias de las tres cajas de resistencias de aquellos aparatos, acaso hubiera combinación de ellos capaz de producir ondas de la frecuencia que necesitaba.

viento, hacia el norte, permitió ver rápida, sucesiva y fugazmente pequeñas porciones de la tierra y el mar.

—¡Valparaíso, Coquimbo!—gritaron, palmoteando regocijados de ver su patria, unos obreros chilenos, en el balconcillo donde se apiñaba la democracia de Noviópolis.

—Antofagasta y Punta Anganos—exclamó un marino al ver estos lugares a través de aquel raso entre las nubes, que con ellas se corría hacia el norte: el norte de la Tierra, no del novimundo.

Y ya no se vió más, porque un enorme nubarrón tapó el agujero. Y amontonándose en todas direcciones, y en confuso espesísimo montón, nimbos y nimbos de plomizos tonos, cada vez más oscuros, ocultaron completamente el mundo: con ruidosa protesta de la gente del balcón popular, y sin que la creciente cerrazón permitiera a los sabios del otro concebir esperanza de volver a ver nada en varias horas.

Todos aquellos ojos, excepto los de Sara que varias veces había ya dirigido los suyos a la altura en busca de algo, para ella interesante, que sospechaba andaría allá arriba, llevaban largo y no interrumpido rato de mirar hacia abajo; así que, al convencerse de que nada veían en dicha dirección, se alzaron instintivamente.

Quien primero advirtió lo que ya había visto ella rato ha, sin hablar de su hallazgo, lo mostró a sus vecinos, éstos, a quienes a su lado estaban; y en unos minutos, tanto los sabios como los ignorantes, miraban sorprendidos hacia lo alto del novimundo, en lo exterior del cual resbalaba sobre sus transparentes paredes una redonda y gruesa gota de agua: que por tal tomaron al principio la esfera de reparaciones.

—¿Qué es aquello que brilla y se mueve sobre el Autoplanetoide?

—¿El qué?... ¿Dónde?...

—Arriba, allí: por encima, y a la derecha del puente de maniobra.

—Es agua.

—No: parece una bolita de cristal—dijo uno que la miraba con un anteojo.

—Y da vueltas; y baja; y algo parece negrear y removerse dentro de ella.

—Sí, sí, cae rodando; pero muy despacio.

—Se desliza entre carriles.

—Ahora se para.

—¿Qué será?

—Todo eran comentarios, suposiciones, conjeturas, mientras María Pepa, metida en su novísimo vagón esférico de vidrio, descendía rodando lentamente hasta llegar a la carga XII-3 norte, en donde se detuvo, lo menos diez minutos, para apretar las

gomas circulares contra el redondo zócalo de aquella, abrir la compuertilla, desmontar y retirar la cápsula, obturar nuevamente el gollete, dar orden telefónica a Valdivia de que volviera a largar cable, y rodar nuevamente para ir a repetir las mismas operaciones en la siguiente carga XII-2 norte.

Aquellas interrupciones de la caída, durante las cuales permanecía la esferilla suspendida e inmóvil, sin visible artefacto que la sostuviera, tenían algo de sorprendente, casi milagroso, para la gente indocta del balcón popular: porque el cable de suspensión, robusto, mas no grueso, era invisible a la distancia a que estaban los mirones.

Los científicos aristócratas del otro balconcillo comprendieron desde luego que aquello debía obedecer a necesidades previstas, aunque las ignoraran ellos, y a fuerzas procedentes del interior del auto-sidéreo. Se apuntaron anteojos a la esfera, descubriendo el cable, y cuando deteniéndose aquella dejaron de deslumbrar a los observadores la multiplicidad de centelleantes reflejos por el sol encendidos en su brillante superficie en movimiento, se vió la criatura humana que dentro rebullía, suponiéndose fuera un piloto o un obrero.

Advirtiendo que las detenciones de la bola se efectuaban a distancias fijas, e iguales, según dijeron los anteojos, a las existentes entre cargas contiguas, dedujo el sabio conclave que la bola tenía que ser un aparato destinado a revisión, cotidiana tal vez, de los elementos propulsores del motomundo, o un cargador destinado a reponer periódicamente la parte de explosivo consumida cada día, para mantener la constancia de fuerzas en las cargas.

En avería nadie pensaba sino Sara, que aprovechando, cual solía, toda ocasión de acreditarse de inteligente y perspicaz con Alvaro, le confió sus temores de que aquel mundo donde se habían metido no fuera sino un *cacharro descompuesto*, y las sospechosas maniobras de la bola reconocimiento precipitadamente hecho, para descubrir desconocidas y acaso peligrosas irregularidades de funcionamiento, que acaso comprometían la vida de doscientas personas, por culpa de quienes no exigieron a la aventurera española que antes de zarpas descubriera todos sus secretos, entre los cuales podía muy bien haber equivocaciones garrafales.

—No, no digo nada—contestó a una observación de Alvaro—, porque no quiero alarmar al pasaje sin certeza plena de que haya urgencia de salvarlo. Por lo pronto, no creo que esas maniobras sean habitual y

diaria inspección de cargas, pues tengo la vehemente sospecha de que el orbimotor, aun cuando un poco más arriba, está ahora tan parado como estaba en Paramillo. Pensando en las velocidades que debería desarrollar en la subida, teniendo en cuenta las enormes distancias de sus larguísima viajes, paréceme la altura a que vemos el Sol sobre la redondez de esa esfera de nubes que rodea la Tierra, mucho mayor de lo debido; pues si te fijas en el tamaño de la sombra de este barrote de la barandilla, advertirás que viene a ser el que tendría en Mendoza a esta misma hora. Además, tampoco nos movemos lateralmente, porque el sentido y la velocidad del lento giro de la sombra de ese mismo barrote, por efecto del cambio de posición del Sol, son los mismos que serían si estuviera clavado allá abajo en el suelo, y aun si me apuras, digo que

podrían servirnos para saber la hora como un terrestre reloj de sol.

No cabe duda, por lo tanto, de que hemos dejado de subir, y como tampoco avanzamos horizontalmente, esto no puede ser sino por causa de averías.

—¿Averías?... Sí; tienes razón.

—Más bajo, hombre.

—Sí—continuó a media voz Alvaro—, has visto perfectamente claro. Anoche, al regresar yo a casa, noté que comenzábamos a caer. Luego se detuvo la caída... Pero de ocurrir lo que piensas—y tu razonamiento sobre la posición y movimiento del Sol en el cielo, reveladas por esa sombra, es irrefutable—la cosa es gravísima.

Y una vez más se admiraba Fairelo del saber y la ciencia de su esposa, con la que continuó cuchicheando.

VIII

LEBLONDE VENTEA UNA PISTA

Mientras los sabios discutían sobre la esfera de reparaciones y su funcionamiento, Aristides, que gozaba libre acceso al balconcillo de los príncipes de la ciencia, no por sabio, que no era, sino por su alto cargo de Insector de Sanidad, ya que del nuevo de Jefe de la Policía nadie tenía aún noticia, iba y venía, entre los grupos, con orejas y ojos de par en par abiertos, procurando pescar lo que pudiera de las conversaciones, y dedicando especial atención a quienes, por serle personalmente antipáticos, atraían sus sosechas: por ejemplo, el señor Chu-Fo, a quien tenía entre ceja y ceja desde que se enteró de sus propósitos de reemplazar los apetitosos manjares, vinos y *menús* con gases, píldoras y pinchazos de inyecciones.

De un hombre de tan pervertidas ideas—decía su antipatía gastronómica— todo puede temerse.

Por razones menos prosaicas y egoístas recelaba también del matrimonio Sam-Fairelo, recordando los rirrafes provocados por la frustrada directora respiratoria de los novimundianos, cuya dirección ya se veía no hacía la menor falta, pues sin ella se respiraba en el novimundo mucho mejor que en el mejor sanatorio suizo del mundo viejo. Aunque, a decir verdad, no respiraba él entonces muy a gusto que digamos; mas

no por culpa del aire, leve, fresco, discretamente ozonizado, en el novimundo disfrutado, sino por las angustias que lo sobrecogían al ver rodar, allá en lo alto, a la Capitana; por la zozobra de que el oculto autor de la avería de las cápsulas conociera el mecanismo de la bola, en cuyo caso era probable que María Pepa no escapara con bien de la aventura.

—Aquí, tal vez a mi mismo lado—se decía Aristides—, tengo al maldito sabio que se apresta a cortar ese cable para precipitar a la pobre y heroica muchacha en un abismo de no sé cuántos centenares de kilómetros de altura.

Al pensarlo cerró los ojos, tan asustado como si fuera él quien cayera; y haciéndole su inquietud acordarse de la urgencia de descubrir la pista que le habían encargado venteara, a ventear se puso, apartando los ojos de la maldita esfera, cuya vista le perturbaba con horribles temores.

Cuando la gente se dió cuenta de la existencia de ella, y reparó en sus movimientos, tenía Leblonde clavada la mirada en Chu-Fo, y al observar la que éste levantó para enterarse de la novedad, vió tan claramente pintadas en su rostro la sorpresa y la curiosidad de quien es de improvisto sorprendido por algo para él completamente nuevo.

que se atenuaron sus sospechas; pues si nada sabía el profesor japonés de tal esfera, no cabía atribuirle propósito ni medios de intentar nada contra quien la ocupaba.

Por haber sido el ilustre Director de la Alimentación con quien primeramente tropezó a su llegada al balconcillo, perdió Aristides tiempo en la averiguación de lo que deseaba; pues, si en vez de mirarlo a él, hubiera espionado a Sara y Alvaro, habría llamado la atención el contraste entre el curioso interés con que éste miraba la esfera, cuya finalidad y cuyo mecanismo desconocía, y la tranquila indiferencia de ella ante cosa prevista y conocida.

De haber visto esto, seguramente habría reparado Leblonde que Sara y él eran allí los únicos cuya curiosidad no se excitaba con las evoluciones de la bola; y es muy probable que mozo tan despierto dedujera que dicha coincidencia podría provenir de saber ambos lo que los otros ignoraban; de lo cual a lanzarse sobre segura pista ya no había sino un paso, no dado entonces por no haber visto a la yanqui sino después: cuando con alturas del sol, longitudes de sombras y movimientos de ellas, convenía a su marido de la quietud del orbimotor: aunque de todo ello no oyó Leblonde palabra, por estar lejos de la sapientísima pareja.

No dejó, sin embargo, de fijarse el francés en que sin tomar parte en las discusiones entabladas por los sabios sobre lo que era novedad del momento, se mantenía apartado el matrimonio a un lado: singularidad que, reforzada con sus añejas desconfianzas, hizo le maniobrar, acercándose disimuladamente a ellos, para ver de pescar lo que pudiera de su conversación.

Si el autor fuera un novelista de los buenos, que entretejen los hilos de sus tramas, atendiendo a apariencias de verosimilitud, diría ahora que Leblonde consiguió, sin ser visto, llegar cerca de Alvaro, cosa no muy difícil en el repleto balconcillo de los sabios, y que entonces oyó la palabra *avería*, por aquél pronunciada en voz tan alta que hizo a Sara advertirle que bajara el tono.

Pero como esto no es una novela, sino concienzuda futu-historia, grabada en el cerebro de la vidiente mademoiselle Thellis por misterioso proceso cinepsicográfico, ha de sacrificarse en ella la verosimilitud a la verdad; siendo ésta que un fenómeno de espejismo acústico, debido a convergencia de reflejos de la voz de Fairelo en la cóncava esfericidad interna de la pared del Auto-planetoide, convertía dicha concavidad en tornavoz que clara enviaba a Leblonde, en

las alas de un eco, la palabra "avería": aun cuando el portugués y él se hallaran a opuestos lados del balconcillo y separados por distancia que tal vez pasaría de los ochenta metros (1).

Al oír la se encendió en su cerebro un destello de vivísima luz. Porque, ¿cómo podía aquel hombre conocer el accidente a no ser obra suya?

Si Aristides hubiese sabido un poco de acústica, de ecos y resonancias, de ángulos de incidencia y reflexión, habríase estado quietecito en el lugar que la suerte le deparaba para no perder frase de la conversación del matrimonio, puesto que quietos seguían ellos recostados en la barandilla del balcón; mas su torpeza, científica se entiende, que en lo demás partía un pelo en el aire el flamante Jefe de Policía, le llevó a acercarse a ellos pensando espíarlos mejor. Y claro está, dejó de oír, porque no pudo aproximarse tanto cual deseaba por el temor de despertar sospechas. Mas desde entonces ya no perdió de vista a Alvaro.

Pasó el tiempo y se cansó la gente de ver dar vueltas a la bola, que hacía las once, hora de Mendoza, oficial en Noviópolis, llegaba a la segunda carga sur del XII° meridiano.

Desvanecido el incentivo de la novedad, ya se hacía el espectáculo muy monótono; las nubes de allá abajo, más oscuras que nunca, seguían ocultando por completo la Tierra, y el público, aburrido, comenzaba a abandonar los balconcillos, que desiertos quedaron al dar la última campanada de la citada hora y vocear un clamoroso el aviso de estar dispuesto el *lunch* en el "Laboratorio de la Alimentación".

Aquel primer *lunch* fué servido, o más bien administrado, bajo la inspección del señor Chu-Fo, por los cuatro ayudantes químicos del sabio japonés, a quienes cada consumidor entregaba un vale cortado de un talonario personal de alimentación, a cambio de un refrigerio a piscobis gaseoso, consistente en dos minutos de pulveriza-

(1) La explicación de este fenómeno es muy sencilla, pues estando los dos sobre un mismo diámetro de la esfera, daba además la casualidad de que las ondas sonoras de la voz de Fairelo iban a reflejarse en los puntos del círculo máximo de la esfera de plano perpendicular al diámetro en que Leblonde y él se hallaban, sin tropezar al ir ni al volver reflejados, en edificios ni columnas, ni ningún otro material obstáculo que perturbara su propagación; y así las reflejadas iban a coincidir y concentrarse en el lugar por el otro ocupado.

Reconoce el autor que la anterior explicación no peca de puntual ni rigurosa, pero como no estamos en una cátedra de Física Matemática, créase dispensado de entrar en más detalles.

ción, o mejor dicho, vaporización en la boca abierta, con la cual quedaba listo el parroquiano para aguardar sin desfallecimientos la comida.

—Es sumamente cómodo—decía al salir una señora gorda, ilustrísima gloria del Instituto de Entomología de Amsterdam—. Yo venía desfallecida y me siento completamente confortada. Además, tiene la ventaja de no tener sabor alguno.

—Si eso parece a usted una ventaja—le contestó un peruano que la acompañaba—... yo, es verdad que me encuentro alimentado, pero me acuerdo de las chuletas y el coñac.

Y aun siendo, por breves y nutritivas, realmente cómodas aquellas refacciones por absorción gaseosa, obliga la imparcialidad a consignar que la mayoría de los consumidores (de la opinión del peruano), se contentaban con el burbujeante tente en pie sólo por no tener a su disposición en el Autoplanetoide cocina más sabrosa y succulenta que la cocina química del señor Chu-Fo.

En cuanto a Arístides, ni los pies puso en el comedor oficial. Pero entonces, ¿de qué se alimentaba?, preguntará el lector... Misterio: misterio que acaso aclare el tiempo, mas por ahora impenetrable.

Ni entrar quiso en el templo de la nutrición científica, en pos de Sara y Alvaro, a quienes desde lejos seguía. Quedóse afuera, acechando a regular distancia su salida; y aguardándola estaba cuando vio venir al Alferez en compañía de un cabo, marchando muy gallardos, no, gallardas, porque el alferez era Soledad, y el cabo una de aquellas mozas de la Escolta de la Capitana, o escolteras, como decía la plebe, que no tenían para hacer boca con los chicos de Santiago; y que a no ser por las actuales preocupaciones de Leblonde, habríale parecido a éste el gran bocado: mas tales eran éstas, que a despecho de su probada devoción a las guapas muchachas, antes que en el garbo y gentileza de la apuesta moza, pensó en la utilidad que podría prestarle sustituyéndole en el rastro de la pista que él venía siguiendo, con peligro de ahuyentar la caza si los espías advertían que lo eran por persona tan afecta como él a María Pepa.

Resuelto, pues, a utilizar auxiliares, y observando al acercarse a saludarle Soledad el despierto aire y la inteligente mirada de la acompañante, respetuosamente cuadrada un poco atrás, dijo en voz baja a la sevillana:

—Parece lista esa chica que te acompaña...

—Pues todavía es más de lo que parece.
—Préstamela, la necesito con grandísima urgencia.

—¡Don Arístides!... ¡Por Dios!... ¡Vaya unas bromas!...

—¡Quita, mujer!... No es eso, ni esto es broma, sino cosa muy seria: no te la pido en calidad de chica guapa, sino de cabo.

—Lo siento, pero no puede ser: estamos todas de servicio por orden de mi ama.

—Y también yo, y también de orden de ella.

—Imposible, imposible. Yo tengo mi consigna. Usted no sabe lo que es una consigna.

—Verdad: qué quieres, hija, no todo el mundo puede ser alferez. Pero ahora se trata de defender a tu ama de un enemigo desconocido que creo haber descubierto, y cuyos pasos sigo con miedo de que mi vigilancia sea inútil si descubre que soy yo quien lo acecha. Puedes darme esa buena moza con la misma confianza que se la darías al señor Hauptt, que anda por los ochenta, y estar segura de que a estar aquí tu ama, te ordenaría entregármela.

—No: ésta, no; como va de uniforme llamaría la atención. Le daré otra mejor. Aguarde aquí un instante, que inmediatamente se le presentará a usted. Hasta la vista, señor Leblonde.

Mientras éste se quedaba pensando que cuando no estuvieran de servicio, procuraría hacer amistades con la Cabo, dándosele muy poco de los permisos y opinión de Soledad, cruzó ésta la calle, y acercándose a otras dos escolteras que vestidas de paisano hablaban junto a una esquina, les preguntó cuál de ellas estaba libre.

—Yo—contestó una, flacucha y poco agradecida—. Ahora mismo me estaba relevando Paca.

—Pues, hija, no hay relevo; hoy estáis todas de servicio permanente. ¿Conoces al señor Leblonde?

—Sí, mi Alferez: es aquel que está allá enfrente.

—Bien; pues preséntate a él, y obedécele en cuanto te mande, por el tiempo que te necesite—. Y para sí pensaba: "A ésta no hay cuidado de que me la entretenga más de lo necesario."

—A la orden de usted—contestó la feucha, que un minuto después, y mientras Soledad y la Cabo continuaban su camino, se paraba ante Leblonde, y saludando militarmente repetía:

—A la orden del señor Inspector: soy el Sargento de la escolta que el Alferez envía a usted.

—¿Dónde tendrá los ojos Soledad para

decir que es este escuerzo mejor que aquella buena moza, ni en qué cabeza cabe el hacerla Sargento y a la otra sólo Cabo?—Esto fué lo primero que pensó Aristides al ver a la recién llegada; pero en seguida, acordándose de lo más interesante, preguntó a la muchacha.

—¿Conoce usted al Capitán Fairelo?

Ha de advertirse que el señor Inspector solía tutear a todas las chicas guapas de la escolta, sin jamás permitirse con las feas la misma libertad.

—Sí, señor: desde que entró en Noviópolis soy una de las que, vestidas de paisano, vigilamos a su señora por orden del Alférez: ahora queda Paca en mi puesto.

—También es casualidad. Pues ahora, mientras la otra la vigila a ella, no ha de perderlo usted a él de vista, si los dos se separan. Observe dónde va, qué hace, con quién habla, qué dice, si pudiera usted oírlo. Dentro de dos horas vayan, usted o la otra, a darme parte a mi alojamiento; y si en él no estuviere, telefonéenme a la Comandancia. Ya sale de tomar el *lunch*. No lo pierda de vista; y mucho ojo y mucha precaución.

Dicho esto, corrió Leblonde al balconcillo, pues en aquella calle los edificios y los ascensores le ocultaban la parte del orbimotor sobre la cual rodaba la esfera de reparaciones, y estaba en vilo hasta no ver si seguía rodando sin tropiezo ni accidente.

Rodaba, sí, mas ya entonces subiendo la cuesta del ecuador al polo, más de prisa que la había bajado, y sin detenerse en carga alguna, lo cual quiere decir que se hallaba en el viaje de retorno después de terminar sin novedad el reconocimiento.

Sintió henchírsele el pecho el buen Aristides, iniciando un suspiro de satisfacción interrumpido apenas comenzado, por pensar que hasta el fin nadie es dichoso, y que si suspiraba antes de ver la bola quieta en su agujero, corría peligro de suspirar en vano. Por eso fué tremendo el resoplido con que, después de aquella larga contención, alivió el pecho, cuando la vió pararse sobre el polo, descender y encajarse en su álveo.

—¡Salva, salva! —gritó emprendiendo otra carrera que acabó en el despacho de María Pepa, donde, por una puerta, entró como una tromba, al mismo tiempo que ella, seguida de Valdivia, entraba por la frontera; cogiendo y apretando las manos chiquititas de la Capitana, entre las largas y huesudas manos de él, y sin que la emoción y la fatiga de su correr desenfrenado le dejaran articular palabra.

—Sin novedad. Ya ha visto usted que aquellos miedos que tenía...

—¿Aque... quee... queellos...? Los que usted vió no va... lían na... nada; los gordos fueron los otros, los de des... después...: cuando la vi dar volteretas allá afuera ¿Y no viene usted mareada?... ¡No!... Vaya una cabeza firme.

María Pepa soltó la carcajada, diciendo, en cuanto pudo contener la primera explosión de la risa:

—¡Pero hombre de Dios!... ¿Usted ha creído que yo iba dando volteretas?

—Pues ¿qué había usted de hacer dentro de esa condenada pelota que no dejaba de dar vueltas? Sólo de recordarlo se me ahila el estómago y me vuelven las bascas que sentía al verla rueda que rueda.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Poble Leblonde!... ¡Pero si he ido todo el tiempo tan sentada y derecha como en esta butaca!—dijo María Pepa sentándose y dejando sobre la mesa las siete cápsulas demontadas que traía de su expedición?

—Pero, ¿cómo puede ser?

—Muy sencillo: si usted quiere algún día probar ese vehículo y rodar como yo...

—No, no. Mil gracias; lo agradezco.

—Usted se lo pierde, porque iría comodísimo en el sillón que, siempre vertical, cuelga del eje, por muchas vueltas que la bola dé.

—¿Y por qué diablos no me lo dijo usted antes? Vaya un mal rato inútil que me ha hecho usted pasar.

—Inútil, no, porque ha ganado usted con él mi agradecimiento.

—No merece la pena. Guárdelo para cuando su nuevo Jefe de Policía le traiga a usted el nombre del autor...

—¿Cómo! ¿Ha averiguado usted algo ya?—le atajó vivamente María Pepa, con tono en que se traslucía más temor que curiosidad.

—Sí, pero hasta que acabe de tender mis redes, y en ellas caiga el pájaro, no digo una palabra más.

—Ya usted ha visto que ese enemigo no puede o *no quiere matarme*—replicó la Capitana con seriedad teñida de melancolía que se avenía mal con las anteriores carcajadas, y sin hacer el menor intento para averiguar el nombre que callaba Aristides; sorprendiendo a éste aquella extraña falta de curiosidad de una mujer en cosa que tanto debiera interesarle.

—¿Y viene usted satisfecha del resultado de su reconocimiento?... ¿Ha averiguado lo que necesitaba saber?

—No lo sé todavía. Eso nos lo dirán Fog-nino y Haupt cuando, dentro de dos horas, hayan analizado estas cápsulas, que al pa-

recer son iguales a las demás. Aquí está Haupt—agregó, viendo entrar al abuelito, que, avisado telefónicamente en cuanto María Pepa tomó tierra, o más bien novimun-

do, no tenía piernas ni pulmones para llegar con la velocidad que el provenzal. A poco llegaron, a consecuencia de igual llamada, Ripoll y Fognino.

IX

¡ARRIBA!

Pasadas las primeras expansiones de afecto de los tres abuelos, hondamente conmovidos al ver que inmune regresaba la nieta, díjoles ella que, ya tranquila con la certeza que el reconocimiento le había dado de que, no habiendo averías en los excitadores ni en los imanes, sino sólo en las cápsulas, todo se remediaría rápidamente con una mera sustitución de las estropeadas, íbase a dormir un rato para recuperar el perdido sueño de la noche anterior, mientras ellos efectuaban los ensayos de las cargas recogidas.

—A las cuatro volved a decirme el resultado del análisis. Tú, papá Ripoll, mantén todas las precauciones militares. Usted, Valdivia, recuerde lo que allá arriba le he encargado, y que al despertarme quiero recibir el parte de hallarse el autoplanetoide a 20.000 kilómetros de altura.

—¿Has pensado?...—preguntó vacilante Fognino.

—Sí—contestó ella, resuelta, sin dejarle acabar la pregunta en que ya traslucía una objeción—, he pensado que a esa altura distaré poco más de cuatro radios terrestres del centro de la Tierra, distancia cuádruple de la de dicho centro a los objetos de la superficie de ella: que cada tonelada que en el suelo pesa 1.000 kilogramos, y solamente 949 a nuestra actual altura, no llegará a pesar 60 en cuanto subamos a 20.000 kilómetros; es decir, que para sostener el novimundo en donde estamos habré menester fuerzas diez y seis veces mayores (1) que

las necesarias para sostenerlo allá arriba; y sé que permanecer aquí sería malgastar absurdamente el cinetorio. He pensado que, disminuidos en la misma proporción los pesos de obreros, herramientas, ejes, ruedas y volantes de las máquinas, y no variando la fuerza muscular de aquéllos, ni la de los resortes, ni el voltaje de éstas, operarios y máquinas podrán levantar allí pesos diez y seis veces mayores en el mismo tiempo o iguales en tiempos diez y seis veces menores: al punto que un trabajo que ahora exija cuatro horas, quedará terminado en quince minutos.

¿Que los obreros tardarán algo en adaptarse a tales condiciones?... Convenido; pero aunque rebajemos a la mitad el aumento de eficacia del trabajo, todavía rendirán máquinas y obreros ocho veces más que ahora, realizando en un día nuestros tres operarios labor para la cual necesitaríamos emplear aquí veinticuatro durante el mismo tiempo. Ya ves, papá Ripoll, cómo los tres obreros, ayer insuficientes, me bastan hoy, y por qué confiaba en poder reparar mi orbimotor.

—¡Evidente, evidente!—dijo Haupt.

—Es verdad—corroboró Fognino—. Pero, sin embargo...

cuanto mayor la distancia de los cuerpos al centro de la Tierra, supuesto en coincidencia con el de la gravedad de ella, y se sabe, asimismo, que la relación entre intensidades de la gravedad a diversas distancias al centro es igual a la inversa de los cuadrados de dichas distancias. De donde, siendo 6.367 kilómetros la longitud media del radio terrestre, los cálculos que permitan a María Pepa decir lo que con razón afirmaba era sencillísimos.

Véase: Peso de la tonelada en el suelo, o sea a 6.367 kilómetros del centro de la Tierra, 1.000 kilogramos.

Peso a 200 kilómetros de altura, o sea a 6.567 de dicho centro, 1.000 kilogramos multiplicados por 6.367² y dividido por 6.567², igual a 949 kilogramos con 513 gramos.

A 20.000 kilómetros de altura, a los que corresponde distancia al centro de la Tierra de 26.367, resultaría la tonelada igual a 1.000 kilogramos multiplicados por 6.367², divididos por 26.367² o sea 50 kilogramos con 989 gramos.

Y María Pepa dijo 60. La diferencia no merece la pena de discutir sobre ella.

(1) Como María Pepa no se paraba en menudencias, que tampoco preocupan al autor, no puntualizó el exacto decrecimiento del peso actual de personas y cosas en el Autoplanetoide a los 200 kilómetros de altura a que entonces se hallaba, cuya reducción al llegar a 20.000 sería realmente no de 16, sino de 16,062; y en relación al de ellas en la superficie de la tierra, 16,914.

La razón es sencilla, pues es sabido que la fuerza de la gravedad (o su aceleración, hablando en términos científicos, que en el ecuador imprime los cuerpos velocidad de caída de 9,78 metros por segundo, y de 9,80 en el polo) es tanto menor

—Esta neneta vale más que pesa; no allá arriba, ni aquí, ni siquiera en el suelo, sino que la enormidad de toneladas que pesaría en el mismísimo centro de la Tierra (1).

—Yo no entiendo ni pizca de todo eso y me marean las explicaciones de la Capitana; pero veo clarísimo que tiene mil razones; porque si hemos salido de la Tierra para ir a las estrellas, ¿cómo hemos de llegar si no subimos?

—No he acabado todavía—agregó María Pepa, recalcando las palabras y mirando a Fognino, que era el único objetante—, porque bastándome veinte o veinticuatro horas allá arriba para hacer la compostura, en lugar de ocho días que necesitaría aquí, es claro que economizaré en ella 127 gramos de cinetorio en cada 128 de los que aquí me costaría, porque diez y seis veces menos fuerza en ocho veces menos tiempo, es en total 128 veces menos gasto.

—¡Arriba, y visca la Coronilla! .

—¡Visca la Capitana!—coreó Leblonde.

—Que por tener mucho sueño suplica la dejen ustedes dormir, aun cuando sólo sea tres horas. ¡Ah! Papá Ripoll, redacta y publica inmediatamente un bando previniendo al pueblo que modere la fuerza y la viveza de sus movimientos, pues la gran disminución de peso que experimentarán personas y objetos podría acarrear accidentes si no se cuida de atemperar a ella la habitual energía de los músculos. Y usted, Valdivia, suba muy despacio, para que poco a poco se habitúe la gente a su mayor ligereza. Como desde aquí solamente hemos de elevarnos 19.800 kilómetros, basta una pequeñísima velocidad media de 6.600 kilómetros por hora (1,836 kilómetros al segundo) para llegar a 20.000 en tres horas. Hasta las cuatro.

Fuéronse Hauptf y Fognino a sus análisis, Valdivia al puente, Ripoll a dictar el bando a Soledad, y Leblonde a encerrarse a piedra y lodo en la más retirada habitación de su casa en compañía de su criado

venezolano, un chico muy moreno y muy simpático, que por cierto tampoco había ido al *lunch* del Sr. Chu-Fo. Siendo tales sus prisas y sus precauciones, al colarse adentro, que ni seguirlos ni atisbar nada de la habitación pudo nuestra amiga Ifigenia, que me dicta todo esto; deduciendo de tan gran cautela, que pudiera ser hija del pudor, muy laudable, de Aristides, que acaso se encerrase a bañarse asistido del fámulo. Es verosímil.

Poco más de media hora después llegó en su busca el sargento disfrazado que Soledad puso a sus órdenes, y le participó que tras un paseo por la población, habían vuelto Sara y Alvaro a su casa; que a poco apareció él en la azotea, con su asistente y el de la comandante, su señora; que ejecutando órdenes del capitán habían los fámulos arreglado los cordeles—la sargento ignoraba que no eran cordeles, sino alambres—, a lo largo de los cuales corría el toldo. Acabado el arreglo, y después de permanecer un rato en el interior, volvió a salir el Sr. Fairelo, dirigiéndose al Instituto de Experimentación, abierto a todas horas a las internacionales comisiones científicas para que entretuvieran los largos días de la venidera travesía con estudios, experimentos e investigaciones, y en el cual tenían a su disposición soberbias instalaciones con numerosos y variados departamentos y gabinetes astronómicos, eléctricos, químicos, etc., etc., profusamente dotados de toda suerte de instrumentos y medios de experimentación.

Allí quedaba el portugués con ocupación para rato, al parecer, según lo abortó y entretenido que, con unos aparatos desconocidos para ella, se le veía desde la calle por una ventana junto a la cual se había instalado. Se entiende que ella era el sargento.

—En eso estamos iguales, porque tampoco sé yo mucho de esas cosas—dijo Leblonde, pensando que María Pepa se había equivocado encargando a hombre de su poquísima ciencia de descubrir crímenes en que era cómplice la ciencia; porque si el portugués estaba preparando alguna científica gatada, por el estilo del estropeamiento de las cargas, nadie menos apto para olfatearla que un Jefe de Policía cuya sapiencia estaba limitada a la de darse buena y alegre vida.

Mientras pensaba en esto y en cómo se las arreglaría para espiar, sin entenderlos, los experimentos de Alvaro, que un instintivo olfato policíaco le avisaba debían ser interesantísimos, escarbábase nerviosamente los dientes con un palillo, maniobra que, acordándose de la alimentación del *restaurant*

(1) La emoción del ilustre astrónomo barcelonés le había hecho decir un disparate, porque, aunque el peso de los cuerpos soterrados va aumentando según con su profundidad disminuye la distancia al centro de la Tierra, olvidaba que esto es solamente entre determinados límites, pues hacia dicho centro tira de ellos toda la materia de la Tierra que por debajo tienen, mientras que de aquel centro tiende a separarlos la atracción de la parte de Tierra que por encima queda. Llegado, pues, al mismo centro, lo que en realidad ocurriría es que, en todas direcciones, tirarían de él la Tierra hacia arriba con fuerzas que en número infinito serían dos a dos iguales y opuestas, y, por tanto, no se movería. Claro es que esto supone esférica la Tierra, y de uniforme densidad en todas sus partes.

químico—incapaz de dejar resto alguno en la dentadura—, preocupaba al sargento, hasta el extremo de escapársele un

—¡Qué raro!...

—¿El qué?...

—Que el Señor Inspector use palillos.

—¡Palillos!—contestó sobresaltado Leblon— de tirándolo en seguida—. ¡Ah, sí!... Es que... que tengo una muela picada, y se... se me han quedado en ella unas burbujas gaseosas del *lunch* de esta mañana. Bueno, bueno, vuélvase usted al acecho sin perder de vista a ese caballero en cuanto salga del Instituto.

La primera idea de Arístides al quedarse sólo fué correr a pedir a María Pepa un agente sabio, indispensable en la necesidad presente; pero juzgando indiscreción interrumpir la siesta de quien en claro había pasado la noche, acudió a los dictatoriales poderes militares de su amigo el barcelonés, que ni la enhorabuena le dió por su exaltación a la Superintendencia de Policía. Gracias a haberle dado algo de mayor valía no se ofendió Arístides.

He aquí el donativo:

"Confidencial, urgente y reservado. El Director del Instituto de Experimentaciones se pondrá incondicionalmente a las órdenes del Sr. Leblonde, Jefe Superior de Policía, pres-tándole, por sí o por medio de sus subordinados, sin discutirlos ni tasarlos, las coope-raciones que le pida.

Noviópolis, 11 de septiembre de 2186.—
P. O.: El Comandante General Accidental,
Jaime Ripoll."

Diez minutos después salía Arístides del despacho del Director del Instituto en compañía del encargado del gabinete radio-telegráfico que una hora antes había puesto a disposición de Alvaro los aparatos que éste pidió para sus experimentos.

Dicho ayudante quedó en el encargo de vigilar al portugués y de redactar puntual informe de cuanto hiciera durante su estancia en el Instituto.

—Yo no lo entenderé, puede usted estar seguro; pero no importa, es importantísimo y ya lo leerá quien pueda entenderlo.

—Anticipo a usted que, en vista de los aparatos que ese señor ha pedido, se trata desde luego de experimentos radiotelegrá-ficos. ¿Es preciso interceptar los mensajes que transmita?

—¡Ah!... ¿Usted cree que transmitirá mensajes? Eso es gravísimo. Intercéptelos, intercéptelos; el primer deber de la Policía es interceptarlo todo.

—Entonces pondré en actividad el receptor universal...

—Y eso ¿qué es?

—Muy sencillo: un surtido completo de receptores de telegrafía sin hilos, graduados entre muy amplios límites, que individual o automáticamente combinados capturan al paso cualquier radiograma, sea la que quiera la frecuencia de las ondas empleadas en su transmisión.

—Sigo sin entender palabra, mas da lo mismo; y me alegro muchísimo de la existencia de ese chisme y de haber tenido el honor de conocer a usted. Cuento con el informe.

—Lo tendrá usted en su poder a la media hora de salir de aquí el señor Fairelo.

—Mil gracias.

Al despedirse Arístides de su nuevo subordinado, encaminóse a su alojamiento ligero y ágil como nunca se había sentido, satisfechísimo al ver desvanecerse el recelo que antes le había turbado de que la Capitana se hubiera equivocado al honrarlo con el nuevo cargo, para el que no era ya óbice su ignorancia científica; pues veía él clara su aptitud para altos y empingorotadísimos puestos en la facilidad con que sabía elegir aptos subordinados que trabajaran mientras durmiera el jefe: que efectivamente se iba a dormir, porque no siendo aún sino las dos, también podía él echar su siesta hasta que despertara María Pepa.

De minuto en minuto se sentía más suelto y ágil. Tal vez demasiado, pues dióse en el camino tres o cuatro encontones, y tremendos por cierto, con otros tantos transeúntes igualmente apresurados.

—¡Qué atrocidad!...

—¡Qué manera de echarse sobre la gente!

—Pues usted va despacio que digamos...

Estas o parecidas frases se cruzaban a cada una de las colisiones, aquella tarde frecuentísimas, en la vía pública, pues andaban las gentes de Noviópolis como andan en carrera.

Al parar en su casa halló al ayuda de cámara en tal estado de perturbación, que a quien no le constara que en el Autoplano-toide no había otros licores espirituosos sino los empleados por Chu-Fo en sus preparaciones nutritivas, habríale parecido borrachera; mas indudablemente convencido de la injusticia de darle tan feo nombre, únicamente dijo Arístides:

—Este chico, en mi ausencia, ha tomado otro *lunch*; pero en vez de enredársele en las muelas se le han ido los gases a la cabeza. En adelante no dejaré a su alcance los pulverizadores.

Dicho esto, puso en hora el despertador para las cuatro y se tendió en la cama.

* * *

Sobresaltado con el repiqueteo del timbre del despertador, saltó precipitadamente del lecho a la prevista hora; pero en vez de quedar en pie, junto a la cama, fué a dar de bruces contra la pared de enfrente.

—¡Qué barbaridad!—dijo por el camino—. De esta hecha me despanzurro las narices.

Pero aunque dió con ellas contra el tabique, no se las aplastó; con gran sorpresa suya, creciente al advertir que la mano con que intentó reconocer en qué estado quedaban, no se detenía en las narices, sino que continuaba subiendo hasta llegar a cuanto consintió la longitud del brazo estirado.

—Pero, ¿qué es esto?—se preguntó perplejo—. ¡Ah, sí!, ya caigo: es que debemos estar ya a los 20.000 kilómetros a que ordenó subir la Capitana; y las manos, y el cuerpo, y todo pesan... ¿Qué pesará mi cuerpo ahora?... Dijo María Pepa que diez y seis veces menos que esta mañana y diez y siete menos que ayer en Paramillo.

Y con curiosidad grandísima de averiguar a qué se habrían reducido los 52 kilos de su larga y flaquísima persona, cogió papel, enristró lápiz y diciendo: "Este debe de ser el dividendo, este otro el divisor...", no, no, lo contrario", a dividir se puso.

No fué breve faena, pues cuando no se equivocaba en multiplicaciones, se enredaba en las restas; y como en decimales tampoco estaba ducho, puso punto donde debiera poner coma, con lo cual, convertidos los gramos en kilogramos, un monstruoso cociente le espantó al decirle que el peso actual del señor Jefe de Policía e Inspector de Sanidad era de 3.058 kilogramos. ¡Tres toneladas y un piquillo!... Y como aun para compartido entre dos altos funcionarios era aquél mucho peso, pues repartían a tonelada y media larga el Inspector de Sanidad y el Superintendente de Policía, exclamó:

—¡No puede ser!... ¡Sería horrible!... No podría moverme. Digo, no podríamos movernos ni el Inspector ni el Superintendente...

Esto son jugarretas de las malditas matemáticas... ¡Bien decía mi profesor del Instituto que yo nunca sabría dividir!... Porque, diga el cociente lo que quiera, yo estoy cierto de no pesar apenas nada.

Y para convencerse pegó un brinco que le hizo dar con la cabeza en el techo, no obstante los cinco metros de altura que para proveer ampliamente de aire en sus domicilios a los novimundianos se había dado a todas las habitaciones al construir los edificios de Noviópolis.

—Bueno, ahora me descalabro—pensó al sentir un leve testarazo en la cabeza—. Y cuando se dió cuenta de lo insignificante del golpe recibido, gritó con la voluble rapidez con que ideas e imágenes solían atropellarse en su cerebro inquieto:

—¿No?... Pues al bajar me rompo de seguro las piernas.

Pero tampoco se las rompió, lo cual comprenderá quien sepa colocar en sus debidos sitios las comas de los decimales, restituyendo a aquel desmesurado cociente, su real valor de 3,058, pues verá entonces que el verdadero peso de Leblonde cuando saltaba tan desaforadamente era de tres kilogramos con 58 gramos.

—Bueno, pues aunque a coro me digan disparates dividiendo, divisor y cociente, yo estoy archiseguro de que no peso casi nada. Ni esto tampoco—dijo, tirando a lo alto como si fuera una naranja, la mesilla de noche.

—Ni esto—y a pulso, con una sola mano, levantó la cama con *sommier* y colchones. Quedando persuadido con sus experimentos, aunque no fueran muy científicos, de la inutilidad de las ciencias matemáticas, y gritando enajenado:

—¡Ya estamos allá arriba, no, aquí arriba! ¡Que contenta estará María Pepa! Voy ahora mismo a darle la enhorabuena.

Y a la calle salió como un cohete, viendo que, a despecho del bando ya pegado en las esquinas, andaba todo el mundo como él, a enormes trancos en vez de andar a pasos. Y le sorprendieron otros curiosos e imprevistos fenómenos, que por doquier veía; pero no tan extraordinarios y curiosos como los que había de ver más adelante.

Queda aplazado para entonces hablar de ellos, sin decir más ahora sino que, pesando cuerpos y objetos mucho menos que en la Tierra y no habiendo variado la potencia de los músculos de los novimundianos, desarrollaban éstos, mientras no se adaptaran a los nuevos pesos, la misma fuerza que allá abajo, siendo, por tanto, el resultado movimientos muchísimo más rápidos y más amplios de lo acostumbrado.

X

EL SEGUNDO ACCIDENTE

Los pobladores del novimundo, que, en aquella primera jornada de su navegación, no tenían todavía distribuido el tiempo con arreglo a ocupaciones o hábitos aun no formados, ni amoldada la vida a las condiciones de ella en el orbimotor, habían contado entretener gran parte del día en la contemplación de la Tierra, hundiéndose vertiginosamente, por instantes, en más y más remota lejanía. Pero al fallarles el programa andaban atontados, sin saber cómo matar el aburrimiento; pues el nublado cielo nada dejaba ver del esperado espectáculo. *Nublado por debajo*—entiéndase lo que decirse quiere, pues los viajeros veían a sus pies las nubes—*siendo no el cielo sino la Tierra la nublada* y con el sol brillando arriba esplendoroso: más, mucho más esplendoroso, que como desde el mundo pueda verse en clarísimo día; pues su dorado disco destacábase sobre el fondo de un cielo mucho más obscuro que el clásico celeste de nuestros celajes despejados: un cielo que, tirando a azul prusia, pasaría a turquí, llegando al fin a convertirse en negro conforme el Autoplanelto se elevara.

La novedad del obscurecimiento, aun no más que incipiente, de los cielos y la ofrecida por la Luna y unas pocas estrellas visiblemente perceptibles en plena luz solar, iban entreteniendo, aunque no mucho, por su monotonía, a la plebe; pero no aminoraban el aburrimiento de los sabios que tenían previsto todo aquello sabiendo era tan sólo iniciación de naturales fenómenos, poco dignos de pararse a observarlos en tanto no llegaran a pleno desarrollo.

He aquí porqué los sabios eran quienes más largo hallaban, en Noviópolis, el primer día del viaje, y he aquí por qué bostezaban también los sapientísimos Sara y Alvaro. Es decir, ella, que andaba revolviendo en la cabeza proyectos y maquinaciones muy suficientes a mantenerla distraída, no se aburría, pero lo simulaba perfectamente cuando, al salir del *lunch* y dar, con su marido, un paseo por la población, quejábase de la cansada tarde que se les presentaba en perspectiva.

—¿Qué hacer? ¿En qué emplear aquellas largas horas hasta la comida? Aun no te-

nían desempaquetados sus libros; no habían trabado amistades, ni siquiera conocimientos; el salón de recreos no había anunciado todavía sus primeras representaciones...

—Podríamos irnos al Instituto a divertirnos en preparar curiosas combinaciones químicas, o a entretenernos con el espectroscopio, o a armar una batalla de microbios patógenos con microbios benéficos, y distraernos contemplándola con el microscopio.

—No me apetece nada de eso, Alvaro. Hoy no me divierte repetir lo de siempre; necesito algo que me interese más: un problema nuevo, alguna dificultad que vencer.

—Pues, hija, no se me ocurre cosa más divertida.

—Ni a mí tampoco. Y lo siento, porque me aburro como una ostra... ¡Calla!... Tengo una idea... Sí, sí; sería entretenido; ya lo creo.

—¿El qué?...

—Según vimos esta mañana, cuando se desgarraron las nubes, estamos sobre Chile, y debemos andar cerca del observatorio astronómico de Monte Tanquímica.

—¿Dónde está empleado mister Froth?

—¿Qué diría si de pronto le enviáramos desde el cielo un saludo por la telegrafía sin hilos?... Y hasta podríamos, si me apuras, echar con él una parrafada telefónica.

—No estaría mal, y de seguro la alegría de ese buen amigo superaría a su sorpresa; pero la dificultad es que ignoro la frecuencia de transmisión necesaria para comunicar con la estación de Tanquímica.

—Yo la conozco: hace tres días, la vi en el Anuario de telegrafía sin hilos que tienen en *El American* de Mendoza. La normal no la recuerdo a punto fijo, pero estoy cierta de que anda muy cerca de millón y medio. Empezando a tantear a esta frecuencia, no serán largos los ensayos.

—También es casualidad que se te ocurriera...

—No fué casualidad, sino que ya me trotaba esta idea en la cabeza antes de embarcarnos, y por eso compré los dos transmisores que habrás visto en casa.

—No, no he visto nada... ¡De modo que tenemos!...

—Sí, hombre, allí están. No sé cómo no

los has visto... Eres tan distraído... Creía habértelo dicho, pero sin duda con el ajeteo de los preparativos de embarco...

Los transmisores eran, ya se recordará, no dos, sino tres, pero mistress Sam tenía poderosas razones para no hablar del otro. En cuanto a la frecuencia que la muy embustera decía ser de la estación radiotelegráfica del observatorio chileno, que desconocía completamente, era la necesaria para hacer funcionar la bomba de inyección de aire en la cámara de vacío, situada bajo la esfera de reparaciones.

Abreviemos: conocida la frecuencia y disponiendo de transmisores, sólo faltaba antena; y aquí del arreglo de los tirantes del toldo, sugerido por Sara y ejecutado por los asistentes, dirigidos por su cándido esposo. Los transmisores parecieron a Alvaro pequeños para comunicar con el observatorio; pero haciéndole observar Sara que sobre estar cercano a él el planetóide, no había entre uno y otro montes ni edificios, ni apenas masa de aire donde pudieran enredarse los etéreos mensajes, resolvió hacer la prueba.

De antemano sabía ella ser imposible que tales aparatos dieran la frecuencia de la bomba, que ella decía ser la de la transmisión de Tanquímica; pero fingió gran extrañeza cuando Alvaro le dijo:

—Se te olvidó mirar estos excitadores al comprarlos. Te han engañado: no son de la frecuencia que tú crees.

—Entonces hemos perdido el trabajo empleado en nuestro ingenioso toldo-antena. ¡Qué fastidio! Yo que confiaba ya... Pero oye: tú, que tienes en esto mucha más competencia que yo...

—No, no, mujer; de ningún modo.

—No digas tonterías. Si te la reconozco... Por eso se me ocurre que acaso tú acertarás a acoplar excitadores y cajas de resistencias de modo que obtuviéramos la frecuencia de transmisión que necesitamos.

—Tal vez sí, tal vez no; depende de...

Entró Alvaro en explicaciones rebosantes de altos tecnicismos, que, siendo muy capaz de entenderlos, no entendió Sara; pues aun aparentando escucharlas muy atenta no las oía, por tener ocupada la imaginación con la idea de que siendo mayor que la suya la aptitud de Alvaro en aquella especialidad, sería lo más seguro que no ella, sino él resolviera, sin saberlo, el problema de cargar de aire la cámara de vacío, creyendo que intentaba telegrafiar al amigo Forth. Meditando además que sería prudente pre-

caución no emplear exclusivamente aparatos de su propiedad, y en su casa instalados, dijo que para las combinaciones necesarias en los entretenimientos telegráficos a que pensaban dedicar la tarde, hallaría Alvaro mejores elementos en el Instituto de Experiencias, pudiendo ella probar suerte, por su parte, con los que en casa tenían; y así, siendo dos a tantear el problema, cada uno por su lado, tendrían más probabilidades de resolverlo.

En vista de esto decidieron que Alvaro, en el Instituto, con los aparatos que allí hallara, y la antena de aquél, y ella en el pabellón con sus propios transmisores y el toldo, procurarían separadamente entablar conversación con el observatorio de Tanquímica.

He aquí por qué se estuvo Alvaro casi toda la tarde tanteando conexiones de alambres y carretes, y realizando otras eléctricas habilidades que, por constituir un difícil problema, sabía su mujer le interesarían cual solía interesarle toda ardua empresa. Y lo conocía bien, pues en un soplo se le pasaron cuatro horas largas de experimentación, hasta que al cabo de ellas y diciendo triunfante "Esto es", comenzó a lanzar llamadas telegráficas por la antena del Instituto.

"Estación de Tanquímica... Tanquímica... Tanquímica"... Y nadie respondía... "Observatorio andino de Tanquímica"... "Del Autoplanetoide"... "Frecuencia de transmisión, millón y medio vibraciones"... Y nada.

Mientras tanto ella también telegrafió el siguiente mensaje desde su casa:

"De Tanquímica al señor Fairelo, en el Autoplanetoide. El señor Forth saluda a su amigo Fairelo y le desea buen viaje."

¿Era que Sara pretendiera engañar a su marido para darle un bromazo? De ningún modo, porque no estando sintonizadas, o armonizadas, las frecuencias del transmisor por ella empleado con los receptores del Instituto de Experiencias, sabía perfectamente que Alvaro no podía recibir su despacho. O más bien sus despachos, pues con intervalos de diez minutos, y como quien insiste por no recibir respuesta, tres fueron los lanzados al espacio; con maquiavélico propósito de que si en el orbimotor había algún registrador—nosotros ya sabemos que sí—, destinado a sorprender todo radiograma no cursado por orden de la Capitana, en él quedarán impresas, no solamente las llamadas de Alvaro, sino las contestaciones de su amigo Forth. Con lo cual el accidente que acaso ocurriera a la noche en el orbimotor no podría atribuirse a intento de él de pro-

ducirlo con sus experimentos, sino a casual coincidencia entre el ritmo de transmisión de la estación chilena y el empleado en la maniobra de la bomba: que, con sus llamadas al señor Forth, debía estar haciendo funcionar en aquellos momentos el marido de la ladina Sara.

Una vez que ésta hubo lanzado por los alambres de su toldo-antena los fingidos radiogramas, preparó el tercer transmisor, que había ocultado a Alvaro, para emplearlo a la noche en desmanar los imanes que retenían la esfera de reparaciones. Seguidamente abrió el cajón secreto, informándose, en la película impresa de su fotofonógrafo, de que, a consecuencia del análisis de las cápsulas, ya se había enterado María Pepa de la jugarreta de la anilina, y leyendo además en aquella las disposiciones adoptadas para ensayar durante la venidera noche las cápsulas de repuesto, que a la mañana comenzarían por turno a montar los obreros, utilizando la esfera de reparaciones.

Se cambió luego el traje de mañana por otro más propio para comer en el restaurante científico en compañía de Alvaro, después de recogerlo en el Instituto, adonde fué a buscarlo, diciéndole al llegar:

—Fracasada completamente. Si Forth no recibe saludo hasta que lo envíe yo, puede esperar sentado. Pero después de todo he pasado la tarde entretenida, y he aprendido algo: que no sirvo para radiotelegrafista. ¿Y tú?...

¿He conseguido transmitir a la frecuencia deseada, pero no contesta Tanquirica.

—¿Has insistido en la llamada?

—Lo menos diez o doce veces, pero inútilmente.

Lo cual quiere decir, pensó para sí la yanqui, que a estas horas habrá en la cámara de vacío una presión de cuatro o cinco atmósferas empujando la esfera de reparaciones. ¡Buenos electros usa la española cuando resisten a semejante empuje!... Pero a la noche nos veremos.

Sentóse junto a su marido, haciéndose explicar sus experimentos. Le preguntó después si no había advertido gran ligereza en todos sus miembros, únicamente atribuible a que el orbimotor se hubiera remontado mucho; y al recibir respuesta afirmativa, manifestó deseo de conocer su actual altura, invitando a Alvaro a subir a la azotea, para leerla en los gravímetros de Hauptf, allí montados.

Estos sencillísimos aparatos eran resortes en espiral de los cuales colgaban masas metálicas de cinco kilogramos, que manteniéndolos estirados con su peso, llevaban

agujas indicadoras de éste en un cuadrante. Mientras estuvieron en Paramillo señalaban las agujas cinco kilos; pero a medida que iba disminuyendo la tensión de los resortes, cuando al crecer la altura amenguaba la pesantez de las masas metálicas, marcaban sucesivos decrecientes pesos, y por deducción, las alturas a éstos correspondientes.

Al volver Alvaro dijo que acusaba el gravímetro 299 gramos para los cinco kilos, indicando esto hallarse a 20.000 kilómetros sobre el nivel del mar. Mas lo que en realidad se había propuesto Sara al alejar a su marido fué aprovechar el tiempo de su ausencia en poner, con el transmisor por él antes empleado, el siguiente telegrama:

“Del Autoplanetoides a Tanquirica.—Al señor Forth: Después de renunciar a comunicar con usted recibo al fin su radiotelegrama. Mil gracias por su saludo. Ya traeré a usted un recuerdo de Venus.—*Fairelo.*”

Claro es que dicho radiograma no estaba destinado a una imposible recepción en Tanquirica, sino a que fuera interceptado por la telegrafía oficial del orbimotor, a fin de que si los anteriores habían sido sorprendidos, disipara este último todo recelo y toda sospecha, haciendo creer en la realidad de la supuesta comunicación con mister Forth.

Y ahora, pensó Sara satisfechísima, no hay posibilidad de que nadie sospeche de Alvaro, pues si han interceptado los otros telegramas, en el mismo registro hallarán la prueba de que Forth y él han comunicado real y efectivamente, y atribuirán a una fortuita y fatal semejanza entre los aparatos de Tanquirica y los usados en la maniobra de la esfera de reparaciones, cualquier accidente que puedan sufrir ésta o la Capitana.

Y ha de reconocerse en honor de la yanqui que si manejaba a su Alvaro como a un muñeco, y le hacía cómplice inconsciente de traidores manejos, también sabía y se preocupaba de cubrirle hábilmente de sospecha o castigo.

Al salir de su brazo del Instituto de Experiencias iba pensando en María Pepa, y repitiendo mentalmente: “A la noche nos veremos.”

Lo de la noche no era sino metáfora o resabio de terrestres maneras de expresarse, pues cuando Sara—que ya se ha dicho anteriormente tenía alcoba separada de su esposo—se levantó, daban las cuatro de la madrugada; y aun cuando todo el mundo dormía en el orbimotor, era ya día claro desde tres horas antes; pues el Sol se había pues-

to para los novimundianos a las once de la noche, saliendo nuevamente a la una.

¿No más que dos horas de noche en septiembre y en semejante latitud?... Sí: no podía ser más larga la del Autoplanetoide a los 20.000 kilómetros de altura a que entonces se sostenía, gastando para ello, según había previsto María Pepa, poquísimos cinetorio, pues su peso de 20.000.000 toneladas habíase reducido a 1.199 con 760 gramos.

La razón de tan breve noche es obvia. Cuantos viven en lo hondo de los valles ven las crestas de las montañas que los circundan iluminadas por el sol del ocaso después que ya no llegan al valle los rayos de él; a la inversa, antes de amanecer en lo hondo, se ve la luz solar en las altas cumbres... Y como la máxima altura del mayor monte de la Tierra no llega, en el Himalaya, a nueve kilómetros, y el Autoplanetoide había subido a 20.000, de aquí que viera el sol durante muchísimo más tiempo. No hay sino echar la cuenta para ajustar las duraciones de su día y de su noche en el lugar donde se hallaba.

Caigo ahora en que no he dicho nada de la comida del matrimonio *chez Chu-Fo*, ni de la velada en el Casino Internacional, omisión perdonable, pues tiempo queda de hablar de otras, iguales, venideras comidas y veladas, saltando ahora éstas para decir

pronto que en cuanto Sara se echó fuera de la cama, lanzó a los aires, con suavísimo giro de la palanquita del conmutador, la etérea onda destinada a cortar la corriente de la dinamo que excitaba los electroimanes de retenida, dejándolos desprovistos de la fuerza magnética que se oponía a la enorme presión ejercida sobre la esfera de reparaciones por el tremendo empuje de las cinco atmósferas acumuladas bajo ella por el pobre Alvaro. Con lo cual, de igual modo que salta el corcho de una botella de champán, pero, claro es, muchísimo más lejos, saltó la bola a los espacios, en donde se perdió, llevándose consigo grúa, cable, torno y hasta unos cuantos metros de las carrileras.

Por hallarse el autoestelar en el vacío, donde no se propaga ruido alguno, no despertó a la dormida humanidad del novimundo el estampido del aire al destaparse la cámara, ni el agudo silbar de aquél en los bordes de la boca de ésta. Únicamente a través de la gruesísima doble cáscara del Autoplanetoide, llegó a Sara, por estar despierta y tener buen oído, el confuso rumor del taponazo, produciéndole el malsano gozo de su aleve proeza.

Ha de tenerse en cuenta que cuarenta metros de corcho-vítreo, que en su seno encerraban otra capa de diez de oxígeno, formaban un poderoso quitarruidos.

XI

A LA TIERRA, A LA TIERRA, MAS NO A TIERRA

¡Que soberbio espectáculo se perdieron los expedicionarios aquel día, por culpa de mistress Sam!...: La Tierra contemplada a su sabor desde la inmensa altura de 20.000 kilómetros, con la calma y el sosiego proporcionados por la quietud del planetoide durante la reparación de las averiadas cápsulas, que ya no iba a poder realizar la Capitana como tenía proyectado.

Estaban de malas los viajeros: el primer día, por los persistentes nubarrones, y el segundo, a causa de la nueva avería, más grave aún que la anterior, perdían el inicial y muy atractivo número del programa, y después se quedaban sin aquella perspectiva, sin par, de la redondez casi completa de la Tierra: toda la América del Sur, el Polo de este nombre, el inmenso Océano...

Pero a qué enumerar lo que pudiera haberse visto, y al fin no pudo verse porque,

a pesar de lo despejadísimo de la mañana, impidió verlo la rapidez inconcebible de la vertiginosa carrera emprendida por el autostidéreo hasta caer... No adelantemos los sucesos; y ya, sin más paréntesis que la formal promesa de que otro día se verá lo que no se admiró el 12 de septiembre de 2186, relatemos la aventura extraordinaria que de él hizo un memorable día histórico, poniendo a prueba, dura cual ninguna, la pericia, el valor, la iniciativa y los recursos inagotables del genio de la incomparable Capitana.

A las seis menos cuarto se levantó, y a los diez minutos estaba ya en el puente rodeada de sus viejos, Valdivia y Aristides, con cara muy compungida el último, por haberse pasado la mitad de la noche haciendo esfuerzos por sacar algo en limpio, y consiguendo sólo marearse, del informe sobre

los experimentos de Alvaro en la pasada tarde: documento que le había remitido el ayudante del Instituto de Experiencias.

En el bolsillo lo llevaba para pedir a su amigo el catalán le tradujera aquella prosa enrevesada; pero preciso era dejarlo para luego, pues lo que por el pronto interesaba a todos eran los preparativos de las reparaciones, para comenzar las cuales recibía Dick las cápsulas que debía montar; pues el mulato era el designado para el primer turno de trabajo dentro de la esfera.

Dirigíanse él y María Pepa a la poternilla norte, para subir a lo alto, pues a nadie cedía la Capitana el importante manejo de la esfera de reparaciones, ni consentía se le hablara de turnos ni relevos en tal faena durante las veinticuatro horas que poco más o menos duraría la total reposición de las cargas; mas cuando ya llegaban al ascensor se oyó a Ripoll gritar desde el extremo del puente, donde miraba con un anteojito a lo alto:

—¿Y la esfera?... ¡Pepeta, Pepeta!... ¿Dónde está la esfera?

Miró hacia arriba la Capitana, palideció instantáneamente y replicó:

—Sábelo Dios. En los espacios.

—¡Otro accidente!—insinuó Valdivia—. O tal vez...

—Sí, sí, diga usted lo que piensa: otro crimen—agregó María Pepa completando la idea del primer piloto.

Mas en seguida pasó por su imaginación el recuerdo de una hermosa pareja de hombre y mujer, se le contrajo el rostro con doloroso gesto producido por opresión del corazón y prosiguió:

—No, no; bien puede ser otro accidente.

—Pero gravísimo, porque ahora, hija mía—dijo Hauptt—, no queda otra salida que desistir del viaje y bajar a la Tierra.

Transfiguróse María Pepa: se irguió; brilláronle los ojos, en donde fulguraba, entre destellos de poderosa inteligencia, sobrehumano valor, y con voz que vibraba con energía incommovible contestó:

—A la Tierra, sí, tienes razón; pero no a tierra. En cuanto al viaje, ya hablaremos después.

Aquellas extrañísimas palabras hicieron creer a los que las oyeron que María Pepa desvariaba; pero al verla, fría y serena, al cabo de un instante, por un prodigio de su indomable voluntad, comprendieron que ellos eran quienes no penetraban el sentido de ellas. Fueron a preguntar, y no tuvieron tiempo, porque inmediatamente, escondiendo dolores misteriosos de su alma femenina,

olvidando que era mujer para pensar únicamente en su deber de Capitana, gritó:

—Valdivia, usted mismo, en seguida, a la cabina, a reemplazar al oficial de cuarto. Suprima la excitación de las cargas sur y las de todos los meridianos desde el II al XI; y una vez suprimidas, aumente progresivamente, hasta alcanzar el máximo, la actividad de las cargas australes del meridiano I y de los XII al XX.

La orden se había cumplido; el Autoplanetoide comenzaba a bajar, mas no a plomo; pues contrarrestado parcialmente su peso por el empuje lateral de las cargas del hemisferio que en su actual posición resultaba oriental, caía a la par que avanzaba en dirección tendida hacia Occidente, bajando como baja una piedra que horizontal despidió una honda.

Así, en vez de desplomarse sobre la cordillera andina o la nación chilena, volaba de Oriente a Occidente siguiendo una parábola semejante a la que la bala de un cañón recorre en la rama descendente de su trayectoria.

¿Adónde iría a caer, y qué se propondría María Pepa?

—Ahora lo urgente es esto—dijo tan pronto vió iniciarse la bajada—; el rumbo lo enmendaré más adelante.

—Pero ¿qué te propones?—preguntó Ripoll.

—Caer en caída que me lleve donde me sea posible reparar mi orbimotor.

—Pero con esas órdenes que has dado—arguyó el geómetra italiano—, no podemos llegar a Paramillo.

—Tiene razón Fognino—agregó Hauptt.

—¿Y quién les dice a ustedes que yo quiero volver a Paramillo abrumada por un fracaso, que, rayando en ridículo, me impediría volver a remontarme, por no hallar tripulación, ni obreros, ni siquiera sabios que en mí confiaran?... ¿No comprenden ustedes que todo el mundo me diría que me fuera yo sola a las estrellas?

—No, no—gritó Ripoll—; yo voy contigo hasta la Osa Mayor y hasta la mismísima Casiopea.

—Pues diga usted “al infierno”, y allá va Aristides Leblonde.

—Mil gracias; ya lo sé; pero mis máquinas y el gobierno de mi motosidéreo necesitan no amigos, sino obreros.

—Entonces, ¿dónde vamos?—preguntó Hauptt.

—¡Al mar! Al Océano Pacífico, en cuya

inmensidad elegiré, para caer, desierta zona donde el mundo no sepa de mi caída hasta verme de nuevo en el espacio; al Pacífico, cuyas blandas olas no romperán mi planetóide cual lo destrozarían los picos de los Andes. ¿O es que creían ustedes aterrizar en Paramillo sin deshacerse contra aquellas montañas?... ¿Se han olvidado del consumo brutal de cinetorio que nos ha costado sostenernos treinta y seis horas cercanos a la Tierra, a causa de la avería de las cargas?... Con el que queda en las australes no hay suficiente para aminorar la violencia de una caída vertical. Por ello bajo oblicuamente al Pacífico: no luchando con la gravedad, sino aprovechándola, y en parte contrastándola con la velocidad de la marcha lateral. Cuando allá llegue, repararé fácilmente las averías, porque en su superficie flotará el Autoplanetoide.

—Y flotaremos todos—gritó entusiasmado Aristides—, porque como ya no pesamos casi nada...

A despecho de lo grave, más todavía, trágico, de las circunstancias, no pudieron los sabios contener la risa al ver la inocencia con que creía el buen Leblonde que al volver a la Tierra continuaría pesando los mismos tres kilos y medio que pesaba a la altura de veinte millares de kilómetros.

Conforme hablaba María Pepa, con el aplomo que dan conocimiento y competencia, decían claramente las miradas de los viejos que aquella solución, atrevidísima y genial, era la más científica y prudente.

—Pues al Pacífico, hija mía: tú, como siempre, eres quien tiene más razón—contestó Haupt al alegato de la Capitana. Y su opinión fué compartida por todos los presentes.

—¡Gracias a Dios que os convencéis! Creedme: aunque mi plan no esté exento de riesgos, no me asustan sus dificultades técnicas, pues confío vencerlas, sino otras de que tú cuidarás especialmente, papá Ripoll. Me refiero a posibles complicaciones de orden público, cuyo mantenimiento te encargo; pues sigues siendo Comandante General Accidental. Yo tengo bastante con atender a lo otro. Vosotros dos—dijo a Haupt y Fognino—, otra vez al taller a preparar nuevas cargas, pues cuando lleguemos al mar apenas quedará cinetorio en las australes, y habrá que reemplazarlas.

El Autoplanetoide había iniciado su caída. Las cargas lo impulsaban en dirección horizontal; la atracción de la Tierra tendía

a hacerlo caer verticalmente; y la combinación de una y otra ibanlo acercando de un modo paulatino y suave, aunque rápido, a las olas del Pacífico, por cima de las cuales volaba a grandísima altura a poco de dar sus órdenes la Capitana.

Tan pronto las vió en ejecución bajó al despacho a consultar una magnífica carta del gran Océano, buscando en ella una zona de grandísima profundidad, alejada de continentes e islas, y desviada de los derroteros frecuentados por los navegantes.

No fué larga su pesquisa para elegir lugar de aterrizaje.

¿Aterrizaje?... Es impropio...

¿Oceanizaje?... Suena mal y parece estrambótico...

Ponga el lector lo que le cuadre, o invente, si le place, nombre al caso y eufónico; y sepa, mientras lo halla, que hacia la región del Gran Océano, comprendida entre los 75° y 77° de longitud Oeste del meridiano del cabo de Hornos y entre los paralelos 46° y 47°-10 de latitud austral, enderezó el rumbo María Pepa, para ir a caer en ella a 1.500 ó 2.000 kilómetros de la pequeña isla Chatham (situada a Oriente, y alejada de Nueva Zelanda), en un paraje donde la profundidad del Pacífico excede de 5.000 metros; particularidad importantísima para el buen desenlace de la terrible aventura a que su Capitana había lanzado el planetóide.

Elegido lugar de descenso, volvióse al puente María Pepa, a enfilar hacia él el loco vuelo del motoestelar.

Dícese loco, no porque su velocidad llegara, ni con mucho, a las normales de él en el vacío, sino pensando en las usuales desarrolladas por otros medios de locomoción en la Tierra o los mares, sobre los que volaba el orbimotor, y en la resistencia que al volver a las capas inferiores y más densas de la atmósfera opondría el aire de ella a su marcha media de dos y medio kilómetros por segundo: es decir, triple o cuádruple de la inicial en los proyectiles disparados por perfeccionadísimos cañones. Con ella salvó el planetóide los 20.870 kilómetros (1) del recorrido entero en dos ho-

(1) Arco hipotenusa de un triángulo cuyos catetos eran la altura de 20.000 kilómetros y el arco de 70° del paralelo terrestre situado a los 40° de latitud austral con longitud aproximada de 5.968 kilómetros.

Claro es que un proyectil con la velocidad inicial del planetóide, habría caído al mar mucho antes, y más cerca de la costa chilena, porque dicha velocidad habría amenguado de segundo en segundo en el proyectil, mientras que María Pepa mantuvo constante mientras le convino la de su orbimotor, regulando, al efecto, las descargas de las cápsulas.—(Nota de Fognino y Haupt.)

ras, diez y nueve minutos y siete segundos, avanzando a razón de 9.000 kilómetros por hora. No siendo de extrañar que a dicho paso se perdieran detalles del paisaje que de otra parte, y a poder contemplarlo, no habría deleitado mucho a los expedicionarios, sobrecogidos con temores de prematuro y desastroso fin del viaje, acarreado por catástrofe que algunos alarmistas barruntaban cercana.

Estos temores, justificados en los sabios por las anomalías que su ciencia había advertido ya, en la marcha y gobierno del Autoplanetoide durante el día anterior, y en las primeras horas de la mañana del 12 de septiembre, no inquietaban únicamente al docto mundo de Noviópolis, que procuraba disimular el miedo, pues éste había prendido en la plebe, que ya la anterior tarde formaba en la vía pública corrillos donde se pronunciaban en voz baja las palabras "averías", "caída", y las frases "no andamos", "la Capitana no sabe gobernar el novimundo", "se ha roto la hélice" y otras reveladoras, cual la última, de la ignorancia de quienes suponían movido el autoplanetoide por tan grosero propulsor. Pero debe advertirse que ninguno de los alarmistas tenía personales razones para expresarse de tal modo ni, a quien le preguntara, podría responder, sino "repito lo que he oído"...

¿Oído?... ¿A quién?... ¿En dónde?... A todo el mundo, en todas partes, mas sin saber quién fué el propalador primero de tan graves rumores.

Ya a última hora de la tarde anterior fué Ripoll, por Soledad, informado de que sus subordinados y los muchachos de Santiago advertían claros síntomas de eferescencia popular, que cedieron cuando, a las once, anocheció sin haber ocurrido ningún grave suceso justificante de aquellos miedos.

No obstante, y por si acaso retoñaban, ordenó el catalán que desde bien de mañana patrullaran por las calles parejas armadas, con la consigna de impedir la formación de grupos. Parejas que, con objeto de evitar se distrajeran de sus deberes, fueron uní, no bisexuales: fusileros a un lado y escopeteras a otro.

Consecuencia de ello fué que a poco de instalarse el Comandante General Accidental en su despacho, acompañado de Leblonde, se presentara, ante él, la Alférez diciendo que una pareja de sus chicas traía preso a un alborotador que en un grupo peroraba difundiendo alarmantes noticias de graves accidentes en las calderas (¡si sería ignorante!); de una voladura, que recordó a Ripoll el resoplido que se llevó la esfera de re-

paraciones; de peligro inminente de una horrible caída...

—Traedlo, traedlo en seguida: tal vez sepamos ahora de dónde salen todos esos rumores sediciosos. Tus Amazonas han hecho un gran servicio, muchacha. Está visto: en esta expedición vamos a hacer muy mal papel los hombres: todo lo bueno lo hace el otro sexo.

Sometido el preso a interrogatorio, declaró ser criado de un profesor nicaragüense y haber oído los noticiones que propalaba al asistente del Capitán Fairelo, que como era muy sabio...

Al oír el nombre de Fairelo, dió Aristides un grito, echóse mano al bolsillo y sacando el informe del Instituto de Experiencias dijo a Ripoll:

—Lea, lea usted esto. Se me había olvidado. Para mí es un jeroglífico, pero estoy seguro de que es muy interesante.

...Ya lo leeré en cuanto acabe el interrogatorio.

—No, no: puede escaparse el pájaro. Esto es mucho más urgente. ¡Por Dios!... No pierda tiempo: lea, don Jaime, lea.

—Bueno, hombre, bueno. Leeré... Pero entre tanto que ensierren a ese hombre hasta que yo vuelva a llamarlo.

Apenas leyó Ripoll unas cuantas líneas del documento, dió un brinco en el sillón, y echando un formidable taco dijo:

—¡Ha transmitido ayer a la frecuencia de la bomba neumática!... Tenía usted mil razones, Leblonde... Esto es interesantísimo. Hemos puesto la mano sobre el criminal, que, no contento con su hasaña, quiere amotinarnos el populacho, echándole a Pepeta la culpa de sus maldades. Soledad, Soledad —y tomando el teléfono gritó muchísimo más fuerte de lo necesario para ser oído del telegrafista de guardia en el *registrador universal*—. Registrador, Registrador... Sí, Soledad, sí; pero aguarda un momento... Que sí, hombre, soy yo, el señor Ripoll. Necesito saber si hay indisio en su aparato de alguna transmisión radiotelegráfica a la frecuencia de...

—Sí, señor, una registrada a las cuatro de la mañana—contestó el empleado.

—¡Recongelación!... Ya está visto: después de llenar ayer de aire la cámara con las transmisiones de que da cuenta este informe, ese mosito ha descargado de madrugada los imanes, para volar la esfera de reparaciones...

Bueno, hombre, bueno, ya no necesito saber más... ¡Soledad, Soledad!... ¡Ah!... estabas ya ahí... Ahora mismo, al frente de un piquete, te vas a buscar, donde se en-

cuentre, al Capitán Fairelo, y me lo traes codo con codo.

—¡Codo con codo! —preguntó Soledad pareciéndole un poco brutal la orden, tratándose de quien había salvado la vida a María Pepa con aquel inimitable cuarteo que no olvidaba la sevillana.

—Si se resiste, sí.

Al salir Soledad, dijo Ripoll a Aristides:

—No es poca suerte la previsión y buena idea que ese empleado tuvo al vigilar al pillo ése.

—Perdóneme, don Jaime; la previsión, la inteligencia y el olfato fueron, aunque me esté mal el decirlo, de este modesto Superintendente de policía, que le ordenó redactar la charada que usted acaba de acertar.

—¡Usted, usted! Pues amigo Leblonde, se ha hecho usted acreedor a nuestro reconocimiento y nuestra admiración. Ha resultado usted todo un Jefe de Polisía.

—No es para tanto—contestó el agraciado, radiante de vanidad y con hipócrita modestia—. Un buen servicio, el mero cumplimiento de los deberes de mi nuevo cargo.

—¡Y no es usted sabio!...

—Verdad: sé poco, pero cazo largo.

Este fútil palique fué interrumpido por los estrepitosos clamores de un grupo tumultuario que llegaba frente a la Comandancia gritando:

—¡A la Tierra, a la Tierra!...

—Ya no queremos volar más.

—¡Abajo, abajo!...

—¡Muera la Capitana!...

Salieron los soldados de Santiago, consiguiendo disolver el grupo, que, a poco, y arremetiendo en sus gritos, irrumpió en la plaza por otra bocacalle, para diseminarse nuevamente ante la tropa, y tornar a juntarse y tornar a avanzar al retirarse ésta, envalentonándose cada vez más las turbas al ver que los fusileros no hacían fuego.

En el mismo momento repicó el teléfono, y Aristides, que cogió el auditivo, transmitió a Ripoll:

—Dicen de la central eléctrica que se observa inquietud en los obreros: el ingeniero teme que abandonen sus puestos en las máquinas.

—Que mande entrar la guardia y los fusile—rugió, ya amostazado, el almogávar, que gracias a la vacilación de Aristides en ordenar tal crueldad, tuvo por dicha, tiempo de rectificarla diciendo:

—No, no... ¡Qué disparate! Los necesitamos para las máquinas. Que los contenga para que no salgan, en tanto le doy yo mejores argumentos para convencerlos—. Y saliendo al balcón gritó: —Santiago, no más

contemplaciones; bárrame esa canalla. ¡Fuego, fuego!

Sin explosión alguna se oyeron diez o doce penetrantes silbidos y en las primeras filas del tropel popular cayeron siete amotinados cual abatidos por el rayo. El resto se dispersó aterrorizado.

En seguida, corriendo al teléfono, chilló Ripoll a la central eléctrica:

—Ahí van los argumentos: diga usted a sus obreros que ya han caído aquí patas arriba siete revoltosos, y que si se resisten a trabajar, pueden mirarse en tal espejo. Creo que con esto se arreglará la huelga. Y si no...

—¡Qué horror!... ¡Siete muertos!—exclamó Leblonde, mientras el viejo volvía al balcón gritando:

—Santiago: haz recoger esos cadáveres, mételes en el zaguán de la Comandancia y amárramelos bien, sin dejarlos salir, para que los otros no se enteren.

—¡Desgraciados!... ¡Salir!... Eso quisieran. Es usted atroz, Ripoll. Parece imposible que tenga ganas de bromear ante esos siete muertos.

—¡Qué muertos ni qué calabazas! Hace falta que las turbas lo crean porque si no no podríamos contenerlas; pero sólo están dormidos; nada más que *cloromorfirizados*. Es el efecto de los fusiles humanitarios de Pepeta... ¡Ja, ja, ja!... ¡Vaya una cara que se le había a usted puesto!

—Confieso que he pasado un mal rato. Esa gente es irresponsable, no sabe lo que hace; y una hecatombe me parecía de mal agüero al comenzar el viaje.

—Pues mire usted, a pesar de todo, siento no tener a la mano otros fusiles menos humanitarios, porque con éstos no sé si podré contener lo que se viene encima.

Más imponente que antes, gritando “¡Venganza, venganza!”, avanzaba, encrespándose de nuevo, la ola popular.

De pronto uno de los amotinados, que al dar un tropezón miró hacia abajo, vió, como a diez kilómetros escasos, la inmensidad del Océano, reconociéndolo en el azul intenso de las olas y en las espumas de ellas que brillaban al sol:

—¡El mar, el mar!...

Miraron todos inmediatamente abajo, prurriendo en aterrados gritos:

—Caemos...

—Vamos a naufragar.

—No hay salvación.

La multitud, delirante de terror, olvidó la venganza y el asalto de la Comandancia para pensar tan sólo en la cercana muerte que parecía inevitable, a pesar de que en aquellos últimos y terribles instantes de la

caída luchaba María Pepa denodadamente para amortiguar el golpe contra la masa de agua; pues a despecho de la blandura de ésta y de la forma esférica del autoplanoide, la inspiraba el tal golpe algún cuidado, consumiendo por ello en oponer a la velocidad adquirida las últimas reservas de cinetorio de las cargas australes: apagando (admitase este modo de decirlo) las del hemisferio oriental, encendiendo las del occidental, que, por opuestas al sentido de la marcha, usaba para frenar con fuerza progresiva, y haciendo repetidas descargas nutridísimas con todas las cercanas al polo Sur.

En un solo y horrisono clamor fundiéronse los delirantes alaridos de espanto de los pasajeros al llegar el supremo momento en que, a velocidad de 900 kilómetros por hora, se hundió el orbimotor entre las olas del Océano: buceando en sus aguas hasta alcanzar profundidad cercana a los 4.500 metros: avanzando, a la par que descendía en la misma dirección y sentido de su anterior vuelo, pero perdiendo velocidad de un modo gradualmente rápido al pasar de los aires al seno de las aguas y abrirse paso a través de ellas.

De no haber encontrado tanta profundidad, o de haberse interpuesto en su camino submarino un escollo o un bajo, allí habrían acabado la vida y la carrera del novimundo; pero por algo había elegido María Pepa para su chapuzón lugar donde la sonda no tocaba fondo hasta pasados los cinco mil metros.

Horrenda fué la impresión del pasaje: primero la caída en el Océano; después la

obscuridad que invadió el orbimotor, al llegar en su hundimiento a regiones hondísimas del mar, donde la luz no penetra, y donde las tinieblas lo envolvieron durante los cinco o seis minutos que estuvo sumergido; luego el asombro de no morir en aquellos minutos, largos como horas, y en los cuales no llegaba la muerte que se creyó segura; más tarde alborear de esperanzas de vida, al percibir los ojos otros reales y visibles albores de verdadera luz, cuando la fuerza ascensional de flotación del hueco autoestelar lo empujaba y subía hacia la superficie de las aguas; y, por último, la luz del sol inundando con resplandores de resurrección la emergencia del orbimotor: que orgulloso y triunfante, quedó al cabo mecidiéndose en lo alto de las olas.

En tal indescriptible instante, hacia arriba, hacia el sol, que se creyó no ver ya más, alzáronse los ojos de aquellas doscientas criaturas, cerrándose en seguida cegados por su belleza y majestad. Y al abrirse, de nuevo, extáticos quedaron ante otra majestad y otra belleza: la de la heroica Capitana, cuya esbelta silueta, recortada en el celeste de los cielos, se erguía escultural sobre el puente de maniobra dominando la multitud, dominando las olas, como antes dominara los aires.

—¡Salvados!—les gritó desde lo alto.

—¡Viva, viva!...—voceó la muchedumbre, ya olvidada de miedos y motines—. ¡Viva la Capitana!...

—Salvados—repitió ella levantando el brazo hacia la altura—con la ayuda de Dios, que *por mi mano* os devuelve la vida que creísteis perder.

XII

CELOS... Y CELOS

Por creer vano intento el de pintar fielmente la alegría interna, el júbilo y el entusiasmo externos de aquellas gentes al verse salvas, cuando creían morir, pásanse por alto; pero como a tantas alegrías se mezclaban un drama, un dolor y una injusticia; como en aquella multitud había un desgraciado, o tal vez dos, víctimas de fatal error nacido de engañosas apariencias; como sobre tal víctima no se posó sino una mirada, la única que no podía clavarse en María Pepa, esto ya merece la pena de dedicarle dos palabras.

Minutos antes de la inmersión del Autoplanoide, Soledad, seguida de sus cuatro escolteras con fusil al brazo, había arrestado a Alvaro en el balconcillo de los sabios, no sin protesta airada del Aguila Bifronte del Atlántico, que Sara formuló, amenazando con represalias de las garras y el pico del temible rapaz, y con poquísima satisfacción de Soledad, a quien dolió la consigna de arrestar al buen mozo, ejecutándola tan sólo por deber.

Camino de la Comandancia iban preso y escolta, cuando los envolvió la obscuridad

del hundimiento en el Océano; y en el lugar donde, alejados todavía del tumulto y la gente, se hallaban entonces, permanecían cuando el orbimotor emergió de las aguas para bañarse en luz. Como en la desierta avenida por la cual avanzaban no había otro grupo que el formado por Alvaro y su escolta, con él tropezaron los ojos de María Pepa al bajarse al hormiguero de cabezas que en la plaza bullía, atrayendo su atención aquel hombre que, rodeado de guardias, iba evidentemente preso.

Conoció a éste; y en la mirada que le dirigió, indescifrable, no por inexpresiva, sino al contrario, por complejidad rapidísimamente cambiante de encontradas impresiones en ella reflejadas, predominaba la expresión de interrogante extrañeza, que podía resumirse en la pregunta: "¿Por qué han prendido a ese hombre?"

Antes que al sol vió el preso a María Pepa: entró la claridad en sus ojos, no con los rayos de él, sino en la luz de la mirada que de lo alto caía. Subió la suya para decir a los inquietos ojos de la Capitana algo que no llegaron a entender, porque apenas comenzaron a hablar los de Alvaro, súbitamente cambió el lenguaje de ellos; y tras nervioso parpadeo, cual si se arrepintieran de haber dejado libre paso a oculto y vergonzoso sentimiento, endurecióse la mirada de quien creía humillarse dejando ver en ella cuanto no fuera hosca altivez, dura reconvención.

A María Pepa le produjo aquella muda y fugaz comunicación un trastorno tan hondo, que, olvidando cuanto la preocupaba un minuto antes, no sintió sino ansioso anhelo de enterarse en seguida del por qué del arresto; y respondiendo a sus recelos y a su repugnancia de adivinar la causa, resistiéndose a creer cómplice a Alvaro de la mujer en quien ya ella había adivinado al oculto enemigo autor de tantos daños, se lanzó al ascensor que la bajó a la Comandancia, donde Ripoll y Aristides le explicaron cuanto temía saber. No, más; pues resultaba Alvaro no cómplice, sino autor de la infamia. ¡El, que allá en Maipo la salvó de la muerte con riesgo de su vida!... ¡El, en quien ella había creído ver alguna vez...! ¡Qué insensata!...

Mientras pensaba María Pepa todo esto, Leblonde y Aristides, que esperaban verla radiante de alegría producida por el éxito recién alcanzado, la miraban, mirándose entre sí con expresión de asombro; pues jamás habían visto tan alterado y descompuesto como entonces el sereno rostro de la Capitana.

—No puede ser, no puede ser—prorrumpió en alta voz.

—¿El qué no puede ser?

—Que él haya hecho eso. Imposible, imposible; siento una voz que dentro de mí grita: no, no y no.

—Serénate, hija mía; no te conozco—replicó Ripoll, mientras Aristides pensaba hondo y no decía nada.

—Más que esa voz—agregó el anciano—, valen en mí entender las pruebas que tenemos.

Alarmada María Pepa con la advertencia de Ripoll, y temerosa de que sus vehemencias dejaran ver a los demás lo que a sí misma no se confesaba, procuró hacerse fuerte y dijo:

—Dadme ese informe, quiero ver yo misma...

No concluyó la frase, porque se abrió la puerta, y entrando Soledad preguntó que hacía con el preso, que estaba abajo en el cuerpo de guardia.

—Súbelo aquí inmediatamente—contestó la Capitana, tomando rápidamente una resolución; y en cuanto Soledad cerró la puerta, preguntó al catalán:

—¿Qué pensabas hacer con el preso?

—Muy sencillo: formarle consejo de guerra..., y después de convicto y sentenciado...

—¿Qué horror!... No. No puede ser: ese hombre me ha salvado la vida.

—Una ves. Dos, en cambio, ha atentado contra ella y contra las de los doscientos tripulantes que... Pero si tanto te repugnan las sentencias de muerte, aunque bien la merece, lo enserraremos mientras dure el viaje, para entregárselo a la vuelta a la justicia de la Tierra.

—No, no, tampoco—. Y no pudo seguir, porque la interrumpió la entrada de Alvaro que, sin mirarla, se adelantó frío y resuelto hacia el astrónomo preguntándole en agrio y destemplado tono:

—¿Es usted un señor Ripoll que contra mí ha firmado una orden de prisión?

—Sí, señor; pero quien aquí puede preguntar y gritar no es usted, sino yo.

—Pues, sin embargo, siga preguntando: ¿Con qué derecho, por qué motivo, comete usted este indigno atropello con quien de nada puede ser acusado?

—Eso lo veremos ahora.

—Perdona, papá Ripoll—dijo la Capitana interrumpiendo al indignado viejo, cuyo irascible temple iba ya desbordándose con lo que juzgaba impudente descaro de un feroz criminal—, y déjame contestar a este caballero que tu orden de prisión se justifica con apariencias graves de culpabilidad

en él; pero que ahora, deshecha la equivocación, queda libre.

Al decir esto, parecía María Pepa haber recobrado la serenidad. Mas sin dejarla, apenas, terminar la frase, y acaso sin oír el final de ella, protestaron Ripoll y Alvaro: cada uno a cual más fuerte, y los dos a la vez.

—¡Por equivocación me han traído entre guardias por la calle!

—¡Equivocación!... ¡Recongelación!...

Como aquí mandas tú, puedes poner en libertad a quien te da la gana, y guardarte mi cargo de Comandante en Jefe, que no he de ejercer más, porque lo de la equivocación no te lo aguanto. ¡Equivocación las traídas hasañas de este moso: lo de las cargas, lo de la bola!... ¡Porra!... ¡Recongelación!... ¡Equivocación el motín que nos ha armado haciendo que su asistente alborote con alarmas al pueblo!

Aquellas acusaciones imprevistas dejaron, de momento, estupefacto y atontado a Alvaro. María Pepa iba dándose cuenta de que por la primera vez, en análogos tranques, no era ella, cual solía, dueña de la situación, ni dominaba, como siempre, sucesos y personas. Leblonde y Soledad la miraban insistentemente. Amontonaba a voz en cuello porras sobre porras Ripoll, apisonándolas con recongelaciones; y así hubiera seguido, no se sabe hasta cuándo, a no estallar la reacción de Alvaro, vociferando todavía más fuerte:

—¡Traidor yo!... ¿En qué, a quién?... ¡Que he amotinado al pueblo!... ¿En qué se funda esa absurda acusación, que rechazo indignado?... Que se me diga. Necesito saberlo.

—Se le dirá a usted todo.

—Papá Ripoll, no es necesario.

—Vaya si lo es.

—Basta. Ni usted dirá una palabra más, ni...

—Yo quiero saberlo; mi dignidad exige...

—...ni usted puede pedir otra satisfacción que la que yo le he dado ya, al ponerlo en libertad.

—Es una insensatez soltarlo sin juzgarle.

—No porque usted lo exija, sino porque yo rechazo libertad no otorgada en virtud de reparadora y pública sentencia.

—Yo no sentencio al hombre que me salvó la vida.

—Sin que pensara en negocios a préstamo al exponer la suya, ni porque venga ahora a cobrársela a rédito.

Era tan gallarda la actitud, y tan altivamente nobles las palabras de Alvaro; resplandecía en su rostro tal sinceridad, y vibraba su voz tan indignada contra supues-

to que le atribuyera propósito de explotar el agradecimiento de María Pepa, que comenzó a dudar Ripoll, entró en recelo Aristides de que en torpeza se le convirtiera su primer éxito policiaco, y María Pepa sintió crecer su instintiva certeza en la inocencia de aquel hombre, hasta llegar a persuasión, cuando al efecto que voz y acento y actitud habían ya producido se agregó la impresión despertada por la mirada leal, franca, retadora que Alvaro fijó en ella, atrayendo la suya y provocando la siguiente réplica a la palabra réditos:

—Ni yo intento pagarlos, ni me creo desquitada, ni soy tan ruin deudora que con ruines sospechas pague deudas... Ha dicho usted que quiere ser juzgado para que su inocencia quede acreditada.

—Sí, sí, que se me juzgue: no quiero indulto; lo que pido es justicia—contestó él, ya en tono menos acre, y hasta con temblor leve de la voz, y turbación en la mirada fija en la Capitana: extraños uno y otra en hombre de su temple.

—Pues yo, que soy aquí la autoridad más alta y la jurisdicción más elevada, lo he juzgado ya a usted—respondió María Pepa, apartando de Alvaro la vista y haciendo breve pausa para evitar que entre el comienzo y el final de la frase salieran enredados un "¡qué noble es!", "¡qué hermoso!", que se agitaban en su pensamiento; en el instante mismo de pensar él, pero sin desviar la vista, "¡qué hermosa está!", "¡qué noble!"—. Y la sentencia de libertad es prueba de que creo a usted inocente.

Pudo ocurrírsele a Alvaro, como Leblonde y Soledad pensaron, al oír la sentencia, que el conmovido corazón de la mujer, no el frío juicio del juez, la pronunciaba; pero no ahondando tanto en los motivos, se dió por satisfecho. Y aun puede ser que a haber visto tan claro como la sevillana y el francés, le hubiera satisfecho todavía más que el fallo demandado a la justicia de la Capitana la absolución irreflexiva del corazón de María Pepa.

Tras el inesperado desenlace sobrevino penosísimo silencio: difícil situación, casi ridícula, que sobre todos los presentes pesaba como plomo, sin atinar ninguno a salir de ella.

Pensaba Alvaro que debía dar las gracias, y no acertaba a hacerlo, sin caer de lo alto de su arrogancia en exageraciones de agradecimiento, poco dignas en quien no recibía merced alguna. Temía al mismo tiempo pecar por esquivéz o grosería si no dejaba ver a María Pepa la gratitud que sus palabras y conducta despertaban en él; pues a pesar



—Soledad, prende inmediatamente a esa señora (pág. 58).

de ser justicia, y nada más, la que con él hacía, era lo cierto que ella fué la única en hacérsela. Y entre vacilaciones y recelos había convertido aquel hombre resuelto y exigente, que en el despacho entrara rato antes, en un cuitado que no sabía qué hacer ni qué decir.

Pensaba ella... Tantas cosas pensaba, que ni me caben en el tomo ni yo sabría decirlas, ni tengo ahora a la mano ninguna muchacha, que las explicaría perfectamente.

Quédense, pues, inéditas.

La Alférez y el Jefe de Policía seguían encastillados en prudente reflexivo mutismo. Ripoll, de quien se dijo haber sentido vacilar su convicción en la culpabilidad de Fairelo, volvía a creer en ésta, viendo en sus actuales perplejidad y encogimiento corroboración de las pruebas materiales de su delincuencia. De aquí que, levantando el brazo con cuya mano agitaba el informe del Instituto, soltó la rienda a su irascibilidad vociferando:

—Tú podrás indultarle; pero las pruebas que aquí tengo de sus crímenes, no son por eso menos convincentes.

Cuando a contestar iban cada uno de los dos aludidos abrióse de par en par la puerta y una voz femenina e iracunda les quitó la palabra.

Era que la orgullosa Comandante de la Aviación Yanqui llegaba en son de guerra y asistida por cuatro o cinco acompañantes, más o menos ingleses, más o menos yanquis, pero todos oriundos de países de sajona raza diversamente adulterada, o de débiles pueblos sometidos a la neoyorquina república plutócrata. Eran comisionados científicos de dichos países, arrastrados por Sara, para hacer bulto y reforzar la protesta violentísima que, sin pararse en inútiles saludos ni en proemios, formuló ella en nombre del Imperio Norte Atlántico—en el mundo ordinariamente designado con la orgullosa y consabida autometáfora de la temible Aguila Bifronte—, contra el escandaloso atropello cometido en el representante de una nación, pupila del poderoso imperio.

Y en pos de la protesta, reclamación de inmediata orden de libertad no discutida. Y después de la protesta y la reclamación, imperiosa y arrogante exigencia de una adecuada y plena satisfacción, que no podía admitirse consistiera en menos que en la presentación de públicas excusas, ante el pueblo ofrecidas, al agraviado Capitán Fairelo. Y aun esto no bastaba, si a todo ello no seguían los solemnes y obligados saludos a las banderas lusitana y nortatlántica, que en el

presente caso consideraba ineludibles la indignada reclamante.

Todo ello de un tirón, apoyada la mano en la guarnición del sable, con la cabeza alta y retadores ojos fijos en la Capitana.

No la razón, ni el pensamiento, sino la sangre al hervir en sus venas, díjole a María Pepa, al ver entrar a Sara, que ésta, y sólo ella, era su traidora enemiga; sintió en el corazón dura punzada al pensar que desde largo rato tenía en el pensamiento, cuando menos, al hombre de quien aquella mujer era legítima dueña; que tal vez habíalo mirado pocos momentos antes como jamás mirara a hombre ninguno; y arrepentida, y hasta abochornada de todo menos del perdón, ruborizóse tan visiblemente, que al observarlo Sara creyó ganada la partida, y llegada ocasión de humillar públicamente a la Capitana con arrogantes exigencias; pretendiendo imponerlas con desmedida desatención.

Mas se engañaba, pues no logró con ello sino despertar la dignidad de quien no toleraba se desobedecieran ni aun que se discutieran sus omnímodos poderes. Así, pues, fuerte ya con el auxilio de su orgullo herido, contestó María Pepa con tranquila frialdad, que contrastaba con la violencia del pomposo discurso de la yanqui:

—Bien ve usted que, aun siendo yo quien aquí manda, he tenido paciencia para oírla hasta el fin y a despecho de sus inconvenientes amenazas, de que no me cuido.

—Es que...

—De usted reclamo igual paciencia. Este caballero—y tuvo buen cuidado de no mirar al marido de Sara al referirse a él—no es en el Autoplanetoide representante de nación ni Gobierno ninguno, sino tan sólo un comisionado científico. Al entrar aquí, y ponerse a mis órdenes, todos ustedes renunciaron los fueros de sus nacionalidades, que dejaron fuera de éste, *que es mi novimundo*, en donde no hay sajones, portugueses ni yanquis, sino novimundianos; en donde no tolero ondee otra bandera sino la de él: la de la Federación Hispanoamericana, patria de su española inventora, la de los pueblos desde cuyas montañas se remontó, donde fué fabricado por gloriosos americanos, hijos de su preclara madre España.

—Pero...

—No hay, pues, saludo; no hay excusas; no doy satisfacción ni explicación a nadie de mis actos ni órdenes. Lo único que concedo, o mantengo más bien, por creerlo de justicia, es la sentencia, *antes de entrar usted ya formulada*, de libertad del señor Fairelo.

—¡Ah!... ¿Estaba en libertad?—exclamó Sara. Y lanzando, no a la Capitana, sino a la mujer una mirada de víbora, agregó: Debo entonces hacer a usted justicia, reconociendo la sensibilidad del corazón que ha perdonado a *mi marido*.

—¡Perdonado, no!—gritó Alvaro.

—¡Sí, sí—rugió Ripoll—, perdonado, indultado!

—Absuelto, porque fundo la declaración de su inocencia en mi conocimiento del culpable—rectificó enérgicamente María Pepa, sintiendo la mordedura de la víbora y devolviendo la mirada con otra que decía claro quién era el verdadero reo, cuyo nombre aun callaba, del crimen imputado a Alvaro.

—Pues no basta eso: pues tal sentencia es confesión del atropello, fundándose en el cual vuelvo a exigir cuanto ya he...

—Señora mía, hemos terminado. En el Autoplanetoide mando yo: nadie más. Y puede usted estar cierta de que he de hacerme respetar y obedecer de usted y de todos.

—Mandaría usted en su Autoplanetoide si pudiera mantenerlo allá arriba, mas no después de habérsele caído. Ahora no estamos ya en la altura, sino en la Tierra, donde hay naciones y gobiernos; donde el poder de mi glorioso país...

—Está usted equivocada; no estamos en la tierra, estamos en el mar, muy lejos de ella, y sigo siendo aquí soberano poder. Sépalo usted; y sepa que antes de que el mundo se entere de que *se me ha caído o me han tirado el Autoplanetoide*, lo verá usted subir de nuevo al cielo.

Sara, que daba por seguro su triunfo desde que vio al orbimotor caer en el Pacífico, se quedó atónita al anuncio de próxima ascensión; así que ya perdido todo freno, y no escuchando sino a su odio y su despecho, se volvió a sus acompañantes gritándoles:

—¿Oyen ustedes?... Está loca... Después de su fracaso quiere otra vez jugar con docientas vidas, arriesgándolas en nuevas y temerarias intenciones. Señores, es preciso deponerla del mando; es urgente intervenir la estación radiotelegráfica para avisar a San Francisco, a Sidney y a Nueva Zelanda, de donde debemos estar cerca, para que vengán barcos a impedir tal locura; pedir a Buenos Aires que por telégrafo sea depuesta de su autoridad esta insensata.

—Soledad, prende inmediatamente a esa señora.

Fué la primera idea de Sara resistirse; pero al ver que por una puerta aparecían las Amazonas de la escolta, y abría la otra Santiago, detrás del cual se apiñaban sus fusileros—llamados unos y otras por Le-

blonde, cuando vio el sesgo que las cosas tomaban—, entregó el sable a Soledad, pero al hacerlo disparó su última flecha, diciendo:

—Me prende usted a mí y suelta a mi marido. Es ingenioso.

—Señor Fairelo, queda usted arrestado. No por lo de antes, sino preventivamente, y por cautela, para evitar que al ver presa a su esposa le dé a usted tentación de tomar represalias. Así, señora, endulzaré su cautiverio dando a usted a su esposo por compañero en él, y por cárcel, a ambos, su propio domicilio, en donde nadie estorbará su mutua comunicación. Pero ni ustedes ni sus servidores podrán salir ni recibir a persona ninguna. Ya has oído tu consigna, Santiago; montarás guardia en la casa, cumplirás estas instrucciones, y tú respondes de los presos.

—¿Y se podrá saber qué se propone usted hacer con nosotros después de secuestrarnos tan arbitraria y abusivamente?

—Nada grave. Devolverles la libertad cuando estemos allá arriba, y ya no pueda usted entorpecer—advirtiéndose que no empleó el plural—mis planes. Santiago, llévate a los presos. Y en cuanto a ustedes—dijo volviéndose a los comparsas de Sara—, pueden retirarse libremente; mas les prevengo que desde este momento quedan sometidos a estrecha vigilancia. Y vean lo que hacen, porque las reincidencias serían duramente castigadas.

Y a todo esto Alvaro... Alvaro sentía vacilar los fundamentos donde hasta entonces se apoyaban sus convicciones; y aun sus mismos afectos bamboleábanse al empuje de un alud de inesperados hechos, zarandeados por la complejidad perturbadora de opuestas impresiones que habían caído, de improviso, sobre él, en menos de media hora. Simultánea y vertiginosamente asaltaban su corazón contradictorios sentimientos; pugnan en su mente perpleja antagónicos juicios de cosas y personas, motivos, aun borrosos, sugestores de acciones contrapuestas. Así no es mucho que no pudiendo formular, en nada, definitivos juicios, nada hiciera, ni a nada se arriesgara, pasando en un momento de actor principalísimo, en los comienzos del presente capítulo, a obscurecido personaje.

No ha de olvidarse que, a despecho de su valor y de su inteligencia, era Fairelo un hombre sin carácter, sometido a una mujer que ante el mundo del siglo XXII era su legítima esposa, por quien había sentido violentísima pasión y a quien creía merecedora de estimación y amor. Y de pronto, una luz

Indecisa, e insuficiente todavía para alumbrar a plena luz fealdades morales de la compañera de su vida, comenzaba a empañar, en su opinión con injusta sospecha, el brillo del prestigio con que años y años la había tenido él aureolada. Y cerraba los ojos a aquella luz, porque desconfiaba de ella al ver que era la misma que iba encendiendo resplandor de perfecciones entre las negras sombras de perversidad a través de las cuales había mirado hasta entonces a otra mujer, que aun a despecho de su voluntad, hacía ya tiempo le turbaba el corazón, y ahora le trastornaba ideas, juicios y anteriores convicciones.

No es, pues, extraño que, no atinando con adecuada decisión de conducta en tal perplexidad, recibiera Alvaro como nuevo favor de María Pepa el arresto que a última hora le imponía.

Porque ¿cuál debería ser, a quedar libre, la conducta del marido de Sara encarcelada?... ¿Cuál la actitud de quien como él de-

bía su rehabilitación a un generoso impulso del corazón de la Capitana?... La prisión le libraba de contestar estas difícilísimas preguntas. Y aun cuando, a la verdad, no fuera muy airosa su indecisa actitud, cuando salía preso al lado de su olímpica esposa, debe reconocerse que era muy complicada la situación del pobre mozo.

En cuanto a Sara, brillábanle los ojos, al salir de la Comandancia, con brillo diferente y más intenso que a la entrada, porque al pasarlos de su marido a María Pepa relucían con celos que no eran ya los antiguos, nacidos de vanidad científica, no fríos celos de sabia, sino rabiosos celos de mujer, que ya no odiaba premeditada y reflexivamente a su enemiga, sino la aborrecía con aquel odio de las mujeres meridionales de que el día antes se burlaba.

¿Celos de verdadero amor?... ¿Celos de vanidad herida de mujer hermosa?... El tiempo lo dirá.

XIII

OCEANICOS DEPORTES

Cuando los presos salieron del despacho de la Comandancia, quedaron solamente en él la Capitana y Ripoll, pues sin necesidad de previo acuerdo, juzgaron Soledad y Aristides que después de lo ocurrido, y de lo que ambos para sí pensaban, entendiéndose bien, aun sin cruzar palabra, era lo más discreto escabullirse para evitar que al quedarse sola de nuevo María Pepa con ellos, se creyera obligada a comentarios, naturales en aquella ocasión, sobre los recientes y gravísimos sucesos, de los que, de otra parte, era probable la molestara hablar.

El astrónomo, que no había visto ni calado tan hondo, creyó naturalísimo quedarse, y lógico charlar de lo ocurrido. Además, aun cuando el desenlace teatral del doble arresto le había reconciliado un poco con Pepeta, todavía le escocía lo de la equivocación, y quería calentarle, siquiera suavemente, las orejas, para dejar a la debida altura su prestigio de Comandante Accidental en Jefe.

Pero no teniendo ella humor de plática, la cortó en seco, diciendo que, por llevar perdido mucho tiempo y serle urgente hablar con Fognino y Hauptt, se iba a buscarlos al taller de cargas. Y agregó:

—Ya hablaremos de eso cuando vaya pasando el enfado. Además, tú tampoco puedes perder tiempo; necesito que inmediatamente vuelvas a tus anteojos, sextantes y cronómetros y me averigües con toda exactitud el sitio en que hemos caído.

Y sin darle tiempo a responder se salió del despacho.

El se quedó refunfuñando:

—¿Que se me pasará!... No se me pasa... Ya verá, en cuanto acabe esas observaciones, cómo no se me pasa. ¡Calla!... Dice que tiene prisa de irse al taller, y se mete en su cuarto y se encierra por dentro...

Y moviendo la cabeza se fué a sus aparatos.

Efectivamente, el chasquido del pestillo de la puerta del tocador de María Pepa, oído por el viejo, indicaba, según su perspicacia interpretó, que aquélla se encerraba en sus habitaciones. Y eso sin oír correr en otra puerta otro pestillo, que echó la Capitana para impedir que hasta la misma Soledad entrara por la comunicante con su alcoba.

—¿Para qué se encerraría?...

—Para llorar—contesta muy resuelta una lectora de quince años.

—¿Qué sabes tú, mocosa?

—Para llorar. Tiene razón la niña—me contesta su abuela, a quien, en alta voz, está leyéndole la nieta el presente capítulo.

—¡Llorar aquella valiente muchacha!... ¡Aquella mujer fuerte!... Señora, usted chochea.

—Para llorar—repite una mujer de treinta años, en el apogeo de la vida y la hermosura, con el convencimiento de que no hay valor ni fortaleza capaces de triunfar de un amor desgraciado.

Y tenían razón: lloraba María Pepa, por sentirse enamorada, sin posible esperanza en mujer como ella, dé hombre que ya era de otra.

Y ésta se lo había conocido, avergonzándola al decírselo con su mirada de odio, y con aquella vergonzosa reticencia que la obligó a prender a Alvaro, y a encerrarlo con Sara para dar réplica adecuada a la infame sospecha. Porque ella estaría enamorada, no lo estaría, lo estaba, y con toda su alma; pero aquel hombre era casado, y María Pepa lo miraba cual muerto para ella. Por eso, por muerto, lo lloraba; pero sin esperar de la forzada ausencia, secuela inevitable de la muerte, aquel alivio, lento, es verdad, mas lenitivo al fin, que las punzadas de lo irremediable hallan al embotarse poco a poco en el tiempo. Porque aquel muerto que lloraba no estaba muerto sino para su amor; y lo vería, y se lo encontraría, sufriendo a todas horas el dolor de la constante, renovada, inacabable muerte del hombre amado...

Las mujeres como nuestra heroína hallan, contra el dolor, fuerzas en el deber. Díjole el suyo que de su fortaleza dependían vida y muerte de cuantos tripulaban el orbimotor; que quien lo había ideado y construido tenía inexcusable obligación de llevarlo a su destino, convirtiendo en realidad el proyecto, magno en la historia de la especie humana, de ensanchar los confines de la fraternidad entre los hijos de la Tierra, haciéndola fraternidad interplanetaria, muchísimo más amplia, muchísimo más noble, de los hijos del Sol.

Visto por María Pepa dónde el deber estaba, no había ya miedo de que errara el camino. Por eso a las dos horas de encerrarse volvía a salir de nuevo, triste, sí, pero entera, en busca de Fognino y de Hauptft, ocupadísimos, desde que comenzó la bajada del espacio al Pacífico, en la carga y la prueba de nuevas cápsulas.

Para abreviar la compostura, había re-

suelto María Pepa no reponer las 140 de anilina, sino únicamente las sesenta de ellas, correspondientes al ecuador y a los dos paralelos 1 norte y 1 sur, inmediatos a él: con tanto más motivo cuanto que no habiendo quedado apenas cinetorio en las cercanas al polo sur, era preciso reponer siquiera veinte o treinta de ellas; supliendo el número de las que hubieren de quedar poco cargadas con el aumento al triple de la cantidad del metal radioactivo en las ecuatoriales y al quintuplo en las australes.

Aun así habría que colocar cerca de cien cápsulas en el Autoplanetoide: empresa que, aunque no pareciera fácil en medio del Océano, tal la consideraba la Capitana, que, en el momento de verse privada del auxilio de la esférica vagoneta de reparaciones, pensó que, una vez en el mar, sus aguas sostendrían el orbimotor; y que rodeado éste de aire respirable, podrían los operarios colocar las cápsulas con la misma o mayor facilidad que en Paramillo, utilizando las escalas exteriores.

La única dificultad dependía de que, averiada gravemente la parte alta de dichas escalas por la voladura de la esferilla, tornos y cabría que con ella se fueron, había quedado interceptada la salida de la poterna norte, y era preciso contentarse con la sur, cuya boca se hallaba 190 metros por debajo de la superficie del mar, que tal era el calado del flotante orbimotor: con lo cual, y llevando en su fondo diez millones de toneladas de taliuro, por lastre, se mantenía firme, siendo tan leve el cabeceo que apenas se notaba.

Habiendo trajes de buzo en el mundo, y sobre todo habiéndolos, cual los había, en el novimundo, la dificultad no era para arredrar a María Pepa, principalmente preocupada con el personal; pues tres obreros eran pocos para acabar la faena con la rapidez exigida por su recelo de que impensada casualidad trajera a los parajes solitarios donde flotaba el orbimotor alguna escuadrilla de balleneros, a cuya vista pudieran despertarse tentaciones en los novimundianos de abandonar su novísimo mundo, quedándose en el viejo.

Cierto que entre el pasaje había ya ganado María Pepa gran prestigio sacándolo con bien de la caída de aquella misma mañana; pero también lo era que ésta había hecho pública la existencia de averías, y que las multitudes son muy tornadizas.

Precisamente por esto no utilizaba la Capitana otro medio, que a su mano tenía, de hacer salir a sus obreros por las poternas ecuatoriales, desembocantes en dos miste-

riosas galerías cerradas, cuyo objeto era, según creencia general, la regulación del equilibrio del autosidéreo, y cuya verdadera utilidad conoceremos en sazón oportuna, pues si la calla María Pepa, ya tendrá su porqué: y sería indiscreto hacer público ahora lo que ella guarda oculto.

En todo esto iba pensando a su salida del taller, y muy principalmente en prevenirse contra deseos del pasaje de quedarse en el mundo, cuando oyó vivas a la Capitana lanzados por cuatro o cinco transeúntes que de lejos la vieron. Al ruido de ellos acudió más gente, y, engrosado el grupo, y reforzados los vítores, casi llegó a juntarse la población entera, que con gran entusiasmo aclamó a su salvadora, paseándola, sobre hombros, en triunfo.

No pareciéndole mal augurio la ovación, quiso aprovecharla para levantar el espíritu público en tan propicios momentos, pronunciando una vibrante arenga de levantados tonos, desdeñando la insignificancia de las averías, condenando los celos de naciones envidiosas de las glorias de la Federación Hispanoamericana, y sus propósitos de estorbar el que hispanoamericanos fueran los nuevos Colonos de los desconocidos mundos planetarios. Maniobra, que por ser hispano-americanas tripulación y tropas, y de igual procedencia muchos de los obreros, resultaba muy hábil; pues teniendo a su devoción el patriotismo de esta importante y útil mayoría, poco cuidado le daba a María Pepa del resto del pasaje.

Además, con prudente malicia, sin insistir en ello, y casi sin decirse, sugirió a los más tímidos el convencimiento de que en aquellas soledades del inmenso Pacífico, por donde no pasaban jamás barcos, y sin medios el orbimotor de emprender larga navegación a lejanas costas, no debía contarse sino con sus ingénitas capacidades que le marcaban como sólo camino de salvación el de la altura. Era, no solamente, pues, sagrada obligación, sino egoísta interés de todos ayudar a la faena que se iba a comenzar, para la cual hacían falta voluntarios.

No para emplearlos—y esto no es María Pepa quien lo dice, sino explicación al lector dada—, no para emplearlos en la operación de confianza de reponer cargas, a la que ya tenía resuelto dedicar principalmente sus pilotos, cesantes desde que el Océano sostenía el orbimotor, y que, antiguos gavieros, eran gente a propósito para trepar por las escalas; sino con objeto de utilizar a los voluntarios, que aquel oportuno entusiasmo la proporcionara, en menesteres completamente inútiles, sin relación

con la necesidad presente, y, en realidad, innecesarios para la compostura del orbimotor: en faenas, en suma, que la electricidad y mecanismos automáticos ejecutaban a diario, pero haciéndoles creer que eran importantísimas.

Pero entonces, ¿para qué tales trabajadores espontáneos?... Para que no charlaran; para evitar ociosos grupos, donde se engendran las alarmas; para diseminar la población en cuadrillas constante, aunque disimuladamente, vigiladas por las tropas; y además para atraérselos, haciéndoles creer que con la Capitana trabajaban en una común obra, que habría de interesarles cuando creyeran colaborar en ella sirviendo a su actual ídolo.

Y como el entusiasmo estaba fresco, y pedía la ayuda, con frase cálida, brillantes ojos y atractiva sonrisa, una mujer muy guapa, no le faltaron a María Pepa voluntarios que una hora después, con gran convencimiento de lo transcendental de sus labores, sudaban a cual más, en diversas inútiles faenas que discurrió con no poco trabajo nuestra avispada heroína.

Y desde entonces todo marchó como una seda.

No cansaremos al lector puntualizando las vulgares maniobras de descolgar a un buzo, ni los perfeccionamientos de las escafandras del siglo XXII; no explicaremos cómo los encargados de componer cargas ecuatoriales, situadas por encima del mar, subían fácilmente por los trozos de escala sumergidos hasta salir del agua, porque esta misma los aligeraba, mientras en ella estaban, de la mayor parte de su personal peso; y una vez fuera procedían de igual modo que se había procedido en Paramillo.

Fácil es comprender que la colocación de las cargas inferiores del Autoplanetoide, sumergidas en el mar, ofrecía todavía menor dificultad, pues los buzos no trabajaban en las obscuridades submarinas, sino perfectamente alumbrados por la luz interior que de aquél irradiaba a través de sus paredes transparentes.

La material operación de reponer las cápsulas era tan poco técnica que, reduciéndose a destornillar las viejas y a atornillar las nuevas, todos servían para realizarla, siendo las únicas condiciones necesarias a quienes trabajaban en las partes altas de las escalas, a unos cien metros de altura sobre las olas, cabeza firme y pie seguro. Por esta razón fueron designados para dicha tarea Valdivia, sus cinco pilotos, dos de los operarios del taller de cinetorio, y aquel guapísima cabo de la escolta, que Leblonde

quiso inútilmente le prestara Soledad, muy apropósito para dicho trabajo, pues antes de sentar plaza había sido camarera en una línea de aviones transoceánicos que viajaban entre Manila y Lima, estando, por lo tanto, acostumbrada a ver, libre de mareos, el mar desde grandísima altura, a no marearla algún buen mozo.

Se ha dicho que solamente dos operarios fueron destinados a reponer cápsulas, siendo la razón de ello que con el trajín forzado de su preparación y pruebas, y la necesidad de habilitarlas con la urgencia con que María Pepa las pedía, no pudieron Haupt y Fognino pasarse sin la ayuda de Dick, que en el taller quedó, no perdido de vista ni un instante, por Pedro, que seguía desconfiando del mulato; y con tan poco disimulo, que el vigilado se dió cuenta de la vigilancia.

No es, pues, extraño que, espiado Dick y presa Sara, marchara todo rápida y felizmente.

Para acabar: la colocación de las cuarenta cargas que pudiéramos llamar submarinas, por haber de montarse en la parte sumergida del orbimotor, la realizaron, como quien canta y cose, entre un buzo del puerto de Valparaíso, un buscador de perlas de Ceilán, un pescador de esponjas de las Lucayas y un negro cazador de tiburones de Yucatán, que en la tripulación o en la compañía de Santiago venían. Y no parecía extraño que con tal abundancia se encontraran buzos en el novimundo, pues la reunión de ellos no era casual, sino prevista y buscada por María Pepa, quien, por razones que se verán más adelante, tenía previsto de antemano que podían serle útiles en los planetas.

Cierto es que Aristides, su amigo el almogávar y hasta la misma Soledad trataron de ayudarles, según decían nuestros amigos, o de estorbarles si creemos a aquellos cuatro semípeces. Pues el viejo, el provenzal y la sevillana se empeñaron en prestar tal servicio a María Pepa, y ésta no vió peligro ni inconveniente alguno en permitirles el deporte subacuático, siempre que se avinieran a la precaución de dejarse amarrar con unas cuerdas, tirando de las cuales podría meterse en la poterna a quien por sí no supiera volver a ella: cosa no fácil para principiantes, pues el agua tiraba de ellos hacia arriba; y con la sola excepción de Soledad, que a duras penas consiguió montar ¡una cápsula!, los otros se pasaron el tiempo, que subo, muy de prisa, a lo alto de las olas, empujado por la fuerza del agua; que bajo, muy despacio, izándome—*hacia abajo*,

aunque parezca raro—, a fuerza de puños, por la cuerda estirada; que, de repente se me va una mano y, ¡zás!, arriba nuevamente, por no poder contrarrestar el empuje ascensional del agua; que vuelta a los esfuerzos para hundirme, y que torna a subir.

Todo entre regocijo y palmoreo del pasaje, que desde los balconillos veía saltar, de pronto, por cima de las aguas, ahora una, luego otra escafandra rápidamente zambullidas, para esconderse nuevamente y resurgir a los pocos momentos, cual manada de retozones, brincadores y chapuzantes golfinos.

Duró esto sólo un rato, hasta que los verdaderos buzos se quejaron a la Capitana de que por enredarse a cada paso en las cuerdas de aquellos dominguillos que no sabían estar quietos, no les era posible hacer cosa a derechas, y ella ordenó que los tres deportistas fueran remolcados adentro. Siendo suerte que no tardara más en dar la orden, porque el duro ajeteo y resollar continuo del incesante trepar, cuerda abajo contra el agua, con los pies en lo alto, había acelerado de tal modo la respiración de Ripoll, que en menos de una hora se tragó casi entera, la provisión de oxígeno de su escafandra, suficiente para un normal consumo de tres; y teniendo además casi toda la sangre en la cabeza, ya andaba el pobre apuradísimo cuando lo pescaron.

Se ha dicho que la reposición de cápsulas fué cómoda y fácil, pero no rápida, ni siquiera tan breve como la Capitana deseaba la ultimación de los trabajos; pues no siendo lo mismo operar con obreros expertos que con operarios improvisados, no quiso María Pepa lanzarse definitivamente a los espacios sin hacer antes prolijas pruebas: no en el taller, sino con el mismo autosidéreo.

Estas pruebas previas que no habían podido realizarse en Paramillo, por imposibilidad de aterrizar sobre riscos y peñas al final de los vuelos de ensayo, eran sencillísimas en el mar, donde siempre se caía sobre las blandas aguas. Aprovechando, pues, tan favorables condiciones, fueron distribuidas las horas del día del siguiente modo: trabajo, cuatro; descanso, tres; nuevo turno de cuatro, y dos o tres invertidas en pruebas de las cargas recompuestas en la jornada: con lo cual no solamente se tenía ocupado al pueblo en las horas de faena, sino que, amén de otros nocturnos entretenimientos y diversiones, de que ya se hablará, procurábasele distracción cotidiana con el rato de pruebas a la caída de la tarde.

Consistían éstas en vulecillos de veinte a treinta kilómetros, sin remontarse en ellos

a más de tres mil o cuatro mil metros, y realizados en las diversas direcciones en que las cargas montadas durante el día impulsaban al orbimotor.

Con tal régimen conseguía María Pepa muchas y muy útiles cosas: remediar las torpezas nacidas de inexperiencia de sus noveles operarios; dar al pasaje seguridad, muy importante después de lo ocurrido, en el buen funcionamiento del aparato; tenerlo distraído con aquellos vespertinos deportes aero-marítimos los cuatro días de su permanencia en el Pacífico, y tomar precauciones para evitar que se enterara de la cercanía de barco ninguno en el caso de que alguno se aproximara a los parajes donde el orbimotor se hallaba; pues en cuanto éste se remontaba en pruebas, se agarraban Ripoll, Haupt, Fognino y Valdivia a los cuatro anteojos de mayor alcance entre los disponibles, y mientras aquél volaba en lo alto, registraban ellos el horizonte para ver, antes que nadie pudiera columbrarlos, si divisaban buques en la remota lejanía, y avisarlo a la Capitana: lo cual sólo ocurrió a la caída de una tarde con un gran transoceánico, descubierta a grandísima distancia por Valdivia, que marcó bien su rumbo.

Tan pronto fué informada de esto, resolvió María Pepa obsequiar aquella misma noche a los viajeros con un espectáculo novísimo que hizo anunciar, con los clamoros, para las nueve de ella.

Tratábase de un rato de navegación, de verdadera navegación, en que impulsado por una carga ecuatorial bogó el autosidéreo sobre las olas cual si fuera un navío. Pero la novedad del espectáculo no estribaba en esto, sino en que el público, instalado en las azoteas de centrales eléctricas, almacenes y talleres, edificados 150 metros por bajo del ecuador, quedaba, por tanto, a cuarenta de bajo de la superficie de las aguas, y podía explorar a tal profundidad las entrañas de ellas, donde a millares bullían peces en incontable variedad clarísimamente alumbrados por poderosos proyectores eléctricos que, dejando en sombra el interior del novimundo, por haberse apagado toda otra iluminación que no fuera la de aquellos aparatos, iluminaban las profundidades marinas con luces del color de la esmeralda.

Tres horas, pasadas en un soplo para los excursionistas, duró el paseillo, al terminar el cual estaba el que ahora puede llamarse *navimundo* a 250 kilómetros del derrotero del barco señalado por el piloto; y nadie sospechaba, al acostarse, haber estado cerca de

un buque capaz para el transporte del pasaje entero a tierra firme.

No cabe duda que la Capitana sabía mucho.

En sucesivos días no se limitaron las exploraciones oceánicas a cosa tan baladí como 40 metros de profundidad; pues utilizando cargas boreales que hacia abajo empujaban al que ahora llamaremos *bucimundo*, hizo María Pepa viajar submarinamente una noche a 500 metros de profundidad, otra a 1.500 y la siguiente a 3.000. Pero no a la velocidad vertiginosa del día de la caída; no envuelto entre tinieblas, sino con luz radiante y marcha moderada que permitieron ver y hasta sacar, con profusión, interesantísimas fotografías instantáneas de espantables e insospechados monstruos marinos de fantásticas formas, jamás sospechadas por el hombre: *dreadnoughts* vivientes de lo hondo, blindados con fortísimas armaduras o caparazones propios para resistir la tremenda presión del agua, y templados espolones capaces de perforar tales corazas en los apocalípticos combates que en lo hondo libraban entre sí los terribles endriagos.

La plebe se divertía muchísimo; algunas damas se asustaban, y los naturalistas se henchían de júbilo pensando que las fotografías obtenidas daban materia para centenares de memorias zoológicas en cuya redacción entretendrían largos ocios del viaje; y que mientras llegaba, en los planetas, ocasión de investigaciones, ya la Tierra les brindaba, antes de salir de ella, descubrimientos valiosísimos: siendo lo único por todos y cada uno deplorado que tales maravillas las hubieran visto los demás colegas, compañeros de viaje.

He aquí cómo los cuatro días, casi justos, pasados en el Océano, fueron agradables sobre toda previsión; mas siendo la finalidad del motoestelar muchísimo más alta que servir de instrumento de recreos inocentes y deportes pueriles, tuvieron éstos término en la última excursión de turismo submarino a tres mil metros, que realizó de diez a dos de la noche del 15 de septiembre; pues a otro día, bien de mañana, debía encumbrarse a más altos lugares y destinos, esta vez afrontados por su Capitana con alentadora confianza: no por aumento de la que siempre tuvo en su aparato y en sí misma, sino por la certeza de que su prestigio personal sobre pueblo, tripulación y aun sabios del novimundo había crecido extraordinariamente con las pruebas, retozos y escauceos del que tan pronto era en sus manos

avi, nauti o bucimundo, y en el que ya todos se entregaban tranquilos a la pericia de quien lo regía.

Un opulento angloindio que por deporte

se había embarcado en la excursión interplanetaria, calificaba aquellos cuatro días de *a delightful scapicknik* (deliciosa jira marítima).

XIV

EL SOL SE DESCOMPONE Y A LA POSTRE SE PARA

El regente de la imprenta me envía las pruebas del anterior capítulo con un ojo muy grande y colorado: quiero decir un "ojo" escrito en letra grande, con lápiz rojo, y por debajo de él la siguiente nota: "El autor se ha distraído al consignar para fecha del último chapuzón deportivo la noche del 15 de septiembre, pues tiene dicho en el capítulo primero de este tomo que en tal día y hora estaba el novimundo sobre Zaragoza, es decir, poco más o menos, en los antipodas del marítimo parque de deportes del Océano Pacífico."

Prueba este aviso que el tal regente, en Geografía docto, pues sabe dónde tiene los antipodas, y a la ironía propenso, es hombre cuidadoso y observador. Mas, con todo, esta vez se ha equivocado; pues ni enmiendo palabra en el último capítulo ni enderezo ni tuerzo lo dicho en el primero. Y no es por terquedad, sino porque realmente estuvo el Autoplanetoide cuando he dicho en Zaragoza y en las cercanías de la Isla Chatam, no siendo óbice a ello que entre una y otra queden unos 25.000 kilómetros: sin pararse al medirlos en centenas de más o de menos.

—Pero, ¿cómo?... ¿Al mismo tiempo?...

—¡Alto! No me tergiversen las palabras, y pronto verán clara la razón del aparente absurdo.

El día 16 de septiembre, a las seis y media de su mañana, dejó las aguas del Pacífico el orbimotor.

—Pues si el 15 por la noche y el 16 por la mañana estaba allí, no pudo estar en Zaragoza al mismo tiempo que...

—¿Me hacen ustedes el favor de tener un poquito de paciencia?... Un minuto; cuando más, dos.

A las seis y media del 16 emprendió el vuelo; pero en fecha y hora correspondientes al lugar del Pacífico y oriente de la Isla Chatam, donde se hallaba. Avanzó, al elevarse, no marchando hacia oriente —por donde el Sol se había levantado de las aguas, cuando treinta y tres minutos antes de la nueva ascensión amanecía el citado

día 16—, sino en sentido opuesto. Sobre el mundo corrían, por lo tanto, orbimotor y Sol (1), occidente adelante, hacia Nueva Zelanda, Australia, Asia, Europa, sobre las cuales no brillaba aún la luz de la mañana del repetido 16 de septiembre, por no haberse todavía mostrado sobre los horizontes de dichas islas o continentes el sol de dicho día.

Corrían, pues, orbimotor y Sol en igual dirección y sentido; pero en esta carrera en competencia iba delante y corría más de prisa el astro artificial de María que el astro natural del firmamento. Lógico era, por lo tanto, que antes que el Sol llegara la Capitana a todas partes.

Así, por ejemplo, fijándonos en Zaragoza, adonde iba (o irá si ustedes lo prefieren), observaremos que, amaneciendo en la capital aragonesa trece horas y tres minutos después que en aquel lugar del Pacífico, el resultado de tal retraso es que los relojes de la citada población marcan la una, las dos, las tres..., las doce, de día o noche, trece horas y tres minutos después de llegar a dichas horas los horarios y los minuterios de los relojes de la Isla Chatam; dato que se halla en cualquier anuario astronómico o almanaque náutico (2).

(1) quede sobreentendido que lo de la carrera del Sol es modo de hablar, pues la Tierra era la que daba vueltas en sentido opuesto a dicha aparente carrera solar, y el orbimotor volaba sobre ella en sentido contrario al terrestre movimiento rotatorio.

(2) De esta verdad resulta que si el Autoplanetoide hubiera volado a igual paso que el Sol, habría llegado a Zaragoza, al mismo tiempo que él, en trece horas y tres minutos de viaje, cuando allá fuera la misma hora, seis y treinta de la mañana de su salida; es decir, cuando los relojes aragoneses señalaran dicha hora del 16 de septiembre: lo cual no quiere decir que hubiera estado al mismo tiempo, sino a la misma hora de los dos lugares, en cada uno de ellos, por donde bien se ve que no es lo uno igual que lo otro.

Pero como Zaragoza corría de una parte hacia oriente, por efecto del giro de la Tierra, y volaba de otra al avimundo hacia occidente, mientras el Sol se estaba quieto, resulta de la combinación de ambas carreras que antes de las trece horas y tres

Toda la taumaturgia de acabar el día 15 un viaje comenzado el 16, estriba en ser ésta la fecha en el Pacífico, y la otra en Aragón. Y el milagro no es tal, sino hecho vulgarísimo para astrónomos y marinos.

El itinerario detallado del viaje fué el siguiente:

ESTACIONES	HORAS LOCALES en cada una de ellas al pasar por las mismas el Autoplanetoide.	
Salida.....	6 y 30 mañana, día 16.	
Wellington (Nueva Zelanda).....	5 y 29 madrugada de id.	
Sidney (Australia).....	4 y 39 — de id.	
Batavia (isla de Java)...	2 y 57 — de id.	
Colombo (isla de Ceilán). 1 y 54 — de id.		
Suez.....	11 y 53 noche del 15.	
Zaragoza.....	10 y 27 — del ídem.	

O sea que cuanto más se avanzaba en el camino, o más tiempo pasaba, más temprano era: *más temprano en los puntos de llegada*, pues en el de salida tenía que ser más tarde.

Sin entrar en complicada combinación de direcciones y velocidades del novimundo y Zaragoza, que por su parte corría, al girar con la Tierra (1), al encuentro de aquél, sólo diré que el viaje se verificó con rapidez

minutos que aquella capital aragonesa habría de tardar en encontrar al Sol, se encontraría con el Autoplanetoide, o sea antes de las seis y treinta del 16 de septiembre.

Pero si esa fué la hora de salida de éste, ¿cómo había de llegar antes de partir?

¡Ojo! Que no se ha dicho eso...

Llegó a hora más temprana en Zaragoza que la de su salida en los relojes de ésta; pero no antes de salir.

Habiendo empleado solamente cinco horas en el viaje, basta sumarlas a las seis y treinta de la mañana para averiguar que llegó a Zaragoza cuando un reloj que María Pepa pudo dejar, aunque no le dejara, en el Pacífico, *arreglado a la hora de allá, marcara las once y treinta de la mañana del 16 de septiembre*.

Más ya se ha dicho cuál es el atraso de la hora —y calendario, por lo tanto—, luego para saber cuál era la de Zaragoza en el momento de llegada, no habrá sino restar de aquellas once y treinta de la mañana del día 16 de septiembre del Pacífico dicho atraso de trece horas y tres minutos, con lo cual se obtienen las diez y veintisiete de la noche del 15 de septiembre. Porque, efectivamente, si a las diez y veintisiete de la noche se agregan trece y tres, se obtienen aquellas once y treinta de la mañana del 16 del punto de partida.

¿Está bien machacado?

(1) Esta población recorre en virtud de tal giro unos 345 metros por segundo, 20.700 por minuto y 1.242 kilómetros en la hora. Las gentes del Ecuador van más de prisa, 463 metros al segundo. La diferencia obedece a que en veinticuatro horas dan los zaragozanos una vuelta de 29.808 kilómetros, que es la longitud de su paralelo, mientras en aquel tiempo tienen los otros que recorrer los 40.000 de la redondez del Ecuador.

oscilante entre 1.300 y 1.500 metros por segundo. Para pájaro, mucho; para astro, casi nada.

Como los astrónomos de los observatorios no se asombran de poco, en los radiogramas con que al mundo anunciaron los de Batavia no haberse perdido el motoplaneta, y a Zaragoza la inmediata visita de él, no se cuidaron de reseñar curiosidades y sobresaltos a que en el mundo dió lugar su viaje a contrapelo de las agujas del reloj y de la rotación terrestre, ni la escasa altura del vuelo en los comienzos de él; pues en vez de elevarse verticalmente, como en Paramillo, salió del océano el autoastro en dirección levemente elevada sobre la horizontal, y disparado cual bala salida de un cañón, ganando altura poco a poco, a razón de un kilómetro por cada cien próximamente de avance. Con la única diferencia de que en lugar de ir perdiendo, por su propio peso y la resistencia del aire, la velocidad inicial comunicada por la explosión de la carga y caer al cabo, como el proyectil, era el aviplaneta constantemente impulsado por sucesivas descargas de cápsulas poco inferiores a su ecuador: subiendo así la rama ascendente de su trayectoria, hasta que estando sobre Arabia, y cercano a la Meca, y suprimida por la Capitana la excitación de las cargas, comenzó el descenso que a Zaragoza lo llevó al solo impulso de la velocidad adquirida.

Este sistema tenía la ventaja de permitirle a María Pepa no consumir cinetorio de las cargas de los últimos paralelos australes sino durante el tiempo que estuvo quieta sobre Zaragoza.

Dada la escasa altura a que volaba el novimundo, las gentes de los continentes o islas sobre que pasó durante la noche, y los pueblos ribereños del Océano Indico, Mar Rojo y Mediterráneo, sucesivamente dejados atrás por él, se admiraron, y aun se aterraron, en su mayoría, al ver amanecer en medio de la noche, un sol extraño, doble, triple o cuádruple, según la altura a que volara, que el cotidiano sol, y tristemente pálido, que con velocidad cinco veces mayor que la del verdadero, subía a lo alto del cielo, y lo cruzaba, y se ponía. No es de extrañar que gentes rudas, cual pescadores, marineros y pastores, gritaran espantados: "¡Se acaba el mundo! ¡Se ha descompuesto el Sol!... ¡Se hincha!... ¡Va apagándose!..."

Dentro del novimundo fueron las peripecias de otra índole. El Sol, que, saliendo para él en el Pacífico a su hora de las seis

menos tres minutos de la madrugada, debiera haberse ocultado a los novimundianos a las seis y veintiuno de la tarde, se puso para ellos a las siete y doce de la mañana! Es decir, que en vez de disfrutar de casi doce horas y media de luz, no les duró la de su 16 de septiembre sino unos cinco cuartos de hora. Con otra inusitada particularidad, pues en vez de ponerse por el oeste, según inveterada costumbre suya, subió, cual siempre, por el Este desde el amanecer hasta las seis y treinta en que zarpó el orbimotor, retrocediendo, desde dicha hora, *por el mismo lado por donde había subido*, hasta hundirse de nuevo en el océano por oriente, cual si se arrepintiera de dar luz a aquel día.

* * *

Como la submarina expedición recreativa de la víspera había finalizado entre gallos y media noche, la mayoría del pasaje no llevaba sino unas cuatro horas de sueño cuando el autoestelar abandonó por el aire las aguas; y no habiendo anunciado la Capitana la partida sino al personal indispensable para la maniobra, sólo éste se hallaba en pie en Noviópolis cuando se produjeron las citadas e insólitas perturbaciones solares, que a los poco versados en ciencias astronómicas hicieron creer, como a los zelandeses, indios, árabes y egipcios, que el Sol andaba descompuesto.

El resto de los viajeros, acostados muy cerca de las tres, se levantaron quién a las nueve, quién a las diez, quién a las once de la mañana, *por los relojes*, y todos asombrados de hallarse en plena noche. Unos pensaban haber empalmado de un tirón, en un sueño, las doce horas del día con las de la madrugada; otros creían estar sumidos en las sombras de un eclipse solar: error desvanecido *in continenti* por los astrónomos, diciendo que no estando anunciado para tal fecha tal suceso, aquello no era eclipse, por ser inadmisibles que desobedeciera el Sol a los observatorios, que son los encargados de anunciarlos todos, y de dar el permiso para esos siderales acontecimientos.

Y no había duda: la hora verdadera del Autoplanetoide era la que marcaban los relojes de los pasajeros, no la conjeturada por la informal conducta del padre de la luz, de cuya ausencia no se cuidó el clamófono al llamar al público al gaseoso lunch del comedor químico del señor Chu-Fo, en el momento mismo de señalar las once los citados relojes.

Entre soplos, inhalaciones y pulverizaciones nutritivas era el tal comedor una babel de opuestos comentarios, de conjeturas, dis-

cusiones y aun peleas, en medio de las cuales cayó como una bomba, voceada por el propio clamófono, la siguiente noticia:

"Se previene al pasaje que en menos de un cuarto de hora llegará el Autoplanetoide sobre Zaragoza antes de abandonar definitivamente las proximidades de la Tierra."

—¡Zaragoza!

—¡¡Zaragoza!!

—!!!Zaragoza!!!

—¡En cinco horas del Pacífico al Ebro!

—¡Desde los mahories a los baturros!

—¡Y venciendo con el aviestelar la fuerza opuesta de la rotación de la Tierra!...

—¡Sacándole ocho horas largas de ventaja al mismísimo Sol!...

—¡Viva la Capitana!...

—¡Viva!... ¡Vivaaaaa!...

Respondió todo el mundo.

—¡Visca Pepeta, visca la Coronilla!...

Y no respondió nadie, pues ninguno, a no ser los amigos del buen Ripoll y de la Capitana, sabía allí que María Pepa era Pepeta, ni apenas nadie entre la abigarrada multiplicidad de nacionalidades, poco versados en la historia de la España medieval, tenía noticias de aquella Coronilla, gloriosa por los hechos de aragoneses y catalanes de los heroicos tiempos de la Reconquista, por las mediterráneas naos que a Sicilia y a Oriente habían llevado a los Roger, ni sabía palabra de los Berengueres, ni siquiera de Doña Petronila, a quien conoce en Cataluña cualquier chico de la escuela.

De lo que vieron aquella noche los zaragozanos, de su sorpresa y júbilo, con la visita, inesperada ya, de su paisana, nada se dice ahora, pues todo fué ya dicho. De lo ocurrido simultáneamente dentro del Autoplanetoide bastará consignar que, conforme telegrafaba la Capitana a los zaragozanos con rayas y puntos del telegráfico alfabeto Morse hechas con luz y sombras de su central eléctrica, voceaba el clamófono el texto del telegrama transmitido; y al llegar a la frase "en este instante partimos para Venus", ya no pudo oírse más, porque más recio que el gritar de la bocina resonaba en Noviópolis el entusiasmo de sus habitantes al oír que María Pepa los llevaba a la poética estrella vespertina y matutina; pues aunque los astrónomos de remotas edades creyeron que Lucifer y Vesper (1) eran dos

(1) Venus fué conocido por los asirios con el nombre de Ishtar; y con el de Quetzalcoatl por los mejicanos anteriores al tiempo de Cortés.

Es la que Homero llamó Phosphorus, la Mazaroeth del Libro de Job, Vesper, Hesperus y Estrella del Pastor de los griegos. Pitágoras fué quien primero identificó como una sola estrella la matutina y la vespertina.

astros diferentes, nunca visibles a la par, otros más avisados averiguaron hace siglos no ser dos, sino uno, al cual llamaron Venus.

La ovación a María Pepa... Véase el capítulo *De los Andes al Cielo*, donde se describió la que en Trujillo le tributaron, todas las naciones, cuando estuvo encerrada en el *proyefocopio*, y con ello ahorraremos tinta, papel, tiempo y repeticiones; pues la de entonces y la de ahora se parecieron mucho. Y aun siendo más ensordecedor el griterío en ésta, al resonar en el cerrado orbimotor, le fué más grata a la aclamada, por expresar afecto y confianza de quienes debían ser sus auxiliares en la magna odisea que empezaba.

Lo que faltó en ella fué el solemne besamanos de las doce Marías Pepas de los telones de Trujillo; pero en cambio no pudo, la única que iba en el Autoplanetoide, substraer su persona a muchos centenares de abrazos con que la estrujó el pueblo enloquecido, después de estrujarse él, pues todos se esforzaban para ser los primeros y en cuanto a ella llegaban no se satisfacían con un abrazo solo.

Y no en imagen, como los besos en las fingidas manos de los telones del Instituto Planetario de la ciudad extremeña, sino reales, positivos y apretados.

—¡Qué lástima no haber estado allí!...

En cuanto la Capitana pudo zafarse del montón de abrazantes, que cual marea creciente subían hasta inundar el puente, y de él bajaban, relamiéndose, al expulsarlos otras oleadas que detrás venían, echó mano a la bocina del teléfono de mando dando la siguiente orden:

"Excitación progresiva durante dos minutos hasta alcanzar la media en las cargas ecuatoriales V, VI y VII, pero cuidando no llegar a fuerte excitación."

Ejecutada la orden, salió el aviplaneta en dirección horizontal, escapando por la tangente a la atracción terrestre; pues habiendo la Capitana de menester muy mucho el cinetorio de las cargas australes, cuando cayera en Venus no quería emplear éstas, sino cuando la lejanía del mundo de donde se alejaba hubiera disminuido el peso de su orbimotor en términos de ser ya más soportable el gasto de radi o cinetori-actividad, exigido por la continuación de la subida. En plata, que se alejaba el planetoide de nuestro orbe sub-lunar no como globo que se eleva, sino cual proyectil que después de salido del cañón no perdiera la fuerza de impulsión, y que,

en vez de caer, fuera subiendo, siempre en ascendente trayectoria—o empleando comparación más propia, pues no volaba en línea recta—como escapa la pelota que al extremo de una cuerda volteamos con la mano, cuando aflojando ésta y aumentando de longitud la cuerda, va describiendo la pelota giros más amplios cada vez, en forma de espiral, a distancias progresivamente crecientes de la mano.

Pero el rumbo que del Pacífico trajera se había invertido ahora, dirigiéndose a oriente: no luchando en su marcha, como antes, contra la fuerza de rotación terrestre, sino volando a favor de ella, aun cuando mucho más de prisa, a razón de 10 kilómetros por segundo. Y eso porque además de la gravedad contrarrestaba y dominaba al avanzar la resistencia del aire (1).

Claro es que el Autoplanetoide podía ir más de prisa; muchísimo más, en seguida va a verse; pero no era prudente por lo pronto imprimirle más rápida carrera, pues es sabido que los bólidos, que corriendo a razón de 75 a 100 kilómetros por segundo llegan a las altas regiones de la atmósfera en donde aquél bogaba, se incendian con el calor desarrollado por el tremendo rozamiento, producido por tal velocidad, entre la masa de ellos y el aire que atraviesan: aun siendo éste extraordinariamente tenue a esas alturas. El fuego así encendido en la ignición de dichos bólidos traza en el cielo las fugaces ráfagas de luz conocidas con el nombre de estrellas errantes.

Para evitar, por tanto, que el Autoplanetoide se incendiara por fricción excesiva, y pereciera, como dichos meteoros, por exageraciones de su marcha, lo mantenía la Capitana, mientras no franqueara los límites de la atmósfera (2) en la de 10 kilómetros al segundo, muy pequeña para un autoes-telar.

Mas como caminaba entonces, no huyendo

(1) Si hubiera desarrollado en el primer momento la de 11,25 kilómetros, habría salido disparado a los espacios en línea recta, pues esta velocidad es la que dicen los balísticos sería precisa dar a una granada en la boca del cañón para que, venciendo la fuerza de la gravedad, saliera de la Tierra.

(2) Tales límites, obtenidos por la observación de la luz crepuscular, que es la que recibimos de esas últimas partículas de aire, que el Sol ilumina cuando ya no es para nosotros visible; por la de las auroras boreales, y sobre todo por la de las estrellas errantes, parecen estar a distancia de unos 150 a 200 kilómetros de la superficie de la Tierra. Sin embargo, recientes observaciones de diversos sabios comienzan a hacer creer que acaso llegue a los 500 kilómetros el espesor de nuestra atmósfera. En lugar adecuado se volverá a hablar de esto.

al Sol, sino corriendo a él, y mucho más de prisa que antes se alejara, fué consecuencia de ello que, saliendo a las once de Zaragoza, amaneciera para el orbimotor a las once y diez y siete minutos de dicha población.

Mas recordando que los relojes seguían arreglados en el avisidéreo a la hora del Pacífico, nadie extrañará que día y noche se repartieran en el extravagante novimundiano día 16 de septiembre del siguiente modo: desde media noche a seis y treinta de la mañana, noche cerrada; de seis y treinta a siete a doce de la mañana, día claro; desde las siete y doce de la mañana a las una y veinte de la tarde, noche otra vez, y a esta última hora, nueva salida del Sol, orto de un día en que la luz no iba a acabarse cotidianamente (1) para los expedicionarios con la llegada de las periódicas noches terrestres; porque aquel astro, que ya era para ellos su único mundo, entraba en los espacios estelares, donde jamás muere la luz, sino cuando la ocultan las oscuras tierras; porque María Pepa había hecho un mundo, no de tierra ni opaco, sino de diáfano cristal, donde la luz no se apagaba, para el que siempre sería día, sin posible ocaso, sino cuando otros astros, menos límpidos que él, le ocultaran el Sol.

A la una y veinte de la tarde de aquel 16 de septiembre salió el sol del primer día del Autoplanetoide—ahora sí que era auto y planetoide y motoastro con sidérea vida independiente, suya, autónoma. Día que iba a durar hasta el 31 de diciembre, o sea dos mil quinientas veinte horas de luz solar no interrumpida, en el transcurso de las cuales no solamente no dejarían los viajeros de ver el Sol, sino que siempre lo tendrían en medio de su cielo: sin subir, ni bajar, solemnemente quieto; pues la inventora no había querido, e hizo bien, dotar a su mundículo de movimiento rotatorio. ¿Para qué?

Adviértase que, por razones que ahora callo, por no entrar prematuramente en más embrollos, no se ha dicho en lo alto de los cielos, sobre sus cabezas, ni en lo hondo de ellos, a sus pies, sino tan sólo *en medio de los cielos*. Ya se verá el por qué.

Verdad que aquellas dos mil quinientas veinte horas de día fueron también, y al mismo tiempo, horas de noche: existencia conjunta de tinieblas y luz que, aun pareciendo paradoja, fué realidad para el orbimotor en las inmensidades estelares en tanto se mantuvo alejado de otros mundos.

XV

LOS PRISIONEROS

Tacho la frase comenzada ya para explicar cómo ser pueden simultáneos día y noche en las inmensidades siderales, o, mejor dicho, cómo allí faltan esos jalones con que aquí marcamos la carrera del tiempo. La tacho porque mademoiselle Thellis, a cuyo lado escribo, se burla de mi falta de malicia para contar la interesante historia que me relata ella, diciéndome que más que explicaciones de física astronómica, urgen ahora noticias del matrimonio Sam-Fairelo, preso en su casa desde hace cuatro días.

Repícole que la ciencia y el paisaje son lo primero que interesa en expediciones e historias científicas; contéstame que desde Zaragoza a Venus no han de faltarme ratos para hablar de una y otro, y que, en último extremo, de faltarme tiempo en esta travesía para hablar de ellos, sobrado lo tendré para explicar cuanto me venga en gana en

el camino, muchísimo más largo, de Venus a Saturno.

—¡Ah!... ¿Vamos luego a ir de Venus a Saturno?

—Yo no aseguro nada. Eso lo sabe María Pepa; mas, vayamos o no, cosa para la que es preciso explorar la opinión de los lectores, digo de los viajeros del Autoplanetoide, es indudable que lo que ya no admite aplazamiento es la visita al pabellón A.

—Pues allá vamos. Ya está tachado lo que empecé a escribir.

—No, hombre; guárdelo, por si acaso, para sazón más oportuna.

* * *

Los cuatro días de común cautiverio, que en otros tiempos habrían sido oasis, donde el rocío suave de aquella soledad de dos en compañía fuera grato frescor a los ardores de la mutua pasión de Alvaro y Sara, no transcurrieron breves para ellos, ni fueron dulces, como dijo María Pepa al arrestarlos.

(1) Cotidianamente en la Tierra.

Para la prisionera era evidente que la Capitana amaba a Alvaro. Ciertos presentimientos, nacidos de extrañas distracciones y silencios de él, anomalías de su conducta, y el cohibido aspecto que tomaba cuando veía a María Pepa, o sus exageradas brusquedades en cuanto hablaba de ella, habían ya varias veces alarmado a Sara; mas lo impreciso de tales presentimientos, su confianza, cimentada en largos años de vehemente pasión, confundida por ella con sólido y duradero amor de su marido laico, y, sobre todo, el propio orgullo, la hicieron desear la idea de que mujer alguna pudiera arrebatarse el corazón de Alvaro. Convencida de que era dueña, por talento y carácter, de la hasta entonces débil voluntad de Alvaro; reina, por su belleza, de los sentidos de su esposo, y en su vehemencia pasional, hoguera donde ardía la pasión de un hombre apasionado en cuya lumbre sintió a veces escozor de quemadura, no se había dado cuenta de que, no obstante ser realmente dueña, reina y tirana de voluntad y sentidos, no era señora del corazón, que aunque engañado sobre sus más hondos sentimientos, estaba libre aún; pues Sara no había entrado, no había sabido entrar, no podría nunca entrar en él, por faltar en el suyo impulsos que movieran la atávica nobleza, según en burla decía ella, ni despertaran los tranquilos afectos aun dormidos en el del inocente que, con la misma candidez que días antes creía aborrecer a la mujer de quien estaba enamorado, llevaba años de confundir deseos primero, orgullo satisfecho y gratitud, después, de ser por Sara amado con verdadero amor.

Pero el tiempo pasó; se aplacó el fuego de una pasión cuyos deseos se aquietaban, y entre destellos de la belleza olímpica de diosa, que años y años le tuvieron deslumbrado, comenzó a columbrar en la mujer fealdades del alma, que no quería ver, pues la fascinación pasada se esforzaba en negarlas.

Y en esto llegó la otra, la orgullosa española, la enemiga de Sara, la *traidora culpable del crimen de Challo*, como la llamaba ésta. Y a despecho de razón, juicios y hechos, torcidos unos por sugestión, fraguados otros por envidiosa odiosidad de Sara a María Pepa, la traidora, la infame, la orgullosa, se le metía dentro, dentro del corazón, a Alvaro.

Los cuatro días de encierro fueron para él un largo examen de conciencia, en el que terminó por confesarse que ya en Trujillo le turbó María Pepa cuando la vio por vez primera; que allí en Maipo sintió al salvarla júbilo muchísimo mayor del que hu-

biera sentido de salvar a un minero; que al arrostrar la muerte por salvarla supo que por ella la arriesgaba, no obstante haber mentido a Sara al referirla el lance. Confesóse además que siempre que después la había visto, y en las continuas ocasiones que su recuerdo le turbaba, había tratado de engañarse, procurando abrumar su alborante sentimiento bajo el peso de infundadas e injustas prevenciones externas, esforzándose en crear un fingido y artificioso odio que antes de caer sobre el amor naciente era aventado por atracción incontrastable.

Y, sin embargo, debía resistirla, pues si el amor a Sara se iba desvaneciendo, aún seguía en pie, aunque atenuado y tambaleante, el prestigio de él; porque si indicios y sospechas habían ya comenzado a socavar, en el ánimo de Alvaro, la antigua estimación y la fe ciega de pasados tiempos, juzgábalos injustos, por no apoyarse en hecho alguno, creyéndolos nacidos de su amor a la otra. Por eso mismo desconfiaba de ellos, mirándolos cual nueva y más odiosa ofensa que el egoísmo de un nuevo amor infería a su mujer, queriendo disculpar propias traiciones.

Ella, que, alumbrada por su odio, había penetrado en lo profundo del corazón de María Pepa con perspicaz clarividencia, no tenía el suficiente amor para alumbrar el corazón de Alvaro con luz que disipara opacidades que la impedían registrarlo como el de su enemiga; sabiendo únicamente que ya no hallaba en él las transparencias de otras veces. Y aquella opacidad no le dejaba ver cuán cercano estaba Alvaro de escapar al hechizo y romper la cadena con que ella lo tenía esclavizado.

—Me lo quiere quitar—decía, atribuyendo a María Pepa propósito que en ésta no era sino renunciación de tal deseo, bien refrenado por su voluntad—. Me lo quiere quitar—repetía convencida, sin dudas ni vacilaciones—. Pero él... ¿El?... El no es el mismo... ¿Será que ya no me ama?... ¿Será que la ame a ella?... No, protestaba su confianza en el dominio años y años ejercido sobre su esposo; no, protestaba su satánico orgullo... Y, sin embargo, aquél ya no era el Alvaro de siempre; se la escapaba; no era su Alvaro...

—¿Será—sugería la conciencia, recordándole su tortuosa y malvada conducta—que recele algo de cuanto yo he hecho o le he hecho hacer a él?... ¿Lo sospechará ella?... ¿Se lo habrá insinuado?... ¿Será verdad, y completo, el relato que Alvaro acaba de hacerme de lo ocurrido en la Comandancia antes de mi llegada?... ¿Me habrá acusado

esa mujer?... ¿Y cómo y con qué pruebas podría hacerlo?...

Y por encima de estos recelos y preocupaciones, turbábala, no, la exasperaba, con tremenda violencia, la posibilidad de que llegara a hecho la idea que únicamente a solas formularon sus labios con la frase "¡Ella quitarme mi Alvaro!".

Y sus labios temblaban; y en lugar de anublarle los ojos el dolor de la pérdida de él, abrillantábalos el odio a ella; y al pronunciar la anterior frase dolía el *ella* como no dolía el *Alvaro*.

—No, no; todo antes que esto: todo, todo... Tal vez tenía razón el bruto de Fouciño, cuando pensaba en puñaladas, y acaso fuera todavía fácil encontrar en el Dick de hoy al Fouciño de ayer.

Respecto a María Pepa no tenía duda alguna, mas tan pronto convertía el pensamiento de ella a Alvaro bajaban a sospechas las certezas de Sara, a inquieto titubeo la firmeza de su convencimiento, y a vacilante indecisión los resueltos propósitos.

Y ciertos Sara y Alvaro de su mutua desconfianza, sin querer demostrarla, procurando ocultar cuanto sentían y pensaban; y ansiosos uno y otro de adivinarse ideas y sentimientos, de vigilar sin ser espiados, esforzábanse ambos en aparentar ingenuas actitudes, sin lograr engañarse del todo: y todavía menos convencerse de no estar engañados.

Tales estados de ánimo en personas antes ligadas por absoluta confianza, substituída ahora con mentida espontaneidad que sólo era careta de receloso disimulo, determinaban situación entre los cónyuges que aun mantenida por corto tiempo habría sido penosísima. No es de extrañar que, prolongada días y días, cada uno que pasaba pareciera más largo a los prisioneros.

Y no acertando ni él ni ella a velar por completo el sentir propio, ni a penetrar del todo en el sentir del otro, sólo alcanzaron el convencimiento de que sin posibilidad de aquilatar las causas de ello, la hipócrita apariencia de cortesía y frío afecto con que se disfrazaban todavía, no bastaba a ocultarles la realidad de que entre ellos surgía algo que los separaba: y tanto más cuanto más tiempo transcurriera en la constante intimidad del común encierro.

Mas con la diferencia de que la idea de un voluntario alejamiento de Sara le dolía a Alvaro, como remordimiento de la infamia que creía cometer cediendo a su deseo de apartarse de ella, mientras que a Sara, no atormentándola la imagen de la separación determinada por su voluntad, la indignaba

la idea de ser abandonada, la sublevaba ser postpuesta a otra; y al pensar que esa otra fuera María Pepa, henchíasele el pecho con iracundo frenesí, cual si a estallar le fuera con explosión de rabioso odio.

En tal estado estaban cuando, al cumplirse los cinco días de su arresto, les comunicó Santiago que, habiendo recibido orden de retirar la guardia, iba inmediatamente a obedecerla, dejándolos, por tanto, en libertad.

—Esa señora ha cumplido su palabra—dijo Sara volviéndose a Alvaro, sin poder reprimirse, y con voz estremecida por el aborrecimiento. Y como ya hacía tiempo que se daba cuenta, en lo insignificante del peso de su cuerpo, de la subida del Autoplanetolde a muy considerable altura, agregó:—Nos levanta el arresto preventivo que a su arbitrariedad debemos cuando no nos sirve para nada la libertad, porque ya estamos *en sus dominios*, y a merced de vejaciones y atropellos. ¡Qué generosidad!

Y Alvaro, no atreviéndose a contestar, como hubiera deseado, no supo responder sino:

—Lo que yo no me explico es la causa del arresto.

—Pues estamos iguales.

Y ambos callaron multitud de preguntas y de comentarios que les hormigueaban en la punta de la lengua, cual les habían estado hormigueando durante cinco días, sin conseguir salir afuera; pues lo característico de sus conversaciones mientras duró el arresto fué que ni uno ni otro se atrevieron a hablar de lo más interesante, de lo que habría sido natural hablaran; ni a preguntar ninguno cuanto ambos ansiaban saber, cuanto querían averiguar de indirecta manera, y no lo preguntaban por temor de no saber ocultar el secreto propio al querer descubrir el ajeno.

Entre las cosas de que ambos deseaban enterarse, y que el mutuo miedo que se tenían no les dejó aclarar, merece especial mención el deseo de Sara de indagar si Alvaro le había ocultado algo de lo ocurrido en la Comandancia antes de llegar ella, para lo cual bastábale cotejar su relato con la fotografía fonográfica de él impresa en la película del cajonito de debajo del espejo.

Pero en aquellos días de encierro y de recelos, había pensado que mientras Alvaro estuviera a su lado toda precaución sería poca para no darle indicio ni levantar sospecha de las hazañas que, ella a conciencia y a ciegas él, habían realizado; y por ello no se atrevió a arrostrar el riesgo de ser sorprendida consultando el aparato, sobre cuya

instalación y finalidad le habría sido difícil dar satisfactoria explicación.

Alvaro, por su parte, tenía vivo interés de averiguar qué papel había desempeñado su asistente en el motín popular, única acusación positiva, aunque para él gratuita, que había entendido en la indignada perorata de Ripoll; pues los ponderados crímenes de las *cargas* y la *bola* le sonaron a griego, como ignorante de ellos. De aquí su deseo de hablar con el criado, lo cual no pudo hacer por haber estado su asistente preso también aquellos cinco días en la Comandancia, y a quien al ver volver en libertad no se atrevió a interrogar en presencia de Sara, pues recelaba ya que ella estuviera mezclada en la divulgación de los rumores alarmantes que movieron el motín.

Y como Sara y Alvaro querían, cada uno por su lado, realizar algo para lo que el otro le estorbaba, a los dos les fué fácil hacer lo que querían, pues su común preocupación era perderse de vista cuanto antes.

Así, pues, Alvaro salió en seguida a la calle, diciendo que iba a dar una vuelta para ver lo que pudiera verse ya del universo desde el orbimotor; pero antes llamó al recién llegado asistente, encargándole, en presencia de Sara, que fuera inmediatamente al refectorio del señor Chu-Fo para avisar que no era preciso continuaran trayendo a domicilio las inyecciones hipodérmicas; pues desde la comida de la tarde irían los señores Sam-Fairelo a comer al restaurant. Y se salió en seguida.

Tan pronto pasó un rato, corrió ella al escondrijo telegráfico, y encerrándose en su dormitorio, se dispuso a darse un buen atracón de películas; pues allí la aguardaban cuantas durante cinco días habían sido impresionadas con todo lo dicho en el despacho de la Comandancia, y, además de esto, abundantes noticias por Dick comunicadas. Mas por entonces no las leyó todas, pues el consultar la que más le interesaba y llegar al trozo donde se hallaba registrado el apóstrofe de Ripoll acusando a Fairelo de haber utilizado a su asistente para amotinar al pueblo, exclamó:

—¡Ah!... Has querido engañarme. Adonde vas ahora no es a mirar al cielo, sino a son-sacar a ese hombre a su salida del *restaurant*. Para hablar con él fuera de casa, donde yo no me entere, lo has enviado allá. Desconfías de mí y crees estar a punto de descubrirme, pero eres demasiado cándido para engañarme.

Salió en seguida de su alcoba, llamó a Ketty y la previno que si alguien, fuera quien fuere, le preguntara por quién sabía las noticias de las averías en el Autoplanetoide, de las que hizo conversación la tarde del motín con los asistentes, contestara que las había oído en el balconcillo popular donde todo el mundo hablaba de roturas de máquinas, de accidentes en la hélice y en el timón, y que ya estaba la gente amotinada cuando habló de ello con los asistentes.

La realidad era muy otra, porque el origen del rumor fué Ketty, por orden de su ama, y los primeros en propalarlo los servidores del matrimonio.

Cual sospechaba Sara, se hizo Alvaro el encontradizo con el fámulo al salir éste de la oficina alimenticia de Chu-Fo, y hablando del arresto, le sacó ser verdad que él había alborotado *nada más que un poquito* al pueblo, pues le había asustado mucho la rotura que Ketty dijo tenía el orbimotor, y creyó que si no bajaban pronto se estrellarían todos.

—¿Y Ketty, por dónde lo sabía?

—No sé, señor.

Repugnándole a Alvaro descender a interrogar personalmente a la doncella de su esposa, contestó:

—Pues es preciso que me averigües quién se lo dijo a ella. Pero con disimulo y sin que se trasluzca que yo te he hablado de esto.

Sara volvía en aquel instante a sus películas, que le iban a contar interesantes cosas. En tanto Alvaro se dirigía al balconcillo, desde el cual vió de los cielos mucho menos que los demás sabios que allí se hallaban, por ser para él de superior actualidad, y mayor interés que las exploraciones astronómicas las personales y ajenas exploraciones humanas que lo tenían entonces preocupado.

XVI

LOS CAMINOS DE VENUS

"Ni es cielo ni es azul", dijo un célebre poeta hablando del celeste dosel de campos y de mares. Y tenía razón, y bien lo vieron los que viajaban en el orbimotor al salir éste de la atmósfera, que, a modo de cristal coloreado, tiñe de azul el firmamento, que vemos siempre a través de ella.

Mas quien, saliendo de la atmósfera, quita el cristal que se interpone entre el cielo y sus ojos, ya no verá en el cielo sino sombra y luz: no sombra o luz como nosotros, sino sombra y luz al mismo tiempo. Pero no luz difusa, o ambiente, cual la que aquí en el mundo alumbramos los objetos situados en lugares donde no llegan rayos directos de sol, estrella o lámpara; no claridad cual la flotante en los espacios donde no hay nada, o mejor dicho, donde sin ver nosotros nada hay aire o gases, alumbrados por ella, y cuyas partículas sólo percibimos por ser entonces luz, aire o gases: es decir, *cuerpos* tan reales, tan materiales como las flores, las piedras, los espejos, como el cristal, que en cierto modo nos parece invisible también: sin otra diferencia respecto a éstos que tener mucho más alejadas unas de otras las moléculas de que están formados, y sacudidas con movimientos muchísimo más rápidos que los que los que animan a las de líquidos y sólidos.

Cuando en la calle paso de la acera del sol a la de la sombra, dejan de alumbrarme los rayos directos de aquel astro, que son detenidos por los edificios entre él y yo interpuestos, y no me quedo a oscuras por alumbrarme la luz reflejada en infinitas direcciones por las casas de la acera frontera; y si ésta falta, por las nubes y el aire circundante. Veo los objetos que la pared deja en la sombra porque los ilumina esa misma claridad, que llamamos luz difusa.

Pero tan pronto como el Autoplanetóide dejó de estar envuelto por el aire, y los que en él viajaban dirigieron las miradas al cielo—que ya no estaba arriba, sino arriba, y al frente, y a la espalda, a la derecha, y a la izquierda, y por debajo de los pies—, ya no vieron el cielo azul, sino negro, porque en-

tre el cielo y ellos no había aire, no *había nada* (1).

Veíanse, pues, *todos los astros* desde el autoestelar; y con mayor brillantez, precisión y claridad que nosotros los vemos, porque la luz de ellos no había de atravesar hasta llegar a los ojos de los viajeros del espacio los centenares de kilómetros del aire de una atmósfera que, aun siendo transparente, absorbe, de igual modo que el más límpido cristal, parte no escasa de la luz que la atraviesa.

Así, lucían soles y orbes para el novimundo con brillo que jamás contemplamos los humanos, y eran además vistas simultáneamente desde el orbimotor las estrellas del hemisferio norte, no visibles aquí para el sur de la Tierra, y las del hemisferio austral celeste, que no se muestran nunca a quienes viven en el boreal de ella; con lo cual Sol, Estrellas, Tierra y Luna brillaban a la vez en el día sin ocaso del universo donde volaba el Autoplanetóide.

Día siempre, por no haber montes tras los que se ocultara para el orbimotor, ni mares donde se hundiera el Sol: día en cuyos resplandores brillaban, sin centelleos, las es-

(1) No la Nada Absoluta de un vacío mentiroso, ficción por la ignorancia creada, sino el Eter, que es la nada relativa de una esencia que, por inconcebiblemente inmensa, no puede ser percibida por la diminuta humanidad.

En los lugares donde estaban el Sol y las estrellas, manantiales de luz, veían los ojos astros-soles: donde había un planeta o un satélite, sin luz propia, pero tocado por los rayos de sol o estrellas, hacíanse visibles los astros-mundos en forma, resplandor y aparente tamaño, gracias a que al orbimotor llegaban aquellos mismos rayos de los astros-luz después de reflejados en los orbes opacos.

Veíanse, pues, todas las cosas que la vista alcanzaba en el Universo. Mas como en él no hay más que astros-soles y astros-mundos, con propia luz los unos, con luz prestada otros, los orbimotorianos no podían ver la claridad sino en los cuerpos donde nace y en los cuerpos que toca; porque la que a raudales fluye de los soles *no es visible en sus caminos* de unos a otros, como no lo es la de una lámpara en tanto no tropieza, en su carrera, con algo que alumbrar y en que encenderse: sea este algo mundo, objeto, partículas de aire u ojo humano; porque mientras la luz no choca contra nada es solamente movimiento vibratorio, eslabón que se mueve sin dar chispas en tanto no tropieza con la piedra.

trellas; pues si en el mundo no las vemos cuando campea en el cielo el Sol, no es porque las ocultan rayos de él, sino porque entre la luz de éstos en todas direcciones reflejada por objetos terrestres y átomos de aire que iluminan, se ahoga la luz, mucho menos potente, de estrellas y planetas: siendo la de la Luna la única que en días no muy claros, o en la proximidad de los crepúsculos resplandece, por venir de más cerca, ser más fuerte y brillar en cuerpo aparentemente mayor que las estrellas. Y lo propio acontece en raras ocasiones con el planeta Venus, principal personaje de esta historia: principal, claro es, después de María Pepa.

De no haber aire en torno de la Tierra, noche y día veríamos las estrellas. Pero no habiéndolo, no sería el cielo azul, sino negro, completamente negro, como lo vieron desde el Autoplanetoide tan pronto salió éste de la atmósfera, quedando rodeado por la inmensa oscuridad de inmensa esfera negra, agujereada por un disco dorado, el Sol; otro de deslumbrante plata, grande, muy grande, colosal, la Tierra, igual a cinco soles en anchura, o veinticinco en extensión!, que era la *luna número uno* del novimundo; pues tenía otra—la del mundo viejo—, que en sus giros en torno de la Tierra presentaba fases y cuartos al aviestelar, pero de diferente duración que los aquí observados, y cambiantes tamaños: desde dos tercios hasta vez y media los que por acá vemos en el terrestre satélite.

No es fácil para humanas mentes concebir la magnificencia soberana del cielo visto por los novimundianos, al volar circundados por un firmamento que no acababa en parte alguna, estando arriba, abajo, en medio; que a la vez ofrecía a su contemplación la Estrella Polar y la Cruz del Sur, Capella, Rigel, Sirio y Antares y Arcturo.

* * *

El primitivo plan de María Pepa—anterior a los repetidos accidentes causados por la ciencia y el odio de la aviadora yanqui—, habríala llevado a Venus en veintitrés días marchando a razón de 39 kilómetros por segundo, y en sentido opuesto a los de los movimientos traslatorios de la Tierra y del planeta de destino alrededor del centro planetario.

Con lo cual, yendo el orbimotor al encuentro de Venus, habríase ahorrado muy cerca

de la mitad del camino. Véase plano general del viaje (1), más adelante inserto.

Pero habría sido consecuencia de tal itinerario que el Autoplanetoide lo recorriera completamente expuesto a la atracción solar, desde que a la partida enfilara el rumbo al sitio donde debía llegar Venus el 8 de octubre hasta la llegada a este planeta en tal fecha y lugar: es decir, volando en condiciones que para reducir dicha atracción en términos de que el novimundo no fuera arrastrado por ella al Sol, habría exigido contrarrestarla con grandes gastos de cinetorio, que, aun no escaseando, no sobraba después de los dispendios de las pasadas e imprevistas aventuras.

Por esto se varió el plan, optando por viaje más lento y camino más largo, pero más barato: aprovechando ruta, en el cielo seguida, donde para empujar las veinte toneladas del Autoplanetoide *no fuera precisa fuerza mayor que la que un niño puede hacer con un dedo.*

Efectivamente, desde el punto que salió el motoestelar de la Tierra, ésta y el Sol tiraban de él en sentidos opuestos con las atracciones de gravedades antagónicas (2).

Así decreciendo con la mayor altura la gravedad terrestre, y creciendo simultáneamente la solar, pues al Sol se acercaba el autosidéreo conforme iba subiendo, forzosamente habría de llegarse a posición en donde los opuestos tirones se igualaran, dejándolo desprovisto de peso, y a los que en él viajaban sin otro que el de la *pesantez taliúrica procedente* de la atracción sobre sus cuerpos ejercida por el lastre del novimundo: una menudencia de la que no hay por qué ocuparse.

Esto ocurrió cuando a distancia de kilómetros 262.590 de la Tierra y 149.737.410

(1) La distancia que para llegar el 8 de octubre, prefijada fecha del arribo, tenía que recorrer, era de 75 millones de kilómetros, mientras que la que el 15 de septiembre, día de la partida, medía entre planeta y planetoide era de 135.

(2) Al elevarse a 100.000 kilómetros sobre el mundo, y bajar su terrestre peso de 20 millones de toneladas a unas 81.000, la fuerza que en definitiva tiraba de él hacia abajo no era la de este peso, sino la de él disminuida en la de 5.880 toneladas de la atracción solar que hacia arriba tendía a arrastrarlo; es decir, poco más de 75.000.

A los 200.000 kilómetros de altura su peso mundial era sólo de 20.234 toneladas, el solar 5.885 y la fuerza definitiva que hacia abajo tiraba de él, la diferencia solamente entre ambos: alrededor de unas 14.500.

Parece innecesario advertir que estos números son promedios solamente, pues es sabido que la distancia entre el Sol y la Tierra varía constantemente.

del Sol (1) se alcanzó el punto de gravitatorio equilibrio.

A medida que el mundo corría a lo largo de su órbita, corría con él este punto de anulación de pesos, siempre situado en la recta de unión de Tierra y Sol, siendo, por tanto, lo esencial de la maniobra de María Pepa ajustar rapidez y dirección del Autoplanoide a las del trashumante punto, para mantener aquél, si no exactamente coincidente con éste, tan cercano a él que la diferencia no influyera prácticamente en el peso del aparato. Para conseguir esto no podía apartarse de la Tierra más de los 270.000 kilómetros que se fijó por límite, con objeto de bordear, libre de la atracción de aquélla, la zona donde predominaba la solar, equivalente allí a unos cuantos gramos: peso que sería cordón finísimo, menos aún, tenue hilo de araña, que al Sol sujetaría el orbimotor en su vuelta alrededor del centro planetario.

Haciendo deliberada y transitoria renuncia de su autonomía, iba a viajar el orbimotor como un planeta cualquiera, esclavo, mas sólo al parecer, como todos, hasta el crítico instante en que pudiera abandonar su voluntaria órbita para caer en Venus, tan pronto éste, que detrás venía ganándoles camino al mundo grande y al mundo pequeño, llegara lo más cerca que estar podía de ambos en aquella vuelta al Sol. Esto acaecería el día de Nochebuena.

He aquí por qué se alargó el viaje; he aquí por qué todo él fué día para los novipolitanos; he aquí por qué un obrero que, encaramado en lo alto de la ecuatorial del señor Ripoll, limpiaba el objetivo de ella, no se hizo daño alguno al caerse a la azotea del almacén de productos químicos.

Con estupefacción y espanto de cuantos lo vieron, y terror propio muchísimo mayor, cayó el pobre hombre de aquella enorme altura de 343 metros sin sufrir heridas, ni fracturas, ni esguinces, ni chichones siquiera, porque su peso había bajado a no sé cuántos, pero muy pocos gramos.

Y, sin embargo, aunque ileso salió de la aventura, tuvieron que llevarlo a la enfermería, donde estuvo una semana; pues el sustazo tremebundo de ir pensando durante casi cuatro minutos, tal fué la duración de la caída, en su inminente despanzurramiento, le produjo tan terrible perturbación nerviosa, que lo puso a las puertas de la muerte

(1) En el supuesto de distancia media entre una y otro de 150 millones. Y como no es exacta ni constante, aquí de la pericia de la Capitana, de las observaciones astronómicas de Ripoll, los cálculos de Fognino y las comprobaciones gravimétricas de Haupt.

y la demencia. Se comprende la impresión.

No fué éste el único, sino uno de los más notables entre los innumerables accidentes debidos a aquella evaporación de toneladas y kilogramos, siendo otro, tan feliz como él, al menos para Dick Shaft, que en una pendencia entre éste y Pedro, muda naturalmente de parte del primero, tempestuosamente ruidosa del lado del segundo, y en la que éste descargó en la cabeza del mulato, con las peores intenciones, una barra de hierro de un metro de largo y tres centímetros de grueso, no consiguiera hacerle sangre ni contusión: logrando únicamente que se rascara un poco, con no poco asombro del irascible fogonero.

Cuando la gente se enteró de que caídas de centenares de metros no eran para asustar a nadie, y que subir a la carrera quinientos peldaños de una escala o trepar a pulso doscientos metros de cuerda vertical no producía la menor fatiga, surgieron, en variada colección, aéreos deportes gravitatorios. Unos deportistas subían a grandísimas alturas y de allí se arrojaban adoptando actitudes escultóricas durante la caída. Primero se tiraban uno a uno, después en grupos artísticamente combinados, formando cuadros vivos, y de aquí el nombre dado a tal divertimiento de escultura flotante; siendo lo raro que los que caían tardaban muchísimo más tiempo en llegar al suelo que el empleado en subir a lo alto.

Entre los cuadros más notables así representados fueron aplaudidísimos "La muerte de César", "El robo de las Sabinas", "Salomón recibiendo a la reina de Saba". En este último caían a la vez sesenta y seis personajes; el efecto era admirable.

Otros se dedicaban al salto en longitud, brincando sin esfuerzo los 200 metros que separaban la azotea del casino de los balconillos.

Una señora javanesa, muy respetable por su ciencia, años, y más aún por sus respetabilísimas carnes, de las que en la Tierra tiraba a duras penas, sudando y resoplando, estaba loca de alegría, jugaba al *tennis*, corría el aro, saltaba a la comba, y en incesante actividad usaba y abusaba del movimiento como si hubiera vuelto a los ágiles años de la infancia: con regocijo y algarazas del numeroso público, que en tales casos hacía corro y coreaba los botes de aquella enorme masa de carne temblorosa como una gelatina.

Como no acabaríamos de relatar anomalías y extravagancias de la gravedad, es tiempo ya, aun cuando la materia sea curiosa, de pasar a otra sin detenernos sino en una

advertencia cuya omisión no perdonarían los astrónomos ni los matemáticos versados en Mecánica Celeste. No asustarse: va a quedar despachada en escasos renglones.

Si la Tierra no tuviera satélite, la maniobra de mantener al novimundo en la zona neutra de las gravedades solares y terrestres habría sido facilísima; pero ocurría, en el viaje, que al girar la Luna alrededor del mundo se acercaba unas veces a la citada zona y se alejaba otras de ella, variando la atracción entre la Reina de la Noche y el Autoplanetoide, o sea el *selénico peso* de éste, que, al entrometerse entre sus pesos solar y terrestre, perturbaba en cuantía y dirección el definitivo de él, porque ya no eran dos, sino tres, las cuerdas que tiraban del mundo de la Capitana.

Esto daba lugar a complicaciones de marcha cuando acercándose la Luna al avistellar quedaba éste entre ella y la Tierra, cosa que ocurrió tres veces en el viaje, teniendo en todas ellas María Pepa que acercarse al satélite y alejarse del mundo para que la atracción de ambos sobre el novimundo quedara equilibrada (1).

En tales ocasiones gozaban los novimundanos de una Luna, no llena, pero noventa y seis veces mayor en superficie que la normal de las terrestres noches. La Tierra, en cambio, no la veían sino con extensión igual a la de diez y seis lunas habituales.

Pero Sol, Luna y Tierra lucían a la par. El espectáculo puede, a lo sumo, imaginario la fantasía; no cabe que la pluma lo describa.

* * *

Ya se supone que la narración de cuanto ocurrió a los doscientos expedicionarios del autosidéreo en un viaje de casi cuatro meses, con descripción de cuanto vieron en el universo, requeriría para esta historia pocos menos, como no fueran más, volúmenes que tomos tiene la de Mariana, los cuales, se supone también, no leería nadie, y, por tanto, más vale no llenarlos. Reduciéndolos, pues, a mucho menor número de capítulos, hablaremos tan sólo de lo que sea más interesante, extraordinario o curiosamente episódico en el viaje.

XVII

LAS PESQUISAS DE ALVARO Y LAS MELANCOLIAS DE LA CAPITANA

Al descubrir que había sido Ketty quien a los asistentes dió la primera noticia de las averías, cayó Alvaro en la cuenta de haber ocurrido aquello en ocasión que, recordando fechas, horas y actitud confiada de ignorantes y sabios, demostraba que ninguno de los viajeros del Autoplanetoide tenía todavía sospecha de ellas, a no ser Sara, que en el balconcillo y en voz baja se las había comunicado a él mismo, que en esto vió indicio muy suficiente para hacerle sospechar pudiera ser su esposa la verdadera motora del motín, la causante de la divulgación de los rumores donde aquél tomó cuerpo y la responsable del delito que a él le habían imputado.

¿Delito?... ¿Imprudencia?... ¿Ligereza?...

(1) Esto ocurría cuando el orbimotor se hallaba a 39.000 kilómetros de la Luna y 345.000 de la Tierra; situación en que los opuestos pesos de él eran ambos de 6.800 toneladas. Siempre que entendido, en el supuesto de distancia media de 384.000 kilómetros entre la Tierra y la Luna,

En la contestación a estas preguntas era donde la certeza del hecho se convertía ya en dudas al sacar consecuencias. Un mes, unas semanas antes, seguramente habría Fairelo calificado lo acaecido de irreflexiva ligereza, explicable porque el temor de su mujer a una catástrofe la turbara al extremo de no medir las consecuencias de confiar cosa tan grave a su doncella. Pero como en los últimos meses y semanas habíanle sorprendido en ella novedades antes no sospechadas; como veía, cada vez más claro, que no ya emulación, ni mera antipatía, sino aversión profunda a María Pepa era el impulso que movía a Sara, si aún vacilaba Alvaro en formular la afirmación de que a deliberado intento de su esposa se debiera la sublevación de la plebe, era porque no es fácil desnudar en un instante de perfecciones a la misma mujer a quien años y años se ha tenido por dechado de ellas, ni menos cubrirla de improviso de vicios y de lacras.

Pero si aquello no había sido plan artera

y friamente meditado, sino movimiento irreflexivo, ¿por qué cuándo vió que a él lo acusaban no había hecho nada para sincerarlo? ¿Por qué ni a él siquiera se había confiado en cinco largos días de encierro?

Sin arribar a convincente conclusión en tal problema, que no era el único que preocupaba a Alvaro, distrájose de él con el recuerdo de que no solamente había sido acusado de sedicioso, sino que además le achacaban otros hechos que no pudo entender entre las discusiones de la Capitana y de Ripoll, a quien impuso ella silencio, cuando explícitamente iba a formular imputaciones, y no una sola vez; cual sí evitar quisiera a todo trance que se hablara de ellas.

Recordaba, asimismo, que al ser absuelto por María Pepa, la absolución arrancó al catalán protestas, haciéndole gritar que cien absoluciones no bastarían a borrar las pruebas fehacientes que "allí estaban" de los crímenes, por Alvaro ignorados, de que le hacía reo. Meditaba en por qué lo habría puesto María Pepa en libertad, sin querer hablar de tales pruebas: con precipitación, y en forma que, aun sabiendo él era justicia y nada más, prestábase a ser interpretada cual clemencia.

Protestando de recibir por gracia lo que en justicia le debían, cien veces se había dicho, en los días de su arresto, que no podían quedar las cosas en tal punto, ni resignarse él al papel de indultado por fantásticas culpas; que era preciso que la Capitana hablara claro; que cara a cara, sin nebulosidades ni misterios, se formularan las acusaciones; que ante los ojos le pusieran, para deshacerlas, las pretendidas pruebas que el viejo loco llamaba fehacientes.

Habiendo sido esta su idea constante en el arresto, es natural que nuevamente le asaltara en medio de sus cavilaciones sobre las reales causas de la algarada popular, y que aplazando la investigación de aquéllas se dirigiera sin demora a la Comandancia para aclarar lo otro, haciendo que pasaran recado a la Capitana de que el señor Fairelo solicitaba audiencia para un asunto inaplazable.

Dióle tal vuelco el corazón a María Pepa cuando de labios de Soledad oyó la petición, que su primer impulso fué contestarla con una negativa: tal miedo le tenía la Capitana al Capitán. Pero entre el miedo hormigueaba más suave sentimiento. De otra parte, lo imprevisto del caso no dejó tiempo a la conciencia de que a la voluntad exigiera el cumplimiento de sus firmes propósitos de rehuir entrevistas con Alvaro: así que después de escapárselo un "que pase", antes de que el juicio trajera el arrepentimiento, era ya tar-

de para enmendar lo hecho, pues Soledad ya había salido a buscar al visitante. Y el arrepentimiento sólo sirvió para aumentar la turbación que la pobre muchacha había sentido al oír nombrar a Alvaro.

En los pocos minutos transcurridos hasta la entrada de éste, el corazón hacía esfuerzos para engañar a la conciencia, diciendo que la prisa con que el recién llegado pedía ser recibido acaso fuera indicio de que algo interesante le trajera a visitar, no a María Pepa, sino a la Capitana: que por su posición no podía rehusar audiencia a nadie sin fundado motivo.

Y, sin embargo, tan asustada estaba cuando Fairelo entró, que, para no mirarlo, aparentó estar consultando unos papeles.

—Señora—dijo él con voz tampoco muy segura—, celebraría que esta visita pudiera ser para dar a usted gracias por su clemencia, que yo agradecería, si ella no fuera causa de que mi nombre siga empañado con injustas sospechas.

—No creo... No sé por qué—contestó María Pepa, deseando muchísimo levantar los ojos. Pero no sólo no los levantó, sino que enrojeció de tal manera, y balbuceó con emoción tan expresiva que, olvidando Alvaro la causa principal de su visita, y no viendo ya más que la mujer que era imán de su alma, prosiguió:

—Y si aun esa clemencia fuera prueba de sentimientos en usted, que un hombre como yo no supone jamás por mero indicio, sin más base que el anhelo de los propios deseos...

—¿De qué habla usted?... ¿De la orden de levantamiento del arresto que ha sufrido en compañía de su esposa?... La cesación de él era cosa prevista para plazo fijo. Ya lo dije al imponérselo.

María Pepa había visto por dónde amenazaba despeñarse Alvaro; percibiendo tan cercano el peligro que volvió a arrepentirse de haberlo recibido; más la violencia misma del temor que su propia flaqueza la inspiraba, de no atajar en seco la confesión que a Alvaro se le estaba escapando, la sugirió la idea de darle el serretazo que, aludiendo a su esposa, lo dejó parado. Felizmente, en la misma alusión a ésta encontró ella el valor que antes le había faltado para alzar la cabeza y mirarlo de frente.

El sintió la lección, tuvo vergüenza de haberla recibido, se quedó confuso, y antes de que atinara con respuesta adecuada continuó María Pepa:

—Si no es sino eso lo que deseaba usted decirme...

—No, no; es algo más: no me refería a

eso. Es que el indulto que por lástima me concedió usted, cuando aquí fui acusado de crímenes que ignoro, me mancha.

—No fué indulto ni lástima, sino sentencia absolutoria. Ya lo dije.

—Mientras no sean deshechas las pruebas que aquí dijeron existen contra mí, esa sentencia más parece perdón despreciativo.

—No, señor, ya le he dicho...

—Nada que convenza. Vengo a preguntar, a exigir se me diga qué crímenes son los que se me imputan. No los conozco, y me es preciso conocerlos; necesito ver esas pruebas embusteras que se me echaron en cara sin decirme qué son ni en qué consisten; reclamo ser juzgado por austeros jueces, no por mujeres compasivas. Al indulto de usted, de compasión nacido, prefiero un sentencia injusta, aun cuando sea de fusilamiento... Para lo que la vida vale...

María Pepa comprendió que este amargo exabrupto era consecuencia de la altiva esquizofrenia de ella; y tan violento fué su impulso de reemplazarla por actitud muy diferente, que le produjo vértigo semejante al sentido por quien de pronto ve a sus pies la sima en que va a hundirse. La emoción le arrancó un "Nunca, lo juro, he creído a usted culpable, ni jamás le he ofendido con sospechas", que dando un paso hacia adelante dijo con voz que estremeció a Alvaro; pero inmediatamente retrocedió aterrada de sí misma; y comprendiendo que únicamente la Capitana podía ya salvar a la mujer, endureció el acento, recobró la perdida altivez, y disfrutando, con doloroso esfuerzo, de indiferencia el interés, prosiguió en tono frío en su voz y helado en los oídos de Fairelo:

—El publicar la acusación equivocadamente formulada contra usted, el divulgar esos indicios que la vehemencia del señor Ripoll calificó de pruebas, sería descubrir secretos de mi invento, a lo cual no me es dado acceder.

—Entonces yo arrancaré al señor Ripoll las explicaciones que se resiste usted a darme, porque sin duda son verdad esas sospechas que su cortesía niega.

—No, no.

Alvaro sintió en su corazón vibrar aquellos nos, que parecían gritos desesperados; le fascinó el fulgor de la mirada que negaba todavía con más fuerza que la voz. Volvió a soñar, volvió a entrever absurdas ilusiones.

Absurdas, sí, porque queriendo María Pepa cortar de raíz y para siempre pretexto para nuevas entrevistas, que se sentía incapaz de soportar sin vender no aquel secreto de su invento, sino el más hondo de su alma, repitió altanera:

—Al señor Ripoll le será ordenado negar a usted explicaciones.

Y viendo que su única defensa contra venideros peligros era ofender a Alvaro, para hacérsele odiosa, llevó la mano al timbre y acabó la frase agregando:

—Y habiendo dado a usted las que en mi mano estaban, y reclamando ahora mi atención otros asuntos, ha de excusarme si le indico que ha acabado esta audiencia.

Soledad aparecía en la puerta cuando Alvaro exclamaba:

—¡Me echa usted!...

—No, caballero. Le participo que ha acabado la audiencia: es lo que hago con todos cuando no tiene objeto el prolongarlas.

—Con todos los que son tratados cual lacayos—y al decir esto se dirigió a la puerta.

Soledad, que leía en el rostro de su ama, se asustó al mirarla, e hizo ademán de acercarse a ella, pero poco propensa María Pepa a confidencias, y no agradándole tener testigos de sus debilidades, dijo imperiosamente:

—Acompaña a ese caballero.

Juntos salieron Soledad y Alvaro, y en el momento de cerrarse la puerta se oyó detrás y a través de ella un golpetazo sordo, en el que Soledad reconoció inmediatamente el retumbar de la caída de su ama en el suelo. Volvióse atrás, abrió la mampara y dando un grito abalanzóse adentro, cayendo de rodillas junto al inanimado cuerpo de la pobre María Pepa.

El doble ruido del golpe y de la exclamación de Soledad hizo volverse a Alvaro, que por la puerta, de par en par abierta, vió lo que ocurría; y ya sin acordarse de aquello del lacayo, precipitóse en pos de la doncella, que en cuanto se dió cuenta de tenerlo al lado, se levantó como pantera que guarda sus cachorros, y agarrándolo de un brazo, y forcejeando para arrojarlo afuera, le gritó:

—Pero ¡quité matármela... ! ¡Le paese poco lo que ha hecho?... Vayasuté... Vayasuté...; que no lo vea al abrir los ojos... ¡Maldita zea la hora que entruté aquí!... ¡Maldita la hora que l'ocurrió a Paramillo!... ¡Más le valiera que la hubiauté deajo que se matara!... ¡Condenao!... ¡Mardes!... ¡Arrastrao!... ¡Indino!...

Aunque no se cayó, tambaleábase Alvaro al alejarse murmurando:

—¿Qué misterio es el de esa mujer? ¿Qué pasa aquí, qué pasa?... ¿Me odia?... ¿Me desprecia?... ¿Me adora?... Aquellas alternativas de su voz y su mirada... La indignación de esa muchacha...

El desmayo de María Pepa no fué largo, y al volver de él no dijo más a Soledad sino que en adelante jamás estaría visible para el Capitán Fairelo.

La doncella no contestó palabra ni la miró a la cara.

Alvaro y Sara vivían de modo completamente diferente del de pasados tiempos. Se acabó la confianza, se acabó el afecto; sólo quedaba la cadena que los oprimía: no la de flores, antaño lazo amante que sujetaba a Alvaro, sino el dogal pesado de la vida en común entre dos que no se aman. Y hasta pensaba él algunas veces que la del matrimonio laico no era cadena para asustar a nadie, porque con leve sacudida se quebraba. Pero no se atrevía.

Y nunca discutían ni peleaban: el desacuerdo era más hondo. Atentamente se trataban, pero recelosos: envolviendo la hostilidad en urbanidades; huyéndose, hablándose menos de día en día, y cada día más fríos.

Cuando él estaba en el Instituto de Experiencias, hallábase ella en el Casino Internacional; cuando Sara paseaba por los balconillos, íbase Alvaro al casino. Se veían en el restaurant Chu-Fo, y algún rato en casa, empleado, al retirarse a ella, en penoso y breve diálogo sobre temas sin interés, que seguían manteniendo por hipocresía, antes de recogerse cada uno a sus habitaciones.

Así pasaron los tres meses y medio del viaje a Venus, en los cuales no siempre andaba Alvaro por donde se ha dicho; pues a veces daba paseos, al parecer sin más propósito que hacer ejercicio, y, en realidad, acechando ocasiones de hallar a María Pepa, que le huía; pues aunque reducida su comunicación en tales casos a cambiar dos saludos ceremoniosos, sin que obtuvieran la menor respuesta las tristes miradas de Alvaro, producía cada encuentro agravación de las melancolías de la Capitana, ya llegadas a punto de alarmar seriamente a sus abuelos y al amigo Leblonde.

Lo recién referido es lo más interesante de cuanto ocurrió en el Autoplanetoide desde que salió al cielo hasta que María Pepa, a punto de caer en el Sol, escribió el parte que nos es conocido desde las primeras páginas de esta que no es novela de dos vidas, sino historia de mundos. Por ello trábanse en ella, cual en éstos, los sucesos trascendentales con los fútiles, y a lo cómico sucede lo pasional, y llega en pos de lo trágico lo bufo. Y como todo es vida y a todo hay que atender, cúmplenos ahora convertir la vista a otras peripecias y a otros personajes de más bajo coturno novelesco, pero que, como vivos y reales, deben ser atendidos en esta crónica del Autoplanetoide y de los autoplanetianos: que no sólo con hechos de monarcas y héroes se forman las historias de pueblos y naciones y planetas.

XVIII

LAS DESVENTURADAS NARICES DEL DOCTOR CHU-FO

Un mes iba pasado desde que, sacudiéndose la gravedad terrestre, se había librado el Autoplanetoide de este *pesado* yugo, volando horro de mundial tutela.

En este tiempo fueron muy de notar frecuentes idas y venidas, no francas como de quien pasea por esparcimiento, o va a claros negocios, sino misteriosamente recatadas, del ilustre Chu-Fo, japonés jefe del figón químico, como decía Leblonde, o Director Alimenticio, como se llamaba él.

En aquellas cautelosas exploraciones, pues eso eran, llevaba ojo avizor, y sobre todo avizoras narices, como sabueso que olfatea una pista.

Era muy natural, hablo del ofato, pues aparte sospechas, ya añejas en él, nacidas

de prevenciones y antipatías contra ciertas personas a quienes no perdió de vista desde su entrada en el orbimotor, sus escasas narices, tan romas por fuera como agudas y finas por dentro, fueron las que prestaron verosímil consistencia a los recelos, trocándolos en íntima aun cuando no probada convicción de que en el novimundo pasaba algo que era preciso poner muy pronto en claro; algo que, de ser realidad, no podía dignamente tolerar el eminente sabio.

Un día que paseaba descuidado por el *boulevard* F dióle el primer alerta a su órgano olfatorio cierto tufllo leve, sutil, casi imperceptible, pero que para perro viejo, como él, y de sus buenos vientos era muy escamante. Por allí parecía oler a *aceite frito*. Pero tan

poco era, que para cerciorarse con certeza de ello fué y vino, calle arriba, calle abajo, apuntando la nariz inquieta en todas direcciones; oliendo con ahínco, aquí y allá, con la esperanza de capturar algún efluviu suficientemente intenso a descubrirle dónde se hallaba el foco o manantial de lo que, a ser más fuerte, habría él llamado insoportable hedor. Pero fué inútil por entonces su pesquisa, pues transcurrido un rato, ya no advertía olor ninguno.

¿Habría sido mera cavilación nasal?

Otra tarde le alarmó una indudable peste a ajo, que, al saludar en la calle al señor Superintendente de Policía, irritó su sensible membrana pituitaria cuando precisamente se disponía a informar a dicha autoridad de sus sospechas de que en el orbimotor eran infringidas las Ordenanzas Alimenticias. Pero apenas comenzada la denuncia, o más bien confidencia, relativa al sospechoso olor a aceite frito del *boulevard F*, sintió una tufarada de ajo que le echó el provenzal, perturbándolo al punto de cortar el hilo del discurso y haciéndole exclamar indignadísimo:

—¡Huele usted a ajo, señor Leblonde!... No puede usted negarlo. Apesta usted que vuelea. ¿Por qué, por qué huele usted a ajo?... Dígamelo.

—Huelo a lo que me da la gana, y es una grosería llamar peste a la fragancia de un exquisito *all-oli*, receta de Marsella, que por mis propias manos he confeccionado y con el que me relamo todavía—. Esta fué la respuesta que le brincó en la punta de la lengua al interpelado, pero cayó a tiempo en la cuenta de que él no era solamente Aristides Leblonde, *bon vivant* y *gourmet* y aun *gourmand*, sino dos altas autoridades en Noviópolis: Inspector de Sanidad y Superintendente de Policía: dos empingorotados personajes, por sus funciones obligados a ser, si no impecables, hipócritas siquiera. Haciendo, pues, de la necesidad virtud, en lugar de enviar a paseo al curioso impertinente, contestó muy meliflúo:

—Con mil amores, querido Director: no es ajo, es amoníaco, que un químico tan distinguido como usted no ignorará es su principio activo: un álcali precioso en terapéutica, un valiosísimo agente, un...

Aristides daba vueltas y más vueltas en su caletre a su inventiva, para encontrar explicación que no tenía amañada, y que no fuera excesivamente inverosímil. Antes de que él la hallara, le contestó Chu-Fo:

—Sí, pero hay diferencia entre el olor del ajo y el del amoníaco.

—¿Usted cree?... Puede ser. O acaso el

olfato de usted esté educado tan esmeradamente...

—No hace falta tenerlo muy perfeccionado para ver que usted huele....

—Ver no, señor Chu-Fo: oler, oler.

—Pues, claro está; pero yo estoy seguro de que no huele usted a amoníaco.

—Distingamos: no pudiendo usted negarme que los ajos contienen amoníaco, es indudable que si huelo a ajo, habré de oler, siquiera virtualmente, o en principio, o *ipso facto*, y aunque usted no lo huela, a ese volátil álcali.

—¡Señor Leblonde!... ¿Pretende usted burlarse?

—¡Yo!... ¿De nuestro ilustre Director Alimenticio?... ¿De quien con sus maravillosas preparaciones nos nutre pródiga y científicamente?...

—Sin embargo, no estoy yo muy seguro de que usted se alimente con mis preparados. Apenas si en un mes le he visto a usted tres veces por mi *comedor químico*.

—Las ocupaciones de mi profesión no me permiten casi nunca comer a horas fijas, ni acudir a las señaladas en su refectorio. Usted no sabe, amigo mío, cuánto dan que hacer dos cargos oficiales como los que me abruman. Pero usted tampoco ignorará que todos los días va mi... mi...—iba a decir "mi cocinero", pero lo enmendó a tiempo—mi criado a recoger nuestras gaseosas, líquidas e hipodérmicas comidas, al comedor, perdone, quise decir *nutridero* químico que usted regenta.

—Sí, sí; ir, va; pero lo que haga usted después con lo que él se lleva no lo veo ya tan claro.

—Pues, ¿qué he de hacer, señor Chu-Fo? Ingerirlas con deleite, absorberlas con fruición; porque es particular, pero las pulverizaciones, que al principio me parecían insípidas, son ahora para mí un sibarítico regodeo. No es nada extraño; lo mismo pasa con la cerveza, el *camembert* y el aguacate, que a nadie gustan de primera intención. Y felicito a usted efusivamente por las cutáneas cenas endosmósicas de la semana pasada: son un éxito químico-culinario; los poros se dilatan con deleite al absorberlas. Y es comodísimo: un emplasto en el vientre, y ya está usted cenado. Yo las prefiero a los pinchazos de las inyecciones.

—Gracias, gracias. Pero a todo esto, no me ha explicado usted eso del ajo.

—¡Canario con el tío!... Es una roca para la adulación, y he perdido el incienso—murmuró Aristides para su coeto. Y en seguida contestó en alta voz: —Yo creía que ya había usted entendido mi explicación.

—Ni una palabra de ella.

—Pues, pues... Que tengo una muela cariada..., y siendo el amoniaco muy bueno para las caries...

—No lo he oído en mi vida.

—¿Cómo?... ¡Una gloria de la Medicina como usted, ignorar un descubrimiento que ha llegado a este pobre medicucho!... Falsa modestia. No he de ofender a usted dándole detalles que conoce mejor que yo. El caso es que al salir de casa, y no teniendo amoniaco preparado, me rellené la muela de *ali-oli*, digo, de ajo machacado.

—¡Ha comido usted!... ¡Usted, el Jefe de Policía de un mundo donde no debe comerse!... ¡Y ha comido usted ajo!...

—No, no, señor, de ningún modo: está aquí, en el agujero de la muela: no es alimento, es medicina. No me lo saco para enseñárselo, porque sería una porquería, y porque si me entra aire en la muela voy a ver las estrellas; pero juro que no lo he tragado. ¡Dios me libre!... Ni lo masqué siquiera, pues la masticación, vuelvo a jurarlo, ya lo creo, la hice en el mortero. Además no es ajo nutritivo, sino esterilizado, *desnutrizado*, sin el menor valor alimenticio, en el que no quedan otras propiedades que las terapéuticas, antisépticas y anestésicas... ¡Uf!...—resopló al acabar la retahila, y continuó:— Pásese usted por casa cualquier día y le enseñaré la memoria del ajo terapéutico. Y aunque la compañía de usted es gratísima, como ando sumamente atareado en la pista de una sublevación naciente...

—¡Una sublevación!...

—Sí; de obreros y soldados en protesta contra la alimentación química. Se han confabulado para exigir chuletas y otras inmundicias; reclaman la jornada de las seis chuletas.

—Pero eso es repugnante e insensato, porque ¿de dónde vamos a sacar aquí chuletas?

—Pues eso es lo más grave; en primer término, se han fijado en la sabia javanesa, que tiene bastante que cortar, y luego en usted y sus ayudantes, que aun no siendo, según dicen esos brutos, tan jugosos ni grasientos como ella, siempre resultarán más comestibles que extractos e inyecciones. Pero no pase usted cuidado, señor Chu-Fo, que aquí estoy yo para frustrar esos infames planes. Aun cuando por ahora no convendrá salga usted mucho de casa si no quiere exponerse a cualquier impensado desmán... (Y para que no metas las narices donde no te importa—murmuraba Leblonde al separarse, reventando de risa, del señor Director de la Nutrición.)

Este quedaba un tanto preocupado, preguntándose si correría real peligro la integridad de sus personales chuletas; pues no obstante su inteligencia y su sabiduría, era, como todos los sabios, un poco inocentón. Pero, a despecho de su candidez, ya no tenía dudas de que Aristides no comía austera y decorosamente por nutrirse, sino que en busca de groseros deleites, devoraba de todo y cuanto le apetecía, y estaba además cierto de que él era el autor del condenado aceite frito, Dios sabe en qué nauseabundos guisos empleado.

No tenía dudas; pero tampoco pruebas. Y las necesitaba, y las tendría.

El otro se iba riendo del asustado azoramiento de los ojillos de Chu-Fo al enterarse de la canibalesca sublevación, que no era sino embuste de Aristides, flecha de parto al huir disparada por el fugitivo Superintendente: que, pasado el acceso de hilaridad, se confesó que lo del parto y la flecha era símil muy adecuado al caso; pues, aunque otra cosa pareciera, el fugitivo era él, y el triunfador Chu-Fo, que no se había tragado su terapéutica y disparatada explicación sobre el ajo antiséptico.

Lo ocurrido era grave, pues bien veía Leblonde que el reciente rifirrafe presagiaba una guerra de acechos y emboscadas en la que el japonés sería temible, pues sus chatas narices tenían, por lo visto, una potencia formidable.

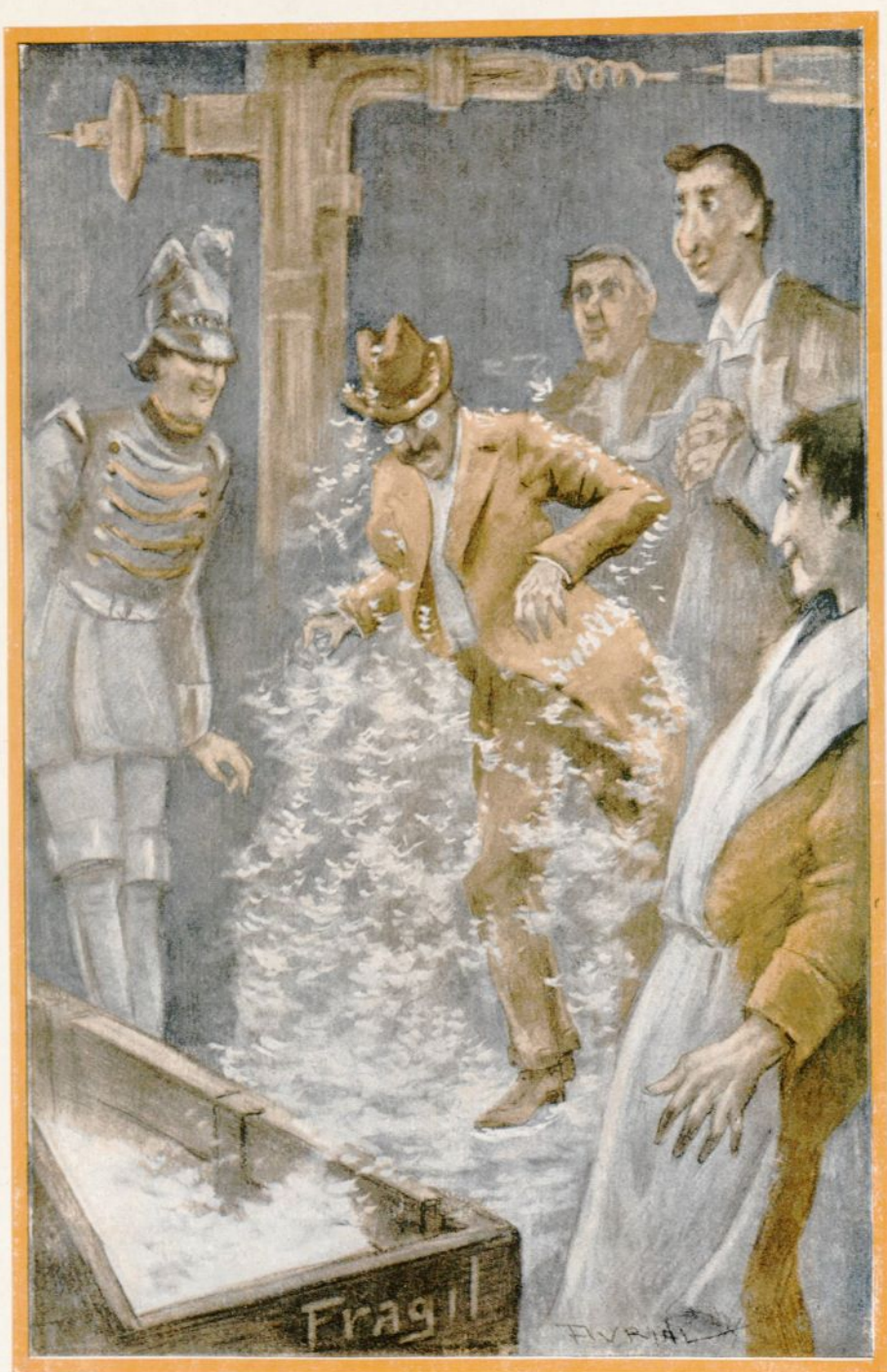
—Si yo pudiera sacar una chimenea de mi casa al exterior del novimundo, todos esos perfumes culinarios que tanto molestan, ¡qué mal gusto!, a ese feo, se irían al Eter. Y que fuera a buscar las olfatorias huellas del *ali-oli* en los inmensos espacios.

Pero ¿cómo se lo digo a la Capitana?...

Inventaré un laboratorio para extraer, por nuevos métodos, en grandes proporciones amoniaco de los ajos: una gran factoría amoniacal... ¡Ja, ja, ja!... Le diré que los humos son tóxicos... Y ella contestará que más tóxico será que por la chimenea se vaya con los humos al Eter nuestra modesta y limitada atmósfera... No hay que pensar en esto... Pero sí en substraerme a la vigilancia que Chufito va a ejercer sobre mí.

No es miedo, no: es dignidad profesional: cuestión de gubernativa competencia, pues aquí nadie puede vigilar sino yo; y aunque no fuera ilegal, un vigilado Jefe de Vigilancia sería el colmo del ridículo. No faltaba otra cosa. Pero ¿cómo lo evito?... Si yo pudiera taponarle a ese Argos del olfato las narices, o perturbárselas siquiera, mixtificando los olores. Pero, ¿cómo?...

Comenzó gorda, pero incesante guerra:



A un avestruz era, efectivamente, a lo que, de momento, más se parecía (pág. 87).

e
y
d
il
e
st
A
st
e a
ue
a—
and
6n.

Chu-Fo espiaba a Aristides y a su criado Juan, por sí o empleando a sus ayudantes químicos. Una docena de agentes de policía seguían los pasos de éstos y de Chu-Fo, por orden de Leblonde, que además tomaba precauciones en su casa y cocina. Porque ya es hora de rasgar el secreto: el provenzal tenía cocina y cocinero, Juan; tenía despensa surtida de cuanto Dios crió y perfeccionó el hombre para deleite de cultos paladares. ¡Y comía!... Comía—allí donde nadie comía sino él y Juan—lo mismo que había comido toda su vida. No, mucho mejor. Y bebía, no tanto, pero casi tanto como el mismo Juan, que era un tonel sin fondo.

Solamente contrariaba a su carácter expansivo el comer en secreto. "Soy—se decía—un comilón solitario", cosa que le amargaba a ratos el placer de la mesa, pero no al punto de hacerle apechugar con los manjares, si así pueden llamarse, de Chu-Fo.

Su casa, la de Aristides, estaba casi siempre vigilada por el enemigo, pero apenas él, desde ella, o los agentes, desde afuera, observaban que Fo o sus esbirros comenzaban, cual perro que olfatea, a alargar el pescuezo y a mover las narices, echaba mano de una especial artillería muy al caso.

Y una noche recibía Chu-Fo el siguiente parte de uno de sus ayudantes:

—He estado allá; y huele, estoy seguro, mas no sé si a morcilla, a ácido fénico o a esencia de violeta.

—No está usted en sus cabales: esos olores son inconfundibles.

—Eso, eso digo yo: y, sin embargo, que me aspen si es que puedo decir a cuál olía.

Otra tarde llegaba el segundo ayudante perplejo entre sardinas fritas, alcanfor y magnolias.

Hasta el mismo Chu-Fo se volvió loco, o mejor dicho, se le volvieron locas las narices una noche en que queriendo aclarar, por sí, las vaguedades de los informes de sus subordinados se fué, en persona, a hacer la ronda, a la hora que sospechaba debía cenar Leblonde; sin que, a despecho de esfuerzos de análisis olfativo, pudiera dilucidar si la impresión que le cosquilleaba en las fosas nasales la producía el pesado vaho de una cazuela de callos a la provenzal, penetrante naftalina o el agresivo patchuli, muy familiar a los novimundianos por el gran abuso que de él hacía Soledad.

Y en tal estado de perturbación tenía sus narices desdichadas el desdichado profesor, que no advertía siquiera que a los citados se mezclaban otros varios olores. Pero más grave fué que al regresar, ya, al parecer con el olfato serenado, al laboratorio nutritivo,

donde tenía su casa habitación, le dió al abrir la puerta tal tufarada a aceite, a *aquel odioso aceite frito*, causa primera de todas sus sospechas, que gritó indignadísimo:

—¿Quién es el puerco que se atreve a guisar inmundamente en el santuario de la alimentación científica?

—Nadie, maestro, nadie.

—¿Cómo habíamos nosotros de atrever-nos!...

—Pues apesta a guisote...

—Sí, ya lo olemos hace un rato; mas no podemos explicárnoslo.

Se hicieron pesquisas en todas partes, sin omitir rincón; y no hubo medio de averiguar más de lo sabido. Olía, sí, pero ¿por qué? Salieron a la calle, y nada: el foco estaba dentro.

A la mañana, cuando se despertaron, ya no olía a aceite frito, pero apestaba a manteca rancia.

A las once, no sólo Chu-Fo y sus ayudantes, sino todo el público convocado ante los pulverizadores del gaseoso *lunch* comentaron una fragancia penetrante a jamón con tomate que se mascaba, no el jamón, el olor, en el químico reflectorio.

Comentarios que alarmaban al sabio profesor, pues el pícaro vaporcillo que aflaba los dientes de los parroquianos podía dar lugar a que la gente lo creyera un farsante, que alimentaba a los demás con sutiles insípidas esencias, mientras él se atracaba de succulento y "repugnante" cerdo. El último adjetivo se inserta bajo la exclusiva responsabilidad de Chu-Fo, que es quien lo emplea.

No sin razón se preocupaba; pues Soledad—que algo debía saber del misterio inexplicable—le dijo en alta voz, cuando más lleno estaba el comedor de consumidores:

—Por lo visto, en el *lunch* de hoy nos prepara usted una grata sorpresa. Me alegro, y agradezco a usted esta benévola variante en el menú habitual. Ya tenía yo muchas ganas de comer jamón.

—No entiendo a usted, señor Alférez. ¿Por qué supone usted?...—dijo Chu-Fo, temblándole las carnes y disimulando la turbación a duras penas.

—Porque como aquí huele a jamón con tomate y es la hora del almuerzo, pienso que lo habrán frito ustedes para que lo comamos.

—De ningún modo. ¡No faltaba más!

—Pues entonces será usted quien se lo coma, pues para algo lo habrá frito.

—Aquí no se fríe nada.

Y se enzarzó una discusión, en la que tomando parte, no solamente la ciencia y la milicia representadas por el profesor y So-

ledad, sino gentes de todas clases, que a *fortiori* aguantaban el régimen de alimentación científica, pasaba ya a altercado desagradabilísimo para la dignidad del pobre sabio, que no tuvo otro medio de cortarlo sino hilvanar un embuste, diciendo que el olor procedía de unos ensayos de laboratorio, cuyo objeto era preparar con diversos cuerpos simples e insípidos un compuesto sávido que no era propiamente jamón, pero sí el extracto esencial de dicho comestible, destinado a administrarlo a sus parroquianos en emplastos cutáneos.

—Lo prefiero mascado—dijo uno.

—Y yo.

—Y yo.

—Pues, señores, me es imposible servírse-lo en tal forma: los reglamentos nutritivos lo prohíben. Y, además, no lo tengo.

Mas comprendiendo que aquella gente no otorgaba gran crédito a la negativa, y que le era preciso dar un golpe de efecto para no ser víctima de la odiosa calumnia, abrió la puerta de paso al interior del laboratorio y extendió hacia ella el brazo diciendo con acento y actitud de sinceridad heroica:

—Aquí no hay secretos. Entre quien quiera; entren todos al laboratorio, a mi casa, hasta lo más recóndito de mi hogar, y se convencerán ustedes de que aquí no hay ni raspa de jamón, aun cuando huela a él por todas partes...

Algunos desaprensivos iban a aprovechar aquel permiso, por si acaso, pero les cortó el paso Soledad, diciéndoles que no era decoroso dudar ya más de la palabra del dignísimo sabio. Acabando con estas palabras:

—Resignémonos a tomar el jamón en emplastos o inyecciones.

Y por entonces no pasó ya más; pero fué este incidente iniciación de otros muchísimos, cada uno de los cuales reverdecía el susto del galeno japonés, y cuya sucesión hacía incesantes sus suplicios; pues en su casa y en su laboratorio, siempre olía a algo: cuando no apestaba. Pero con una particularidad alarmantísima: en las horas intermedias de comida a comida eran olores químicos, a drogas, botica o perfumería: éter, amoníaco, lilas del Líbano, ácido sulfhídrico, aliento de hadas, polvos de gas, menta, rosa; pero tan pronto se acercaban las horas del

lunch, comida o cena, variaba el repertorio; y ora decían los concurrentes al *restaurant* "hoy huele aquí a salchicha", como "huele a *chou-croute*" o exclamaban: "El Director se regodea hoy con mariscos."

Porque el rumor de que el señor Chu-Fo y sus auxiliares se daban buena vida y tenían mesa bien provista de apetitosos manjares, mientras llenaban a los otros de insubstanciales alimentos, iba cundiendo. Y lo veía él; y ya el run-run le iba sonando a trueno de revolución, no movida por hambre, mas sí por gula de los novimundianos, contra él dirigida.

¡La revolución y hasta el atentado personal no parecían ahora guasas de Leblonde, sino amenazas serias!

Agréguese a esto que la incesante actividad a que implacablemente estaban sentenciadas, sin tregua ni respiro, las narices de Chu y sus preparadores (no saliendo de un olor nauseabundo sino para sumirse en otros irritantes), sobrepujaba a cuanto puedan soportar las más robustas facultades nasales. Imagínese una pobre nariz en el plácido goce de la fragancia suave del cinamomo, sorprendida de pronto por el hedor a huevos podridos de una preparación sulfhídrica; véasela aspirando con suave insuflación el aroma delicado del azahar cándido y virgíneo, y de repente, truéquese la deliciosa y blanda aspiración en resoplar frenético que rechazar no logra el asfixiante vaho de la creosota concentrada.

Pongamos las narices, es decir, póngan-las los lectores del siglo XXII en el lugar de las del japonés y de sus dependientes, y se comprenderá que el efecto de dichas bruscas transiciones, equiparable al que ocasiona en los oídos el estampido de un cañón junto a ellos disparado, llegaba a ser intolerable; y nadie extrañará que a aquellos desgraciados se les congestionaran las membranas nasales con hinchazones de terribles corizas; que tan pronto estuvieran sordos del olfato como armaran pendencia sobre el olor reinante, que uno decía ser a flores, otro porfiaba que transcendía a botica, mientras al otro nadie le apeaba de que hedía a bazofia culinaria.

Se les habían vuelto locas las narices; padecían una novísima enfermedad: *invalidéz nasal* o *demencia olfatoria*.

XIX

LA ARTILLERIA Y EL EQUIPAJE DE ARÍSTIDES LEBLONDE

No era envidiable la situación del pobre Director Alimenticio, perdido náufrago en un mar de pestilencias; pero su susto llegó al colmo cuando, en el comedor, y a la hora de la cena, le dijo Soledad una noche que deseaba hablarle a solas. Y más cuando, ya los dos en el despacho, la oyó expresarse en estos términos:

—Señor Director, si la otra mañana me di por satisfecha con su explicación del jamón con tomate, fué solamente para evitar conflictos de orden público; pero no creí palabra de lo del jamón artificial.

—Señora Alférez, juro a usted...

—¿Que fabrica gorrinos con carbono, ázoe e hidrógeno?

—No; no, señora: eso no, pero...

—Y el tomate, ¿también es artificial?...

—No tengo jamón, no tengo tomate. Lo juro por el Sagrado Ombligo de Buda.

—¿Y jurará usted también que en este mismo instante no están sacando, no puedo decir dónde, pero en esta casa es, una hornada de pasteles del horno?...

—¡Pasteles!... ¿Qué está usted diciendo?

—Que los aromas del hojaldre y la crema se mascan...

—Pero señora, si a lo que huele ahora, que no hay quien lo resista, es a asafétida...

—Señor Chu-Fo, no sabe usted lo que se huele.

—Sí, sí: en eso tiene usted razón: se me va la cabeza, se me desvanecen las narices.

—Bien, bien; pero vamos a lo que interesa. Me envía el señor Superintendente...

—¿El señor Leblonde?

—No; el señor Leblonde, no: la autoridad superior de policía, que está indignada de que usted, que debiera dar ejemplo, coma...

—¡Yo!...

—Calle y oiga...: Coma subrepticamente. Y lo que es peor, poco subrepticamente, pues ya lo sabe todo el mundo, y el Señor Superintendente se ve negro para contener la indignación de un pueblo a quien todos los días embriaga usted en su comedor con toda suerte de olores seductoramente aperitivos para no darle luego por toda alimentación sino soplidos y pinchazos.

—Pero, doña Soledad, yo no soy responsable...

—A otro perro con ese hueso... La pa-

ciencia popular tiene sus límites; el conflicto es inminente, y si estalla, la Policía no está segura de librar a usted del furor de las turbas, de otra parte justísimo. Vengo por tanto comisionada hoy para notificar a usted que si sigue oliendo aquí a cocina, se adoptarán severas providencias.

—Pero ¿qué he de hacer yo?...

—No comer.

—Pero si no como.

—No guisar.

—Pero si no guiso...

—No oler.

—Si ya no huelo nada, o mejor dicho todo me huele a todo a todas horas.

—No tengo más que hablar: está usted apercebido. Aténgase a las consecuencias.

Así, saliéndose a la calle, al pronunciar la última amenaza, puso fin Soledad a la conferencia.

Al irse al lecho, una voz desconocida llamó al teléfono al pobre Director, hablando de este modo:

—Soy un amigo enterado de tus cuitas y condolido de los riesgos que te amenazan, querido Chu: un amigo dispuesto a darte un buen remedio para tus desventras.

—¿Remedio?... ¿Cuál?... ¿Cuál?...

—Que ni tú, ni ninguno de tus ayudantes, volváis a pasar por el *boulevard F*, ni a pretender oler...

—No, no... ¡Por Dios!... No más oler...

—No te atormentarán olores en tu casa, ni olerá nada el público en tu comedor químico mientras no metas tus narices en ajenos domicilios.

—¿Pero qué tiene que ver eso con el *boulevard F*?

—Eso no te importa, Chufito. Pero en prueba de la seriedad de lo que se te promete, cesan desde ahora los perfumes, las pes-tes, y las fragancias en el comedor y en el laboratorio; pero en cuanto tú, o tus adláteres, volváis a las andadas, trascenderá tu *restaurant* a guisos.

—Pero...

—Ni necesitas saber más, ni yo puedo decírtelo: soy un duende o un genio que te salva dándote un buen consejo.

.....

Ni aquella noche ni en dos días olió en el comedor a nada. Comenzaban a ceder las corizas de los químicos de la nutrición. Pero al tercer día, queriendo ver Chu-Fo si obedecía aquello a casualidad, se dió, el muy imprudente, una vueltecita por el terreno prohibido. Y dos horas después apestaba su comedor a coles cocidas, de lo cual se enteró por oírlo a la gente, pues él habíase quedado incapacitado de juzgar de olores, porque, análogamente a ciertos anormales de la vista que padecen parcial ceguera para algunos colores, los pasados abusos olfatorios habían convertido al japonés en daltonico nasal: todo le olía a aceite frito.

Al poco rato le gritaba el teléfono:

—¿Lo has visto?... No hiciste caso de mis advertencias y vuelven los olores, y el motín te amenaza.

—Perdón, perdón. No volveré. Lo juro.

—Lo veremos.

¡Qué había de volver!

Así acabó la lucha encarnizada que comenzó en aquella discusión del *ali-olí* químico.

—Pero, ¡cómo, Ifigenia!...—pregunta el autor—. ¿Era Leblonde quien...?

—No eres muy lince si necesitas que te lo diga yo...

—Pero entonces...

—Escucha:

La artillería que entraba en juego contra Chu-Fo y sus ayudantes tan pronto se acercaban a casa de Leblonde, no disparaba grandes, sino diminutos proyectiles, casi impalpables, pero no imperceptibles, porque bien percibían sus efectos las víctimas de ellos. Era, en suma, artillería gaseosa, por el estilo de las artillerías asfixiante, lacrimógena, etc., inventada tres siglos antes en la guerra mundial de 1914 a 1919, pero atenuada.

Nada de destructoras bombas ni granadas mortíferas; nada de resonantes choques, no: era una artillería misteriosa, que en lugar de cañones empleaba cerbatanas o jeringuillas, reemplazando los ordinarios proyectiles por vesículas rellenas de toda suerte de fragancias y hedores: capsulillas frágiles cual pompas de jabón, cuyas paredes se rompían, sin ruido ni perceptible choque, al tropezar contra cualquier obstáculo, difundiendo en el aire perfumadas o pestíferas cargas.

Los balines eran pequeñitos, pero como las esencias estaban concentradísimas, y además eran las cerbatanas de repetición, tres o cuatro segundos bastaban para producir grandísimos efectos.

Con tales armas, que podían esconderse en el puño cerrado o en los bolsillos, había per-

trechado Leblonde a los doce agentes que espiaban al Director Alimenticio y a sus auxiliares; y en cuanto un vigilante atisbaba al enemigo, echaba a andar delante de él para aromatizarle el camino que seguía, en tanto otros esbirros lo asaltaban traidoramente por espalda o flancos con andanadas vesiculares, que al deshacerse, sin ruido ni golpe, contra sus ropas las impregnaban del olor disparado. Otros hacían reventar a sus pies las consabidas invisibles cápsulas, al cruzarse con el adversario.

Para un Inspector de Sanidad nada más fácil que hallar en su almacén drogas y jeringuillas, sin contar las jeringazas que, por agujerillos practicados en las ventanas de la casa del *boulevard F*, soplaban, sin necesidad de cápsulas, los maldecidos gases sobre los pobres japoneses, cuando se ponían a tiro, al acercarse a olisquear en casa de Leblonde.

Derrochados con promiscua abundancia simultáneos y variados olores, no es extraño que jamás acertara el enemigo a lo que olía la casa.

Esta era la campaña defensiva. En cuanto a la ofensiva invasión del territorio y del hogar del adversario, a la cual fué debida la victoria, se verificó, no con artillería, sino apelando a los terribles y desmoralizadores estragos de la guerra de minas.

He aquí cómo. Los grandes almacenes de las muchísimas cosas de indispensable uso para los doscientos habitantes, fábricas y talleres del Autoplanetoide, muy bien provistos para largos viajes, estaban doscientos metros por debajo del piso de Noviópolis—ciudad por su importancia, aldea por su extensión—; mas con objeto de economizar constantes bajadas a dichos almacenes para sacar lo que menester fuera en la ciudad, existían arriba varios pequeños depósitos o repuestos, abastecidos para las necesidades de dos o tres semanas:

Arriba, con respecto a los grandes almacenes, pero debajo de la población, por hallarse instalados en el subsuelo de ella, con puertas a las avenidas subterráneas, que no se llaman alcantarillas por no tener la sucia aplicación de éstas, innecesaria con los procedimientos químico-nutritivos de Chu-Fo, sino tan solo la consiguiente al tráfico y transporte de cargas, que en tan pulcra población no entorpecían el tránsito de sus moradores.

Como en todas las ciudades, la policía vigilaba especialmente las vías del subsuelo, donde era amo y señor el Superintendente, que, prevalido de esto, abusó de su autoridad, empleándola en egoístas reprochables fines: además de gastarse en traidora batalla

el fenol, la creosota y la valeriana del botiquín que para más humanitarias aplicaciones le había confiado María Pepa.

Con ser lo anteriormente mucho, no fué todo, pues aun ha de agregársele la seducción de Soledad por Leblonde perpetrada. Pero expliquémonos para evitar tergiversaciones: la seducción de que se trata no fué de la doncella de la Capitana, sino del *Alférez de su Escolta*, haciéndole que también abusara de su cargo entregando al Superintendente la llave del almacén del vestuario de las escolteras—situado precisamente debajo del laboratorio de la nutrición—y permitiéndole que con finísimo berbiqú pusiera el techo como una espumadera.

Siendo aquel techo piso del comedor y de la casa de Chu-Fo, ya está explicado todo: por allí les llegaban a los pobres cocineros químicos aquellos olorosos huracanes que Juan, Aristides y hasta la misma sevillana, desencadenaban debajo de sus pies. Más aún, la propia Alférez, cuya complicidad en los sahumeros se vislumbraba ya en el relato externo de la lucha de que se ha dado cuenta, llegó a oficiar de granadero en ella, disparando personalmente una bomba de mano a los pies de Chu-Fo, cuando ambos discutían si olía a pasteles o hedía a asafétida. Y tenía razón él, aun cuando no pudiera el pobre sospechar que la traidora despachurraba entonces contra el suelo, con su menudo piecedito, una capsulilla del mal oliente líquido que acababa de dejar caer disimuladamente.

Y también queda claro porqué en una revista que María Pepa pasó a sus escolteras, emperejiladas con el equipo de gala, recién traído del almacén del vestuario, se sorprendió la Capitana de que olieran tan mal aquellas chicas, haciendo sobre el caso comentarios que encendieron los colores de Soledad, aun no siendo ésta demasiado propensa a los rubores.

Ni a contrición; pues igualmente dura de conciencia que su amigo Leblonde, en lugar de sentir remordimientos por la artera campaña contra el japonés, una y otro la tomaron a risa y a chacota; y hasta la festejaron con ¡un banquete!; precio inmoral con que pagó el Superintendente la complacencia del Jefe de la Escolta: seducción por soborno.

Un banquete sigiloso, claro es, con el que se regodearon, encerrándose a piedra y lodo para ello en casa del anfitrión: una opípara baltasaresca cena, en la que nada se rehusaron, pues la dispensa de Leblonde era inagotable y escogida.

¿Se acuerda el lector del enorme equipaje

que Aristides subió de Mendoza al orbimotor, según se dijo en la primera parte de esta historia: aquellas docenas y docenas de cajas, latas, toneles y vagones, que asustaron a María Pepa, y que el muy embustero afirmó contenían desinfectantes, ozonizantes, esterilizantes, etc., etc.?... Pues todo aquello no eran sino provisiones de boca, en cantidades pantagruélicas; vituallas esmeradamente conservadas, principalmente en cámaras frigoríficas, procedimiento habitual y perfeccionado en el siglo XXII de conservar meses y meses, años y años, toda clase de vegetales y animales en perfecto estado de frescura.

En aquello, con lo que Lúculo y sus comensales habrían tenido para incontables festines, se había gastado Leblonde, además del dinero de su particular peculio que al tiempo de embarcar le quedaba, las seis mensualidades de su sueldo de Inspector de Sanidad que adelantadas había pedido a María Pepa pocos días antes de la partida. Una barbaridad de dinero, que subía a qué sé yo cuántos condores; pues si en el Autoplanoide eran grandísimas las remuneraciones de los simples obreros, ya puede suponerse lo que serían los honorarios de un señor Inspector de Sanidad.

Encerrados en casa de Aristides, cenaban éste y Soledad, brindando por la mejoría de las narices de Chu-Fo.

¡Una cena a solas!...

No hay de qué alarmarse: Soledad era un Alférez. Aun cuando no, las mangas que usaba todo el mundo en el siglo XXII habían ido, desde el XX, ensanchando tanto, tanto, que nadie criticaba a mujeres ni a hombres tales encerramientos: ni aun siendo dos, no más, los encerrados de diferentes sexos, y sospechosos sus propósitos. Aun sin esto no hay que alarmarse, digo, porque la sevillana y el francés eran bonísimos amigos, pero jamás pensaron en ser más. Y, por último, Soledad y Leblonde no eran dos, sino tres: absurdo que dejará de parecerlo en cuanto sepan los murmuradores que a la cena asistía Santiago; pues estando de buenas aquel día los casi siempre peleados novios, y sabiendo ella que, por tener el galleguito ideas muy rancias, no habría medio de persuadirle de que el Alférez y no su novia era quien a solas cenaba con Aristides, exigió ella, para aceptar la invitación, que hubiera también plato para el pobre Santiago, que ya llevaba mes y medio de nutrición sin comestibles.

—¡Pobrecillo!... Créame usted, señor Leblonde, pensando en que Santiago no los disfrutaba, me sabrían a inyecciones de Chu-Fo los manjares que usted me ha prometido...

—Yo creía que andabais peleados.

—Eso era ayer, y mañana de fijo; pero hoy estamos a partir un piñón.

—Mira, chica, que secreto entre muchos...

—Yo respondo de él.

—Y cuando os peleéis, ¿también responderás?...

—Mucho más: entonces le tengo más seguro que nunca.

En suma, que Santiago fué invitado, mas no consintió Aristides que probara bocado hasta después de formal juramento "por la salud de la Capitana" de no decir palabra a nadie.

—Y peor si no callas, porque entonces no vuelves a comer.

.....
.....
.....
¡Vaya un hartazgo!... La larga privación de masticables comestibles hacía que los dos novios devoraran: el hábito de comidas cotidianas, cada una más copiosa que la precedente, había ensanchado el estómago de Aristides de un modo inverosímil; y así causas opuestas producían idénticos efectos en anfitrión y comensales.

Comían y bebían, y ya no faltaba sino el último plato de la cena, jamón de York flambrado con gelatina helada de grosella, cuando entró Juan gritando:

—Señor, señor. En el arcón de los jamones pasan cosas muy extraordinarias. Venga, venga corriendo. Aquello no es jamón, sino un animal vivo.

—Será tal vez un cerdo entero.

—No, no, señor, es mucho más delgado.

Ha de advertirse que aquel enorme arcón había dado muchísimo que hacer, por su gran peso, para subirlo del sótano a la cocina, donde entonces se hallaba al calorillo del fogón, y que después de allí instalado, y comenzado a abrir, aquella tarde, había seguido dando no poco trabajo; pues dentro de la caja de madera había otra de aluminio, para la que no siendo suficientes los ordinarios abrelatas, hubo que cortar con cizallas de hojalatero, encontrando debajo una capa de algodón y una segunda lata, que destapa-

da dejó ver nueva capa de algodón mezclado con serrín de corcho.

A esto se había llegado cuando entraron Santiago y Soledad, a quienes Leblonde dijo:

—Es jamón de York, es decir, muchos jamones que, cada uno en su caja, están ahí dentro. Deben de ser exquisitos, y estar divinamente conservados, según las precauciones que han tomado para conservarlos. Así me cuestan... Bueno, Juan, sírvenos ahora, y saca luego un jamón, dejando bien tapados los demás.

Una hora después, cercano ya el momento de servir el jamón, metió la mano el cocinero entre el serrín, y en vez de hallar diversas cajas tropezó con un solo bulto, largo, blando y estrecho, que llegaba de extremo a extremo del cajón, lata, estuche o lo que fuere. Un bulto, y he aquí lo extraordinario, que se removía, aun cuando levemente. Entonces fué cuando corrió a dar a su amo la noticia.

—¿Qué disparates dices?—le preguntó Leblonde—. Se conoce que hoy la has tomado más temprano. Y ya te tengo dicho que no aguanto borracheras hasta después que acabes de servir las comidas.

—No, señor; no, señor: que no es eso. Es un animal grande; así como un salmón muy largo, pero flaco, flaco... ¡Está vivo!... ¡Está vivo!...

—Puede que tenga razón. Tal vez lo hayan conservado congelado—insinuó Soledad, que queriendo alardear de erudita, agregó: Dicen que los romanos en sus mesas...

—¿No, hija, no: no los llevaban congelados, sino que coleando en unas tinas los enseñaba el anfitrión a sus invitados al comenzar la comida, y durante ella...

—¿Pero los servían crudos?—preguntó asombradísimo Santiago.

No le contestó nadie, pues Juan, insistiendo en su tema, repetía:

—¡Está vivo, señor, y va a escaparse!...

—Ca: como sea salmón, ni se me escapa ni va a estar vivo mucho tiempo—. Y levantándose echó a correr el Superintendente, decidido a poner pronto en claro aquello. Los otros le siguieron.

XX

UN NUEVO Y FIAMBRE PERSONAJE

Con el tiempo perdido en conjeturas de qué podría ser lo que se moviera en la lata de los jamones, lo había tenido su incógnito ocupante de echarse fuera de ella. Tratábase de un caso de resurrección determinada por el calor de la cocina.

No era un salmón; eso lo vieron todos en seguida, pues si es que los salmones pueden mantenerse verticales, será en el agua, pero no fuera de ella. Y *aquello* estaba en seco y vertical.

¿Un avestruz?... Porque tenía pies, zancas y alas, que ora dejaban caer menudas plumas en sus aleteos, ora se replegaban sobre el cuerpo para arrancar de él copos blanquísimos de esponjoso plumón.

A un avestruz era, efectivamente, a lo que, de momento, más se parecía; pero a medida que avanzaba en la faena de arrancarse plumas, fué variando de aspecto, hasta que todos vieron claro que era ¡un caballero!

Un señor delgado, como Aristides, casi flaco, aun cuando un poco menos largo: un caballero de chaquet, prenda estrambótica en 2187, y con sombrero Frégoli, lleno por todas partes de vedijas de algodón mezcladas con serrín: que algodón era lo que al principio tomaron por plumón los asombrados amigos.

Tenían delante un ejemplar humano de pasadas edades, exactamente igual, salvo los adherentes del empaquetado, a los *monos* de las ilustraciones y de los figurines de las sastrerías del siglo xx. Hasta llevaba gafas, no usadas ya por nadie en el xxii, porque la miopía y la presbicia se curaban encastrando las lentes en los propios ojos de miopes y de présbitas: haciendo cristalinós, artificiales, soldados a la córnea.

Al convencerse de que aquello era humana criatura, gritó Juan:

—Es un señor, es un señor. Se va a enterar de todo, y contará por todas partes que comemos—exclamación que, unida al ademán de coger un cuchillo de cocina, traslucía malevolencia tan hostil, que Soledad, temiendo algún grave desmán de aquel canibal contra el pobre algodonado, dijo:

—¡No, hombre, no!... Ezte señó no dirá nada.

—¡Parbleu!... *Un monsieur du vingtième siècle*—exclamó Leblonde.

—¡Dios me valja!... E un home—gritó Santiago haciéndose cruces.

Aun cuando un tanto mareado, iba el recién nacido—pues aquello era un nacimiento en el novimundo—recuperando sus facultades después de un sueño de doscientos sesenta y siete años. No obstante, siendo sumamente culto, muy versado en idiomas y dialectos, como persona apasionada por los viajes, en los que había recorrido innumerables países, reconoció en seguida el idioma de Aristides y los acentos andaluz y gallego de los novios. Y sacando por el hilo el ovillo, replicó quitándose el frégoli:

—Creo tener el gusto de saludar a doña Soledad, al señor Leblonde y a Santiago el maquinista.

—¡Calla!...

—¡Nos conoce!

—Sí, señor; somos quienes supone, pero, ¿cómo sabe?...

—Y sospecho que el Autoplanetoide estará a punto de partir.

—En eso ya está usted equivocado, porque hace tiempo que partió.

—¡Cómo!... ¿Entonces llego tarde?... ¿He perdido esa preciosa expedición?

—¿De dónde zale uté—dijo Soledad—que no zabe que el Autoplanetoide lleva, do mezes largos de volar por ezos mundos, digo, fuera de aquellos mundos?

—Pero entonces, ¿ustedes no están ya a las órdenes de la Señorita de Bureba, de la insigne Capitana?...

—¡Anda!... También conoce a la señorita...

—Conocerla, no; no tengo ese honor, señor Santiago; pero con la aspiración de presentarme a ella llevo doscientos sesenta y siete años.

—¡Zambomba!...

—No hagas cazo, Santiago, ez un guazón.

—... Porque si el Autoplanetoide zarpó ha poco, y no me engaña mi memoria, todavía un poco embarullada, deben ustedes andar ahora por el año 2186.

—No, no le engaña, caballero. Por ahí andamos, efectivamente.

—Muchas gracias, señor Leblonde; su afirmación me tranquiliza, y el haber conocido a ustedes en seguida por sus idiomas y acentos natales, me indica que no deliro, que estoy en mis cabales.

—Pero ¿de qué y desde cuándo nos conoce?...

—A usted y al señor Santiago desde que con Pedro...

—¡Arrea!... También conoce a Pedro. Este tío conoce a todo el mundo.

—... y el equipaje personal y científico de doña María Pepa y sus dignos abuelos, tomaron ustedes en Dakar el submarino para Buenos Aires; al señor Leblonde desde que en Mendoza se presentó a la ilustre inventora, como descendiente y heredero de mademoiselle Leblonde, premiada por sus inventos de óptica astronómica.

—No hablemos de la pifia de mi antecesor: es un secreto entre la Capitana y yo.

—Y yo, según ve usted. Mas no pase cuidado: se me ha olvidado ya...

—Pero usted ¿quién es? ¿De dónde sale? ¿Por dónde ha venido?...

—Supongo que por el Atlántico y el ferrocarril transandino; porque vengo de... ¿De dónde vengo yo?... Esta memoria... Vengo, vengo... Sí: de Madrid, eso es.

—¿Y cómo ha entrado usted aquí?

—Me figuro que en esa caja... Pero si fueran ustedes tan amables que me ayudaran a quitarme estas pelusas de algodón... Mientras me vea así, no coordinaré ideas, ni recordaré nada. No puedo con la suciedad, y estoy impresentable.

Los cuatro se pusieron a desenvedijar al extraño personaje, cosa no fácil, pues los filamentos del algodón en rama se agarraban, cual lapas a la roca, al chaquet de lanilla, que excitaba la curiosidad de Santiago al extremo de que, dando un tirón de los faldones, preguntó al forastero:

—¿Y esto para qué sirve?

—Pues no lo sé... Digo, sí, para nada... Es un adorno.

—¡Un adorno aquí atrás!... Pues vaya un sitio raro para adornos.

Al fin, entre los afilados dedos de Soledad, las pinzas de un estuche de cirugía, que por primera vez en su vida profesional usaba el doctor Leblonde; un rallador de la cocina, que Juan pasaba suavemente por el traje del forastero, sacándolo lleno de pelusas, y las manos que después de escupírselas paseaba Santiago por muslos y perneras del pantalón, fué quedando algo más presentable aquél, que sucesivamente habían tomado por jamones, salmón y avestruz, cuando en realidad era un novellista reputado, que floreció en España en los siglos XIX y XX, y en más amplio escenario reflorecía el XXII.

—¡Ea!—dijo Leblonde—. Ya está casi limpio. ¿Cómo ha entrado usted aquí?...

—Ya creo haberlo dicho: en esa caja.

—Pero esa era, o por lo menos debía ser, una lata de jamones de York. Y bien caros por cierto.

—Comprendo el desengaño, pues de jamón no tengo nada, y hasta de bacalao sólo las raspas. Pero me ofrezco a indemnizar a usted. Es justísimo.

—No se hable de eso. El gusto de conocer a una persona tan distinguida como usted me indemniza ampliamente.

Tras un poquito de fina cortesía, dijo el desconocido que no podía explicarse el trueque; pues él estaba segurísimo de que antes de meterse, es decir, de ser metido en el estuche, lo había examinado y hasta había escrito y pegado en la tapa un gran tarjetón, imposible de confundir con la etiqueta de una lata de jamones, donde se consignaban su nombre y apellidos: Don..., Don...

—¡Ea!... Que no me acuerdo de mi nombre, mas sí de haberlo escrito... ¡Qué memoria, Dios mío!... Porque aseguro a ustedes que yo me acuerdo perfectamente de quién soy, o quién era. Es más, les garantizo que siempre fuí persona decente; más aún, respetable. Ya se convencerán ustedes cuando me acuerde de mi nombre.

Efectivamente, haciendo aquí un paréntesis, anticipa el autor que, andando el tiempo, todos quedaron convencidos de la decencia del recién llegado, pero no por influjo de su ilustre nombre, del que jamás volvió a acordarse.

El tarjetón decía, según él: "Don... Lo Que Sea, congelihipnotizado. Guárdese hasta 2186 en la más fresca de las cuevas de la Academia de Medicina que lo congelihipnotiza. Dicha Academia cumplirá la que, por ahora, es última voluntad del infrascrito don..., y en virtud de ella lo facturará para Mendoza, la Argentina, remitiendo el talón a doña María Josefa Bureba, y con él la receta para descongelihipnotizarlo."

—De modo que entró ahí porque le dió la gana.

—Sí, señor Santiago. Por visitar ignotos mundos arriesgo yo hasta un viaje al otro mundo.

—Pues no sería pequeña la etiqueta donde escribió usted todo eso.

—Por el estilo de ésta en donde leo en grandes caracteres: "Número 107.—Jamones de York." Pero como tengo la letra menudita... Una cuartilla mía llenaba página y media impresa cuando yo era literato y alto funcionario en... en el ministerio de... ¡Dios mío!... ¿En qué ministerio era yo alto funcionario por los años de 1917 a 1918?

—¡Ave María Purísima!—exclamó Soledad—. No pué zé...

—Ya ve, nací en 1860.

—Entonces tiene usted trescientos veintiocho años.

—Por ahí, ahí...

—Pué estaté divinamente conservao.

—Mij gracias. Aunque un poquillo flaco, no me quejo del peso de los años. Efectos de la congel...

—¿Pero quería usted explicarnos?...

—Con mil amores.

—Sí, mas no en la cocina. Vamos al comedor. Seguiremos cenando. A este caballero le servirás desde el primer plato.

—Mil gracias. Tengo el estómago ocupado. Acabo de almorzar.

—¿Hace doscientos no sé cuántos años?...

—Verdad es, lo olvidaba... Pero como me congelaron poco después de acabar de almorzar, y dicha operación paraliza todas las funciones, estoy como si acabara de levantarme de la mesa: no podría probar bocado. Además, yo como poquísimo: sólo por precisión, mas no por gusto.

—Lo contrario que yo.

En esto habían llegado al comedor. Mientras los otros tomaban los postres y el café, relató el huésped cómo en el año 1919 fué congelado por los Académicos de Medicina mediante instantánea inmersión en un baño de aire líquido—cosa de doscientos y pico de grados bajo cero—, que helando la sangre en las venas, y los jugos en músculos y vísceras, paralizó las funciones vitales y el desgaste que produce la vida, suspendiendo ésta, mas conservándola, cual se conservan todas las cosas con el frío, en el estado mismo de su congelación. Por eso despertaba a los doscientos sesenta y siete años con la misma edad que tenía al congelarse, y el estómago ocupado aún por el almuerzo.

Para evitar brusca solidificación de la sangre de venas y de arterias que produjera, por demasiado violenta, definitiva paralización del corazón—y este era el riesgo único del procedimiento frigorífico—habíanle previamente sumido en sueño hipnótico, que poco a poco le produjo profunda catalepsia, en la cual es sabido que vive el corazón, pero no late. Conseguido esto, era ya cosa facilísima el helarlo.

—Este hombre es mu zimpático—pensaba Soledad—, y los embuzes que no cuentan entretenidísimos.

—Es muy culto: se expresa arcaicamente, sí, pero con elegancia—decíase Leblonde.

Pero Santiago le interpeló directamente:

—Bueno, señor, pero ¿para qué quería usted que le disecaran?

—Para vivir hasta que doña María Pepa realizara su viaje; para pedirle me admitie-

ra en concepto de cronista gratuito. Porque yo me perezco por los viajes.

—¿Pero cómo sabía usted en el año 1918 que en el 2186 íbamos a...?

—Por el Coronel Ignotus.

—¿Qué Coroné?

—El autor de la primera parte del viaje, que ya tenía casi terminada cuando hice que me congelaran en la Academia, tan pronto conseguí que me diera la carta...

—¿Qué carta?

—La de recomendación para la señora Capitana.

—Este es un infundioso—dijo Santiago por lo bajo a Soledad—, un *fresco* que se ha puesto esos rabos por detrás para que creamos que es un señor antiguo.

—No es eso, no: es que es probético está—y se llevó con disimulo el dedo índice a la frente.

Pero no con tanto que el aludido no lo viera y contestase con la calma que jamás perdía:

—No, no señora, no estoy demente. Y en prueba de ello, aquí ha de estar la carta... Léala, léala—dijo alargando un papel a Soledad, que leyó en alta voz:

“Madrid, 6 de abril de 1918.

Señora doña María Josefa Bureba: Distinguidísima señora y bella dama, de gloria inmarcesible, que no sólo perdura por los siglos, sino que los remonta cuesta arriba; y predura y presurge, deslumbrándonos a quienes previvimos a usted, y preadmiramos, antes de que usted nazca, los altos hechos que ha de realizar.

Si el ser autor de un libro donde prenarro puntualmente cuanto usted hará en el mundo y fuera de él, antes de que lo haga; si la devota admiración de este indigno escritor, de quien usted es numen, es en algo tenida por la heroína de mi historia, permítame impetrar de su benevolencia mire con buenos ojos, que para ello basta sean los suyos, la pretensión de un turista infatigable que de viajar jamás se sacia; y tanto, que cuando no puede realizar verdaderos viajes toma los más largos caminos, los más inverosímiles, para ir a su diarios quehaceres.

Ferviente admirador de usted, anhela acompañarla en la *tourne* interplanetaria; y tanto que para ello renuncia a su mundo y su siglo, a amigos, posición, afecciones, con tal de conocer el genial novimundo que a usted deberá vida.

De que mi fraternal amigo, gran caballero, notable literato, ha de agradar a usted, estoy seguro, como lo estoy de que en él hallará la insigne Capitana cronista escrupuloso y entusiasta de su magna odisea. Y hasta,

si a usted le place, se la escribiré en verso.

No tome a mal mi libertad. Atrévome a escribir esta carta, porque aunque usted no me conoce—a menos que haya leído, y no lo espero, algún ejemplar de *DE LOS ANDES AL CIELO*—, yo que conozco a usted, en cambio, cual si fuera su padre, estoy certísimo que acogerá a mi amigo con afabilidad graciosa.

Y quedo su devotísimo prebiógrafo,

El Coronel Ignotus."

—¡Bueno! Y no dice mi nombre. Si ese tenía que hacer alguna de las suyas... ¡Valiente modo de hacer presentaciones, y de recomendarme!... Ahora que estoy tan apurado para averiguar cómo me llamo, se lo calla, y me deja al cuidado de que lo diga yo... Como si fuera tan sencillo recordar cosas de dos siglos y medio... ¡Ah!... Allí tiene que estar: debajo de los jamones, quiero decir, del rótulo. Vengan, vengan ustedes.

El presunto cronista había comprendido que mientras él estaba esperando en la estación de Mendoza a que María Pepa enviara con el talón a recogerlo, el mozo de equipajes que puso las etiquetas en el cajón de Leblonde se había equivocado de bulto, pegándole a él encima, la de los jamones, y privándole del único documento de que ya disponía para poner en claro su extraviada identidad.

—Vengan, vengan, señores; les suplico que me ayuden a despegarla con cuidado. De cierto está debajo la otra.

Efectivamente, allí estaba; y humedeciéndola se consiguió ir la despegando, y hasta leer casi toda la historia del fisiofísico proceso de la conservación y envío a Mendoza. Pero una torpeza de Juan, que en lugar de meter, por su lado, suavemente, un cuchillo bajo la etiqueta, rascaba fuertemente el papel de ella cual si rallara queso para unos macarrones a la parmesana, hízola añicos en la parte precisa donde constaban los extraviados nombre y apellidos.

¡Y no tenía más que aquellos el recién llegado!...

—¿Cómo justifico yo ahora que soy...? ¿Quién soy?... ¡Dios mío!...

—Gracias a que apenado el femenino, aunque castrense, corazón de Soledad del justísimo apuro del forastero, sugirió a la sevillana el siguiente consuelo:

—No pazuté cuidao, que aquí noz tiene a todos para justificar que ez usted..., que ez..., que ez... er c'a zallo de la caja.

—Hombre, con eso no adelanto mucho.

—No lo crea uté, porque ziendo er c'a zallo, tiene que zer er mimo que metieron en

Madrid, er zorbetizao, er que uté ha dicho.

—Sí, sí. Es usted muy lista: eso ya es algo, tengo que ser el mismo: soy indudablemente el que en Madrid metieron.

—Pue claro, criatura, a'zté no l'an cambiao ma que la etiqueta. Ezo no vale na. Además, ¿no tié uté ahí la carta pa la señorita?

—Sí, sí, es verdad... A falta de la cédula y de la memoria, eso prueba algo.

—Lo prueba to, y lo otro pa na va'zté a necezarlo aquí.

—Sí, sí; necesitarlo, sí.

—Bueno, pué ya vendrá. Er mejó día z'acuerdasté de pronto y noz da er notisión.

—Sí, sí; seguramente. Cuando menos lo piense me acordaré... Yo espero, señor Leblonde, y me dirijo a usted por estar en su casa y haber entrado en ella de un modo inconveniente y subrepticio, que usted compartirá la manera de pensar de esta señorita...

—¡Ea, amigo mío!, con llamarle a usted así, digo bastante: tan suya es esta casa como mía; y si yo, siendo el Jefe de Vigilancia, no desconfío de usted, ¿quién va a desconfiar?

—Gracias, gracias. Son ustedes, todos, muy amables. Y mi satisfacción sería completa si no me la amargara la pena de haber llegado tarde a ese viaje interesantísimo; porque no pudiendo conocer ni acompañar a la insigne María Pepa, hemos perdido el tiempo la Academia y yo con mi congel-hipnotización. ¡Yo que pensaba despertar en el novimundo!... ¡Estar acariciando una ilusión doscientos sesenta y siete años, pues aun dormido estoy seguro que la acariciaba, y resultar que en otros tantos viajes que por lo menos tengo en mi hoja de servicios de turismo es esta la primera vez que llego tarde a la salida!... ¡Haber soñado que despertaría convertido en habitante de un mundo extraordinario, y seguir siendo un vulgar ciudadano de éste!... No me resigno, no.

—Pues éste no es tan malo—dijo sonriendo Leblonde.

—No, yo no lo denigro; yo no hablo nunca mal de nadie, pero preferiría aquí.

—Yo no acabo de entender—dijo Santiago—. ¿De qué mundo habla usted?... ¿No está usted en éste?

—Pues por eso me quejo, yo quería estar en el que se ha ido.

—Dirá usted *se ha quedado*.

—No, hombre, si yo quería irme en aquel.

—¡Ea!, z'acabó: basta de guaza. No, ven ustés que er pobretico lo ziente mucho... No z'apure, que ezte no ez ezte, zino aquí: no, no, ar revé.

—¿Cuál?

—Er güeno, er mejorizimo, er c'a inventao mi ama, er novimundo, er archimundo.

—¡Ah!... ¡Oh!... Entonces he llegado. Iré en el viaje.

—¡Qué ha de ir, va ya!... Vengazté, hombre, y mire, y quédeze otra vez zorbetizao.

Al decir esto, abrió las ventanas. Y al ver entrar la luz, exclamó asombrado el forastero:

Pero si son las veintidós. ¿Cómo no ha anochecido?

—Ezo era allá: acá no anochesemos. Ha zuprimío ezo mi ama.

—¡Qué atrocidad de Luna!... ¿Cómo ha podido crecer así?

—Hombre de Dió, si eza ez la Tierra, y la Luna aquella chiquetica que va a zu vera.

—¡Entonces!... ¿Es que...?

—Y er Zó y laz Eztrella: también cozas de mi ama. Y allá, mirelaté, aquella ez Venus, ande vamos.

—Entonces, entonces estoy en el Auto-planetoide, en el cielo, en el cielo: no he perdido mi sueño, no he perdido mi congel...

—No lo diga otra ve hazta que no m'enzeñe a pronunsiarlo de corrió. Si no lo dise le regalo a'sté un nombre, mientras encuentra el que ze l'a perfío.

—Un nombre. Sí: ahora conozco, como nunca, que un nombre es cosa útil, necesaria.

—Pue ahí va, don Zimpático Tranquilo. Y ahora, zin perder ya más tiempo, a llevar eza carta y a prezenarle a'sté a mi ama.

* * *

La presentación fué grata a María Pepa, que hasta encontró adecuado el nombre de adopción con el que Soledad había obsequiado al forastero, ordenando a Leblonde lo asentara en el padrón de vecinos de Noviópolis.

Cuando leyó la carta tuvo la discreta cortesía de ocultar que ignoraba quién fuera, o mejor dicho, hubiera sido el Coronel Ignotus, llegando a dedicar a su memoria alguna amable frase. Por último, y esto es lo más interesante, firmo una credencial de

cronista de cámara, a favor de don Simpático Tranquilo.

Así entró en sus funciones importantes este personaje que, aun siendo quien primero había pedido billete para el viaje, entra de un modo inesperado en esta historia.

Días antes había recibido María Pepa un anónimo, con malévolas insinuaciones respecto al desmesurado y sospechoso equipaje de Leblonde, al cual se lo enseñó entonces, amenazándole, en broma, con una revista de inspección.

Acordándose de aquello, díjola él cuando se retiraba en compañía de don Simpático, a quien había decidido hacer su huésped:

—Ya ve la señora Capitana cómo se justifica el gran volumen de las cajas de mi equipaje.

—De la caja querrá decir usted, porque este caballero no ocupaba más que una.

—¿Y usted qué sabe cuántos caballeros irán saliendo todavía de las otras?

Ocurrencia que a todos hizo soltar la carcajada.

Otro detalle digno de mención relativo al desengaño que Aristides tuvo con su huésped:

—Gracias a Dios—decía al retornar a casa—, ya no tendré que comer solo: comeremos a dúo, charlaremos; y espero que mi deseado compañero de mesa hará cumplido honor a ella. Ya verá usted, no es del todo mala.

—A la conversación respondo 'de hacer honor completo, pero para comidas no soy buen compañero: ¡como tan poco!...

Y lo más grave fué que todavía comió menos, pues con indignación de Aristides, renunció don Simpático a los guisos de Juan por preferir las químicas comidas de Chu-Fo. Pero, eso sí, mientras uno mascaba y engullía cosas solidísimas y absorbía el otro gases y más gases, charlaban ambos de lo lindo.

—¡Ingrato!—le decía Leblonde entre trago y tajada.

—Así toca usted a más. Y por lo menos ya no puede quejarse de no tener palique.

Véase por dónde los sutiles manjares que Juan seguía recogiendo en casa de Chu-Fo, sirvieron ya para algo más que para cubrir las apariencias.

XXI

LAS BORRASCAS DEL ETER SIDERAL

Volviendo, por expresivo, al símil de la pelota volteante al extremo de una cuerda sujeta por la mano en torno de la cual da vueltas aquélla, se advierte que desde el 16 de septiembre, en que el Autoplanetoide rebasó la línea neutra de las gravedades, donde, por opuestas e iguales, se equilibraban las atracciones sobre él de la Tierra y el Sol, éste y no aquélla hacía el papel de mano. La cuerda, representada hasta entonces por la gravedad terrestre, quedó reemplazada por la atracción solar, que habría hecho caer al orbimotor en nuestro centro planetario, a no estar impulsado por una fuerza que, como a la pelota de la comparación, le hacía girar en torno de él. Dicha fuerza le era comunicada por una de sus cargas ecuatoriales, haciéndole recorrer en los cielos una órbita interior, casi paralela a la que la Tierra describe anualmente en su movimiento de traslación, pero un poquito, tan sólo un poquitín—270.000 kilómetros—más cercana al Sol que ella, por la cual avanzaba con velocidad media de 31.950 metros al segundo (1): sin pararnos en menudencias de 20 ó 30 metros más o menos.

Con tal marcha llevaba recorridos el orbimotor el día 23 de diciembre 263 millones de kilómetros.

A la salida de la Tierra veíase Venus, como estrella de la tarde, a distancia de 140 millones de kilómetros; desde la entrada en las regiones del espacio, donde siempre es día, era visible, a todas horas, a la izquierda del Sol, y acercándose progresivamente a éste el Autoplanetoide conforme avanzaba en el viaje que, como la Tierra y Venus, realizaba en torno de él y en el mismo sentido que éstos: semejando los tres mundos otras tantas caballerías, y perdónese la comparación, que, enganchadas a distancias crecientes del malacate de una noria—el Sol—, dieran vueltas a ella.

Las de afuera, orbimotor y Tierra, sobre ir muy cercanas, caminaban a pasos poco diferentes; Venus, que daba vuelta mucho más pequeña que el mundo de Adán y que

el de María Pepa, iba acercándoseles, ganando paulatinamente la ventaja que a la salida la llevaban, y al cabo se interpuso entre el Sol y ellos el día terrestre 12 de diciembre, dejando de ser vista como estrella, para presentarse como puntito negro en el borde del disco solar, en el cual se adentraba de día en día, hasta llegar, el 24, al centro mismo de él.

Sol, Venus, Novimundo y Tierra estaban por este orden en línea recta, quedando reducida la distancia entre Venus y Tierra a la mínima posible en aquel año, de 42 millones de kilómetros (1). El avistelar estaba 270.000 kilómetros más cerca que el mundo del término del viaje, cuya última y más breve etapa iba a comenzar, llevando al primero a su destino, según cálculos y plan de María Pepa, en unos cuatro días, horas más, horas menos, con velocidad de 135 a 140 kilómetros por segundo.

Para iniciar la caída en Venus, puso en actividad la Capitana varias cargas boreales fuertemente excitadas; y al cabo de una docena de minutos de realizada esta maniobra, volaba el autosidéreo hacia el punto adonde llegaría el planeta el 28 de diciembre, día señalado para el arribo. La carrera que había de cubrirse en dichos cuatro días, teniendo en cuenta lo que durante ellos andaría Venus, era de 47 millones de kilómetros.

Por efecto de la rápida marcha variaron extraordinariamente en tales días las apariencias, ya para los viajeros habituales, de la Tierra, de la cual se alejaban, y de Venus, hacia donde volaban, ofreciendo espectáculo y contraste sobre toda ponderación impresionantes para humanos ojos.

Nuestro terráqueo mundo—visto el 24 de diciembre, desde el motoestelar, como una enorme bola, de anchura quíntuple que el Sol y superficie veinticinco veces mayor, en la que apreciaban perfectamente las formas de América, del antiguo continente, Europa, Asia, África y de los principales mares—redujose en seis horas a la mitad de

(1) La de la Tierra alrededor del Sol viene a ser de 32 kilómetros.

(1) Repetese que aquí, y en cuantos casos se dan distancias astronómicas, se entiende son promedios aproximados de valores constantemente variables.

aquel descomunal tamaño, infundiendo pavor a los viajeros aquel vertiginoso encogimiento de la Tierra, que amenazaba convertirse en total consunción. A las treinta horas habíase reducido al quinto, es decir, al tamaño aparente con que era visto el Sol. Después siguió menguando, menguando, para convertirse el tercer día en un soberbio y enorme lucero, con el que ni remotamente podían compararse los más hermosos y fulgentes luminare del firmamento.

—Aun así vista, ¡qué hermosa es—decían los viajeros—nuestra Madre Tierra!...

Todavía más tarde fué la estrella encogiéndose progresivamente hasta que cuando ya el orbimotor llegaba a las cercanías de Venus, su tamaño era casi doble del de este planeta visto desde la Tierra; pues, fundida ésta en un solo astro con la Luna, aparecía agrandada; y porque cuando Venus se halla más cercana a nosotros, tiene cuartos como nuestro satélite, mientras que lleno se presentaba siempre a los novimundianos el mundo donde habían nacido.

A la par que menguaba la Tierra crecía el Sol, al acercarse el Autoplanetoide a Venus. Visto este planeta por el hemisferio que, por opuesto a aquél no estaba alumbrado por la luz solar, era un puntito negro sobre aquella dorada superficie, que ensanchando, ensanchando, tenía al comenzar el tercer día dimensiones sensiblemente iguales a las del lucero incomparable formado por el mundo; sólo que en vez de brillar como plata en el cielo, semejaba un agujero negro, abierto en la esplendente faz solar.

Creció la anchura del oscuro boquete a la de una, dos, tres lunas, cuando muerde al Sol en los eclipses parciales de éste, pero un eclipse que duraba horas y horas y horas hasta que hacía las once de la noche, o mejor dicho, a las 23—pues en el orbimotor era de día—, del 28 de diciembre, quedó libre de macas la superficie del Sol, pudiendo los novimundianos contemplar *al lado* de su dorada redondez completa, una argentada y estrechísima o sutil media luna de angosta hoja y afiladas puntas, separadas por distancia triple de la que media entre los cuernos de creciente luna. Pero fulgurante, con brillantez incomparablemente más deslumbradora que la del astro que ilumina las terrestres noches.

Hallábase entonces el Autoplanetoide no más que a 750.000 kilómetros de Venus, a la cual se acercaba con velocidad inconcebible que hacía crecer despacio el tamaño del disco solar, y rapidísimamente, no ya por minutos, sino por segundos, la separación entre él y al plateado mundo venusiano, que al huir del Sol crecía y se hinchaba. Con-

virtióse el filillo plateado en lo que llaman los chiquillos rajita del melón de la Luna, y luego en semicírculo como el de ésta al llegar al primer cuarto. En este aspecto, pues, de Venus creciente, se presentaba el planeta al planetoide hacia las 23 y media; pero habiendo crecido en media hora a las descomunales dimensiones de ocho lunas y media en anchura y altura, y en superficie, como 72 de ellas.

Comparándola con el Sol, tenía diámetro de cinco y media veces el de éste, a su vez aumentado a vez y media como aquí lo vemos.

Marchaba todo a pedir de boca, y llegado el orbimotor a 150.000 kilómetros del término del viaje, faltaban solamente unos minutos para que a su arribada a aquel mundo preñado de misterios gritaran los autoplanetianos: “¡Tierra!...”, es decir, “¡Venus!”

Mas, por desdicha, a última hora, Venus esquivaba retiraba los brazos antes abiertos para recibirlos, y el Autoplanetoide corría sin freno a la catástrofe de que el lector tiene noticias por el documento que María Pepa disparó a los venusianos, y reexpidieron éstos a la Tierra en el interior de un proyectil de *afrodinio*, del cual se habló en la primera parte de esta historia.

Que el Autoplanetoide caía en el Sol en vez de caer en Venus ya lo sabemos desde entonces. Pero ¿por qué caía?...
.....

Pocos minutos después de surgir sobre el negro fondo del cielo, y junto al Sol, la estrechísima media luna venusiana, observaba Ripoll con sus anteojos las estrellas, y dictaba a Fognino los resultados de sus observaciones, que utilizaba el geómetra italiano en calcular la posición del Autoplanetoide en el universo. Era esta operación (1) repetida a diario de hora en hora, turnando en ella los sabios citados, Hauptf y algunos astrónomos y matemáticos del pasaje. De ella deducíase el rumbo del Autoplanetoide, por la comparación de sus posiciones, al comienzo y al fin de cada hora, para modificarlo, si preciso fuera, contrarrestando mediante excitación de cargas oportunamente elegidas los efectos de los incesantes cambios en el conjunto de atracciones estelares, variables de uno a otro punto del espacio, y capaces, aun siendo sumamente débiles, de

(1) El sistema era muy sencillo: las direcciones a tres estrellas muy lejanas daban en su punto de concurrencia la posición del orbimotor, y una cuarta visual a otra estrella comprobaba las anteriores observaciones. Era la aplicación del vulgar problema topográfico de Photenot.

producir desviaciones en la ruta del orbimotor, de no ser dominadas con adecuadas descargas.

Recto a la hermosa estrella Rigel se dirigía el rumbo que entre las 24 del 28 de diciembre y la una de la madrugada del 29 debía llevar al Autoplanetoide al mismo sitio, donde a la misma hora llegaría Venus. Más de una hora llevaba María Pepa de frenar marcha con las cargas australes, preparándose para el aterrizaje, cuando con la cercanía del planeta creciera la atracción venusiana en términos de sobreponerse a la solar. El momento en que ocurriera esto indicaría el comienzo de la caída en Venus, cuyo desmesurado crecimiento contemplaban suspensos los osados hijos de la Tierra que a su conquista se lanzaban.

De pronto Ripoll, perfectamente impuestado de que en aquella última etapa del camino debía ver constantemente a Rigel bastante separada del Sol, echó un taco que no fué ninguna de sus habituales recongelaciones ni porras, sino otro que es discreto omitir, diciendo:

—¡...! No vamos hasía Rigel, sino derechos a la estrella Delta de Orión.

—¡Cómo!... No puede ser. Dicta, dicta...

—No hasen falta cálculos, Fognino: la desviación de rumbo es tan enorme, que se apresia sin asomarse a los anteojos. Mira las posiciones respectivas del borde del Sol, Rigel, Delta, y acuérdate de cómo se veían hase media hora.

—Verdad, verdad—contestó Fognino, sin dejar al catalán terminar la frase—: a simple vista se advierte el cambio... Pero entonces...

—Es que algo grave ocurre. Vamos corriendo a desírselo a Pepeta.

Pepeta andaba ya escamada por dos razones: primera, porque mirando la esfera de maniobra advertía progresiva pereza de las cargas, a despecho de los aumentos ordenados por ella en el voltaje de la corriente excitadora; segunda, por alarmarla la extraordinaria rapidez con que la rajita, o rajaza más bien, del celeste melón venusiano engordaba de modo que su paso de nueva al primer cuarto, en la terrestre luna realizado en siete fechas, no tardaría, según cuentas de la Capitana, más de media hora en efectuarse, mostrando a los viajeros media Venus completa correspondiente a su cuarto creciente.

Y se alarmaba María Pepa por saber que de ir el planetoide recto, cual debiera, al planeta, lo abordaría por su hemisferio opuesto al Sol, en el cual era noche: es decir, por la parte oscura situada entre los cuernos del creciente, que en vez de ir engrosando tenía,

lógicamente, que desaparecer por completo para los viajeros, al caer en Venus *completamente nueva*: que ya se entiende quiere decir, no remozada, sino en sombra.

De aquí que antes de darle sus viejos la noticia, ya había advertido María Pepa que en lugar de ir a Venus se separaban de ella y corrían hacia el Sol; aunque no sospechaba todavía que la desviación de rumbo fuera tan grande cual le participaron ellos.

—¿Otra criminal tentativa?... No: en la actual situación del motoestelar no cabía admitirlo sin suponer propósito suicida en el autor de ella... Además, la paulatina debilidad de las cargas impulsoras sugerían la idea de alguna causa natural, aunque ignorada, que la produjera.

Al cabo se extinguieron totalmente los tenues resplandores de la esferilla de maniobra. Se intentó excitar otras cargas, y las dinamos de la central no consiguieron producir la menor actividad en las cápsulas, aun cuando la marcha de los inducidos de aquéllas se elevó a no sé cuántas revoluciones por segundo.

—¿Qué pasa aquí?... ¿Que pasa?—decía Fognino.

—Vamos al Sol derechos. Mira, mira, Pepeta...

—Eso es lo que pasa: que si no lo evitamos, caeremos en el Sol: no, estamos ya cayendo; y que el hermoso astro, luz y vida de todos los planetas, es para el nuestro amenazante hoguera; que si Dios no remedia lo que yo dudo mucho me sea posible remediar por desconocimiento de sus causas, dentro de pocos días moriremos abrasados mucho antes de llegar a su seno. Abuelito—agregó dirigiéndose a Hauptt que ignorante de todo llegaba entonces—se me cae al Sol mi pobre mundo, y yo no acierto a detenerlo; pues la corriente máxima no produce descargas en los tubos excitadores.

Era la primera vez que sus abuelos veían a María Pepa, no abatida, pues no cabía en ella cobarde abatimiento; pero sí desconfiante de sus propios recursos. Por ello les produjo mayor impresión, al extremo de escapársele al catalán la siguiente pregunta:

—¿Es que desesperas, Pepeta, que renuncias a luchar?

—¿Con qué armas, papá Ripoll?—replicó ella, con extraño tono, tal vez nacido de indiferencia ante la muerte, y ocasionado por las melancolías de que ya hemos hablado.

—No sé; pero otras veces, en otros trances, te hemos visto más resuelta, más...

—¿Es que vas a entregarte sin lucha?—preguntó asombrado Hauptt—. ¿Sin defender la existencia de tu orbimotor, ni las vidas de quienes lo pueblan?...

—¿Es que la *femenil debilidad*—agregó Fognino—que en ti no conocíamos puede más ahora que el valor y el deber de la Capitana, cuando les son más necesarios?

—No—gritó María Pepa, en quien la idea del deber, hábilmente despertada por el napolitano, se sobrepuso a los dolores del corazón adolorido por un amor sin esperanza.

—No—gritó al mismo tiempo el impulsivo catalán indignado de que nadie pudiera pensar tal de su Pepeta—. No... ¡Recongelación!... Fognino, esas son tonterías.

—No, no: no he olvidado mi responsabilidad ni mis deberes, ni desierto del cumplimiento de ellos. Estoy tranquila. Pero mientras no sepa..., en tanto no reflexione..., y sobre todo, hasta que no conozca el porqué de esto... Mas lucharé, podéis estar seguros. Pero es preciso que como siempre, me ayudéis a hacer cuanto podamos, si podemos algo, por la común salvación. Tú—agregó dirigiéndose al italiano perspicaz que, habiendo visto claro que a la pobre muchacha no la sonreía vida sin posibilidad de amor, supo vigorizarla invocando el deber—, vete inmediatamente a la central y examina las dinamos y los carretes, para ver si allí encuentras la causa de esta inexplicable avería. Tú, abuelito, sabiendo que hace media hora estábamos a 108.577.200 kilómetros del Sol, que marchábamos a 139 kilómetros por segundo, y que ahora vamos a merced de su atracción, sin fuerzas propias que oponerle, calcúlame cómo irán creciendo, de

cinco en cinco horas, las velocidades de nuestra caída por efecto de dicha atracción durante los venideros días, y lo que en cada uno de esos intervalos disminuirá nuestra distancia a él. Y tú, papá Ripoll, a tus anteojos, en seguida y luego a tus anuarios y compases; pues dentro de dos horas necesito un plano exacto de nuestra marcha al Sol y del camino que Mercurio recorrerá en el universo desde ahora hasta dentro de cuatro o cinco días.

—¡Mercurio!—gritaron a la vez Ripoll y Hauptf queriendo adivinar la idea que amanece todavía borrosa en el cerebro de María Pepa.

—Mercurio—dijo Ripoll—nos viene a los alcances ya muy cerca: casi casi nos pisa los talones.

Ha de advertirse que para el astrónomo, habituado a medir las distancias por años y por *parsec* de luz (1), aquel muy cerca significaba 60 millones de kilómetros.

—¡Ah!—dijo Hauptf.

—No os hagáis muchas ilusiones, pues aunque consiguiéramos caer en Mercurio, en vez de caer al Sol, es lo probable no ganaríamos sino hacernos trizas en vez de perecer abrasados; pues con la velocidad acumulada que nos darían los 50 millones de kilómetros de caída que llevaríamos al llegar a ese planeta, nuestro cinetorio no tendría fuerza para oponerse a ella. En fin, allá veremos.

XXII

BREVISIMO, PERO SENSACIONAL CAPITULO

Al quedarse sola María Pepa tornó la vista a Venus, que seguía engrosando y acortándose; y cada vez más vertiginosamente.

Pero a despecho de la mortal amenaza que ella leía, en aquel cambio de dimensiones y aspecto, era tan admirable el espectáculo del soberbio y descomunal astro, que la hizo olvidarse, siquiera fuera breve tiempo, de todo menos de la inefable maravilla que sus ojos contemplaban. Y queriendo recrearse en ella a su sabor, cogió un anteojo y lo asestó a la deslumbradora superficie del planeta, que brillaba con su peculiar brillo, pero centuplicado y único en los cielos, de nieve herida por el Sol.

En las puntas de la melia luna venusiana, envueltas en espesa bruma luminosamente opalina, nada podía verse del suelo

del planeta velado por aquélla; pero hacia el centro de él, y a través de fugaz jirón en las densas y argentadas nubes, se percibían, aun cuando brevemente para quedar muy pronto ocultos otra vez por los espesos nubarrones, islas, continentes y mares, cuyo trazado y mapa dejaremos para ser descritos cuando no nos asuste, como ahora, la espantosa catástrofe hacia la que el motoestelar se precipita.

Pero ofrecía una particularidad extraña el astro, y era que en su parte oscura, donde nada debiera percibirse por no alumbrarla el Sol, se veía una zona tenue más

(1) Año de luz igual 9.619.739.800.000 kilómetros. Parsec de luz, 310.745.148.340.000 kilómetros. Siglo de luz, 961.973.980.000.000 kilómetros.

perceptiblemente iluminada por resplandores de luz verdosa estriada con filamentos rojos y violáceos. Y, sin embargo, la Capitana, por lo común muy observadora, no prestó atención a ello, por preocuparle principalmente la sospecha de la existencia de habitantes en Venus; y con curiosidad febril e interés apasionado salióse del despacho a la azotea, para mirar por un anteojo de aumento muchísimo mayor que el recién empleado, entreviendo con él monumentales edificios de color verde y violeta, grandes lagos, de formas geométricas, vastas urbes, fabriles factorías, moscas en las que por instinto adivinaba el corazón, más que la mente, aerostatos o aeroplanos, si no iguales en formas a los de nuestro mundo, análogos a ellos por la finalidad. Pero todo ello duró poco, pues se cerró en seguida el desgarrón de nubes.

La sacó de su arrebato el vocerío del pueblo, entusiasmado con la contemplación de aquel hermoso mundo, y las aclamaciones con que era por la plebe festejado, desde los balconcillos, el que ya creían cercano desembarco.

—¡Desgraciados!—no pudo menos de exclamar en alta voz.

—Van a morir... ¿Verdad?—preguntó a su lado otra que la sobresaltó: no solamente porque se creía sola, sino porque reconoció inmediatamente la de Fairelo, que en pie se hallaba a dos pasos de ella, turbándola al extremo de no serle posible contestar en el primer momento.

—Lo he observado en la hinchazón anómala y en el acortamiento de ese mundo incomparable a que nos traía usted. Lo he visto claro cuando a medida que se encendía en él la aurora que ahora alumbra su polo boreal (1) iban extinguiéndose los resplandores de las cargas del avisidéreo...

(1) Las auroras polares, cuya contemplación es relativamente frecuente en las largas noches de las altas latitudes, constituyen meteoros que ya en 1714 presentía el astrónomo Halley ser debidos a fenómenos magnéticos ocasionados por descargas eléctricas a través de las altas regiones de la atmósfera.

Tales auroras constituyen un hermoso espectáculo de impresionante belleza.

En las cercanías del horizonte se oscurece el cielo en una zona de forma de segmento circular, que en su parte más elevada toma a veces tonalidades de violeta oscuro en la inmediación de la franja luminosa, que cual un arco iris—salva la diferencia de coloración—envuelve la región oscura, e inferior a él, del firmamento. Este arco es la base de la aurora polar.

Su anchura varía entre la de una a tres lunas; el color, blanco brillante en la parte inferior, se desliza, subiendo, en un celeste suave, y al esfumarse en la zona superior suele ostentar verdes reflejos.

Vamos a morir... ¿Verdad?... A morir los dos...—prosiguió Alvaro.

María Pepa, que a haber sido otro quien la hablara, habría atendido solamente a la correlación establecida entre la aurora boreal de Venus y la extinción de las cargas, no hizo alto al pronto en ella, porque en el pecho se le hinchó el corazón al oír aquel *morir los dos* de Alvaro, pronunciado sin miedo, con vigorosa entonación, en la que casi se advertía voluptuoso deleite de que algo, aun cuando fuera la terrible muerte, lo uniera a María Pepa.

Por eso, hondamente conmovida, no se acordó de orbimotor, de mundos, ni universos, ni pensó sino en *aquellos dos* en que al morir doscientos sólo pensaba él. Y no pudiendo contestar a su pregunta con engaños ni evasivas, respondió con leal franqueza y voz solemnemente tranquila:

—Es casi seguro.

—Pues por eso he venido: para que sepa usted que entre tantos desdichados que con terror verán llegar la muerte, hay uno a quien la muerte librará de la desdicha. Por que no sé qué pienso, ni qué debo pensar, de usted, de mí, de... de nadie; pero sé lo que siento, y habría callado a no ser nuestra muerte tan cercana: sé que no me resigno a

Pero en las auroras más brillantes lucen sensiblemente paralelos al arco mencionado otros más elevados y distantes de él, formando una sucesión de coronas de poética luz que alumbra durante varias horas, y en las cuales el arco o arcos no están quietos ni un solo instante: ensanchándose, estrechándose, ondulando.

Pero cuando el espectáculo raya en sublime magnificencia es cuando el arco luminoso se convierte en núcleo, de donde hacia la altura irradian infinidad de refulgentes dardos, que con la rapidez de la centella suben hasta la mitad de la bóveda celeste, dividiéndose arriba en otros rayos secundarios y tomando el aspecto de haces luminosos, que por lo común ascienden verticalmente, no conservando jamás la misma forma cinco minutos seguidos, sino que ondulan como leve cendal por el viento agitado; palidecen en seguida, poco a poco, y desaparecen por último dejando el campo libre a otros rayos, que si son muy brillantes, ofrecen con frecuencia colores verdes o rojo obscuro. Los rayos lanzados por el arco y sus luces titilantes se elevan hasta el cenit, forman una corona que constituye la parte más hermosa y notable del fenómeno, convirtiendo el firmamento en una cúpula de fuego sostenida por columnas de luz diversamente coloradas. Al disminuir la fuerza de los rayos desaparece la corona, substituida por un resplandor pálido que aumenta por momentos y luego se extingue. Con su último fulgor acaba la aurora polar.

Halley, Von Humboldt, Argenlander, Wrangel, Siljestrohem, Wilsen, Wijkander, Zollner, Sir Williams Ramsay, Birkeland, Arrhenius, Poulsen, Villard, André, son unos cuantos nombres de los principales físicos y astrónomos que, desde comienzos del siglo XVIII hasta nuestros días, han estudiado la apariencia y las probables causas de las auroras polares.

morir, ni menos todavía a que usted muera, sin haberle dicho, sin que usted me haya oído que, merézcalo o no, la quiero al punto de serme grato perder vida que, no vivida con usted, es dura carga.

Y dando media vuelta, antes que María Pepa pudiera reponerse de su inmensa emoción, volvió la espalda y desapareció por la escalera que bajaba al zaguán de la Comandancia.

Ella no intentó detenerlo, no lo llamó, no tuvo fuerzas sino para sentir la mayor felicidad en su vida gozada, no obstante ser aquel momento el de la ruina y el fracaso de sus más caras ilusiones: felicidad que alumbraba su alma con fulgor tan intenso, que no dejaba ver tinieblas de catástrofe y muerte. Y ante la inesperada perspectiva de una vida mejor que aquella que unos minutos antes no le dolía perder, el corazón se le subió a los labios, gritando en ellos:

—No, no: morir ahora no... Vivir para él. Yo salvaré el Autoplanetoide, yo le salvaré a él... ¡Imposible, imposible!—exclamó desesperada llevándose ambas manos a la frente—. Es de otra, es de esa... Yo no puedo, yo no debo pensar en ese hombre—. Y al decirlo corrió al pretil de la azotea, para verlo alejarse por la plaza y echarle la posterera mirada, que era su despedida a la entrevista felicidad imposible.

No estaba ya. María Pepa no vio sino la multitud regocijada con el que ya creía inminente aterrizaje en Venus.

—En esos, en todos esos debe pensar no más la Capitana del orbimotor—dijose la valiente muchacha—. Por la salvación de ellos tiene el deber ineludible de luchar. Si el corazón entero es de él, mi pensamiento será de ellos.

Y en el punto mismo de pensar esto, cual si hasta entonces no llegaran a su cerebro las palabras que hacía ya rato dejó caer Fafrelo en sus oídos, exclamó, apreciando de pronto su significado:

—¡Salvarlos!... Sí, sí, es posible; tal vez probable... Esa aurora boreal... Las cargas... Tiene razón... Esa es la causa... Ahora que la conozco intentaré luchar con ella... Y si logro salvarlos, no a mí, a él le deberán la salvación; y yo la mía por segunda vez. No llegará a realidad ese sueño, de que él hablaba ha poco, de unirnos en la muerte; pero nos uniremos en las vidas de esas docenas de criaturas, aunque nuestras dos vidas sigan separadas.

¿Satisfacía esta unión los anhelos del alma amante de la pobre María Pepa? No es muy probable, pues al pensar en ella suspiraba; mas como hacía esfuerzos para substraerse al recuerdo de Alvaro, serenar el

juicio y convertir el perturbado espíritu de la débil mujer en esforzado ánimo de la Capitana, como al cabo pareció conseguirlo, no hemos de ahondar nosotros donde se resistía ella a continuar ahondando.

Tenía razón Alvaro. El suave resplandor que iluminaba parte del hemisferio por el Sol dejado en sombra en Venus era, en efecto, una aurora boreal luciente en el polo de este nombre del planeta, y ella la causa de la perturbación ocasionada en la marcha del autosidéreo.

Pero ¿cómo?, ¿por qué?... Porque las auroras polares, cuya luminosidad es debida a fenómenos electromagnéticos, según parecía ya saberse en este siglo XX (1), y eran

(1) Ya se ha dicho que en 1714 el famoso astrónomo Halley había sospechado algo sobre la causa eléctrica de las auroras polares. Más adelante, en tiempos ya cercanos—no hablamos en 2186, sino 1919—el ilustre físico noruego Birke-land explicó, según su teoría, qué corpúsculos de electricidad negativa, o sea electrones, son los que dan origen a las auroras polares, indefectiblemente acompañadas de perturbaciones magnéticas; pues es sabido que entre electricidad y magnetismo existe siempre grande simpatía o irresistible repulsión, pero jamás indiferencia.

El profesor sueco Arrhenius opina que estos electrones no llegan a la Tierra en virtud de fuerzas eléctricas, sino rechazados por la luz radiante del Sol que ante sí los empuja. Pues que la luz es una fuerza y que ejerce presiones ha sido demostrado por Hull y por Nichols, y a las claras lo dicen los cometas que al alejarse del Sol llevan colas, no detrás de ellos, sino precediéndolos, porque las gaseosas partículas que constituyen estos cometas apéndices son impelidas, como el núcleo principal, por los rayos de la luz solar, pero, pesando menos que él, se le adelantan.

Otro sabio notable, el Sr. Villard, ha hecho estudios interesantísimos sobre estos mismos fenómenos. Y, por último, actualmente se producen artificialmente auroras polares en los laboratorios. Muy pequeñas, es verdad, como encerradas dentro de tubos X—de Crookes o catódicos más bien—, por los cuales pasan descargas eléctricas, que cuando son sometidas a la acción magnética (interponiendo el tubo entre los polos norte y sur de un poderoso electroimán) toman la misma apariencia de dichas auroras.

Los electrones que dentro del tubo engendran la descarga hacen en este curioso experimento el papel de los electrones solares que llegan a la Tierra, y los polos de los electrodos desempeñan el que en las auroras terrestres corresponde a los polos magnéticos boreal y austral de nuestro globo.

Por último, muchos astrónomos o físicos curiosos han medido la altura a que en la atmósfera estallan las descargas entre las partículas electrificadas del aire de ella y las que del Sol vienen, a las cuales se debe la luz de las auroras. Así, Boskovich, Boller, Bergman, Dalton, Loomis, etcétera, han obtenido alturas comprendidas entre 190 y 2.080 kilómetros, de donde han deducido que a estas elevaciones, o por lo menos a otras no mucho menores, existe aire tenue, tenuísimo, pero aire al cabo, es decir, aire ya no, pero sí gases atmosféricos, lo cual da a nuestra atmósfera límites incomparablemente más remotos de los que por mucho tiempo se le habían señalado.

—debía decir serán—fenómenos perfectamente estudiados en todos sus detalles en el XXII, deben su origen a efluvios poderosos de electrones, es decir, microcorpúsculos de electricidad negativa, lanzados a los mundos, por el Sol, en cantidades que, siendo siempre grandes, se hacen enormes en las épocas de mayor actividad de las manchas de su disco y de las ígneas protuberancias, de la corona solar, que constituyen verdaderos surtidores de gaseoso fuego, de donde salen silenciosos huracanes eléctricos, mas no por silenciosos menos potentes. Invisibles estos electrones mientras cruzan el éter de los espacios producen, al llegar a las altas zonas de las atmósferas planetarias, eléctricas descargas, choques por el estilo de los que con ultramicroscópicas partículas de materia impalpable, tan leve que se llamó radiante, se enciende luz en los tubos luminicos de Geisler y en los rayos catódicos; mas con la diferencia de brillar a veces en lo alto de las zonas polares encendiendo la luz de las auroras de este nombre.

En cuanto al Autoplanetoide, que no tenía atmósfera exterior, no podía disfrutar de auroras propias, aun hallándose envuelto, como lo estaba entonces, por las radiaciones que el Sol enviaba a Venus, mas no por eso se substraía a la influencia eléctrica, o más bien *electro-magnética* de ellas. Porque no ha de olvidarse que estaba su externa superficie tachonada de cápsulas de cinetorio puestas en actividad mediante excitación de ondas eléctricas engendradas por las descargas de igual nombre producidas en el interior de los tubos excitadores. Recordado esto, fácil es comprender que el vendaval de electricidad negativa, a terrible voltaje, que a su paso del Sol a Venus envolvía al orbimotor no permitía llegaran a cargarse los excitadores, pues toda la corriente que las dínamos engendraban no saltaba en los tubos, en cadena de chispas, por derramarse antes en el éter, arrebatada en el torrente inmenso de la electricidad solar en movimiento (1).

(1) Dicho más brevemente en términos técnicos, siendo la diferencia de potencial entre los

He aquí por qué quedó privado el Autoplanetoide de fuerza propulsora.

Todo esto lo vió de pronto María Pepa en cuanto pudo darse cuenta de la alusión de Alvaro al meteórico fenómeno que observara en Venus. Por si algo faltara para robustecer su convicción, al volver al despacho, la brújula, que en él tenía montada, se lo gritó con sus amplias, rápidas y desconcertadas oscilaciones; pues es sabido que las auroras polares determinan tremendas tempestades magnéticas que enloquecen las brújulas, perturbando su funcionamiento y trastornando e interrumpiendo, a veces, el funcionamiento de las líneas telegráficas, etcétera, etc. Y la borrasca de tal clase que arrastraba el minúsculo mundo de la Capitana era muchísimo más violenta que cuantas puedan registrar los observatorios de cualquier mundo, por la misma razón que, dada la cercanía del Sol a Venus, son en este planeta las auroras incomparablemente más intensas y luminosas que las de la Tierra.

Sabido lo anterior, fácilmente comprenderá hasta el más indocto porqué caía el Autoplanetoide al Sol: hallábase a 150.000 de kilómetros de Venus y a 108 millones largos de aquél: era por Venus atraído con fuerza igual al peso de 22.600 toneladas que en el lugar en donde estaba era el suyo con respecto al cercano planeta. Tiraba de él el Sol con fuerza, mucho mayor, de 78.500. Mientras sus cargas le proporcionaron medio de contrarrestar esta última atracción pudo orientar su marcha hacia el mundo que estuvo a punto de alcanzar; pero en cuanto cesaron las descargas, las 22.600 toneladas de la gravedad venusiana fueron vencidas por las 78.500 de la gravedad solar: y al Sol comenzó a caer el Autoplanetoide, obedeciendo a la fuerza de ella.

electrodos positivos y negativos de los excitadores incomparablemente menor que la existente entre los primeros y el éter, electrizado negativamente por el torrente de electrones, entre ellos y éstos se verificaban las descargas, y no entre los electrodos de los tubos excitadores, que quedaban inertes.

XXIII

EL CORREO INTERPLANETARIO

Apenas María Pepa hubo formado resolución de luchar con la callada más terrible tempestad que corría su mundo, se acordó de los trabajos que por un vago más certero instinto había ordenado realizar a sus abuelos, sorprendiéndole cuán acordes con las necesidades de la realidad resultaban las observaciones y cálculos a que sus viejecitos se dedicaban en aquellos momentos.

Mercurio, el planeta anegado en la luz solar, casi sumido en los vapores de la hoguera de donde toman vida los mundos planetarios, pues de ella solamente lo separa la insignificante distancia de 58 millones de kilómetros; Mercurio, en el que, casi irreflexivamente, pensara María Pepa al creer inminente la catástrofe, podía efectivamente ser tabla de salvación del novimundo.

¿Pero cómo, antes de saber la causa de la caída, se acordó de Mercurio?...

Porque del mismo modo que el naufrago, perdido en medio de las olas, cuando el barco se rompe contra los arrecifes, no ve sino el madero que más cercano tiene entre los restos del desastre por el mar zarandeado, ella no veía en las inmensidades del Universo, donde estaba perdida, otra tabla a que asirse que el cercano Mercurio. Cercano, como demostrarán próximos sucesos, no obstante hallarse entonces a 49 millones de kilómetros del Autoplanetoide, porque, ¿qué es tal distancia comparada con las que en el etéreo abismo separan a los soles y a las estrellas? Lo que un milímetro en relación con la redondez entera de la Tierra. No: todavía mucho menos (1).

Pero dejemos esto y vengamos a la Capitana, que, sola en su despacho, y pensando que todavía tardarían los abuelos hora y media en traerle el resultado de sus trabajos, sin conocer los cuales ni empezar podía a coordinar sus planes, se halló completamente a solas con el recuerdo de Alvaro;

y para rechazarlo, y para defenderse de él, volvió la mirada al vasto semidisco de Venus, y en él al continente rodeado de isletas, entrevistas en un claro de los densos nubarrones del planeta, que por extraño evento se entreabrieron. Aquellas formas recordaban vagamente el trazado de la clásica península griega, cosa no extraña en el planeta de la helénica diosa del Amor y la Hermosura, y aquella semejanza le recordó la Tierra; que mirando hacia atrás, vió allá lejos, muy lejos, chiquita, chiquitina cual menuda cabeza de alfiler, pero brillando con intensa luz.

—Allí está—dijose—, ignorante de esta tragedia que amenaza a los temerarios hijos suyos que pretendíamos llevar su nombre a todos los planetas...

Y esa ignorancia de nuestro fin no se disipará... ¿Quién sabe?...

Lo que de Venus he entrevisto, gracias a una casualidad rarísima, revela un alto grado de civilización (1). A estas horas nos acechan tal vez en sus observatorios con aparatos cuya potencia sobrepuja a cuanto yo pueda sospechar; tal vez nos observaban sus astrónomos de varios días atrás; tal vez presumen ya el frustrado objeto de este viaje, y acaso nuestro rumbo les dirá mañana que caemos en el Sol, y su ciencia la causa de nuestra caída.

¿Quién sabe adónde llega la inteligencia de los hijos de Venus?

¿Quién puede asegurar que no triunfarán ellos en una empresa análoga a ésta en que yo estoy a punto de fracasar, y que a la Tierra no lleven algún día, hombres de Venus, la noticia del desastroso fin de esta hija de Adán que pretendió medir sus flacas fuerzas con las incontrastables fuerzas siderales?...

¿Quién sabe si antes establecerán etéreas comunicaciones teleplanetarias?

Al llegar a este punto de su soliloquio ocurrióle la idea a María Pepa de enviar a Venus, para reexpedición a Tierra, el mensaje que conocemos desde las primeras páginas de esta historia, y empezó a redactar-

(1) No sin razón se califica de muy insignificante esta distancia, y de igual modo calificamos poco ha la de Mercurio al Sol; pues otros orbes muchísimo más importantes que el pequeño planeta, tales como Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, giran en torno de aquél a distancias de 776, 1.421, 2.858 y 4.478 millones de kilómetros. Y no hablemos de estrellas para cuyas distancias resultan las anteriores puntos en la inmensidad.

(1) La casualidad a que aquí se refiere María Pepa es la de haberse desgarrado las densísimas nubes del planeta que cubren casi constantemente la superficie de él con sus niveos vapores.

lo, interrumpiéndola en esta ocupación la entrada de Aristides que llegaba a informarla de que sus policías le comunicaban la existencia de gran excitación entre los sabios de todas las naciones, reunidos desde una hora antes, en misterioso conclave, en el Instituto de Experiencias, adoptando el acuerdo, a propuesta de mistress Sam Bull, de pedir explicaciones a la Capitana sobre *la extraña dirección que observaban en el orbimotor, y si preciso fuere residenciarla y exigirle que resignara el mando en un comité de sabios presididos por la aviadora yanqui.*

Por cierto que Leblonde esmaltó aquel parte con tres o cuatro comentarios sobre Sara que no habrían sido nada gratos a los oídos de ésta, de llegar a ellos, y muy poco adecuados a oficiales informes.

—¿Qué hago?... ¿Los detengo por embusteros?... ¡Mire usted que poner defectos al rumbo, ahora, precisamente, cuando ya estamos a dos dedos de desembarcar en ese precioso mundo, digno de la diosa de su nombre!... ¿Pero no lo están viendo?...

—No, amigo Aristides, no lo ven. Y ahora tienen razón, porque tampoco veo yo tan inmediato ni tan grato como usted el fin de nuestro viaje.

—¿Cómo!... ¿Qué dice usted?... Pero sí está ahí, al lado; si los dos cuernos de esa disforme luna me parecen ebúrneos brazos que la diosa abre para recibirme.

—Déjese ahora de bromas, Leblonde: tenemos desagradables novedades.

—Pues si tienen razón, aun son más peligrosos, y apremia más prenderlos.

En otra ocasión no habría dejado la Capitana de reírse de aquella lógica policiaca del Superintendente de Vigilancia; pero no estando entonces para ello, se limitó a decirle:

—No, Leblonde, no. Se presentará usted a esos señores, y les dirá que dentro de una hora recibiré aquí, y daré explicaciones, a la comisión que han elegido.

—¡Explicaciones!... Me han cambiado a mí Capitana. Mire usted lo que hace.

—No debo negárselas a criaturas expuestas a perder la vida, que para defenderla me las piden. Pero agregará usted que mientras tanto les prohibo salir del Instituto, y decir nada a nadie de sus temores, previniéndoles que para evitarlo quedan, no presos, pero sí vigilados, por tropa que llevará usted consigo, cuantos no den palabra de someterse a tales condiciones... Con excepción de mistress Sam, que...

—¿Cómo!... ¿Está usted en su juicio?... De modo que a esa...

—A esa la vigilará usted, pero disimuladamente, aun cuando dé palabra.

—¡Ah!... Vamos.

—Y empeñará usted a todos mi formal promesa de que tan pronto hayan oído mis explicaciones, quedarán en plena libertad. Vaya, vaya en seguida.

En cuanto salió Aristides, terminó María Pepa la carta, o más bien parte, que iba a enviar a Venus, insertando la final alusión al odioso papel que estaba cierta, aun faltándole pruebas, había desempeñado Sara en todo el viaje; pero teniendo la magnanimidad de no nombrarla.

Una vez terminada la redacción del documento se levantó, y, sintiendo imperiosa necesidad de averiguar algo que a despecho de su afán de saberlo no se había atrevido a preguntar cara a cara a Aristides, corrió al teléfono para llamar al Instituto de Experiencias y ordenar que tan pronto llegara allá el Sr. Leblonde se pusiera al aparato.

Dos minutos después, al avisarla el timbre de que Aristides aguardaba sus órdenes, tomó la bocina y esforzándose para disimular el temblor de la voz, dijo:

—Soy yo, Leblonde..., la Capitana... Necesito saber los nombres de los sabios y sabias que componen la reunión de que me ha dado usted parte.

Contestó Leblonde citando una larga retahila de nombres y agregando al terminarla:

—Además, en este instante entra en el salón, por los otros llamado, el Capitán Fairlo.

—¡Ah!...—exclamó María Pepa soltando el aparato y dando un suspiro de satisfacción—. Ya sabía yo que él no podía estar entre ellos... Ese hombre, ese hombre... ¿Por qué se agarra así a mi pensamiento?... ¿Por qué no he de poder apartarlo de él?...

Pues tengo de poder..., y podré.

Se pasó la mano por la frente, y aferrándose a unas preocupaciones para huir de otras, llamó, telefónicamente también, a Valdivia, cuyo servicio en el puente era completamente inútil mientras las cargas no funcionaran. Llamábalo porque además de primer piloto era Jefe de Artillería en el aviestelar, y en concepto de tal iba a emplearlo.

Componían la citada artillería hasta una docena de cañones de 18 centímetros, distribuidos, por baterías de tres, en las casamatas ecuatoriales, a una de las cuales se dirigió María Pepa seguida del oficial.

Una vez en ella sacaron del inmediato almacén de municiones un proyectil cuya parte superior destornillaron, y en vez de introducir en su cavidad interior la carga explosiva, o rompedora, metieron en ella el mensaje arrollado.

Cerrada nuevamente la granada e introducida en el cañón, acabaron de cargar éste con el cartucho cilíndrico de triples paredes de cristal siderúrgico, con los vanos entre ellas rellenos de algodón comprimido. Este cartucho venía, pues, a ser un frasco análogo, aun cuando perfeccionadísimo, a los de Dewar empleados en la conservación del aire líquido.

Dicho cartucho contenía unas cuantas libras de aire solidificado en gránulos, envolviendo tres onzas de *macronitrina* que hacía de fulminante.

Apuntado el cañón, no en dirección a Venus, sino según otra intermedia entre la del planeta y la diametralmente opuesta a la que la atracción solar ejercería sobre el proyectil—determinada cuidadosamente por cálculos que rápidamente hizo María Pepa—se hizo pasar a través de la *macronitrina* la descarga eléctrica, que incendiando aquélla y volatilizando el aire sólido, con el calor de la explosión, desarrolló la colosal fuerza propulsora del proyectil, comunicando a éste velocidad inicial de ¡seis kilómetros por segundo!...

Felizmente la chispa eléctrica saltaba en el interior del Autoplanetoide, porque la boca del cañón obturaba herméticamente la plancha blindada, por él atravesada, de la pared externa de la casamata. De no haber sido así, el estado eléctrico producido en el exterior por la aurora boreal de Venus, habría substraído las chispas antes de que llegaran al fulminante.

Como la bala salía huyendo del Sol y acercándose a Venus, que solamente distaba 150.000 kilómetros de la boca de la pieza, a cada instante de su marcha disminuía la acción sobre él de la atracción solar, y aumentaba la del planeta, bastándole tan sólo para dar en el blanco llegar a sitio donde la gravedad de Venus tirara preponderantemente de él. Y siendo suficiente para ello recorrer no más que 34.000 kilómetros (1) bajo la fortísima impulsión de la carga aérea, era sumamente probable que al fin cayera aquel mensaje en manos de los habitantes de Venus.

¿Y luego?... ¿Sabrán reexpedirlo a la Tierra?...

La contestación a esta pregunta es una

(1) A 116.000 kilómetros de Venus se equilibraban aquel día las acciones de la gravedad del planeta y la del Sol; y como el Autoplanetoide distaba 150.000 de aquél en el momento del disparo, la diferencia da el número de 34.000 en el texto indicado. Una insignificancia para la fuerza expansiva del aire sólido, sobre todo no habiendo de vencer el proyectil resistencia de aire.—Nota de Ripoll.

incógnita para María Pepa; pero no lo es para el lector.

Poco después del retorno de la Capitana a la Comandancia, llegaron, uno tras otro y con escaso intervalo, los tres ancianos, rindiendo sus respectivos informes.

Fognino declaró que en la central eléctrica no había avería aparente, sintiéndose inclinado a atribuir la falta de excitación de las cargas a externas causas: probablemente a perturbaciones del éter sideral que envolvía al orbimotor.

Haupt traía el resultado de sus cálculos capaces de espantar al más sereno. ¡Qué espeluznantes velocidades adquiriría el pobre mundo de la Capitana, a tirones del Sol, cada uno mayor que el precedente, por la disminución de las distancias desde las cuales iría dando cada uno de los sucesivos, y con acumulación de los efectos de todos, según la fórmula, en aquel caso horrenda del movimiento, no uniforme, sino progresivamente acelerado! ¡Qué inverosímiles desatentadas carreras en aquellos sucesivos períodos de cinco horas, para los cuales la había calculado el sabio alemán, con tal esmero que hasta traía puntualizadas al segundo la fecha y la hora en que el desventurado motoplaneta y sus desventuradísimos pobladores se verían envueltos en las llamas solares!...

¡Y lo decía tan fresco, como si aquello no fuera con él: dando la solución como la de cualquier problema teórico, sin concederle externamente otra importancia que la de su interés científico!...

Desgraciadamente, no entiende jota mademoiselle Thellis de las ecuaciones e integrales que embellecían los diez y siete grandes pliegos de papel donde campeaban las ecuaciones matemáticas del sabio profesor. Por eso no se dan detalles de ellas.

Cierto es que podría el autor, y hasta acaso debiera, hacer los cálculos e insertarlos aquí. Pero no tiene gana, y tal vez no la tengan de conocerlos los lectores, que se satisfarán por ahora con saber que la caída, de 108 millones de kilómetros, del Autoplanetoide al Sol, habría de durar más de tres días y menos de cinco. Y si tal vaguedad es criticada, se empeña aquí formal promesa, a quienes la censuren, de que si este libro alcanza su décima edición, cosa que Dios y el público le otorguen, se insertarán en ella terminados los cálculos para que los lectores exigentes puedan saborearlos.

En un plano grandísimo, no obstante ser su escala muy pequeña, traía don Jaime el Sol, Venus, Mercurio, unos arcos de eclipse

indicadores de los caminos de los dos planetas durante cuatro días, y en dichos arcos varios redondelitos, rojos para Mercurio y verdes para Venus, con una fecha y una hora junto a cada uno. Eran los lugares adonde, en los instantes por los letreros declarados, llegarían uno y otro. Por último, casi en contacto con la diosa mitológica, digo con el orbe planetario, un punto negro señalaba la posición del Autoplanetoide, en el momento en que el astrónomo había comenzado sus interesantísimas observaciones.

Por cierto que al asomar la punta del enorme rollo del sidereográfico plano por la puerta del despacho se oyó una voz, todavía lejana, que al otro extremo de él gritaba:

—Ya sé lo que es, Pepeta: la pícara mancha del Sol que venía creciendo hace dos días y que ha ensendido la gran aurora en Venus: una tormenta magnética. Pero de las gordas.

Contestó María Pepa que lo sabía ya, explicándose entonces Hauptf y Fognino las perturbaciones que anulaban la excitación eléctrica de las cargas. Preguntóse a Ripoll si columbraba indicios de cercano serenamiento de la mancha; si era ésta muy grande; si se movía de prisa, a lo cual no pudo contestar sino que grande no era, pero que en lo demás no había tenido tiempo de fijarse, atareado como estaba con su cartográfica faena.

—Pues es preciso que la observes en cuanto aquí acabemos—le contestó la Capitana—. Y sometió a los viejos su proyecto para salir del trance, si tenía la suerte de que algún claro en la borrasca le diera tregua para intentarlo, antes de ser ya tarde para todo remedio. Pero cuando comenzó a hablar, llegó Leblonde diciendo:

—Ahí están esos... Y esa.

—Pues que suban, que suban en seguida. Luego os diré cuál es mi plan, si es que no tengo antes que explicarlo delante de ellos.

—¿Pero quiénes son esos?—preguntó el impaciente catalán.

—Una comisión, nombrada por los sabios de todas las naciones, que viene a residenciarme y a quitarme el mando.

—¡Recongelación!—. Y el almogávar no pudo por lo pronto decir más, porque le ahogaba la ira.

—No puede ser—gritó Hauptf—. Yo creo que deberías...

—Aquí no hay más sabios que nosotros—le atajó Fognino, que, como el catalán, comenzaba a perder los estribos y a sentirse también un poquito almogávar.

—¡Futro!... ¡Refutro!...—bramó al cabo Ripoll—. ¡Residensiar a mi Pepeta!... Que entren, que entren, y veremos quién es el guapo que me lo dise a mí en mi cara. ¡Deponerte!... ¡Deponerte!... Ahora verán, ahora verán. Aquí no entra ninguno.

Y con los puños en alto se dirigió a la puerta.

—Quieto, papá Ripoll. En estas solemnes circunstancias no tenemos derecho para negarnos a oírlos. Acaso traigan alguna idea más útil que las mías para la común salvación.

—¡Mejor que las tuyas!... Como no traigan...

—Aquí no pueden tolerarse más ideas que las nuestras.

—Es preciso...

—No.

—Sí. ¿Soy o no soy quien aquí manda?

—Que no, que no entran. ¡Cómo no te depongan!...

—No necesitan ya tomarse ese trabajo.

—¿Por qué?...

—Porque al negarte a obedecerme ya me has depuesto tú.

—¡Yo!... ¡Yo!...

—¿Obedeces?... Si no, les diré, cuando entren, que hablen contigo y con Fognino, que sois quienes mandáis aquí ahora...

—No, no, Pepeta: hago lo que tú quieras: te obedesco.

XXIV

ALEGRIAS Y DOLORES COMBATEN A LA POBRE MARIA PEPA

Seis sabios, de sexos indistintos, formaban, incluyendo a Sara, que los presidía, la comisión encargada de pedir explicaciones a María Pepa sobre el *extraño* y *alarmante rumbo*—subrayamos las palabras como las recalca aquélla—del avimundo, y de llegar

a todos los extremos que preciso fuere para que entraran en vereda él y su Capitana.

Fairelo era uno de los comisionados, y entró el último; Sara, la primera; él llevaba actitud indiferente; ella, aun teniendo bien acreditado su valor temerario, no se avenía

a la probable muerte; y su protesta se en-crespaba pensando que esta vez no era suya, como otras, la culpa de aquel riesgo, acarreado por reales torpezas del mando, que ansiaba echar en cara a su odiada enemiga, humillándola, abrumándola con su desprecio de sabia, satisfaciendo, al paso, su aborrecimiento de mujer celosa.

Y tal la aborrecía, que hasta llegaba a consolarla de la próxima muerte el pensar que ésta sería prueba del fracaso de la Capitana, y que muriendo evitaría el bochorno de verla arrebatarse a Alvaro, cosa que cada día iba temiendo más la hermosa yanqui: que en su feroz odio prefería perder la vida en la catástrofe a presenciar un nuevo triunfo de la pericia de María Pepa. Venía resuelta Sara a que el comité que presidía, robustecido con la autoridad de portavoz de los acuerdos de los científicos representantes de casi todas las naciones, depusiera solemnemente a la Capitana y asumiera el mando. Para ella lo primero era esto; la salvación, lo secundario. Si el comité sabía conjurar el peligro, mejor; pero, aunque así no fuera, prefería tostarse viva en el fuego solar a ser salvada por la española.

Los otros comisionados, uno de los cuales era comisionada, no ofrecían particularidad interesante.

Recordando anteriores encuentros con su enemiga, llegaba la indignada Comandante de Bifrontes Aviadores, dispuesta y preparada a vencer resistencias y altiveces, resuelta a chillar alto, y a recurrir, a poco que preciso fuera, a la violencia; pues cuanto más gritara la otra, que tenía sobre sí la responsabilidad de un probable naufragio—¡y qué naufragio!—más empeoraría su situación.

En el camino del Instituto a la Comandancia había hilvanado, para entrar en materia, una breve pero aplastante y depresiva catilinaria que a quemarropa pensaba disparar a María Pepa, sin darle tiempo para prevenirse; así que, apenas traspasó el umbral de la puerta del despacho, dijo con alto tono y agrio acento:

—Por acuerdo de cuarenta y dos de los cincuenta científicos comisionados internacionales, que en el planetaide representan *toda la terráquea ciencia*, venimos a exigir a su Capitana explicaciones sobre la absurda y peligrosa dirección de marcha...

—Que gustosa me presto a dar a ustedes—interrumpió María Pepa cortándole el exordio a la oradora, en el momento mismo en que iba a remontarse a las alturas de fulminante apóstrofe.

No esperando Sara tal suavidad, que la impedía seguir por el camino proyectado, ti-

tubeó un instante; pero, creyendo tener humillada a sus pies desde el primer momento a su enemiga, el deseo de hacer patente a todos, y especialmente a Alvaro, la humillación, hízole contestar:

—Naturalmente... Pues no faltaba más sino que habiendo fracasado nos la negara usted... Con gusto veo que no se acoge a su habitual orgullo; que ahora sería extemporáneo, lo cual implica concesión...

—Abreviaremos, si les parece a ustedes—contestó María Pepa, reprimiendo, a duras penas, sí, pero enfrenándola, la cólera que encendió en ella la última frase de Sara—. La ocasión no es para discursos.

—Es que debo decir a qué venimos: y lo diré.

—Lo sé hace más de una hora. Y contestando desde luego, ahorro tiempo, que no es para perdido. Es efectivamente absurdo el rumbo y alarmante la situación; porque hemos comenzado a caer en el Sol.

—Ya lo sabía. ¿Lo ven ustedes?... No queda otro camino que...

—¿Deponerme del mando?... También lo sé, y me allano a entregarlo a quien tenga más probabilidades que yo de salvar el orbimotor y su pasaje.

—Ya lo oyen ustedes. Esta mujer, que confiesa habernos traído a peligro de muerte, no tiene medios de evitarlo—interrumpió Sara queriendo producir un pánico en los comisionados, para sacar la discusión de los serenos cauces por donde la llevaba la moderación de María Pepa—. No hace falta más para destituirla; para exigirle responsabilidades, para...

—¡Recongelación!...

—Silencio, señor Ripoll. Señora Sam Bull, lo más urgente, lo que no admite espera, es saber quién va a reemplazarme. No invoco mi calidad de jefe indiscutible, pues la gravedad de las circunstancias me hacen considerar deber moral ceder el mando del aparato que he creado y hasta aquí he conducido, no a quienes juzgue *yo* más aptos para ejercerlo, sino a quienes, en opinión de cuantos aquí estamos reunidos, tengan plan y medios que inspiren mayor confianza para regir el Autoplanetoide. Si todos perecemos, poco importarán luego mis responsabilidades; si nos salvamos, ya habrá quien tenga entonces autoridad y prestigio, que hasta ahora falta a ustedes para exigirselas. Dejemos esto, pues, y vamos, sin perder más tiempo, a lo que apremia e interesa: quién va a mandar aquí.

—Sí, sí—dijeron dos o tres de los comisionados, haciendo comprender a Sara la imposibilidad de continuar por el derrotero que llevaba.

—Aquí no manda ni mandará nadie más que tú.

—Aquí, señor Ripoll, mandará quien ofrezca superiores garantías de acierto y competencia para sacarnos del peligro presente—replicó con firmeza María Pepa, que por momentos se captaba la aprobación de los comisionados presididos por Sara, a los cuales se dirigió, agregando—: Eso no lo discutiremos (pues todavía mando, y no consiento se pierda ni un momento en discusiones), pero lo votaremos ahora mismo en cuanto quienes tengan planes los expongan breve y sumariamente. Y no podrá tachárseme de amañar mayorías, porque ustedes son seis y mis amigos y yo cuatro...

¿Cuál es, señora, el plan de la comisión que usted preside para sacarnos del actual peligro?...

¿Qué fuerzas van a oponer ustedes a las que nos arrastran?... ¿Cuáles son éstas?... ¿Cómo piensan ustedes emplear aquéllas?...

Tan perplejas dejaron a Sara estas inesperadas preguntas, que no obstante su despierta inteligencia y su resuelto espíritu, no atinó a dar contestación con la que no quedara en evidencia, balbuceando mientras la buscaba:

—Nosotros... Esta comisión... Ya hemos dicho...

—El plan, el plan, señora... Y si usted desconoce el que seguramente traerá la comisión, invito a estos señores a que lo exponga aquel que lo conozca.

—No se trata de eso—rugió Sara—. Usted quiere eludir...

—Ya he dicho que ahora no se trata de mí... ¿Es que no traen ustedes plan ninguno?...

No puede ser... No lo puedo creer...

Contéstennme, señores... ¿Cómo y por qué medios piensan ustedes salvar la situación?

—Necesito explicar—contestó Sara—... En nombre de cuarenta y dos sabios...

—En nombre de doscientas vidas amenazadas ni a los sabios consiento malgastar ni un minuto siquiera en cosa que no sea dar medios de salvarlas.

Aun quiso Sara protestar, revolviendo el catarro, pero entonces fueron sus compañeros quienes, impresionados por las juiciosas palabras de la Capitana, la impidieron hablar.

—¡De modo que no tienen ustedes plan ninguno!...

—¡Ah, Maquiavelo!—decíase Fognino, sonriendo maliciosamente, y paseando sus miradas socarronas desde su nieta a los comisionados, que, sintiendo lo desairado de su situación, no levantaban los ojos del suelo.

—Pero, a lo menos, sabrán la causa de la dificultad presente.

—Pues claro está—contestó Sara, agarrándose a la única contestación que podía dar para salir de aquel mutismo desairado y ridículo—. Que caemos en el Sol.

—Eso ya lo he dicho yo antes; pero la causa de la caída es lo que importa conocer, la fuerza que provoca tal caída: que mal podrán ustedes detener si no saben nada de su origen.

—La causa está bien clara: la torpeza de usted; la fuerza, la de su ignorancia.

Eran tan parcial y descompuestamente agresivos el tono y las palabras de esta respuesta, y tan vacía se hallaba de noticias o conocimientos útiles para salir del trance que a todos preocupaba, que los comisionados se miraron los unos a los otros, mostrando, en la expresión de sus semblantes, muda, pero evidente condenación de aquel intemperante exabrupto, muy cercana a trocarse en explícita repulsa de tan apasionada e inútil forma de plantear el problema de la común salvación. Es decir, todos no, pues Alvaro no miraba a los otros, sino que fijamente clavaba en Sara una dura mirada, con expresión que, por ella advertida, la descompuso y la sacó de sí aun más que estaba, siendo soplo violento en la hoguera de su odio.

Ripoll bramaba, pero interiormente, por no exponerse a la tercera pública admonición de María Pepa. Fognino no se indignaba con la aviadora yanqui por preocuparle mucho el enterarse de las miradas no muy cariñosas que se cruzaban entre ella y Alvaro; pero Haupt, que no tenía tales motivos de distracción, perdió su pacífica ecuanimidad y protestó increpando a Sara:

—Señora mía, no es tolerable que gratuitamente hable usted de torpezas del mando...

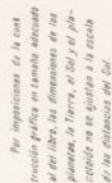
—Doctor Haupt—le interrumpió la Capitana—, suplico a usted no haga alto en menudencias... Nuevamente pregunto a los señores comisionados, y esto es lo interesante, si saben por qué caemos en el Sol, si conocen la causa que determina la caída... ¿Cómo?... ¡Tampoco saben eso!... Me parece imposible que ninguno de ustedes lo sepa—al decir esto miró a Alvaro—. Los invito, los conjuro a que si alguno tiene medios de afrontar la situación, los exponga. Y si se consideran mejores que los que yo pienso aplicar, le haré entrega del mando.

Pero ¿es que ninguno de ustedes sabe por qué caemos?...

La voz de la Capitana temblaba al hacer la pregunta.

Pasaron breves instantes, que a todos parecieron larguísimo, al cabo de los cuales brilló en los ojos de María Pepa, no la ale-

DEL AUTO-PLANETOIDE DESDE LA TIERRA A VENUS



gría del triunfo de la Capitana, sino el gozo sentido al ver que Alvaro había callado a Sara lo que le dijo a ella: que a ella y no a otra le daba medios de triunfar, si era posible el triunfo. Y ya arrogante, prosiguió mirando frente a frente a su rival.

—De modo que sin plan, sin conocer siquiera la índole de la dificultad, ni de la fuerza que es preciso vencer, ignorantes de cuanto hay que saber para mandar, vienen ustedes a hacerme perder tiempo que necesito para intentar salvar a todos!...

Pero ¿es posible?... ¿Es que creen ustedes que con quitarme el mando basta para que el Autoplanetoide tuerza su rumbo al Sol para volver a Venus?...

—Tiene razón, tiene razón—dijeron los compañeros de Sara.

—No la tiene mientras no explique qué va a hacer. Tenemos competencia científica para aprobarlo o rechazarlo, y esto es lo menos que podemos exigir a quien es evidente que no tiene pericia para regir el Autoplanetoide, a quien lo lleva a la catástrofe.

—Señora, frente a otro plan presentado por personas de ciencia, a la ciencia diría que resolviera entre él y el mío; pero a vulgares amotinados no da LA CAPITANA explicaciones. Vuelvo a asumir autoridad y responsabilidad. Yo sé la causa del accidente; yo tengo medios, no sé si de vencer, pero sí de luchar, y los aplicaré. Ustedes obedezcan. Hemos terminado.

—Eso es hablar—dijo Ripoll fuera de sí.

Sara había perdido la partida, quedando en evidencia ante los mismos comisionados, y, lo que era peor, ante Alvaro, que había ya visto claro quién y cómo era su consorte laica, con la cual tuvo un breve rifirrafe por no avenirse a intervenir en la contienda, según pretendía ella: hasta que, convencida de que, por la primera vez, rehusaba Alvaro, categóricamente, plegarse a su voluntad, dijo nerviosa:

—Pero nosotros no somos sino comisionados de cuarenta y dos sabios: ellos decidirán.

—Perdone usted, quien decide soy yo, que no tolero conclave, complot, ni menos resistencias. Mas, no olvidando mi palabra, de aquí saldrán ustedes libres: es más, les concedo veinte minutos para que, volviendo al Instituto, digan a esos señores que de tener alguno de ellos plan y actitud para pilotar el Autoplanetoide, todavía me avengo a conocerlo y a compararlo con el mío. Esperaré ese tiempo, sin perderlo por mi parte; pero, si pasa sin recibir respuesta, quedan desde ahora prohibidas reuniones de más de tres personas, por muy sabias que sean. Y quien infrinja este mandato, aténgase a

las consecuencias... Es inútil, señora, que pretenda hablar más. En este instante comienzan a contarse esos veinte minutos. Son las tres y diez.

Los comisionados se llevaron, quieras que no, a Sara, que iba lívida. Los viejos abrazaron enternecidos y gozosos a María Pepa.

* * *

Quince minutos después se abrió la puerta del despacho, donde la Capitana trabajaba, a solas, y la escoltera de centinela en ella entró diciéndole:

—Ahí fuera espera un enviado de los señores reunidos en el Instituto de Experiencias.

—Que pase.

No hacía falta el permiso, pues ya Fairlo se lo había tomado y estaba en el despacho, notando desde luego María Pepa en su actitud y gesto que una resolución muy firme lo traía.

Cuando tras él cerró la puerta la muchacha que lo había anunciado, preguntó María Pepa con voz no muy segura:

—¿Hay alguien que...? ¿Es usted quien...? Porque usted sí lo sabe...

—Ni se trata de eso, ni a mí me manda nadie. Allá todos ignoran la causa de la caída; yo he mentido al decir que me envían ellos, y he mentido premeditadamente para tener certeza de entrar aquí, donde, a no haber hecho esto, es probable me negaran la entrada...

Lo lógico, lo clásico, lo que los cánones de la novela exigirían ahora sería que María Pepa dijera altivamente: "¡Caballero!..." Pero a despecho de tan fuertes razones no lo dijo, sintióse todavía más turbada, y balbuceó, sin altivez ninguna:

—¿Pero entonces?...

—Me dijo usted hace poco que era probable peciéramos, y parece que ahora tiene usted esperanza de evitarlo.

—Esperanza, sí; gracias a usted; certeza, no: esa es de Dios.

—Pues bien; quiero que sepa usted que si muriendo me bastaba para morir contento el morir a su lado, no me resigno ahora con la vida si no me da la suya a cambio de la mía.

¿Que sintió la enamorada María Pepa ante aquella explosión de amor del hombre a quien ella adoraba? No hace falta decirlo, mas sí saber que su alegría fué tan grande y le salió a la cara de tal modo, que no le dejó a Alvaro duda ninguna de los sentimientos que la producían.

Y, sin embargo, cuando pensaba que su convencimiento sería corroborado, cuando esperaba oír de labios de la Capitana que le era otorgada aquella vida con que quería fundir la suya, cuando quiso acercarse a compartir su evidente júbilo, asombróse al oír estas secas palabras que imponía la conciencia al corazón de María Pepa, clavándole a él en el lugar donde se hallaba:

—La vida de usted es de otra: ni usted puede ofrecerla, ni yo aceptarla.

—Mi vida es mía desde el momento que no quiero sea de ella.

—Hay entre ustedes lazos...

—Que se rompen por voluntad de cualquiera de los dos: el matrimonio lo deshace el divorcio.

—Yo no admito el divorcio. Ni yo comprendo que las almas se partan para irse

dando en trozos a través de la vida, ni concibo pueda darse ésta sino una sola vez. Así soy: me repugnan amores desprendidos de otros brazos y me repugnan las mujeres que ruedan de esposos en esposos.

—Esas son antiguallas: cosas de beatas.

—Puede ser: yo soy de esas a quienes llama usted beatas. Pero aunque no lo fuera... Contésteme: cariño, amor que fué ayer de una y hoy es de otra, ¿de quién será mañana?... ¿Quién en él fundará la fe de que amor vive?... No: vida y amor que tienen dueña no he de aceptarlos yo: no soy mujer que robe amor a otras mujeres...

Y sin dar tiempo a la respuesta, se salió del despacho.

—¡Y llora, llora!... ¡Va llorando!—decíase Alvaro enloquecido y consternado.

XXV

DE VENUS A MERCURIO Y VUELTA A VENUS

Según con cierta exageración terrestre, pero con astronómica exactitud, decía el buen Ripoll, Mercurio le venía pisando los talones a Venus, en lo cual estribaba el plan que María Pepa pondría en ejecución si a ello le daba tiempo la mancha solar: bien disminuyendo su actividad perturbadora, o bien porque el torrente de sus magnéticos efluvios se desviara, por efecto del constante giro del Sol, de la dirección que en su caída, recto al centro planetario, llevaba el moteostelar.

La cuestión se planteaba en los siguientes angustiosos términos: los presuntos náufragos en el inmenso océano flameante irían cayendo hacia él, cada vez más de prisa, por ser no solamente atraídos por el crecimiento de su peso solar, incesantemente aumentando con la disminución de la distancia al Sol, sino empujados además por la acumulación de las velocidades adquiridas.

El hermoso Sol iría creciendo vertiginosamente, ante sus ojos, hasta hacerse descomunal, horrendo: hinchándose, hinchándose, cubriendo más y más cielo, de hora en hora, hasta llenarlo todo.

Imagine el lector el espectáculo del celeste suave de nuestro firmamento substituído, de Oriente y Norte hasta el cenit, y desde aquí a Occidente y Sur, por la lumbre solar, y tendrá idea del cielo todo sol, que sería realidad, mil veces más terrible que

la más espantosa pesadilla, para los desventurados que en su fuego caerían, de no hallar antes fuerza, interna o externa, suficiente a disminuir la rapidez, o modificar el sentido, de la marcha, que en dos o tres días llevaría al orbimotor a cortar la órbita de Mercurio en un punto hacia el cual corrían, planetoide y planeta, en direcciones convergentes; pero que sería alcanzado por el primero cuatro o cinco fechas antes que por el segundo. Desde allí al Sol, crecería el igneo monstruo en progresión aterradora; luz abrasante cegaría los ojos, calcinando las retinas; y los cuerpos serían carbonizados mucho antes de tocarlos las llamas.

El solar peso del Autoplanetoide, que al pasar junto a Venus era de 78.500 toneladas, subiría a 272.395 (1) al cruzar el camino que recorre Mercurio. La velocidad, el impulso adquirido, alcanzarían números inexpressivos por su abrumante enormidad.

La única esperanza, tenue e imprecisa, cuya conversión en realidad salvadora dependía de fortuitas contingencias, fundaba-

(1) Igual a $\frac{78.500 \times 108^2}{58^2}$, siendo 105 y 58 mi-

llones de kilómetros las distancias de Venus y de Mercurio al Sol, por ser sabido que la atracción gravitatoria varía en relación inversa de los cuadrados de las distancias que separan los cuerpos entre los que se ejerce.

se en la rapidez con que Mercurio se acercaba al motoestelar. En seguida va a verse por qué.

A la una de la madrugada del 29 de diciembre comenzó Venus a pasar de su cuarto creciente, mostrando más de la mitad de su disco; pero, cosa extraña, a la par que ensanchaba reducíase su altura, como una luna que al cambiar desde creciente a llena se hiciera más pequeña al redondearse; y esto era buena prueba de que el Autoplanetoide se apartaba de Venus muy de prisa, según decía la rapidez de la disminución. Veintisiete horas después, es decir, a las cuatro de la madrugada (1) del 30, había recorrido, en derecha al Sol, veinte millones de kilómetros con velocidad media de 25.000 metros por segundo. Aquel presentaba a la estupefacción de los viajeros superficie mayor que ¡tres soles terrestres!

Con la sola excepción de María Pepa, sus adláteres y unos cuantos sabios de ánimo esforzado, el abatimiento era absoluto en todos, rayando en aborrecimiento al padre de la luz, de quien huía aterrorizada la población entera, encerrándose en sus casas, atrancando las ventanas y tendiéndose en los lechos con las caras apretadas contra las almohadas, para no ver la claridad, que de intensa aterraba, filtrándose a través de los párdados cerrados como si fueran éstos translúcidos cristales.

En motines no pensaba nadie, porque, ¿a qué, si era imposible retornar a la Tierra?

En aquellas terribles veintisiete horas alternaba Ripoll con una astrónoma mejicana en la observación de la *condenada*, cual la llamaba él, mancha solar, responsable de todo. Junto a ellos Alvaro y el Director del Instituto de *Análisis Fotoheliogénico* de Quito hacían, con espectróscopos, fotómetros y polarizadores ensayos incesantes de la luz de la mancha. Entre unos y otros comprobaban leve decrecimiento en la actividad de ella, y que el huracán electromagnético que rodeaba al orbimotor, tendía a desviarse del camino de éste; pero tan despacio, que era muy de temer no llegara a apartarse por completo sino ya tarde para luchar con la espantosa velocidad acumulada en la larguísima caída.

Hauptf y Valdivia no daban descanso a sus espirales logarítmicas ni a la máquina de ecuaciones, ni a los integradores automáticos, calculando posiciones y más posiciones del Autoplanetoide y de Mercurio, y

señalándolas de hora en hora en el planisférico, por Ripoll dibujado, que tenían extendido en el suelo del gran salón de la Comandancia.

María Pepa iba de tanto en tanto a consultar el plano, recibía los partes de los astrónomos y se volvía al despacho.

De diez en diez minutos gritaba el teléfono "¡ahí va!"; y al oírlo ella miraba al espejo de maniobra, para observar si daba indicios de excitación en las cargas; pues el "ahí va" significaba que, en la central eléctrica, y en aquel momento, lanzaba Fognino la corriente a los excitadores.

Pero de 324 "ahí vas" que María Pepa oyó en veintisiete horas, ni uno solo produjo efecto en la cristalina esfera del espejo, ni, por tanto, en las cargas del Autoplanetoide, cuya fuerza propulsora continuaba anulada por la tormenta magnética. Pero poco antes de llegar el 325º, entró Ripoll en el despacho gritando:

—¡Pepeta, Pepeta!... Prepárate: eso está ya para acabarse.

—Con tal que aun haya tiempo—dijo Hauptf, con gran calma, dando al manubrio de las ecuaciones.

María Pepa, serena, animosa y resuelta, porque iba a defender las vidas de los otros, pero no alegre, por no hallar en la propia el supremo aliciente que hace la vida grata, contestó:

—Pronto vamos a verlo. Y mucho ha de tirar el Sol para que pueda más que las docenas de descargas de cinetorio que le voy a oponer en cuanto pueda.

—Ahí va—chilló el teléfono.

—Venga—gritó Ripoll alborozado.

Todos rodearon el espejo de maniobras, que acusó indicios de electrificación en los excitadores.

—¡Ya, ya!...

—¡Viva, viva!...

—¡Gracias a Dios!—dijo María Pepa—. Valdivia, al puente. Por lo pronto, a luchar con el Sol, de poder a poder, excitando al máximo todas las cargas del hemisferio del Autoplanetoide fronteras a él; pero no de repente—pues el empuje sobre el orbimotor de esas fuerzas opuestas a la brutal de nuestra caída lo haría pedazos y nos abrasaría el calor en que se trocaría nuestra fuerza viva (1)—, sino aumentando paulatinamente, y

(1) Al convertirse en calor con la cesación del movimiento dicha fuerza viva—producto de la masa del orbimotor por el cuadrado de su desenfrenada velocidad—superior a 226.000 trillones de caballos de vapor, engendraría unos 40.000 trillones de calorías, con mucho sobradísimas, no ya para fundir el autoplanetoide sino para volatilizarlo.

(1) Repetimos que se trata de fechas y horas terrestres, pues ya se recordará que siempre brillaba luz de medio día en el novimundo.

no en menos de cinco minutos, las descargas hasta llegar al máximo. Dentro de un rato estaré arriba para ordenar qué ha de hacerse después. Papá Ripoll, a tu observatorio; y dentro de diez minutos avísame al puente si adviertes cambio en la dirección de marcha. Abuelito, ¿cuál es la posición que ocupará Mercurio dentro de dos días?

—Esta—contestó Hauptf señalando un punto en el plano.

—¿A qué distancia estamos de ella?

—A treinta y dos millones de kilómetros. ¿Qué vas a hacer?

—En cuanto hayamos excitado al máximo las cargas opuestas a la caída, reforzarlas con cuarenta o cincuenta que nos empujen en sentido perpendicular al de la atracción solar, para ir al encuentro de Mercurio, ahorrándole camino.

—¿Vas a excitar de una vez más de 180 cápsulas?... ¿Has pensado?...

—Sí, que puedo reventar el orbimotor con los terribles empujes convergentes de las tres cuartas partes de sus cargas; pero algo hay que arriesgar, y más valdría eso que abrasarse. Además, si no seguridad, tengo esperanza de que su solidez lo sacará con bien de esta tremenda prueba, pues confío en la gran elasticidad del corcho que entra en la composición de sus vítreas paredes.

Cinco minutos después estaba María Pepa en el puente, y realizaba con intensa emoción la peligrosa maniobra, que aun deformándose un poco—pues su esférica forma se hizo ligeramente ovoidal, achatándose en el sentido de la marcha y distendiéndose en el perpendicular a ella—resistió bien el auto-sidéreo. Razón tenía la Capitana: la fragilidad natural del vidrio era contrarrestada por la elasticidad de las sustancias córceas que en su composición entraban.

Al poco rato llegaba el aviso telefónico de Ripoll.

—El rumbo cambia. En vez de caer rectamente al Sol, oblicuamos en dirección que prolongada pasa entre él y Mercurio. ¡Victoria!... Pepeta, ¡Victoria: el Autoplanetoide está salvado!...

—Todavía no—dijo la Capitana—, mas lo alcanzado es mucho.

Inmediatamente dió orden de que el clámfono tranquilizase a los medrosos gritando esténtóreamente: "Hemos dejado de caer hacia el Sol. El autoplanetoide marcha con regularidad y se dirige, provisionalmente, al planeta Mercurio."

Puede juzgarse del regocijo de los pasajeros, que al oír la noticia se echaron todos a las calles, aunque tomando la precaución de pertrecharse, antes de exponerse a la luz, de gafas de triples cristales ahumados que

María Pepa había distribuido la antevispera, y que desde entonces venían usando ella y sus auxiliares y los pilotos: todos, en suma, cuantos no se habían encerrado en sus alojamientos.

Abreviemos. Bajo las acciones combinadas de la gravedad solar y del fortísimo empuje de 180 cargas, el Autoplanetoide se desvió de la dirección que hasta la madrugada del 30 de diciembre había seguido, tomando en lugar de ella la que en página cercana a ésta puede ver quien consulte el plano de sus idas y venidas en las horas terribles, como después fueron llamadas aquellas veintisiete.

Entre las veinticuatro del 31 de diciembre y la una del primero de enero, frenando ya con grandísima energía, se llegó a unos 130.000 kilómetros de Mercurio, es decir, poco menos que a su lado, viéndolo como enorme mancha negra que casi por completo ocultaba el Sol.

Veían, pues, los novipolitanos un eclipse anular artificialmente producido por la Capitana; pero el eclipse más prodigioso, imponente y fructífero que pudiera soñar la fantasía del más entusiasta astrónomo. Los que viajaban en el orbimotor estaban enajenados; Ripoll, loco perdido, exteriorizaba su alegría a tal extremo que amenazaba terminar en estallido cerebral y en descoyuntamiento pleno de todas las articulaciones de su rica osamenta.

—¡Qué observaciones!... ¡Qué descubrimientos!... ¡Qué ópticas alegrías!... ¡Qué delicias fotográficas!... ¡Qué embelesos espectroscópicos!... El Helio, el Neón, el Kriptón, el Geocoronium y otros parientes de estos selectos y aristocráticos gases, revelaban con rayas de sus luces cernidas por el prisma todos, todos los que todavía eran, en los laboratorios de la Tierra, secretos de la química estelar.

El *Ripollium*, un nuevo cuerpo simple, descubierto en la corona solar por nuestro amigo el Director del Observatorio de Barcelona, entraba triunfalmente a ocupar el número 377 en la lista de los cuerpos elementales que hasta 2.186 había identificado la Química. Hauptf y Fognino abrazaron efusivamente por tan hermoso triunfo al sabio catalán, mientras él exclamaba estrujando alternativamente a sus dos colegas:

—¡Ripollium!... ¡Ripollium!... ¡Qué bien suena!... ¿Verdad, Fognino?... ¡Qué solemne y qué eufónico! ¿No te parece, Hauptf?... Yo le puse al principio Peponium, pero Pepeta ha rehusado terminantemente este honor.

.....
.....
.....
Lástima no tener tiempo de describir el magnífico eclipse, ni de puntualizar los pro-

gresos incontables que de su observación nacieron en diversas ciencias. Mas como en viajes de la índole de los de María Pepa no es probable le falten ocasiones de provocar cuantos eclipses quiera, y todavía mejores; como corre prisa llegar al desenlace de lo que milagrosa y felizmente no acabó en achicharramiento, y aprietan los deseos de aproximarse a Venus, personaje planetaria y mitológicamente mucho más interesante y bello que Mercurio, dejemos el eclipse para ver a la Capitana llevar el Autoplanetoide a su destino.

Con lo hecho había realizado la primera parte de su plan. Mercurio, interpuesto entre el Sol y el orbimotor, servía a éste de utilísima pantalla que, no solamente interceptaba la fuerza de la atracción sobre él del astró rey de los orbes planetarios, libertándolo de terribles peligros, sino que, en el supuesto de que otra mancha o protuberancia solar cual la pasada levantara nueva tempestad, detendría sus cascadas de electrones antes de que llegaran al motoestelar.

La única fuerza apreciable que tenía que vencer la Capitana para enderezar nuevamente el rumbo a Venus era la gravedad mercuríca: una insignificancia que las cargas cinetorias dominarían jugando (1). Pero a condición de que en la travesía de Mercurio a Venus no perdiera nunca el Autoplanetoide la protección de aquél, viajando siempre a su sombra. Para ello había que pilotar el aviplaneta combinando velocidad y dirección de modo que hasta llegar cercano a Venus *se mantuviera siempre en línea recta con Mercurio y el Sol*, resguardándose de éste con aquél.

Con esta condición sería casi nulo el peso del novimundo, y con pequeño gasto de fuerza propulsora podría en ocho jornadas recorrer los sesenta millones de kilómetros que le separaban del término del viaje.

Pero planeta por planeta, y teniendo uno tan a mano, ¿por qué no aterrizar en él cual proponían algunos viajeros, nostálgicos de pisar mundo más firme y sólido que el Automundo?

Por diversas razones, entre las cuales eran secundarias el miedo a la temperatura de Mercurio y la fealdad de él, comparado con Venus, y principal y decisiva que habiéndose despedido para Venus la zaragozana

cuando partió de Zaragoza ¡qué dirían los baturros al saber que había ido a otra parte!...

¿Que a Mercurio lo veían como a un mundo y a Venus como estrellita pequeñina? ¿Que estaban lejos y había dificultades? Pues motivo de más para demostrar a aragoneses y novipolitanos que la baturrica tenía pericia y le sobraba tesón para salirse con la suya.

Aristides la jaleaba indignándose de que nadie pudiera preferir la sordidez y la vulgaridad del antipático Mercurio, dios de mercaderes y de cacos, a las deslumbradoras opulencias de la hermosura de Afrodita.

Y otra vez rumbo a Venus, en esta última etapa de la accidentada travesía, viendo de nuevo cómo crecía a luna la estrellita que brillaba a la izquierda de la Tierra, y se iba separando de ésta; a ver aumentar en tamaño, el mundo adonde iban, a la par que Mercurio, mancha negra en el Sol, iba haciéndose cada vez más pequeño, hasta acabar en punto chiquitín en medio de su disco.

El bienhechor planeta continuaba sirviendo de sombrilla al Autoplanetoide; y libre éste de la atracción solar, la acción sobre él de la de Venus, combinada con el empuje de sus cargas, hacía recorrer, con marcha majestuosa y serena, su camino, admirando a todo sabio la matemática exactitud con que lo mantenía la Capitana en el debido y complicado rumbo.

Por cierto que en aquellas ocho jornadas finales del viaje no podían los ignorantes comprender que los doctos ponderaran la fijeza en la derrota cuando ellos veían claro que cada día era diferente; pues al iniciar la arrancada para separarse de Mercurio, no era posible mirar a Venus sin alzar la cabeza hasta descoyuntarse casi las vértebras cervicales, pues estaba allá arriba, alto, alto, muy próximo al cenit; y según avanzaron fué bajando cada vez más de prisa, llegando a vérselo en dirección horizontal primero y más bajo después, hasta que el 5 de enero lucía a los pies de los susodichos ignorantes, y de los que no lo eran.

Explicación sencillísima de esto: *que sin cambiar de rumbo, cambiaba el Autoplanetoide por completo de posición, dando, sobre sí mismo, una suavísima voltereta*: ni más ni menos que una bola de billar picada con efecto bajo avanza hacia adelante a la vez que, hacia atrás, gira sobre su centro.

La razón es clara: Venus tiraba de todas y cada una de las partes del orbimotor; pero tiraba con más fuerza de las de mayor peso, o, en términos más ajustados a lenguaje me-

(1) Los 20 millones de toneladas de peso del Autoplanetoide en la Tierra reducíanse a los 150.000 kilómetros de Mercurio, a unas 15.700, habida cuenta de que la fuerza de la gravedad es 0,439 de la terrestre.

cánico, de las de mayor masa (1); y como éstas eran las de la zona austral, lastradas con talluro, el polo sur del novimundo corría más de prisa que el norte en la carrera de ambos hacia Venus: cosa que por ser invariable la distancia entre ambos polos, a causa de la rigidez de la estructura del novimundo, no podía realizarse sino mediante la voltereta de él sobre sí mismo. He aquí porqué a los tres días de viaje *se les subieron los pies a la cabeza a todos los viajeros* del motoestelar: quiere decir, que en vez de continuar, como empezaron, cayendo de cabeza, caían ahora de pie. Y así proseguirían hasta el momento de *venusizar* en el planeta: pues si se dice que aterriza un aviador al tomar tierra, claro es que al tomar Venus *venusizarían* los expedicionarios del autogravitante.

Entre *venusizar* de cabeza o *venusizar* de pie, la elección no es dudosa. Y no conseguía poco María Pepa haciendo andar de-

rechos a los viajeros al acercarse a Venus, pues sin salir del mundo hay muchos que **por Venus andan de coronas** no tendría novedad, y ya habrán entendido

Ya hemos dicho, cuando de reñón la vimos, que Venus es hermosísima. Bueno: esto los lectores que se quiere decir Venus hermosísimo; pues el autor no es responsable de que al planeta masculino le haya sido dado femenino nombre; como tampoco es culpa suya que el Sr. Leblonde se empeñara en no ver un bizarro soldado, sino una guapa moza en el cabo de la escolta. No hay, por tanto, que mostrarse exigente en gramaticales concordancias relativas a géneros en el presente libro.

Repito que el planeta se ostentaba opulenta y esplendorosamente bello en los momentos de la llegada cuando sobre él volaba el planetoide no más que a 40.000 kilómetros de altura entre las veinticuatro del 8 y la una del 9 de enero de 2187.

XXVI

VENUS, TRAIIDORA

Entró el orbimotor en la atmósfera del mundo a que arribaba, no a plomo, sino al sesgo, o sea tangente a las altas capas de ella.

Era dicha atmósfera de un aire no azul como el terrestre, sino *blanco, blanquísimo*, visto en grandes masas, sin perder por ello transparencia, cual no la pierde el nuestro por ser de aquel color. Al de su atmósfera debe Venus su brillo excepcional entre los astros.

Una vez franqueado el espeso manto de nubes que a gran altura circundaban el planeta, hallóse el planetoide entre un dosel formado sobre él por el niveo celaje de lo alto y los mares y tierras que a sus pies contemplaban los expedicionarios. El suelo, de intenso verde oscuro, tachonado con manchas de vegetación carmín, opalina do-

rada; los mares, interponiendo entre los continentes amplios océanos, cuyas aguas se teñían con los tonos de la abrileña lila.

De pueblos, edificios, monumentos y pobladores ya hablaremos.

Para ahorrar cinetorio y atenuar la caída entraba el motomundo en el planeta, cual salió de la Tierra, describiendo espirales en derredor de su esférico contorno, sólo que progresivamente más cerradas, más cercanas, en sucesivas vueltas. Tres y media de éstas dió el Novimundo al Venusmundo, y en ellas le anocheció y amaneció tres veces en siete horas.

Como hábil piloto, que reconoce ignota costa, aprovechaba María Pepa aquellas repetidas circunvoluciones en estudiar la disposición de tierras y mares en aquel orbe: queriendo coleccionar de los relieves y pendientes de sus montañas, y de las extensiones de sus océanos en cuál de éstos tendría mayor probabilidad de encontrar grandes profundidades, pues era cosa resuelta *in mente* por la Capitana, desde antes de su experiencia en el Pacífico, no aterrizar en montañas ni llanuras venusianas, sino dejarse caer sobre las blandas olas de los mares de donde verosimilmente habría surgido la diosa cuando nació, según es fama, de marinas espumas. Porque en los mares de la

(1) Es posible que algún físico artero, ponga reparos a esta explicación, diciendo que en el vacío caen todos los cuerpos con igual rapidez; pero dejando a un lado otra contestación por demás complicada, replicaremos que como hemos quedado en que no existe en parte alguna el vacío absoluto, en que el vacío es un mito, no hacemos caso de reparos. ¿Qué saben estos sabios que hoy usamos de las cosas que pasaran en el siglo XXII? esos sabios que pretenden deducir lo que allá arriba hay, de lo que no hay en la pobre campana de la máquina neumática.

Tierra no surgió. De eso estoy bien seguro.

—¿De modo—preguntó Hauptt—que vamos a repetir aquí lo del Pacífico?... Haces bien. Pero aun así...

—¿Aun así?... Ya entiendo tus temores. Piensas que de estos mares no tengo, cual de aquéllos, conocimiento de sondeos, y que de no hallar fondo suficiente todavía puede el orbimotor romperse contra él. ¿Verdad?

—Precisamente.

—Por eso prolongo estos vuelos, cada vez más cercanos a ese desconocido mundo, procurando deducir de su aparente constitución, de sus formas externas y de los escasos indicios geológicos susceptibles de ser apreciados en un rápido reconocimiento, dónde convendrá más caer... ¿Acertaré?... Allí veremos. Pero ni tú ni yo ignorábamos al lanzarnos a estas aventuras en desconocidos mundos que en no pocos problemas, de los que no es el único, ni el último, éste de ahora, dependerá la solución de hechos y causas que ni siquiera sospechábamos. Previendo lo que a mi alcance esté habré cumplido: de lo demás ya cuidará la Providencia. Cuanto yo puedo hacer es frenar fuertemente, caer en el mar no vertical, sino casi horizontalmente y lanzar al llegar a las olas, una intensísima descarga austral que disminuya peso a mi mundo y velocidad a su caída para que el chapuzón no sea muy hondo.

—¿Y has elegido ya fondeadero?—preguntó Fognino.

—Me inclino a este gran océano, sobre el que ahora volamos. Sus clarísimas aguas vistas desde aquí arriba parecen profundas; la enorme altura de la cadena de montañas que sobre aquella costa de la izquierda se alza, poco menos que a pico, hasta alcanzar altura que triplica tal vez la de nuestro Himalaya (1), y aquel cono volcánico tan elevado como cuatro Teides, parecen indicar que las tierras submarinas bajan, con pendientes muy agrias, a un hondísimo fondo debajo de las olas, análogamente a lo que en nuestro mundo ocurre en la costa occidental de la América del Sur, al caer al foso andino. Mas todavía aguardo a exami-

nar todo esto a altura no mayor de 15 a 20 kilómetros, en la siguiente vuelta que demos al planeta.

Quando después de dar otra vuelta completa en derredor de Venus, tornó el orbimotor a volar nuevamente sobre el limpio océano, no tan grande, pero tampoco mucho más pequeño que nuestro Pacífico, pudo María Pepa observarlo más detenidamente, por la doble razón de no volar sobre él, sino a 18 kilómetros de altura, y con marcha ya reducidísima, de cuatro mil escasos por hora. Jamás pudo aplicarse a mar ninguno con mayor razón el adjetivo limpio, y gracias a esto fué posible apreciar desde la altura formas del fondo, a gran profundidad, en las partes cercanas a suaves costas, y presumir que lejos de ellas ofrecería el océano en que se había fijado María Pepa hondísimos sondaes.

—Ya está resuelto—dijo señalando hacia abajo—. Aquí caeremos a la siguiente vuelta con velocidad que en el momento de tocar las olas no pasará de los cien metros por segundo. Además, la manera como va descendiendo en altura nuestro vuelo, a la par que avanzamos, es menos rápida de como con la actual marcha descenderíamos en la Tierra, y la rapidez de ella es también inferior a la que allí darían las cargas que empleamos.

—Claro, porque aquí, en Venus, cada kilogramo no pesa sino 807 gramos, lo cual no sólo es causa de que bajemos más despacio, por su directo influjo sobre el orbimotor en cada instante, sino que en razón del decrecimiento de la fuerza viva acumulada por la velocidad adquirida en nuestro vuelo...

—Ya he tenido en cuenta eso, y, sin embargo, velocidad y caída son todavía más lentas de lo que a tal disminución de peso corresponde: lo cual es prueba de que el aire de Venus pesa bastante más que el aire de la Tierra.

—¡Vaya una novedad!... Eso lo sabe el último aprendiz de Astronomía.

—Papá Ripoll, perdona, eso lo suponíais; pero *saberse no se ha sabido hasta ahora*. Descubrimiento que me complace mucho, porque me facilita la maniobra y aminora los imprevisos riesgos de ella.

Poco más de tres horas se emplearon en dar aquella última circunavestración de Venus que tiene de cintura 39.960.000 me-

(1) La ingente altura a que se refería María Peps, dándole por nombre el de *Monte Shroeter*, resultó tener cuando más tarde fué cuidadosamente medido, 36.753 metros, o sea más de cuatro veces la elevación del más alto pico de nuestra Himalaya. Se había, pues, quedado corta la Capitana en su apreciación a ojo y Shroeter largo en la que, a principios del siglo xix, dió como elevación de tal montaña cuya existencia observó, fijando su situación junto al cuerno sur de Venus creciente.

tros (1). En ella veían los expedicionarios con toda claridad inefables paisajes, mares bellísimos, ríos, lagos, ciudades resplandecientes y multitud de extrañas novedades que embelesados admiraban, y cuya descripción será oportuna cuando con toda calma paseemos por los campos y visitemos urbes y monumentos del planeta, si, como es de esperar, acaba bien el viaje, en el que ahora lo más interesante es la llegada.

En toda aquella última vuelta no abandonó la Capitana ni un instante la dirección personalísima de la maniobra, que a nadie flaba en el definitivo albur de cuyo resultado dependían el triunfo o el fracaso de la magna empresa que había sido sola preocupación y único sueño de su vida, hasta que vino a trastornarla un hombre, al que por la primera vez en muchos días conseguía María Pepa olvidar siquiera fuese breve tiempo, pasado el cual volvería a atormentarla. Pero entonces, cercana al desenlace, con la mirada fija en el liliáceo mar ignoto de un mundo aun más ignoto; espionando el momento de caer sobre las olas que veía alejarse debajo de sus pies; con la mano en los conmutadores de órdenes, emoción intensísima le henchía cerebro, corazón y alma, sin percibir en todo el universo sino la existencia de tres seres: Venus, el Autoplane-toide y Ella: ni veía a los tres viejecitos, que se extasiaban en su radiante alegría, ni se enteraba de las chanzas de Aristides, que con una maleta en una mano, un atacapas en la otra, y en la cabeza un *salakoff* inglés con gasa verde para los mosquitos, increpaba a Ripoll por su ignorancia.

¿Porque qué ciencia astronómica era la suya, y para qué servía el observatorio de Barcelona si a la llegada al primer planeta en que hacían escala no podía el director de él dar el menor informe a los viajeros sobre los hoteles venusianos, ni sobre la tarifa de los autos, ni siquiera ofrecerles una mala guía?...

Pero si no sabe usted esas necesarias y elementales cosas, ¿para qué tanta ciencia?... Para charlar, para pavonearse con los amigos en la Tierra, pero completamente inútiles para quienes andamos por los cielos. ¡Vaya una astronomía!...

¿Qué ha hecho usted años y años asomado a los anteojos, y curioseando en Venus, si ahora salimos con que no sabe nada de cuanto puede interesarnos en ese amable mundo? Ha perdido usted el tiempo, amigo

mío, y, además, el dinero pagado por sus telescopios.

Mientras esto ocurría allá en el puente, abajo se apiñaba en los balconillos el pasaje entusiasmado, sin que de todos los expedicionarios faltaran sino dos personas. Era una Fairelo, que recostado, como en la noche de la partida de la Tierra, en la esquina del Casino Internacional, miraba a María Pepa alta, muy alta, más alta que nunca; mas sin hallarla odiosa ni acordarse siquiera de Felipe II, sino admirando, ya sin reservas, ni dudas, ni vacilaciones, sino con ojos, corazón e inteligencia, a la más grande heroína del sistema planetario. A la Colón de los planetas.

La otra ausente era Sara, que iba a entrar en el mundo de llegada con jaqueca, como salió del de partida, y que se había encerrado para no ver a Venus, por parecerle ¡fea!...

¡Feo Venus!... ¡Qué herejía!... ¡Venus, el planeta más bello, la refulgente estrella vespertina, el más poético de los astros!... ¡Venus, la más hermosa de las diosas, fea!...

Ya era difícil, Sara; mas también es, verdad que ella tenía derecho a mostrarse exigente en femenil estética, porque de Venus consta que una vez sola vió oficialmente premiada su hermosura con la célebre manzana, por culpa de la cual pelearon Aquiles y Héctor, y ardió Troya, mientras mistres Sam-Bull podía ufanarse con seis premios de belleza. Y además la manzana se ganó en el Olimpo, quiere decir en un villorrio, y en lucha con dos competidoras, mientras que Sara había ganado sus trofeos en concurrencia con millones de bellas en la inmensa Yanquilandia. No es, pues, extraño que desdénara a Venus.

Como todo llega en este mundo, y en aquel también, al fin llegó el solemne instante de recibir el motoplaneta la primera caricia de labios de la diosa; dos olas que a la par se alzaron de la superficie de las aguas, con impaciencia de besarla, antes de que en el mar se hundiera. Parecía aquel beso bienvenida del planeta.

El pasaje, que tiempo atrás, al caer en el Pacífico, prorrumpió en alaridos de terror, y que de entonces tenía la experiencia de la soltura con que la Capitana hacía bucear al avimundo, saludó la inmersión con regocijado clamoreo.

No se había sentido el menor choque: ante el Autoplane-toide se entreabrían, con sorprendente suavidad las aguas, y dulce y amorosamente era acogido en el seno de Venus.

María Pepa sintió júbilo sobrehumano.

(1) La de la Tierra es poquísimamente mayor, 40.000.000 de metros, según saben los chicos de la escuela, aunque a veces lo olvidan al llegar a grandes.

Había llegado, había triunfado. Dió un suspiro de satisfacción, bajó los ojos, para recrearse en la alegría del que podía llamar su pueblo, y al ver antes que a nadie a Alvaro, contemplándola, su alegría se disolvió en dos lágrimas. Había llegado a un mundo muy hermoso, muy hermoso, donde no podía amar: al mundo de la Diosa del Amor, y el amor la estaba a ella vedado.

—¡El, siempre él!... ¡El, endulzando todos mis dolores!... ¡El, amargando todas mis alegrías!...

Ripoll, Hauptf y Fognino la observaban:

—¿Lloras, hija mía?—preguntó el primero.

—Es de alegría, *noy*—dijo Ripoll.

—¡Povera fanciulina!—pensó Fognino viendo adonde miraba María Pepa.

—¡Venus!... ¡Venus!... ¡Venus!...—gritaban alborozadas doscientas criaturas mientras el Autoplanetoide se hundía y se hundía entre las transparencias de las aguas teñidas de suavísimo violeta.

El sitio de caída estaba bien elegido, pues se hundió el novimundo sin el menor tropiezo hasta 7.000 metros bien corridos de profundidad, con velocidad grande todavía al tocar las aguas, pero rápidamente decreciente hasta hacerse pequeñísima, casi imperceptible, a medida que el rozamiento con aquéllas iba contrarrestando la velocidad adquirida en la caída, ya muy amenguada por la descarga cinética que lanzó María Pepa en el momento de la inmersión.

Recordando lo que había ocurrido en el descenso del orbimotor al Pacífico, aguardaban los expedicionarios que de un momento a otro se detendría para ascender en seguida en virtud de su fuerza de flotación. Así, al sentir un choque, muy leve, es cierto, pero perfectamente perceptible, fué en un principio interpretado como iniciación de la subida, y saludado con aclamaciones de entusiasmo, que sólo resonaron breve tiempo; pues muy pronto se dió cuenta el pasaje de que la sacudida no había sido ocasionada por el comienzo del esperado movimiento ascensional, ya que el novimundo permanecía quieto, completamente quieto, *varado*, *en suma*, en el viscoso y blando légamo del fondo del océano venusiano.

Gracias a aquel colchón formado por los restos de las descomposiciones orgánicas de plantas y peces muertos, que tal vez tenía cien o más metros de espesor, y en el cual quedó hundido seis o siete la parte inferior del novimundo, gracias a esto y a la escásima velocidad que ya llevaba éste, no se hizo aficos contra el fondo, reduciéndose todo a una leve sacudida.

Felizmente el fondo del mar del planeta

de llegada estaba a aquellas profundidades constituido, como era lógico, por cieno análogo al que la sonda ha revelado, en los hondos sondeos de no pocos océanos de la Tierra: cieno geológico, que poco a poco se iría haciendo piedra.

Huelgan ponderaciones sobre la decepción, el desánimo y el abatimiento de los viajeros al darse cuenta de que al cabo de tanta pericia y tanto susto, cuando todo riesgo parecía pasado y todo temor desvanecido, no eran en Venus sino náufragos en sus mares hundidos.

Porque no cabía duda, el Autoplanetoide había zozobrado: esto era un hecho que nadie discutía una hora después de la inmersión, al convencerse de que permanecía quieto, en el fondo del mar, a 7.230 metros por debajo de su superficie, según dijeron los gravímetros de Hauptf (1).

Aun convencida de la inutilidad de probaturas poco meditadas, accedió María Pepa a hacer tres o cuatro descargas de cápsulas australes, no tan sólo por condescender a unánimes deseos del pasaje, sino para persuadir a éste de que en lo ocurrido no tenía culpa alguna la Capitana ni su planeetoide, que seguía obedeciendo perfectamente a la impulsión de sus cargas. Mas, según ella presentía, en cada una de estas intenciones sólo consiguió aquél desprenderse transitoriamente, y, por unos segundos, del lodo en donde descansaba, elevándose treinta o cuarenta metros a lo sumo, para caer otra vez y quedar nuevamente encallado.

Era aquel un naufragio tranquilo, muy tranquilo; sin horrores, sin trágicos aspectos de catástrofe; pues nada había variado, ni nada se había roto ni descompuesto en el interior del Autoplanetoide. Ni una sola vida se había perdido, ni amenaza siquiera se percibía para nadie de inmediata muerte; pero se columbraba ésta en lontananza; y se la veía acercarse, aun cuando lentamente, clara, fatal, inevitable, si antes de que llegara no se daba con medio, lo cual no era muy fácil, de poner a flote el orbimotor.

La situación era, efectivamente, gravísima; pues aun siendo abundante la provisión de ázoe, carbono, albúmina, fósforo, glucosas, etc., etc., con que el señor Chu-Fo confeccionaba la alimentación química, llegaría a agotarse; porque aunque amplios también los repuestos de aire, oxígeno, agua y los de sustitutivos e ingredientes de la fabricación de esos vitales elementos, al

(1) Corrigiendo, claro es, sus indicaciones para ponerlas en armonía con la intensidad de la gravedad en Venus, que, según es sabido, no pasa, en números redondos, del 80 por 100 de la Tierra.

cabo habrían de consumirse. La duda sólo podía afectar a si faltaría antes alimento, agua o aire, al género de muerte, por hambre, sed o asfixia, a cuándo y cómo llegaría, pero no a la evidencia de que ya se aproximaba.

Pero ¿cuál era la causa de la catástrofe? Para los sabios, y no sólo para ellos, sino para todas las personas de mediana cultura que en el orbimotor viajaban, parecía evidente que la única explicación del naufragio había de ser la escasa densidad de las aguas de los mares de Venus, menos pesadas que las de nuestros mares de la Tierra, por lo cual éste, flotante en el Pacífico, se hundía en los océanos del planeta. Cuestión de densidad, ni más ni menos. Cosa imposible de prever en un mundo cuyo aire pesaba más que el de la Tierra.

¡Aire más pesado y agua menos densa!... ¡Qué rareza!... Veleidades, o traición acaso, de la inconstante o páfida Venus. Por eso había sido tan suavísimo el choque contra el mar. Fuese usted de bienvenidas, fuese usted de besos de olas ni de caricias femeniles.

Si María Pepa compartía o no la opinión de los sabios sobre la causa del embarrancamiento, no se puede saber, pues no dijo palabra hasta que consideró preciso hablar al pueblo para levantar los decaídos ánimos, diciendo que en tanto hay vida alienta en ella la esperanza; que tenían víveres, aire y agua para unos veinte meses; que en menos tiempo era seguro que hallaría ella modo de aligerar su orbimotor, o cuando no, idearía artefacto adecuado para sacar salvo el pasaje y transportarlo a alguno de los continentes venusianos, en donde sus venusinos moradores no habrían de negarles hospitalidad.

Y poniéndose en lo peor, ¿qué podría pasarles? Quedarse donde estaban... Claro veían que debajo del agua nadie se muere si no se ahoga. Y no ahogándose, sobraban en el novimundo sabios de todas clases muy capaces de sacar de las salinas aguas—en el supuesto de que salinas fueran las de Venus—, de su fauna y su flora cuantos principios químicos se necesitaran para reponer los elementos nutritivos y respiratorios indispensables a sus pobladores, antes que se agotaran los actuales abastecimientos.

Se habrían perdido los científicos e interplanetarios frutos que la Tierra esperaba de la expedición, y era dolorosísimo; mas no por eso perecería el novimundo ni los novimunditanos. Pues la vida los seguiría animando y se prolongaría a edades venideras: ya que entre sus doscientos habi-

tantes había hombres y mujeres, es decir, savia y troncos de donde brotaría novimundiana raza.

No era muy halagüeña la perspectiva, mas, comparado con la muerte todo es bueno: por eso se resignó el pueblo.

—Además—decían unos—, la Capitana ha dicho que eso no ocurrirá sino en último extremo, que va a intentar salvarnos. Y la Capitana sabe mucho—. Otros pensaban que aunque al principio tal vez se les hiciera cuesta arriba aquella extraña existencia intramarina e intraplanetaria, todo sería acostumbrarse; y pensando en que la nueva humanidad debía ser la principal preocupación de ellos cual presuntos Adanos y Evas de donde había de salir, se dió por descontentado que, nacida en aquel mundo, lo pasaría tan ricamente en él por no conocer otros.

¿Aquel mundo?... ¿Cómo calificarlo? Porque ya no sería avi, ni moto, ni automundo.

—Pecimundo—dijo uno.

—No; suena mal; es feo...

—Pues digamos lo mismo—repuso un zoólogo—en forma menos vulgar y más sonora: llamémosle Ictiomundo.

—Bueno, pero provisionalmente, porque lo que hace falta es que no llegue el caso.

—No llegará, no llegará. La Capitana ha dicho que va a buscar manera de sacarnos de aquí. Y ya sabemos que cuando busca siempre encuentra...

Al deshacerse el grupo, que ya se ha conocido era de gentes animosas capaces de conservar el buen humor en los más duros trances, Aristides, que era quien había dicho la última frase de la anterior conversación, se encaminó a la Comandancia, donde al llegar se encontró a Soledad a la puerta del cuerpo de guardia; y cuando con ella comentaba las recientes peripecias, sorprendieron los gritos inusitados, extrañísimos e inexplicables en el novimundo, donde no había habitante que tuviera menos de diez y ocho años.

—¡Calla!... Juraría que llora un niño... Y parece un niño recién nacido.

—Sí—contestó Soledad—. Es que acaba de dar a luz el sargento de guardia.

—¡Ave María Purísima!...

—No hay que escandalizarse. Está casada.

—¡Ah, ya!... ¡Es una de tus chicas!...

—No, que será un soldado de Santiago.

—Pues ya tenemos un ictiomundianito. Más pronto y más a tiempo, ni encargado.

No sabía Leblonde cuánta verdad decía, ni podía sospechar qué papel providencialmente benéfico le estaba deparado a aquel recién nacido en este drama.

¿Estaba tan segura María Pepa como Aristides de que el orbimotor saldría de su comprometida situación? ¿Tenía siquiera verdadera confianza en que los sabios aludidos por ella al hablar al pasaje, encontrarán en los mares de Venus los elementos necesarios a la vida sumergida, ni en que, de hallarlos, supieran capturarlos ni tuvieran medios de extraerlos de ellos?

No: había hablado cual lo hizo para tonificar los decaídos ánimos de los naufragos; pero, en realidad, se hallaba preocupadísima, y aun llegaba a juzgar leves los trances ya pasados al compararlos con el último.

¿Desesperaba?... No; pero recelaba del éxito. Iba a luchar, porque era su deber; pero antes tenía que estudiar, hacer ensayos,

meditar largo y hondo, consultar a sus queridos y habituales consejeros.

¿Lograban al cabo los expedicionarios de la Tierra salir a flote y contemplar el mundo venusiano, sus habitantes, su civilización?... ¿Vegetarían allí los veinte meses a que podrían alcanzar los almacenes vitales, cuyo agotamiento transformaría el novimundo en tumba?... ¿O se realizaría la inverosímil fantasía de la raza ictiohumana de que sin convicción ni fe había hablado María Pepa?

¿Cuál de estas cosas habrá de revelarnos la historia de la tercera etapa de este viaje?

Hasta ahora no lo sabe el autor; pero para saberlo y relatarlo cuenta con la videncia de mademoiselle Thellís. Tenga el lector también confianza en ella.

BIBLIOTECA RIVADENEYRA

Clásicos Rivadeneyra.

Selección de obras desde los orígenes hasta fines del siglo XVIII. Tomos lujosamente encuadrados en tela y estampaciones en oro, 5 pesetas.

Ediciones selectas.

Obras notables de la literatura universal, antiguas y modernas. Tomos primorosamente encuadrados en tela, con estampaciones en plata, 6 pesetas.

Escritores modernos.

Obras de los más célebres escritores nacionales y extranjeros del siglo XIX. En rústica, bajo artísticas cubiertas, 5 pesetas.

Escritores contemporáneos.

Obras de los más ilustres escritores contemporáneos nacionales y extranjeros. En rústica, con elegantes cubiertas, 5 pesetas.

Lecturas para mi hija.

Colección de novelas escogidas que pueden leerse *por todas*. En rústica, con primorosas cubiertas, 4 pesetas.

Viajes y aventuras.

Viajes célebres y novelas de aventuras, con ilustraciones, 5 pesetas.

Biblioteca novelesco-científica.

Colección de todas las obras del ilustre escritor D. José de Elola, ilustradas, 4 pesetas.

• • •

ALVAREZ Y SOTOMAYOR (J.).—*Rudezas*, poesías regionales; 4 pesetas.

GABRIEL Y GALÁN (J.M.).—*Obras completas*; dos tomos; rústica, 10 pesetas; tela, 14 pesetas.

LÓPEZ MARTÍN (F.).—*Blasco Jimeno*, drama premiado por la Real Academia Española; 4 pesetas.

MATA (P.).—*Irresponsables*; 5 pesetas.

TORAL (J.).—*Flor de pecado*; 5 pesetas.

Obras varias.

Anuario Telefónico de España; tela; 20 pesetas.

BALANZAT (M.).—*Tropas de Montaña*; 4 pesetas.

BRANDAO (R.).—*Los pobres*, novela; traducción del portugués.

HERMOSILLA (A.).—*Legislación de Correos*; contestaciones al programa de ingreso en el Cuerpo; 10 pesetas.

MATILLA (A.).—*Elementos de Aritmética para ingreso en el Cuerpo de Correos*; 12 pesetas.

RIBED (A.).—*Manual de motociclismo*; tela; 6 pesetas.

TORRUBIANO (J.).—*Instituciones de Derecho Canónico vigente*; dos tomos tela; 32 pesetas.

VARGAS (E.).—*Carreras y profesiones del Estado*; porvenir que ofrecen; 7 pesetas.

En prensa.

ALVAREZ PUENTE (M.).—*El naviero Mas, I, Los signos*, novela.

VILLAESPEA (F.).—*Vasos de arcilla*; poesías inéditas.

BIBLIOTECAS PARA NIÑOS

(Encerradas en artísticos estuches.)

Serie Liliput.

40 cuentos; 200 dibujos en colores, por los más populares dibujantes humoristas; 400 páginas; 2,50 pesetas.

Serie Velázquez.

Método simplificado de dibujo y colorido, por el popular dibujante «Karikato»; 100 dibujos; 1,50 pesetas.

Serie Mignon.

Celebradas aventuras de la popular Mariquita; una peseta.

Serie Rosa.

Cuentos escogidos: El gaitero de Hameling; Viaje a Marte; El Rey del Río de Oro; Ratoncita Blanca; 1,50 pesetas.

Serie Blanca.

Cuentos para niñas: Corazoncito del Bosque; Flor de Almendro; El vestido de baile; Las dos amigas; 1,25 pesetas.

Serie Maravilla.

En colores, ocho cuadernos de interesantísimos cuentos de aventuras, caza y viajes; una peseta.

Serie Fantasía.

Alicia en el País de las Maravillas; original presentación con artísticas ilustraciones, encuadrada en cartón; 2 pesetas.

Serie Oro (en prensa).

Buby encuentra un tesoro; Buby se convierte en pájaro; Buby escribe a los Reyes.